Basada en
la serie de televisión

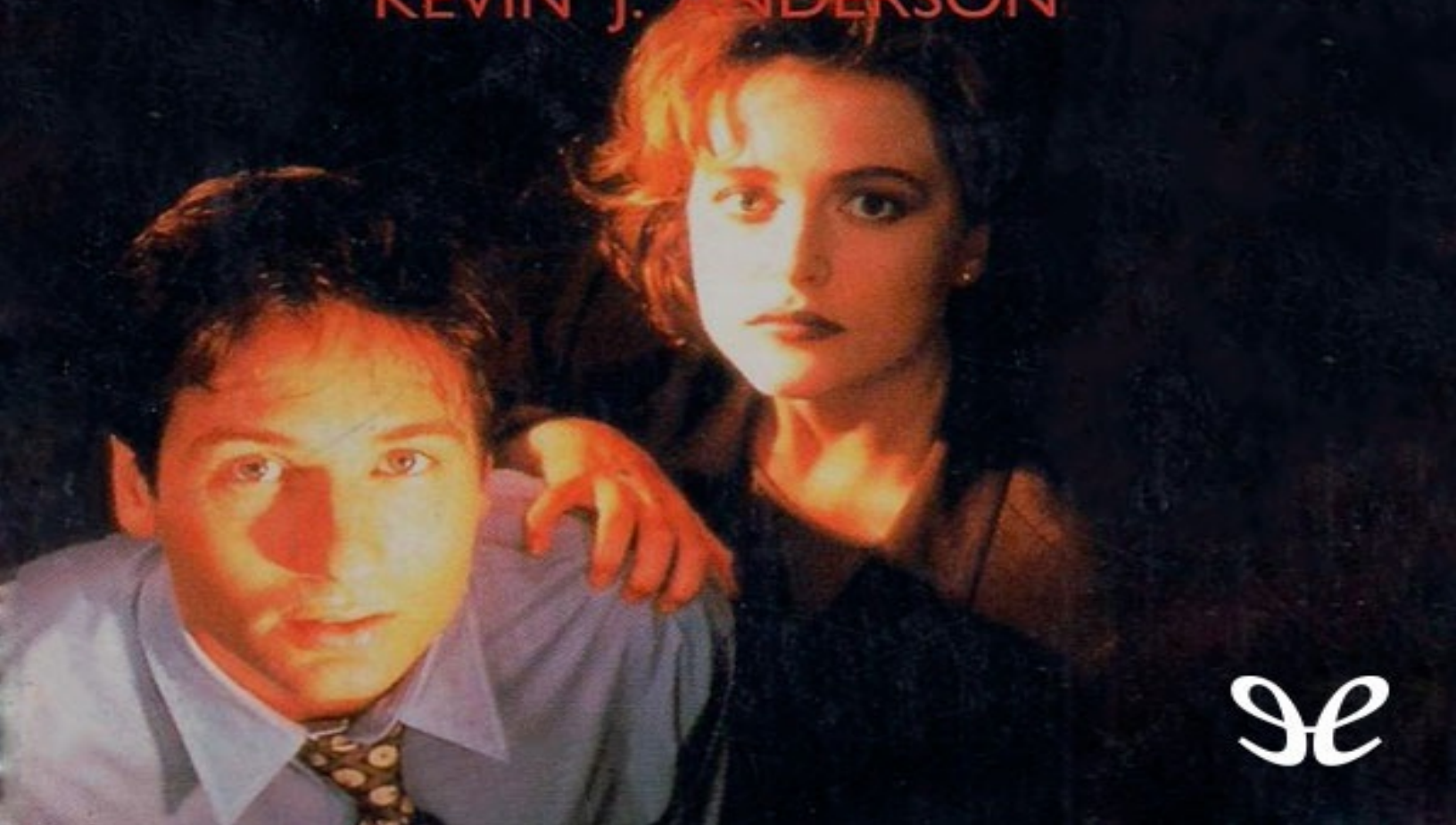
EXPEDIENTE X

Creada por
Chris Carter

CALCINACIÓN ESPONTÁNEA

"La verdad está ahí fuera"

KEVIN J. ANDERSON



En este tercer título de Expediente X, los agentes Mulder y Scully deben investigar varias muertes por calcinación. En todos los casos los cadáveres aparecen prácticamente reducidos a cenizas debido a incendios muy violentos y provocados por causas desconocidas.

Con la ayuda de Miriel Bremen, prestigiosa científica y activista antinuclear, Mulder y Scully descubren la existencia de un proyecto militar secreto cuyo objetivo es crear una devastadora arma atómica exenta de contaminación radiactiva.

Sin embargo, sólo Ryan Kamida, un anciano pescador polinesio, conoce la respuesta al enigma.

Kevin J. Anderson

Calcinación espontánea

Expediente X - 3

ePub r1.1
Etriol 12.06.14

Título original: *Ground Zero*
Kevin J. Anderson, 1995
Traducción: Aurora Echeverría
Ilustraciones: Método S. L.
Diseño/Retoque de portada: Talizorah

Editor digital: Etriol
ePub base r1.0



Para Katie Tyree,
Cuya insistencia y entusiasmo me convencieron de ver por primera vez la serie Expediente X, a partir de lo cual quedé, por supuesto, enganchado. Sin su aliento jamás habría sido capaz de escribir este libro.

Agradecimientos

Mi más sincera gratitud al consagrado equipo de Fox Televisión: Mary Astadourian, Jennifer Sebree, Frank Spotnitz, Alexandra Mack, Cindy Irwin y en particular Chris Cárter. ¡Gracias por vuestro voto de confianza! Chris Fusco me facilitó una amplia información sobre los episodios y los personajes de la serie, que resultó inestimable a la hora de escribir este libro. La exhaustiva videoteca de Skip y Cheryl Shayotovich me ayudó a llenar las lagunas de los episodios que me había perdido.

Mi reconocimiento para Christopher Schelling, Caitlin Deinard Blasdell y John Silbersack de Harper-Prism, y para mi agente Richard Curtís, sin los cuales no habría nacido este proyecto; para Lisa Clancy, Betsy Mitchel, Greg Bear y Erwin Bush, quienes me proporcionaron una excelente información e inspiración; para Lili Mitchel, por las numerosas horas que empleó en transcribir mis cintas; para Mark Budz y Marina Fitch, por sus provechosas sugerencias; y para Rebeca, por sus constantes muestras de afecto y apoyo.

1

Instituto de Investigaciones Nucleares Teller, Pleasanton (California).
Lunes, 16.03

A pesar de los gruesos cristales de las ventanas del laboratorio, el anciano oía las voces de los manifestantes antinucleares procedentes de la calle: cantando, salmodiando, gritando… Siempre luchando contra el futuro, tratando de detener el progreso. Más que enfurecerlo, le dejaban perplejo. Década tras década las consignas seguían siendo las mismas. Los radicales no aprenderían jamás.

Se llevó la mano a la chapa plastificada que llevaba prendida en la bata. En la foto, de cinco años atrás y peor calidad que la de un pasaporte, aparecía con expresión hosca. En la oficina de pases rara vez repetían las fotos, y éstas nunca se parecían al sujeto en cuestión, al menos en las cinco últimas décadas, desde sus tiempos de técnico de quinta fila en el proyecto Manhattan. En medio siglo, y especialmente durante los últimos años, su rostro se había vuelto más enjuto y arrugado.

Su cabello gris metálico, o el poco que le quedaba, había adquirido un tono amarillento poco saludable. Pero seguía teniendo los ojos brillantes e inquisitivos, fascinados ante los misterios ocultos en los oscuros rincones del universo.

La chapa lo identificaba como Emil Gregory a secas. Él no era como muchos de sus colegas más jóvenes, que insistían en añadir un título adecuado: doctor Emil Gregory; Emil Gregory, catedrático, o incluso Emil Gregory, director de proyecto. Había pasado demasiado tiempo en la relajada atmósfera de Nuevo México y California para preocuparse de tales formalidades. Sólo los científicos cuyo trabajo estaba en tela de juicio se inquietaban por trivialidades como ésa. El doctor Gregory se hallaba al final de una larga y exitosa carrera, y se había ganado un nombre entre sus colegas.

Debido a que gran parte de su trabajo se había desarrollado en secreto, su nombre no aparecía en los libros de historia. Sin embargo, aunque la gente no hubiese oído hablar de él, sus aportaciones a la ciencia habían sido sin duda vitales.

Su antigua ayudante y excelente discípula, Miriel Bremen, estaba al corriente de su investigación, pero le había vuelto la espalda. De hecho, probablemente en esos momentos se encontraba en la calle, agitando una pancarta y entonando consignas con los demás manifestantes. Ella los había organizado. Siempre se le había dado bien organizar grupos ingobernables de gente.

Fuera, llegaron otros tres coches de los servicios de seguridad para mantener un último y difícil enfrentamiento con los manifestantes, que caminaban de acá para allá ante la verja, obstruyendo la circulación. De los coches bajaron guardias de seguridad uniformados. Cerraron de golpe las portezuelas y permanecieron de pie con los hombros cuadrados, tratando de intimidar a la muchedumbre. Pero en realidad nada podían hacer, porque los manifestantes no habían violado ninguna ley. En la parte trasera de uno de los coches oficiales blancos ladró un pastor alemán a través de la tela metálica de la ventanilla; era un perro entrenado para rastrear drogas y explosivos, no un animal de combate, pero sus fuertes ladridos sin duda pusieron nerviosos a los manifestantes.

El doctor Gregory decidió hacer caso omiso de las distracciones procedentes de la calle. Moviendo despacio y dolorosamente su cuerpo de setenta y dos años —cuya garantía había expirado recientemente, según solía decir él—, volvió a sus simulaciones. Los manifestantes y los guardias ya podían continuar con sus payasadas el resto de la tarde y parte de la noche. Encendió la radio para ahogar el ruido de la calle y concentrarse, aunque de hecho no tenía por qué preocuparse de los cálculos. Los superordenadores hacían la mayor parte del trabajo.

La estridente radio portátil escondida entre los papeles y libros técnicos de su estantería nunca había logrado sintonizar más de una emisora a través de las gruesas paredes de hormigón pese a la antena hecha con sujetapapeles que había colocado en el marco metálico de la ventana. Por fortuna, esa única emisora de AM solía poner viejos éxitos que él asociaba a tiempos más felices. En ese preciso instante Simon y Garfunkel cantaban Mrs. Robinson, y el doctor Gregory se unió a ellos.

Los monitores en color de los cuatro terminales de trabajo de su superordenador exhibían el progreso de sus simulaciones hidrocifradas simultáneas. Los ordenadores trabajaban sin descanso durante los numerosos experimentos virtuales que tenían

lugar en su imaginación de circuito integrado, clasificando los billones de iteraciones sin necesidad de que el doctor Gregory pulsara un solo interruptor o conectara un generador.

Sin embargo, el doctor Gregory seguía poniéndose su bata blanca; sin ella no se sentía como un auténtico científico. Vestido con cómodas ropas de calle y aporreando todo el día el teclado del ordenador, habría parecido un simple contable en lugar de un respetado investigador nuclear de uno de los laboratorios de diseño de armas más grandes del país.

En un edificio aparte del área cercada del laboratorio, los potentes superordenadores Cray III procesaban datos para las complejas simulaciones de una futura explosión nuclear experimental. Estaban estudiando intrincados modelos hidrodinámicos nucleares —explosiones atómicas imaginarias— del nuevo y radical concepto de cabeza nuclear al que Gregory había dedicado los últimos cuatro años de su carrera: el Yunque Brillante.

A causa del reducido presupuesto y de la intermitencia de los tratados políticos relativos a las pruebas nucleares, tales simulaciones hidrodinámicas eran en aquellos momentos la única forma de estudiar ciertos efectos secundarios y analizar las formaciones de frentes tormentosos y los tipos de lluvia radiactiva. Las explosiones atómicas en tierra estaban prohibidas desde el tratado internacional de 1963, pero el doctor Gregory y sus superiores creían que podían obtener éxito con el proyecto Yunque Brillante… si las condiciones eran óptimas. Y el Departamento de Energía estaba ansioso de ver cómo todo salía bien.

Se acercó a la siguiente pantalla de simulación y observó los contornos borrosos, las ondas de presión, los gráficos de temperatura en una escala de nanosegundos. Ya podía intuir lo increíble que iba ser la explosión.

El escritorio estaba cubierto de informes y comunicados secretos, y de las hojas que iba arrojando la impresora láser que compartía con los demás miembros del equipo de Yunque Brillante. El subdirector del proyecto, Bear Dooley, enviaba continuamente partes meteorológicos y fotografías tomadas vía satélite, y marcaba con rotulador rojo las zonas interesantes. La foto más reciente mostraba una gran borrasca circular que se cernía sobre el Pacífico central como leche arremolinándose antes de desaparecer por el desagüe, lo que causó gran excitación a Dooley.

«¡Se avecina una tormenta! —había garabateado en la nota adhesiva que había pegado a la fotografía—. ¡Nuestro mejor candidato hasta ahora!».

El doctor Gregory se vio obligado a corroborar tal afirmación, pero no podía dar el siguiente paso hasta que finalizara la última serie de simulaciones. A pesar de que ya habían ensamblado a Yunque Brillante salvo su núcleo fisible, Gregory evitó el camino fácil. La precaución era esencial.

Silbó Georgie Girl mientras los ordenadores simulaban ondas de destrucción masiva. En la calle alguien hizo sonar una bocina en señal de apoyo a los manifestantes, o sencillamente irritado y tratando de dejarlos atrás. Gregory pensaba quedarse hasta tarde, por lo que los manifestantes —cansados y satisfechos de sí mismos— ya se habrían marchado cuando se encaminara hacia su coche.

Le traía sin cuidado las horas extra que hacía en el laboratorio, ya que la investigación era lo único que conservaba de su vida real. Si se marchara a casa, seguramente también se pondría a trabajar en su silencioso y vacío hogar, rodeado de fotos de las bombas de hidrógeno arrojadas sobre las islas en los años cincuenta o de las explosiones atómicas realizadas en el polígono de pruebas de Nevada. Pero en su laboratorio tenía acceso a mejores ordenadores, de modo que seguiría trabajando durante la hora de comer. En la nevera del pasillo tenía un sándwich, pero en los últimos meses su apetito se había vuelto impredecible.

En otro tiempo Miriel Bremen se habría quedado con él. Miriel era una joven física, inteligente e imaginativa, que miraba al científico de más edad con una especie de temor reverencial. Tenía mucho talento, facilidad para los números e intuición para percibir efectos secundarios, y su dedicación y ambición la habían convertido en la compañera de investigación perfecta. Por desgracia, también tenía demasiados escrúpulos y le habían asaltado dudas.

Miriel Bremen era quien estaba a la cabeza del nuevo grupo de activistas radicales llamado Detened Esta Locura Nuclear, cuyo cuartel general estaba en Berkeley. Había abandonado su trabajo en el instituto de investigaciones, asustada por ciertos aspectos incomprensibles de Yunque Brillante. Miriel había cambiado de bando con un ardor que recordaba a los ex fumadores que se convertían en los más fanáticos antitabaquistas.

Pensó en Miriel allí fuera, al otro lado de la cerca. Agitaría una pancarta, desafiaría a los guardias de seguridad y expondría su postura en voz alta y clara, sin importarle si alguien quería escucharla.

El doctor Gregory se obligó a permanecer sentado detrás del ordenador. Se prohibió volver a acercarse a la ventana para verla. No sentía rencor hacia ella, sólo

decepción. Se preguntaba cuándo le había fallado, cómo se había equivocado tanto con ella.

Al menos no tenía que preocuparse por su sustituto, Bear Dooley, un hombre que carecía de tacto y paciencia, pero con extraordinaria dedicación. Al menos él tenía la cabeza en su sitio.

Llamaron a la puerta medio entornada de su despacho y asomó la cabeza Patty, su secretaria —aún no se había acostumbrado a pensar en ella como auxiliar administrativa, el término utilizado por la gente progre.

—El correo de la tarde, doctor Gregory. Hay un paquete que pensé le gustaría ver. Entrega urgente. —Lo agitó en el aire.

Él empezó a levantar de la silla su dolorido cuerpo, pero ella le indicó que permaneciera sentado.

—Aquí tiene.

—Gracias, Patty.

Cogió el sobre mientras con la otra mano sacaba del bolsillo las gafas y se las ponía para leer el matasellos: «Honolulu, Hawai». No tenía remite.

Patty permaneció en el umbral, moviendo los pies. Se aclaró la voz.

—Son las cuatro, doctor Gregory. ¿Le importa si salgo un poco antes hoy? —Habló muy deprisa, como si se tratara de un pretexto—. Ya sé que tengo que pasar a máquina esos comunicados para mañana, pero los tendré listos a tiempo.

—Como siempre, Patty. ¿Tienes hora con el médico? —preguntó él, mirando aún el misterioso sobre y dándole vueltas en las manos.

—No, pero no quiero tener problemas con los manifestantes. Seguramente tratarán de bloquear la puerta a la hora de la salida, sólo para armar jaleo. Me gustaría haber salido ya. —Clavó la vista en sus uñas pintadas de rosa. Tenía una expresión ansiosa y hundida.

El doctor Gregory se rio de su nerviosismo.

—Muy bien. Pensaba quedarme hasta tarde por la misma razón.

La joven dio las gracias y salió, cerrando la puerta a sus espaldas.

Los cálculos del ordenador proseguían. El núcleo de la explosión simulada se había expandido y enviado ondas de choque hacia los bordes de la pantalla, mientras los efectos secundarios y terciarios se propagaban en direcciones menos definidas a través del plasma que la detonación inicial había dejado atrás.

El doctor Gregory rasgó el sobre acolchado e introdujo un dedo bajo la solapa

para abrirlo. Vertió el contenido sobre el escritorio y parpadeó perplejo. Luego suspiró.

El único trozo de papel no era exactamente una carta —no era papel de carta ni llevaba firma—, sino unas palabras escritas con cuidado en elegantes letras negras: «Por tu papel en el pasado… y en el futuro».

Junto a la nota cayó un pequeño paquete de papel glaseado, un envoltorio traslúcido de apenas unos centímetros, que contenía un polvillo negro. Sacudió el sobre acolchado, pero no había nada más en su interior.

Cogió el paquete de papel glaseado y entornó los ojos al tiempo que lo apretaba con los dedos. La sustancia no pesaba apenas y era como la ceniza. La olió y reconoció el débil y amargo olor del carbón vegetal, que casi se había desvanecido con el tiempo. «Por tu papel en el pasado… y en el futuro».

El doctor Gregory frunció el entrecejo y se preguntó si era una broma de los activistas. En manifestaciones anteriores habían arrojado sangre animal ante las puertas de seguridad del instituto y plantado flores a los lados del camino de entrada.

La ceniza negra debía de ser la novedosa idea de uno de ellos, tal vez de Miriel. Puso los ojos en blanco y dejó escapar un suspiro de resignación.

—¿Cómo vais a cambiar el mundo si enterráis la cabeza en la arena? —murmuró el doctor Gregory, volviendo la mirada hacia la ventana.

En las distintas terminales de trabajo de su superordenador, las repetitivas simulaciones tocaban a su fin después de pasar horas proyectando un análisis del fugaz momento en que un artefacto construido por el hombre liberaba una energía equivalente al núcleo de un sol.

Por el momento los ordenadores habían confirmado sus más descabelladas expectativas. A pesar de ser el director del proyecto, el doctor Gregory encontraba inexplicables ciertas partes de Yunque Brillante, basado en hipótesis desconcertantes y con efectos que contradecían sus conocimientos y experiencia en física. Pero las simulaciones funcionaban, y él sabía lo suficiente para no hacer preguntas a los patrocinadores que le habían presentado las bases de ese nuevo concepto para que lo hiciera realidad.

Tras cincuenta y un años de carrera, al doctor Gregory le parecía refrescante encontrar inexplicable una parte de la disciplina que había escogido. Una vez más volvía a enfrentarse con los prodigios de la ciencia.

Dejó a un lado la ceniza negra y volvió a su trabajo.

De pronto las luces fluorescentes del techo parpadearon y se oyó un intenso zumbido, como si en los delgados tubos de cristal hubiera quedado atrapado un enjambre de abejas. Distinguió el ruido de una descarga eléctrica, y las luces reventaron y se apagaron.

La radio del escritorio emitió un breve crepitar justo en mitad de Hang on, Sloopy, luego calló.

El doctor Gregory sintió un dolor punzante en sus débiles músculos cuando se volvió desesperado y vio parpadear también los monitores de las terminales de trabajo. Los ordenadores estaban fallando.

—¡Oh, no! —gimió.

Los sistemas deberían haber contado con la protección de suministros eléctricos de reserva infalibles. ¡Acababa de perder literalmente billones de iteraciones!

Golpeó el escritorio con el puño, luego se levantó y se acercó a la ventana, moviéndose más deprisa de lo que aconsejaban su equilibrio poco firme y el sentido común. Una vez allí miró los demás edificios del complejo. Todas las luces del ala adyacente del instituto seguían encendidas. Muy extraño.

Parecía como si su oficina hubiera sido el blanco específico de un apagón.

Con sensación de fatalidad, el doctor Gregory empezó a preguntarse si se trataba de un sabotaje por parte de los manifestantes. ¿Era capaz Miriel de ir tan lejos? Ella sabía cómo causar tal desastre. A pesar de que le habían retirado la autorización al abandonar su trabajo para crear Detened Esta Locura Nuclear, tal vez había logrado colarse en el interior del edificio para interferir las simulaciones que sólo ella podía saber que estaba realizando su antiguo mentor.

Gregory no quería pensar que fuera capaz de semejante acto… pero sabía que ella no tendría escrúpulos a la hora de planteárselo.

El doctor sintió un repentino e insistente zumbido en sus oídos. Con el corte de luz, debería haber reinado un silencio absoluto en el laboratorio, pero en cambio se oían susurros.

Con creciente inquietud que trató de ignorar, el doctor Gregory se acercó a la puerta, decidido a llamar a Bear Dooley o cualquier otro físico. Por una vez la compañía de los demás le parecía deseable.

Pero el pomo de la puerta estaba terriblemente caliente. Apartó la mano con rapidez y retrocedió, mirando con más asombro que dolor las brillantes ampollas que empezaban a formársele en la palma.

Del sólido pomo de la puerta firmemente cerrada empezó a salir humo que escapó por la ranura de la cerradura.

—Eh, ¿qué ocurre? ¿Quién anda ahí? —Agitó la mano quemada para enfriarla—. ¿Eres tú, Patty?

Entre las cuatro paredes de hormigón de su oficina se levantó una corriente de aire cargada de electricidad, los papeles volaron y se enroscaron a causa de la repentina ola de calor, y el paquete de papel glaseado se abrió y roció de ceniza oscura la habitación.

Gregory se sacó del pantalón los faldones de la camisa y los utilizó como guante, luego corrió hacia la puerta y aferró el pomo. A esas alturas estaba candente, de un color rojo escarlata que dañaba los ojos.

—¡Patty, necesito ayuda! ¡Bear! ¡Que venga alguien! —Le falló la voz, cada vez más estridente a causa del miedo.

Al igual que en una simulación ralentizada del amanecer, la luz de la habitación se volvía cada vez más brillante, como si de las paredes emanara un intenso resplandor.

El doctor Gregory retrocedió hasta la pared del fondo con las manos en alto para protegerse de otro aspecto de la física que tampoco atinaba a comprender: unas voces susurrantes aumentaron de volumen en un crescendo de gritos y acusaciones que se elevaron hasta alcanzar su punto máximo.

De repente se precipitó sobre él una intensa ola de calor y fuego que lo derribó contra la pared. Billones y billones de rayos X llevaron a ebullición todas las células de su cuerpo y se produjo un estallido de luz cegadora, como el núcleo de una explosión atómica.

Y el doctor Gregory se encontró de pronto calcinado.

2

Instituto de Investigaciones Nucleares Teller.
Martes, 10.13

El guardia jurado salió de una pequeña caseta prefabricada, situada justo fuera de la alambrada que cercaba el enorme centro de investigación. Echó un vistazo a los papeles de Fox Mulder y la placa de identidad del FBI, luego le hizo señas para que acercara el coche de alquiler a la oficina de pases situada al otro lado de la verja.

En el asiento del pasajero se hallaba Dana Scully, muy erguida. Ésta pidió a las células de su cuerpo que le proporcionaran más energía y la mantuvieran alerta. Odiaba coger vuelos nocturnos, sobre todo desde la costa Este. Llevaban horas en el avión y aún tenían por delante otra hora en coche desde el aeropuerto de San Francisco. Había descansado mal en el gran avión, logrando sólo dar una breve cabezada en lugar de dormir profundamente.

—A veces desearía que ocurrieran más casos cerca de casa —comentó, sin hablar en serio.

Mulder la miró con una sonrisa de conmiseración.

—Mira el lado bueno, Scully. Conozco un montón de agentes sedentarios que envidian nuestro emocionante estilo de vida de la jet set. Con el tiempo llegas a ver mundo, mientras que ellos no ven más allá de sus oficinas.

—Supongo que nadie está contento con su suerte… —repuso Scully—. Sin embargo, si algún día me tomo unas vacaciones, creo que me quedaré en casa y leeré un libro.

Scully era hija de un marino. Al igual que sus dos hermanos y su hermana, de niña se había visto obligada a cambiar de raíces cada vez que la Marina destinaba a su padre a una base o barco diferente. Nunca se había quejado y siempre había respetado

las obligaciones de su padre como para cumplir con su papel, pero jamás se le había ocurrido pensar que, cuando se tratara de su propia carrera, acabaría escogiendo algo que le exigiría viajar tan a menudo.

Mulder condujo el coche hasta la puerta de una pequeña oficina blanca apartada del grupo de edificios del interior de la cerca. La oficina de pases parecía relativamente nueva y había sido construida en el estilo de arquitectura de líneas nítidas pero frágil que a Scully le recordaba una casa de juguete.

Mulder aparcó el coche y alargó la mano hacia el asiento trasero para recoger su maletín. Scully se miró brevemente en el espejo del retrovisor del lado del pasajero. Comprobó el rouge de sus gruesos labios y la sombra de sus grandes ojos azules, y se arregló el cabello castaño rojizo. A pesar del cansancio, tenía buen aspecto.

Mulder bajó del coche, se estiró la americana y se ajustó la corbata granate. Después de todo, los agentes del FBI tenían que parecer aptos para el papel.

—Necesito otro café —comentó Scully, bajando del coche después de él—. Quiero estar absolutamente segura de poder centrar toda mi atención en los detalles de un caso lo bastante insólito como para hacernos recorrer tres mil millas por el país.

Mulder le sostuvo la puerta de cristal para que entrara a la oficina de pases.

—¿Quieres decir que el brebaje del avión no satisfacía tus exigentes requisitos?

Ella lo premió arqueando las cejas.

—Digamos que no he oído muchos casos de azafatas que se hallan retirado para montar un negocio propio de café exprés.

Mulder se mesó su cabello oscuro y crespado para cerciorarse de que al menos la mayor parte de los mechones estaban en su sitio. Luego entró detrás de ella en el edificio exageradamente refrigerado. El interior consistía en una espaciosa y abierta estancia, un largo mostrador que servía de barricada a unas cuantas oficinas traseras, y varias casetas con televisores y vídeos.

Había una hilera de asientos acolchados de color azul delante de una pared de cristales tintados para filtrar el brillante sol de California, a pesar de que ciertas partes de la moderna alfombra de tweed marrón herrumbroso parecían desgastadas. Varios obreros de la construcción vestidos con monos hacían cola frente al mostrador, con el casco bajo el brazo y formularios rosas doblados en la mano. Uno a uno, iban entregando los papeles a las recepcionistas, quienes comprobaban su identidad y cambiaban los formularios rosas por permisos de trabajo temporales.

En un cartel colgado de la pared aparecía una lista de todos los objetos no

permitidos en el interior del Instituto de Investigaciones Nucleares Teller: cámaras de fotos, armas de fuego, drogas, alcohol, magnetófonos portátiles, catalejos. Scully hojeó la lista. Aquellos objetos le recordaban sus años en la oficina del FBI.

—Iré a ver si entramos —comentó, sacando del bolsillo de su traje verde oscuro un pequeño cuaderno.

Se puso a la cola detrás de varios hombres corpulentos con monos manchados de pintura y tuvo la impresión de ir excesivamente bien vestida. Otra secretaria abrió una ventanilla en un extremo del mostrador e indicó a Scully que se acercara.

—Supongo que parezco fuera de lugar —comentó, mostrándole su placa de identidad—. Soy la agente especial Dana Scully y mi compañero es el agente Fox Mulder. Tenemos una cita con… —consultó su cuaderno— la representante del Departamento de Energía, la señora Rosabeth Carrera. Nos está esperando.

La recepcionista se ajustó las gafas de montura dorada y revolvió varios papeles. A continuación tecleó el nombre de Scully en su ordenador.

—Sí, aquí está usted. Permiso especial concedido. Todavía tendrán que escoltarlos a todas partes hasta que llegue la autorización oficial, pero de momento les entregaremos unos pases para que puedan acceder a ciertas áreas.

Scully arqueó las cejas, manteniendo la serena compostura de persona acostumbrada al trato con el público.

—¿Es realmente necesario? El agente Mulder y yo contamos con la autorización del FBI. Podría…

—Sus permisos del FBI no tienen relevancia aquí, señora Scully —repuso la mujer—. Se encuentra en un centro del Departamento de Energía y ni siquiera reconocemos los de Defensa. Cada uno realiza sus propias investigaciones y no se hablan entre sí.

—¿Eficiencia gubernamental? —preguntó Scully.

—Más bien los dólares de sus impuestos. Alégrese de no ser empleada de Correos —repuso la mujer—. ¡A saber la cantidad de trámites que realizan ellos!

Mulder se detuvo junto a Scully y le entregó una taza de café turbio y amargo que había servido de un termo que había encima de una mesa apartada y cubierta de ostentosos informes técnicos y folletos del Instituto de Investigaciones Nucleares Teller sobre la maravillosa tarea que el laboratorio de investigación y desarrollo hacía en pro de la humanidad.

—He pagado diez centavos por él —comentó señalando la taza para donativos— y

apuesto a que los vale. Con nata y sin azúcar.

Scully lo probó.

—Sabe como si llevara dentro de ese termo desde el proyecto Manhattan —repuso ella, pero tomó otro sorbo para demostrar a Mulder que le agradecía el gesto.

—Imagínate que es un buen vino, perfectamente madurado.

La recepcionista volvió al mostrador y entregó a Mulder y Scully una chapa plastificada.

—Llévenla todo el tiempo encima y asegúrense de que se ve bien. Y aquí tienen —añadió, entregándole a cada uno un rectángulo de plástico azul que contenía lo que parecía un trozo de película y un chip de ordenador—. Sus dosímetros de radiación. Engánchenlos a las chapas y no se separen nunca de él.

—¿Dosímetros de radiación? —preguntó Scully con tono sereno—. ¿Hay algún motivo para preocuparse?

—Sólo es una precaución, agente Scully. Debe comprender que nos encontramos en un centro de investigaciones nucleares. Nuestro vídeo de presentación responderá a todas sus preguntas. Por favor, síganme.

Dejó a Scully y Mulder en uno de los pequeños cubículos, sentados frente a un pequeño televisor. Introdujo el vídeo y lo encendió, luego regresó al mostrador para llamar a Rosabeth Carrera. Mulder se echó hacia adelante y observó con atención la pantalla en blanco antes de que empezara la cinta.

—¿Qué crees que pondrán, dibujos animados o un preestreno?

—¿Crees que resultarían divertidos unos dibujos animados concebidos por el gobierno? —preguntó ella.

Mulder se encogió de hombros.

—A algunas personas les parece gracioso Jerry Lewis.

El vídeo duró sólo cuatro minutos. Se trataba de una descripción embellecida del instituto Teller, con un alegre narrador que explicaba brevemente qué era la radiación y qué podía hacer por ti y para ti. El programa hacia hincapié en los usos médicos y aplicaciones experimentales de los isótopos exóticos, repetía las precauciones tomadas por el instituto, y comparaba los niveles de radiación que podrías recibir realizando un único vuelo por el país o viviendo un año en una ciudad de gran altitud como Denver. Después de un último gráfico de brillantes colores, la alegre voz les deseó una visita agradable y segura en el Instituto de Investigaciones Nucleares Teller.

—El corazón empieza a latirme con fuerza —dijo él, rebobinando la cinta.

Volvieron juntos a la recepción, donde la mayoría de los obreros ya había cruzado la cerca para ocupar sus puestos de trabajo.

Mulder y Scully no tuvieron que esperar mucho antes de que una menuda mujer hispana irrumpiera por las puertas de cristal. Reconoció a los dos agentes del FBI y se acercó a ellos, rebosante de energía y deseos de conocerlos. Scully la midió al instante tal y como le habían enseñado a hacer en la academia de Quantico, reuniendo datos hasta formarse una primera opinión de una persona. La mujer estrechó apresuradamente la mano a los dos agentes del FBI.

—Me llamo Rosabeth Carrera y soy uno de los representantes del Departamento de Energía en el instituto —se presentó—. Les agradezco que hayan venido con tanta prontitud. Se trata de una emergencia.

Llevaba una falda a la altura de la rodilla y una blusa de seda escarlata que hacía resaltar su tez oscura. Tenía los labios gruesos y los ponía de relieve con carmín. Se había recogido su abundante cabello castaño oscuro hacia atrás con varios pasadores dorados y le caía por la espalda en una cascada de bucles. Tenía la figura de una gimnasta y rebosaba tal entusiasmo que no era en absoluto el tipo de burócrata seca que Scully esperaba encontrar. Ésta reparó en la expresión de Mulder, que miraba asombrado a esa mujer de ojos muy oscuros.

—Los he reconocido en el acto —comentó Carrera echándose a reír—. Esto es California y aquí los únicos que llevan traje de pingüino son la gente de la costa Este y unos cuantos altos directivos.

Scully parpadeó.

—¿Traje de pingüino?

—De etiqueta. En el instituto Teller se respira una atmósfera informal. La mayoría de nuestros investigadores es de California o Los Álamos, Nuevo México. Chaqueta y corbata son algo insólito aquí.

—Siempre he sabido que soy especial —comentó Mulder—. Debería haberme puesto la corbata de surf.

—Si son tan amables de seguirme —pidió Carrera—, los conduciré al interior del instituto y al lugar del… accidente. Hemos dejado todo como lo encontramos hace dieciocho horas. Es tan extraño que queríamos que lo vieran tal cual. Iremos en mi coche.

Scully y Mulder la siguieron hasta un Ford Fairmont azul pálido con matrícula del gobierno. Mulder reparó en la mirada de su colega y dio unos pasos con la espalda

erguida. Trajes de pingüino.

—Aquí dejamos las puertas sin cerrar —continuó Carrera, señalando las portezuelas del coche al tiempo que se acomodaba en el interior—. Se supone que nadie quiere robar un coche del gobierno. —Mulder se deslizó en el asiento trasero mientras Scully se sentaba al lado de la representante del Departamento de Energía.

—¿Podría darnos más detalles del caso, señora Carrera? —preguntó—. Nos sacaron de la cama muy temprano y nos enviaron aquí sin ponernos en antecedentes. La única información que se nos ha facilitado es que un importante investigador nuclear ha muerto en su laboratorio, víctima de un extraño accidente.

Carrera condujo el coche hacia la entrada. Mostró el pase y entregó el papel que permitiría a Scully y Mulder ir más allá de la cerca. Una vez recibió los papeles refrendados, se puso en camino mordiéndose el labio inferior como si reflexionara.

—Ésa es la versión que hemos dado a la prensa, aunque no creo que se sostenga mucho tiempo. Hay demasiados interrogantes… pero no quisiera predisponerlos antes de que lo vean con sus propios ojos.

—No hay duda de que sabe crear suspense —comentó Mulder desde el asiento trasero.

Rosabeth Carrera no apartó los ojos del camino mientras dejaban atrás rulots y construcciones provisionales, así como un edificio destartalado con revestimiento exterior de madera que recordaba un viejo cuartel militar, hasta que finalmente se dirigieron a los edificios más nuevos que se habían construido con los generosos presupuestos de Defensa de la administración Reagan.

—Era de cajón que llamáramos al FBI —continuó Carrera—. Seguramente se trata de un crimen… y tal vez un asesinato… y dado que se ha cometido en una propiedad federal es competencia del FBI.

—Podría haber recurrido a la oficina local —señaló Scully.

—Los llamamos —respondió Carrera—. Anoche vino a echar un vistazo uno de los agentes locales, un tal Craig Kreident. ¿Lo conocen?

Mulder se llevó la mano a los labios mientras consultaba su excelente memoria.

—El agente Kreident —repitió—. Creo que está especializado en delitos de alta tecnología.

—Exacto —repuso Carrera—. Pero después de echar una mirada dijo que no era competencia suya. Que parecía más bien un expediente X… ésas fueron sus palabras… y que probablemente era un trabajo para usted, el agente Mulder. ¿Qué es

un expediente X?

—Es asombroso cuánto hace la fama por ti —murmuró Mulder.

Scully respondió:

—Es el término general que se aplica a las investigaciones relacionadas con algún fenómeno extraño e inexplicable. El Bureau tiene muchos expedientes de casos sin resolver que se remontan a los tiempos de J. Edgar Hoover. Los dos hemos tenido muchas… experiencias investigando casos insólitos.

Carrera aparcó frente a unos enormes laboratorios y bajó del coche.

—Entonces creo que se han cruzado con uno más en su camino.

Carrera los condujo a paso ligero hasta la segunda planta. Los tristes y resonantes pasillos, iluminados por luces fluorescentes, recordaron a Scully un instituto. Uno de los tubos del techo parpadeaba y Scully se preguntó cuánto hacía que necesitaba ser reemplazado.

De las paredes de bloques de hormigón colgaban tablones de corcho llenos de anuncios y avisos. En unas fichas escritas a mano se anunciaban propiedades en alquiler, pisos para compartir en Hawai y coches en venta; una en concreto ofrecía «un equipo de escalador de rocas poco usado». Los consabidos carteles para concienciar a la gente de las medidas de seguridad parecían vestigios de la Segunda Guerra Mundial, aunque Scully no vio ninguno en el que se previniera de posibles espías.

Más adelante el pasillo había sido cortado. Como el Instituto de Investigaciones Nucleares Teller no podía permitirse parapetar el lugar del crimen, se habían contentado con acordonar la zona con una cinta amarilla en la que se leía «Obras». A cada lado del pasillo se hallaba apostado un guardia de seguridad, algo incómodo en la tarea que le habían encomendado. Carrera no tuvo que decir nada para que uno de ellos se hiciera a un lado y la dejara pasar.

—No te preocupes, ya queda menos —lo animó—. Los reemplazos están al llegar.

Luego indicó a Mulder y Scully que la siguieran y se escabulló por debajo de la estrecha cinta amarilla.

Scully se preguntó por qué los guardias parecían tan preocupados. ¿Se debía simplemente a estar demasiado cerca del lugar de un posible asesinato? Probablemente habían investigado muy pocos delitos en su vida, y ninguno tan violento como un asesinato. Aún no habían retirado el cadáver, lo que debía parecerles muy extraño.

Corredor abajo, al otro lado de la cinta amarilla, todas las oficinas se hallaban

desiertas, aunque los ordenadores y los estantes llenos demostraban que eran utilizados. ¿Por colaboradores del doctor Emil Gregory? En ese caso, tendrían que interrogarlos. Estaba claro que habían trasladado a todos los empleados mientras investigaban el accidente.

Sin embargo, la puerta de una oficina se hallaba cerrada y acordonada. Rosabeth Carrera se detuvo al lado y se quitó la chapa plastificada de la que colgaba un dosímetro y un llavero. Buscó la llave con el número correcto y la introdujo en la cerradura.

—Echen una mirada —dijo, abriendo la puerta de un empujón y apartando simultáneamente el rostro—. Tienen dos minutos.

Scully y Mulder permanecieron en el umbral y miraron el interior. Parecía como si una bomba incendiaria hubiera estallado en el laboratorio del doctor Gregory. Todas las superficies habían quedado chamuscadas a causa de una exposición a un calor intensísimo y breve, que había enroscado sin llegar a prender los extremos de los papeles del tablón de anuncios de Gregory. Las cuatro terminales de su ordenador se habían fundido y los pesados tubos de rayos catódicos de las pantallas se habían torcido como la mirada estrábica de un cadáver. Hasta los escritorios de metal se habían combado y hundido por el centro.

La pizarra blanca se había vuelto negra y el acabado de esmalte estaba oscuro y lleno de ampollas, pero entre el hollín seguían distinguiéndose los trazos de colores de las ecuaciones y palabras garabateadas.

Scully vio el cadáver de Gregory contra la pared del fondo. El anciano investigador de armas se había convertido en un espantajo terriblemente chamuscado. Tenía los brazos y las piernas dobladas a causa de la contracción muscular bajo el intenso calor, como un insecto rociado de veneno que se retuerce al morir. Por la piel y el torcido rictus del rostro parecía haber sido víctima de una lluvia de napalm.

Mulder observó la habitación en ruinas, mientras Scully se concentraba en el cadáver, con la boca entreabierta y la mezcla de horror humano y espíritu analítico que experimentaba al inspeccionar el escenario de un crimen. El único modo de vencer la repugnancia era obtener respuestas. Dio un paso adelante.

Sin embargo, justo antes de poner un pie en la habitación Carrera le puso una mano firme en el hombro.

—Aún no —dijo—. No pueden entrar allí.

Mulder la miró con severidad, como si acabaran de tirarle de la correa.

—¿Cómo vamos a investigar el crimen si no podemos entrar?

Scully comprendió que el interés de su colega ya se había despertado. Por lo que parecía a primera vista, iba a resultar difícil hallar una explicación simple y racional de lo ocurrido en aquel laboratorio.

—Excesiva radiación residual —explicó Carrera—. Necesitan un traje antirradiactivo para entrar.

Scully se llevó una mano al dosímetro en un acto reflejo y se apartó de la puerta.

—Pero en el vídeo de presentación afirmaban que no había niveles de radiación peligrosos en ningún laboratorio. ¿Se trataba sólo de propaganda gubernamental?

Carrera cerró de nuevo la puerta y premió a Scully con una sonrisa tolerante.

—No; es la verdad… en circunstancias normales. Pero como puede ver, en el laboratorio del doctor Gregory no son normales. Nadie puede explicarlo… al menos de momento. No debería haber habido material radiactivo aquí, pero hemos descubierto que los niveles de radiación residual en las paredes y el equipo son elevados.

»Pero no se preocupen, el pasillo está resguardado por estas gruesas paredes de hormigón. No hay de qué preocuparse, siempre que se mantengan alejados. Pero necesitarán realizar un examen más minucioso. Les dejaremos continuar su investigación. Vamos. —Dio media vuelta y echó a andar por el pasillo—. Y les proporcionaremos el equipo adecuado.

3

Instituto de Investigaciones Nucleares Teller.
Martes, 11.21

Vestido con aquel grueso traje, Mulder parecía un astronauta. Le costaba moverse, pero su impaciencia por investigar la misteriosa muerte del doctor Emil Gregory era tal que logró soportar la incomodidad.

Los técnicos de seguridad le ajustaron los cierres del traje, le cubrieron el rostro con la capucha, le bajaron la cremallera de la espalda y cerraron la tira de velero que la cubría para impedir que el residuo radiactivo o químico se filtrara por las costuras.

Veía a través de una lámina de plástico transparente, pero en el interior de la máscara se condensaba el aire y trató de contener la respiración.

Las bombonas de oxígeno que llevaba a la espalda estaban conectadas a la máscara de la capucha, y ésta hacía que le resonara en los oídos su propia respiración. Le dolieron las rodillas y los codos al intentar andar.

Armado contra la invisible amenaza de la radiación, Mulder se sentía lejos de cuanto le rodeaba.

—Pensaba que la ropa interior de plomo había pasado de moda junto con los pantalones acampanados.

De pie a su lado, todavía vestida con su llamativa camisa y falda, la morena belleza Rosabeth Carrera permaneció con los brazos a los costados, como si no supiera muy bien qué hacer. Había rehusado ponerse el equipo y los acompañó al laboratorio.

—Ahora pueden entrar y salir libremente y mirar cuanto quieran —dijo—. Mientras tanto intentaré conseguir los papeles para que tengan acceso libre al instituto… Les darán una autorización sólo válida para investigar este caso. El Departamento de Energía y los laboratorios Teller están impacientes por averiguar la

causa de la muerte del doctor Gregory.

—¿Y si no les gusta la respuesta? —preguntó Mulder.

A través de la capucha del traje antirradiactivo, Scully le dirigió una de aquellas miradas de advertencia que solía lanzarle cuando seguía su inclinación a andar a ciegas por terreno peligroso.

—Más vale eso que nada —repuso Carrera—. En estos momentos lo único que tenemos es un puñado de preguntas molestas. —Señaló a un lado y otro del pasillo, donde habían sido acordonadas las oficinas de los miembros del equipo de Gregory —. Los niveles de radiación del resto del edificio son perfectamente normales. Necesitamos que averigüen qué ha ocurrido.

—Tengo entendido que esto es un laboratorio de investigación de armas —señaló Scully—. ¿Trabajaba en algo peligroso el doctor Gregory? ¿Algo que pudiera haberse vuelto contra su propio inventor? ¿El prototipo de una nueva arma, tal vez?

Carrera cruzó los brazos sobre sus pequeños pechos y permaneció segura de sí.

—El doctor Gregory trabajaba con simulaciones de ordenador y en su laboratorio no había, por lo tanto, material fisible ni nada remotamente similar al potencial destructivo que vemos aquí. No había nada letal. El equipo no era más peligroso que un videojuego.

—¡Ah, los videojuegos! —exclamó Mulder—. Podrían ser la clave de la conspiración.

Rosabeth Carrera les entregó a cada uno un detector de radiación portátil. Se parecía a los que Mulder había visto en decenas de películas B de los años cincuenta sobre explosiones nucleares experimentales no controladas que creaban mutaciones cuya extravagancia sólo se veía limitada por los exiguos presupuestos para efectos especiales de Hollywood en aquellos tiempos. Uno de los técnicos de seguridad les dio una breve explicación sobre el manejo del detector de radiación. Pasó el extremo del sensor a lo ancho del pasillo, tomando una muestra de lecturas normales.

—Parece funcionar debidamente —señaló—. He comprobado la calibración hace apenas unas horas.

—Entremos, Mulder —dijo Scully, de pie en el umbral, impaciente por ponerse manos a la obra.

Carrera volvió a utilizar la llave de su chapa para abrir la puerta. Mulder y Scully entraron en el laboratorio del doctor Gregory… y los detectores de radiación enloquecieron.

Mulder observó cómo se disparaba la aguja del aparato, pero no oyó el chisporroteo de los contadores Geiger que tan a menudo se utilizaban en las películas. La silenciosa señal de la aguja ya era suficientemente inquietante.

Dentro de sus paredes de bloques de hormigón, aquella oficina había sufrido una intensa explosión radiactiva que había dejado la pintura llena de ampollas, el hormigón chamuscado y los muebles fundidos. La explosión había dejado en el ambiente una radiactividad residual y secundaría que tardaba en desaparecer.

Rosabeth Carrera cerró la puerta detrás de ellos. Dentro de su traje antirradiactivo, Mulder oía resonar su propia respiración. Parecía que alguien le jadeaba al oído o que un monstruo de largos colmillos se le había subido a los hombros… pero sólo eran los ecos en el interior de la capucha. La claustrofobia se iba apoderando de él a medida que se internaba en el laboratorio destrozado. Al ver los artefactos fundidos y quemados por una breve exposición al calor, sintió un escalofrío en la espalda y su antiguo pavor al fuego despertó bruscamente.

Scully fue directamente hacia el cadáver, mientras Mulder se detenía a inspeccionar las terminales del ordenador fundidas, los escritorios deformados, los papeles chamuscados que colgaban del tablón de anuncios o esparcidos por las mesas de trabajo.

—No hay rastro de qué puede haber originado la explosión —comentó, buscando entre los escombros.

Las paredes estaban adornadas con imágenes de islas del Pacífico: fotografías aéreas e impresiones por ordenador de mapas meteorológicos de los vientos oceánicos y sistemas tormentosos, así como de fotos en blanco y negro tomadas por los satélites del servicio meteorológico… todo centrado en el Pacífico oeste, al otro lado del meridiano de cambio de fecha.

—No es la clase de material que esperaba ver colgar de las paredes del laboratorio de un investigador de armas nucleares —comentó Mulder.

Scully se inclinó sobre el cadáver carbonizado del doctor Gregory.

—Si logramos averiguar qué estaba investigando y obtener algunos detalles del tipo de arma y las pruebas que pensaba realizar, podremos ofrecer una explicación más clara.

—¿Clara, Scully? Me sorprendes.

—Piénsalo, Mulder. A pesar de lo que ha dicho Carrera, el doctor Gregory era investigador de armas. ¿Y si estaba trabajando en una nueva arma explosiva de alta

potencia? Es posible que tuviera aquí un prototipo y que lo activara por equivocación. Es posible que este prototipo quemara todo lo que ves y lo matara… Si sólo era un modelo pequeño, su efecto sería limitado. No destruiría todo el edificio.

—Gracias a Dios —repuso Mulder—. Pero ¿has mirado bien? Yo no he visto ni rastro de un arma. Aun cuando explotara, debería haber alguna evidencia.

—Debemos seguir investigando —respondió Scully—. Necesito, llevarme este cadáver para realizar la autopsia. Pediré a la señora Carrera que me busque un centro médico donde poder trabajar.

Interesado en el tablero de anuncios de Gregory, Mulder tocó con una mano enguantada uno de los papeles con las puntas enroscadas que seguían colgados en el chamuscado tablero de corcho mediante una chincheta. Al rozarlo con la punta de los dedos el papel se redujo a cenizas que se esparcieron por el suelo.

Mulder miró alrededor en busca de trozos más gruesos de papel, esperando encontrar alguno tan intacto como las fotos de las paredes. Registró el escritorio del doctor Gregory en busca de informes técnicos o artículos periodísticos, pero no encontró nada. De pronto reparó en las huellas rectangulares que había sobre la chamuscada superficie del escritorio.

—Eh, Scully, mira esto. —Cuando ella se acercó, le señaló las manchas rectangulares y añadió—: Creo que aquí debía de haber documentos. Dejaron informes encima del escritorio… pero alguien ha retirado la prueba.

—¿Por qué iba a hacerlo? Seguramente esos informes también tienen una elevada radiactividad residual…

Mulder la miró a los ojos a través de la lámina de plástico de la capucha.

—Creo que alguien trata de hacernos un favor y ha «saneado» el lugar del asesinato para protegernos de cierta información secreta que tal vez no debamos ver. Por nuestro bien, por supuesto.

—Mulder, ¿cómo esperan que resolvamos este caso si han entrado en el lugar del crimen e interceptado las pruebas? No tenemos el cuadro completo.

—Estoy de acuerdo.

Se arrodilló para examinar un mueble metálico de dos estantes, llenos de libros de texto, manuales para el usuario de códigos de ordenador, un ejemplar de *Dinámica hidrocodificada lagrangiana y euleriana*, y textos sencillos de geografía y física. Las cubiertas estaban quemadas y ennegrecidas, pero el resto se hallaba intacto.

Observó marcas de quemaduras en los estantes mismos. Tal y como esperaba,

también habían retirado varios libros.

—Alguien quiere una explicación fácil, Scully. Una respuesta sencilla. Alguien que no desea que obtengamos toda la información.

Miró hacia la puerta cerrada del laboratorio.

—Creo que deberíamos registrar también las demás oficinas. Si pertenecen a los miembros del equipo del doctor Gregory, puede que alguien haya olvidado esconder la información que tan cuidadosamente ha retirado de este lugar.

Volvió al tablero de anuncios y tocó otro trozo de papel chamuscado, que también se redujo a cenizas. Pero antes de que se desintegrara del todo logró distinguir dos palabras: «Yunque Brillante».

4

Veterans Memorial Hospital, Oakland (California).
Martes, 15.27

Los técnicos de seguridad y los expertos en radiación del instituto Teller habían asegurado a Scully que la radiación residual que liberaba el cadáver del doctor Emil Gregory no era lo bastante elevada para representar un peligro significativo. A Scully le pareció divertido que ningún médico del hospital quisiera permanecer con ella en la sala de autopsias que le habían preparado a propósito.

Era doctora y había realizado muchas autopsias en su vida, pero prefería trabajar a solas, sobre todo en un caso tan inquietante como ése.

Había diseccionado cadáveres en numerosas ocasiones ante sus alumnos en la academia de Quantico del FBI, pero el estado del cuerpo del doctor Gregory, el espectro de un desastre radiactivo, le revolvía el estómago y se alegró de poder sumirse en sus propios pensamientos y no ser distraída con las preguntas —tal vez hasta bromas groseras— de los nuevos estudiantes.

En lugar de cederle una mesa en la sala de autopsias generales, el Veterans Memorial Hospital le había asignado una habitación muy poco utilizada y reservada sobre todo a enfermedades más virulentas, como extrañas plagas tropicales o mutaciones inesperadas de la gripe. No obstante, contaba con todo lo necesario. Scully permaneció de pie frente al cadáver de Gregory. Intentó tragar saliva, pero tenía la garganta demasiado seca. Debía ponerse manos a la obra.

Había realizado más autopsias de las que alcanzaba recordar, y visto cadáveres en condiciones mucho peores que el esqueleto carbonizado de aquel anciano. Pero al pensar en cómo había muerto el doctor Gregory volvieron a asaltarle las pesadillas que le habían perseguido durante su primer año en la facultad de Berkeley: imágenes

sombrías y deprimentes del oscuro futuro nuclear del mundo.

Había despertado en mitad de la noche en su dormitorio pensando en tales horrores, y de día había leído los eslóganes de propaganda y los pretenciosos panfletos antinucleares escritos para inculcar el miedo al átomo.

Antes de aquella autopsia había revisado textos médicos y tratamientos concisos y analíticos que evitaban las descripciones incendiarias de las quemaduras causadas por la radiación. Estaba preparada.

Scully respiró hondo a través de la máscara, de la que le colgaban dos pesados tubos filtradores de aire, semejantes a las mandíbulas de un insecto. También llevaba gafas para evitar que los fluidos del cadáver le salpicaran los ojos. Le habían asegurado que aquel sencillo traje protector bastaba para combatir los bajos niveles de radiación del cadáver del doctor Gregory, pero creyó sentir la contaminación invisible, semejante a un hormigueo. Quería darse prisa y acabar con todo aquello, pero no veía el momento de empezar.

Inspeccionó los implementos quirúrgicos de la bandeja próxima a la mesa de autopsia, pero no era sino una excusa para hacer tiempo. Se reprendió por no atreverse a tocar el cadáver. Después de todo, pensó, cuanto antes empezara, antes acabaría y saldría de allí.

En aquellos instantes hubiera preferido estar con Mulder entrevistando a algún colega científico del doctor Gregory… pero ése era su trabajo, su especialidad.

Encendió el magnetófono, preguntándose si la radiación que emanaba del cadáver afectaría la cinta magnética. Confiaba en que no.

—Paciente: Emil Gregory. Caucásico, varón, setenta años de edad —dictó.

Unos espejos curvados reflejaban la intensa luz blanca de los fluorescentes del techo. Éstos, junto con las lámparas quirúrgicas, hacían desaparecer todas las sombras e impedían que se ocultaran secretos.

La piel del cadáver estaba ennegrecida y pelada, y el rostro tan apergaminado que parecía una máscara quemada sobre el cráneo. Entre los labios entreabiertos y chamuscados asomaba una dentadura blanca. Los brazos y las piernas estaban doblados, como si hubiera contraído los músculos a causa del calor. Lo tocó con un dedo enguantado y la carne se desprendió en escamas. Tragó saliva.

—Hay indicios de algunas características presentes en las víctimas de un incendio, pero faltan otras. En un incendio corriente la temperatura del cuerpo se eleva por todas partes, causando grandes daños en los órganos internos, traumatismo general en

todo el organismo y rotura de tejidos débiles. Sin embargo, en este caso, el calor fue tan intenso y breve que sólo quemó el cuerpo por fuera y se apagó antes de penetrar en lo profundo del organismo.

Después de terminar su resumen preliminar, Scully inspeccionó la bandeja de instrumentos y, cogiendo un largo escalpelo, lo sostuvo con torpeza entre sus manos enguantadas. Al hundirlo en el cuerpo del doctor Gregory, tuvo la sensación de cortar un bistec muy hecho.

Se oía el ruido de fondo de los contadores Geiger al marcar los puntos aislados de radiación ambiental, que sonaban como dedos tamborileando en el cristal de una ventana.

Acercó la lámpara y volvió a su trabajo, examinando atentamente en busca de cualquier indicio que hubiera quedado en el cuerpo del anciano. Retiraba los órganos intactos, los pesaba y comentaba su estado, pero mientras lo hacía, cada vez veía más claro que algo no marchaba bien.

Finalmente, todavía con los guantes puestos, se acercó al interfono de la pared y, mirando por encima del hombro los despojos de Gregory, contactó con el departamento de oncología.

—Soy la agente especial Dana Scully, en la sala de autopsias… —Echó un vistazo a la puerta—: 2112. Necesito que un experto en oncología venga aquí para cambiar impresiones. He encontrado algo que quisiera fuese verificado.

A pesar de haber requerido la presencia de un especialista, estaba completamente segura de lo que iban a descubrir.

La voz al otro lado de la línea asintió a regañadientes. Scully se preguntó cuántos especialistas desaparecerían de pronto para almorzar o se apresurarían a acudir a olvidadas partidas de golf, dejando a sólo unos pocos echando suertes para decidir quién se reunía con ella y el cadáver carbonizado.

Regresó al lado del cadáver tendido en la mesa de metal pulido y bajó la vista, manteniendo aún las distancias. Cuando inhalaba, los tubos de la máscara siseaban como las abrasadoras llamas que brotan de la boca de un dragón.

Mucho antes de que el doctor Emil Gregory muriera a causa de las quemaduras producidas por una breve exposición al calor intenso, ya tenía todo el cuerpo destrozado por dentro. Los tumores habían penetrado en el organismo hasta interrumpir sus funciones.

De no haberse producido aquella extraña y extrema muerte, el doctor Emil

Gregory habría sucumbido al cabo de un mes a un cáncer terminal.

5

Base aérea de Vandenberg, California.
Refugio subterráneo de control de misiles balísticos.
Martes, 15.45

Una aburrida rutina enterrada en un cubo de la basura que alguien llamaba oficina. Cierta misión.

En otro tiempo el capitán Franklin Mesta había considerado divertido lanzar misiles desde una fortaleza subterránea con los mandos del Armagedón nuclear en su poder. Tecleabas las coordenadas, hacías girar llaves… y tenías el destino del mundo en tus manos, a la espera de una mera orden de lanzamiento.

En realidad parecía más bien una solitaria prisión, sólo que sin la privacidad de la soledad.

Confinado en una pequeña celda, Mesta contaba únicamente con la compañía de un colega escogido al azar y con quien tenía muy poco en común. Cuarenta y ocho horas seguidas sin ver la luz del día, sin oír el viento o el mar, sin estirar los músculos o hacer una buena tanda de ejercicios… ¿Qué sentido tenía que te destinaran a la costa central de California si tenías que permanecer debajo de una roca? Podría haber estado perfectamente en Minot, Dakota del Norte. Los refugios subterráneos se parecían mucho entre sí. Todos habían sido diseñados por el mismo decorador interiorista, sin duda contratado por el gobierno por el precio más módico.

Tal vez debería haber solicitado un cargo en el departamento de desactivación de armas explosivas. Al menos allí cabía la posibilidad de que ocurriera algo inesperado y emocionante.

Se volvió en su asiento para mirar a su compañero, el capitán Greg Louis, sentado fuera del alcance de la mano en una silla de cuero sintético rojo idéntica a la suya. Las

sillas se hallaban montadas sobre unos raíles de hierro que mantenían a los dos artilleros de misiles en un mismo ángulo. Las normas establecían que permanecieran todo el tiempo en sus asientos.

Un espejo redondo situado en la esquina entre ambos les permitía mirarse a los ojos, pero el contacto físico no era posible. El capitán Mesta suponía que se habían dado casos en que los artilleros de misiles enloquecían y trataban de estrangularse mutuamente al final de un prolongado turno.

—¿Qué tiempo crees que hace fuera? —preguntó Mesta.

El capitán Louis escribía concentrado en una libreta, haciendo cálculos. Absorto, levantó la vista y miró a Mesta en el espejo redondo. A pesar de que el rostro inexpresivo, los ojos saltones y los labios gruesos de Louis le daban un aire estúpido, Mesta sabía que era un número uno en matemáticas.

—¿Quieres que llame? —preguntó Louis—. Pueden enviarnos un informe completo por fax.

Mesta negó con la cabeza y recorrió con la vista los viejos tableros de mandos metálicos. Habían sido pintados de gris plomo, o aún peor, de verde mar, con diales de plástico negro que sonaban a hueco y lectores numéricos análogos; tecnología de los primeros tiempos de la guerra fría.

—No, simple curiosidad —repuso con un suspiro. Louis podía llegar a ser muy literal—. ¿Qué estás calculando ahora?

—A partir del área proyectada de esta cámara y de la profundidad en que nos encontramos con respecto a la superficie, calculo el volumen del material de un cilindro situado encima de nosotros —explicó dejando a un lado el lápiz—. A continuación utilizaré la densidad media de la roca para calcular la masa. Cuando lo tenga, sabremos exactamente cuánta roca hay sobre nuestras cabezas.

—¡Estás como un cencerro! —gruñó Mesta—. Eres un caso clínico.

—Sólo trato de distraerme. ¿No sientes curiosidad?

—La verdad, no.

Mesta hizo deslizar la silla por los raíles del suelo, a fin de verificar otra terminal que había examinado apenas cinco minutos antes. Las condiciones seguían siendo las mismas. Luego echó un vistazo al pesado teléfono negro de su puesto.

—Creo que voy a llamar para pedir permiso para ir al lavabo —comentó.

En realidad no necesitaba ir, pero era algo con que entretenerse. Además, para cuando llegara la respuesta de sus superiores ya tendría la vejiga llena.

—Adelante —respondió Louis, concentrado de nuevo en sus cálculos.

Detrás de una gruesa cortina roja que les proporcionaba un mínimo de intimidad —y un mínimo espacio para estirarse—, había un sencillo camastro que estaban autorizados a utilizar por turnos. Mesta calculó que podía permanecer despierto un rato más.

De pronto sonó el teléfono rojo y los dos hombres se transformaron en el acto en auténticos profesionales, alertas y atentos, y empezaron a actuar de acuerdo con el programa que les habían inculcado. Se sabían muy bien los ejercicios y se tomaban en serio cada alarma.

Mesta atendió el teléfono.

—Capitán Franklin Mesta al habla. Listos para verificación de código.

Aferrando la carpeta negra de tres anillas, hojeó las páginas plastificadas en busca de la fecha y la contraseña. La voz monótona, aguda y asexuada al otro lado de la línea enumeró con tono seco y preciso:

—Tango Zulú Diez Trece Rayo Alfa.

Mesta siguió los dígitos con el dedo al tiempo que los repetía por el auricular.

—Tango Zulú Uno Cero Tres Rayo Alfa. Verificado. Número dos, ¿conforme?

Frente a un teléfono idéntico, el capitán Louis estudiaba su carpeta de tres aros.

—Conforme —respondió—. Listo para recibir información sobre el blanco.

Mesta habló por el microteléfono.

—Estamos listos para introducir coordenadas.

Mesta sintió que el corazón le latía con fuerza y la adrenalina le corría por las venas, aunque sabía que se trataba de una simple práctica. Ésa era la estrategia del ejército para impedir que sus hombres enloquecieran de aburrimiento: hacerles ensayar los ejercicios rutinarios con regularidad y realizar continuamente prácticas de disparo con los misiles alojados en los distintos silos de Vándenberg.

Además de proporcionarles un buen entrenamiento y aliviar el aburrimiento, Mesta sabía que esos continuos ejercicios habían sido concebidos para habituar a los artilleros de misiles a seguir las instrucciones sin pensarlo dos veces. Sepultados bajo toneladas de roca, según los cálculos de Louis, los dos colegas se hallaban tan aislados que nunca sabían si se preparaban para un ataque real o sólo practicaban, y eso era precisamente lo que querían sus superiores.

Pero tan pronto como aparecieron en pantalla las coordenadas y los dos capitanes las marcaron en los discos numéricos, Mesta comprendió que el ataque no podía ser

real.

—Eso está en el Pacífico oeste, en alguna parte del archipiélago Marshall —dijo. Echó un vistazo al mapamundi con los bordes enroscados por el paso del tiempo, colgado de la pared metálica—. ¿Vamos a atacar la isla Gilligan o qué?

El capitán Louis respondió conciso y sensatamente:

—Probablemente siguiendo la nueva postura no amenazadora del gobierno. A los rusos no les gusta que finjamos siquiera que los apuntamos.

Mesta tecleó la secuencia «blanco verificado», meneando la cabeza.

—Al parecer alguien quiere unos cuantos cocos radiactivos.

Sin embargo, la mera posibilidad de un ataque real, de la irreversible provocación de una guerra nuclear, bastaba para que le viniera un sudor frío, tanto si se trataba de un ensayo como si no.

—¡Listo para inserción de llave! —exclamó Louis.

Mesta se apresuró a abrir su sobre para sacar la llave metálica que colgaba de una cadena de plástico.

—¡Listo para inserción de llave! —repitió—. ¡Tres, dos, uno… introducir llaves!

Los dos hombres insertaron en las ranuras las llaves metálicas, luego soltaron simultáneamente un suspiro de alivio.

—Emocionante, ¿no? —comentó Mesta, abandonando su aire de profesional.

Louis parpadeó y lo miró de un modo extraño. Ahora todo dependía del puesto de mando, donde otra persona uniformada ensamblaría el misil y desbloquearía la cabeza nuclear, el extremo cónico de las bombas atómicas. Cada componente de los múltiples vehículos de reingreso de dirección independiente, multiplicaba por cien la conmoción causada por las bombas de Hiroshima o Nagasaki.

—Procedan a la rotación de la llave —dijo la voz al otro lado de la línea.

Mesta aferró con dedos húmedos de sudor el extremo redondo de su llave insertada en la ranura. Levantó la vista hacia el espejo redondo y vio que el capitán Louis había hecho lo propio y esperaba a que él diera la orden. Mesta empezó la breve cuenta atrás y al llegar a «uno» hicieron girar las llaves.

Las luces se apagaron y salieron chispas de los viejos paneles de control, transistores y condensadores sobrecargados.

—¡Eh! —exclamó Mesta—. ¿Qué broma es ésta?

A pesar de su jactancia, de pronto le invadió un miedo cerval al verse atrapado en la más absoluta oscuridad, enterrado en una cueva metálica sumida en la negrura. Le

pareció sentir el peso de cada roca que el capitán Louis había calculado que tenían sobre sus cabezas y se alegró de que su compañero no pudiera ver la expresión de su rostro.

—Busca los mandos de emergencia —se oyó la voz de Louis, misteriosamente incorpórea en la oscuridad. Habló con un tono fingidamente sereno y profesional, pero con una nota discordante que lo delataba.

—¿Dónde están? —preguntó Mesta—. Conecta la corriente.

A su mente acudieron imágenes de asfixia y muerte. Sin corriente se agotaría el aire, y no podrían establecer contacto ni pedir una evacuación de emergencia.

¿Y si el ataque había sido real y habían borrado Estados Unidos del mapa en un incendio nuclear? ¡Imposible!

—¡Enciende las malditas luces! —exclamó Mesta.

—Aquí están. No hay tiempo para un autodiagnóstico. —De pronto Louis aulló de dolor—. ¡Ah! ¡Los mandos están ardiendo! Me he frito la mano.

Mesta vio la silueta de los paneles de mando cuando de los estantes metálicos emanó un intenso resplandor rojo, como el quemador de una estufa. De nuevo salieron chispas de las máquinas y otro resplandor, más brillante, se filtró por las planchas metálicas de la pared.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Mesta.

—El teléfono no funciona —respondió Louis, enloquecedoramente sereno de nuevo.

Mesta se volvió, sudoroso y jadeante.

—Hace tanto calor que parece que estemos en un microondas gigante.

Las junturas de las planchas metálicas de las paredes se separaron y los remaches saltaron como proyectiles hacia el otro extremo de la cámara cerrada, rebotaron e hicieron añicos los cristales de los paneles de mandos. Una luz deslumbrante entró a raudales y los dos hombres empezaron a gritar.

—¡Pero si estamos bajo tierra! —jadeó Louis—. Fuera debería haber sólo roca.

Mesta intentó levantarse y echar a correr hacia la escalera de emergencia, o al menos hacia el ascensor, pero las correas y cinturones lo mantenían sujeto a la incómoda silla. De pronto empezó a salir humo de la tapicería.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Louis—. ¿No oyes voces fuera?

Por las grietas de las paredes entraban luz y calor, como una explosión cegadora procedente del centro del sol. Lo último que el capitán Mesta oyó fue un furioso

bramido semejante a un torbellino vengativo.

Las junturas de las paredes se abrieron en el preciso instante en que la última barrera se desintegraba y una gigantesca ola de fuego radiactivo caía sobre ellos y los sepultaba.

6

Instituto de Investigaciones Nucleares Teller.
Martes, 15.50

Con la chapa de visitante prendida al cuello de la camisa, Mulder se sentía como un vendedor ambulante.

Siguió el mapa del instituto Teller en que Rosabeth Carrera había marcado con un círculo el edificio donde habían instalado provisionalmente al equipo del doctor Gregory.

Finalmente encontró el edificio, un antiguo y destartalado cuartel de dos pisos, con los cristales de las ventanas tan viejos que empezaban a rajarse. Los marcos de las puertas y ventanas estaban pintados de un color amarillento, putrefacto, que le recordó los lápices número 2 que repartían en su instituto para los exámenes oficiales. Las paredes exteriores se hallaban revestidas de un compuesto de guijarros que formaba láminas flexibles superpuestas en un diseño repetitivo y que parecían las alas de una monstruosa y gigantesca polilla imitante.

—¡Qué despachos más acogedores! —murmuró Mulder.

Por el folleto que había cogido en la oficina de pases, se había enterado de que el instituto Teller ocupaba el solar de un viejo depósito de armas del ejército. Tras echar un vistazo al cuartel, decidió que se trataba de una de las pocas estructuras que se había mantenido en pie, mientras que las demás eran demolidas y sustituidas por edificios de oficinas modulares prefabricados.

Trató de imaginar a qué miembros habían relegado a esos lúgubres despachos: directores de proyectos interrumpidos tras perder batallas presupuestarias, nuevos empleados que esperaban sus autorizaciones o personal administrativo que no precisaba de los laboratorios de alta tecnología de los investigadores nucleares. Por lo

visto, el proyecto del doctor Gregory había perdido prestigio.

Mulder subió penosamente las viejas escaleras de madera y abrió de un empujón la puerta, que quedó por un instante atascada. Entró, listo para mostrar el pase y la placa del FBI, a pesar de que Rosabeth Carrera le había asegurado que aquella parte del centro estaba abierta a los visitantes con autorización. El edificio se hallaba dentro del área acordonada y era, por lo tanto, inaccesible al público general, pero en ninguna de esas oficinas podían realizarse tareas secretas.

El pasillo estaba desierto. Mulder sólo vio una pequeña cocina con una cafetera y una gran jarra de plástico llena de agua en una nevera portátil. Colgado de la pared había un letrero realizado con impresora láser en papel de color salmón, y Mulder vio otras cuantas copias a cada lado del pasillo, en las puertas y en los tableros de anuncios.

ATENCIÓN, ÁREA DE ASBESTO
El equipo de eliminación de material contaminante
trabajará aquí las siguientes fechas:

Naturalmente, las fechas escritas a mano en la línea en blanco coincidían con las que pensaban permanecer en el área.

Debajo, en letras sofisticadas, como si alguien se hubiera hecho el listo y cambiado las fuentes de su tratamiento de textos, se leía: «Rogamos disculpen las molestias».

Mulder recorrió el breve pasillo de la cocina hasta llegar a la intersección con el corredor principal de las oficinas. El techo crujió y al levantar la vista reparó en las placas de insonorización manchadas de humedad que colgaban precariamente de una estructura suspendida alrededor de las luces fluorescentes. Siguió oyéndose ruido de pasos en la segunda planta y las viejas vigas, gimieron cansinamente.

Se detuvo al final del pasillo. Toda el área a su izquierda se hallaba cubierta por un plástico, como si llevaran a cabo misteriosas actividades de preservación. Los obreros, vestidos con monos y llevando pesadas máscaras de oxígeno, acarreaban listones y arrancaban la placa de yeso de las paredes detrás de la cortina de plástico traslúcido. Otros utilizaban ruidosos aspiradores de alta potencia para recoger el polvo que

levantaban. El cordón amarillo impedía seguir avanzado por el pasillo y de la frágil barricada colgaba otro rótulo escrito a mano.

Obras de extracción de asbesto
¡Peligro!
NO CRUZAR

Mulder echó un vistazo a la pequeña nota amarilla donde se leía el número de la oficina provisional de Bear Dooley.

—Espero que no esté allí —dijo, mirando hacia la zona de obras de eliminación de asbesto.

Giró a la derecha y comprobó el número de las puertas, la mayoría de ellas cerradas y no necesariamente porque las oficinas estuvieran vacías, sino porque no podían trabajar con tanto estruendo.

Siguió los números corredor abajo, escuchando a los obreros dar estruendosos golpes para extraer el viejo aislante de asbesto contaminado que iba a ser reemplazado por los nuevos materiales aprobados. Décadas atrás el aislante de asbesto se había considerado perfectamente seguro. Pero debido a las nuevas normas de seguridad, los obreros parecían estar causando un problema aún mayor. Para solucionar el problema habían derribado el interior del edificio, gastando una enorme suma del dinero de los contribuyentes, y probablemente liberando muchas más fibras de asbesto rotas que las que jamás se habrían liberado en la vida natural del edificio.

Se preguntó si, una década o dos más adelante, alguien decidiría que el nuevo material también era peligroso y se repetiría todo el proceso.

Mulder recordó un chiste que apareció en el viejo Saturday Night Life y que, espatarrado en el sofá un sábado a altas horas de la noche, le pareció muy divertido. El comentarista de actualidades del fin de semana anunciaba orgulloso que los científicos habían descubierto por fin que el cáncer era causado en realidad… ¡por las ratas blancas de laboratorio!

Pero ahora el chiste no le parecía ni la mitad de gracioso. Se preguntó qué tal debía de irle a Scully con su autopsia del cadáver del doctor Gregory.

Finalmente llegó a la puerta entornada y cubierta de numerosas capas de espesa

pintura marrón de la oficina de Bear Dooley. En el interior de la lúgubre habitación, un hombre fornido vestido con cazadora tejana, camisa de franela y vaqueros, apilaba cajas sobre un alto fichero negro y clasificaba los objetos que había recogido apresuradamente de su vieja oficina.

Mulder llamó a la puerta con los nudillos y la abrió un poco más.

—Disculpe, ¿es usted el doctor Dooley?

El hombre, ancho de espaldas, se volvió hacia él. Tenía el cabello largo y castaño rojizo, y una poblada barba como de alambre de cobre, salvo por un llamativo mechón blanco en el lado izquierdo que parecía leche derramada. La máscara de oxígeno le cubría la boca y la nariz.

—¡Póngase la máscara! ¿Está loco? —exclamó.

Se acercó con aire pomposo al destartalado escritorio provisional y, abriendo el cajón derecho, sacó un paquete de máscaras filtros. Con sus carnosas manos rasgó el plástico y le lanzó una a Mulder.

—Ustedes, los tipos del FBI, se creen muy listos… Pensé que se le ocurriría tomar unas simples precauciones…

Mulder se ató tímidamente la máscara y respiró a través de ella, que olía a papel. Luego sacó la chapa de identidad y la abrió para mostrarle la foto.

—Bear Dooley, supongo. ¿Cómo sabía que soy del FBI?

El hombre corpulento dejó escapar una carcajada.

—¿Bromea? Con americana y corbata sólo puede ser del Departamento de Energía o del FBI… y tras la extraña muerte del doctor Gregory supuse que era un agente. Nos dijeron que los esperáramos y colaboráramos.

—Es muy amable —repuso Mulder, entrando y sentándose junto al atestado escritorio, sin esperar la invitación—. De momento sólo tengo unas pocas preguntas. Procuraré no extenderme. Estamos aún al principio de nuestra investigación.

Dooley reanudó la tarea de vaciar sus pertenencias de las cajas de cartón, introducir dosieres en los cajones del fichero y arrojar lápices y libretas en el cajón del centro del escritorio.

—Antes que nada —prosiguió Mulder—, ¿podría hablarme del proyecto en que estaban trabajando usted y el doctor Gregory?

—No —respondió Bear Dooley, volviéndole la espalda para sacar unas fotos enmarcadas y lo que parecían impresiones de satélites meteorológicos, informes técnicos y previsiones de las temperaturas oceánicas—. No puedo hablar de ello. Es

confidencial.

—Entiendo —repuso Mulder—. ¿Y se le ocurre de qué forma secreta parte de este proyecto pudo volverse contra Gregory y matarlo?

—No —respondió Dooley.

Mulder tuvo la impresión de que Bear Dooley solía ser huraño con los recién llegados —que no soportaba a los necios— pero que en ese momento estaba especialmente distraído. Tal vez estaba muy abrumado al encontrarse de pronto a cargo del proyecto. Mulder observó los movimientos del ingeniero y escuchó sus abruptas respuestas. Trató de recomponer el escenario donde Dooley, en su afán por convertirse en una figura importante, trazaría un plan para matar al verdadero cabeza del proyecto y disponer por lo tanto todo para convertirse en el sucesor obvio…

Pero no parecía verosímil. Dooley no parecía disfrutar de la situación.

—Tal vez sea preferible que nos movamos en terreno más seguro. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando para el doctor Gregory? —preguntó Mulder.

Dooley se detuvo y se rascó la cabeza.

—Cuatro o cinco años, supongo. La mayor parte del tiempo de técnico. Entonces creía que trabajaba mucho, pero ahora tengo trabajo hasta las cejas.

—¿Cuánto tiempo hace que es subdirector del proyecto?

Esta vez Dooley respondió con mayor rapidez.

—Once meses, desde que desertó Miriel.

Fuera en el pasillo se oyó el estruendo de una sierra, seguido de un desagradable gañido. El ruido de unas tuberías al caer y de placas de yeso y maderas al estrellarse en el suelo vino acompañado de una breve retahíla de maldiciones y una carrera de esfuerzos frenéticos por controlar el peligroso asbesto. Mulder pensó en el taladro del dentista y se le encogió el estómago.

—¿Qué son todas estas imágenes aéreas, mapas y previsiones meteorológicas de las islas de los mares del Sur? —preguntó.

Dooley se encogió de hombros y vaciló unos instantes mientras improvisaba una explicación.

—Es posible que me tome unas vacaciones… y me aleje de todo, ya sabe. Además, son del Pacífico oeste y no de los mares del Sur.

—Es extraño. El doctor Gregory tenía unas fotos parecidas en su oficina.

—Puede que acudiéramos a la misma agencia de viajes —respondió Dooley.

Mulder se inclinó hacia él. Le costaba tomar en serio un interrogatorio llevando

ambos esas absurdas máscaras. Le ardían las mejillas y los labios a causa de su propia respiración, y su voz sonaba apagada.

—Háble me de *Yunque Brillante*.

—Nunca he oído ese nombre —replicó Dooley crispado.

—Sí lo ha oído.

—No tiene autorización para investigar —respondió Dooley.

—Tengo la del FBI —repuso Mulder.

—El FBI no significa nada para mí, agente Mulder —replicó Dooley—. He firmado papeles y asistido a la sesión de instrucciones, y sé cómo ha sido clasificado mi trabajo. A diferencia de otros ayudantes del doctor Gregory, me tomo en serio los votos que hago. —Dooley señaló a Mulder con un dedo—. Tal vez no se haya dado cuenta, pero usted y yo estamos en el mismo bando. Yo también lucho por este país haciendo lo que nuestro gobierno juzga necesario. Si busca un charlatán, ¿por qué no va a ver a Miriel Bremen a la oficina central de Detened Esta Locura Nuclear? Encontrará la dirección en cualquiera de los miles de panfletos que anoche dejaron esparcidos por las alcantarillas y a lo largo de la cerca. Hable con ella y luego arréstela por divulgar información sobre la seguridad nacional.

»De hecho, tiene un montón de preguntas que hacerle. Se encontraba en los alrededores del laboratorio cuando Emil Gregory murió, y tenía un montón de motivos para querer echar por la borda nuestro proyecto.

Mulder lo miró con severidad.

—Continúe.

Bear Dooley se ruborizó mientras el antiguo resentimiento emergía a la superficie.

—Ella y los demás manifestantes permanecieron todo el tiempo allí fuera y amenazaron con no detenerse ante nada (nada, si es usted capaz de captar las claras implicaciones del término) en su propósito de sabotear nuestro trabajo. Miriel sabría cómo hacerlo, pues trabajó mucho tiempo aquí. Tal vez fue ella quien colocó algo en la oficina de Gregory. Tal vez sea ella quien está detrás de todo este asunto.

—Lo averiguaremos —respondió Mulder.

Dooley dejó en el escritorio una pesada caja llena de artículos de oficina y colocó los lápices, bolígrafos y tijeras junto a la grapadora y el celo.

—Tengo mucho que hacer, agente Mulder. Ya estaba hasta el cuello de responsabilidades y ahora es aún peor. Y por si fuera poco, me han echado de mi confortable oficina y me encuentro encerrado en este maldito agujero de un viejo

cuartel donde no puedo sacar ninguno de mis papeles secretos.

Al acercarse a la puerta, Mulder recordó algo.

—He advertido que han retirado varios informes y papeles de la oficina del doctor Gregory. Interceptar pruebas del lugar del crimen es un delito grave. Usted no tiene nada que ver con ello, ¿verdad?

Bear Dooley vació los últimos objetos de la caja de cartón, luego la dejó boca abajo en el suelo y se dedicó a pisotearla.

—Todos los informes de nuestro proyecto son documentos de difusión secreta, agente Mulder… numerados y asignados a un usuario específico. Algunos de los informes del doctor Gregory eran únicos. Tal vez los necesitábamos para nuestro trabajo. Nuestro proyecto tiene prioridad.

—¿Sobre una investigación de asesinato? ¿Quién lo dice?

—Pregunte al Departamento de Energía. Puede que no le hablen mucho del proyecto, pero le aclararán este punto.

—Parece muy convencido —repuso Mulder.

—Como solía decir mi ex novia, la confianza en mí mismo no es precisamente uno de mis puntos débiles —replicó Dooley.

Mulder insistió en el asunto.

—¿Puede darme una lista de los documentos que ha retirado de la oficina del doctor Gregory?

—No —respondió Dooley—. Son secretos.

Mulder mantuvo la calma. Introdujo la mano en el bolsillo y sacó una de sus tarjetas.

—Éste es el número de la oficina principal del Bureau. Si se le ocurre algo que decirme, puede ponerse en contacto conmigo a través del sistema telefónico federal desde aquí mismo, o llamarme a mi teléfono celular.

—Por supuesto.

Dooley aceptó la tarjeta y abrió distraído el cajón del medio del escritorio que ya estaba atestado de lápices, reglas, chinchetas, sujetapapeles y otros objetos. Dejó caer la tarjeta dentro, donde probablemente jamás sería capaz de volverla a encontrar, en caso de que quisiera. Y Mulder no le dio la impresión de que quisiera hacerlo.

—Gracias por su tiempo, doctor Dooley —dijo.

—Señor Dooley —corrigió el ingeniero, luego bajó la voz y añadió—: No terminé el doctorado. Estaba demasiado ocupado trabajando para preocuparme de tales cosas.

—Le dejo con su proyecto —repuso Mulder.

Y salió al pasillo, donde los obreros seguían arrancando capas de material contaminado tras las finas cortinas de plástico.

7

Residencia Gregory Pleasanton (California).
Miércoles, 10.28

La llave encajaba en la cerradura, pero aun así Mulder llamó y apenas si abrió una ranura la puerta antes de asomar la cabeza.

—Ding dong, Avon llama —dijo.

La casa de Emil Gregory lo recibió con un absoluto silencio.

A su lado, Scully apretó los labios.

—No debería haber nadie aquí, Mulder. El doctor Gregory vivía solo. —Abrió el dosier que había estado sosteniendo contra la chaqueta de su traje azul marino—. Según este informe, su esposa murió de leucemia hace seis años.

Mulder meneó la cabeza con el entrecejo fruncido. Pensó en el cáncer terminal que Scully había descubierto la tarde anterior, al hacer la autopsia del cadáver de Gregory.

—¿Ya no muere nadie tranquilamente en la cama en la tercera edad?

Los dos vacilaron en el umbral de la fría y polvorienta casa que se hallaba al final de un callejón sin salida. La arquitectura del edificio parecía fuera de lugar, con sus esquinas redondeadas y sus arcadas que recordaban una mansión de adobe del sudoeste. A ambos lados de la puerta principal había baldosas de colores, y una parra se enroscaba en torno a una glorieta que daba sombra al porche.

Tras unos segundos de espera, Mulder abrió la puerta. Una vez en el vestíbulo, echaron a andar sobre unas grandes baldosas de terracota y bajaron dos escalones hasta la planta principal.

Aunque Gregory había muerto apenas hacía un día y medio, el lugar ya tenía un aire abandonado de casa encantada.

—Es asombroso lo rápido que se instala esta atmósfera opresiva —comentó

Mulder.

—Salta a la vista que era soltero —señaló Scully.

Mulder miró alrededor y no vio un desorden particular en la casa. De hecho, le recordó el estado en que se hallaba su propio apartamento la mayoría de las veces. Se preguntó si Scully le tomaba el pelo.

La estancia principal contenía el mobiliario habitual —sofá, canapé, televisor, cadena de música—, pero no parecía haber sido utilizado muy a menudo. En la mesilla de centro colocada frente al sofá, una pila de revistas viejas asomaba bajo una docena de informes técnicos que llevaban el logotipo del Instituto de Investigaciones Nucleares Teller, y otros de los laboratorios de Los Álamos y Lawrence Livermore.

Las paredes, en tonos pálidos, tenían el aspecto liso y suave de la arcilla, y en los huecos alrededor de la chimenea había expuesta una colección de chucherías. En los estantes había cazuelas pintadas anasazi y varios vistosos amuletos para ahuyentar los malos espíritus decoraban las paredes. De la repisa de la chimenea colgaba una guirnalda hecha de pimientos rojos secos.

Toda la casa poseía un aire mejicano, pero Mulder tenía la impresión de que la decoración había sido obra de la difunta esposa del viejo doctor Gregory, y que éste no había tenido ánimos ni incentivo para redecorarlo a su manera.

—Después de perder a su esposa, el doctor Gregory no parecía tener ningún interés aparte de su trabajo —señaló Scully, consultando de nuevo el dosier—. Según este informe, pidió dos meses de excedencia para ocuparse del funeral y demás… pero al parecer no sabía qué hacer consigo mismo. Desde su reincorporación al trabajo en el instituto Teller, su expediente está lleno de elogios. Al parecer se consagró a la investigación con total abandono. Era su vida entera.

—¿Algún dato sobre qué investigaba? —preguntó Mulder.

—Dado que era un proyecto secreto, no se especifica.

—La historia de siempre.

En la cocina, Scully encontró varios frascos de analgésicos obtenibles sólo con receta. Los agitó y estudió las etiquetas. Algunos estaban medio vacíos.

—Tomaba bastante medicación… analgésicos y narcóticos —señaló—. El dolor del cáncer debía de ser terrible. No tengo aquí su historial médico, pero sin duda sabía que sólo le quedaban unos meses de vida.

—Sin embargo seguía yendo cada día a trabajar —repuso Mulder—. Eso sí es dedicación.

Vagó por la casa vacía, no muy seguro de qué buscaba. Cruzó la sala de estar y recorrió el pasillo lateral que conducía a los dormitorios de la parte trasera y al despacho. En esta parte de la casa, el estilo de decoración era completamente diferente.

De las paredes colgaban fotos enmarcadas, siguiendo un orden fortuito que sugería la imagen de un hombre con martillo y clavos, pero sin la paciencia ni las ganas de utilizar una regla o un nivel. Al parecer el doctor Gregory las colgaba a medida que las iba coleccionando, sin orden ni concierto.

Cada imagen era diferente, pero con un sorprendente elemento en común: la repetitiva furia de enormes hongos atómicos y estallidos nucleares, uno detrás de otro, algunos más potentes que otros. Mulder distinguió detrás de algunas explosiones un fondo desértico, mientras que otras exhibían el océano y destructores de la Marina. Los científicos, identificables por sus camisas de algodón y gafas de montura negra, sonreían a la cámara junto a oficiales militares y otros hombres uniformados.

—¡Y pensar que hay quien colecciona fotos de Elvis vestido de terciopelo negro! —comentó Mulder, estudiando los hongos atómicos.

Scully se detuvo a su lado.

—Reconozco algunas de estas imágenes —comentó—. Son las típicas fotos. Ésas son de las detonaciones experimentales de bombas de hidrógeno realizadas en el archipiélago Marshall a mediados de los años cincuenta. Esas otras creo que son de las explosiones realizadas en el polígono de pruebas de Nevada, del proyecto Plowshare. —Se quedó mirando fijamente las fotos.

Mulder la observó y se sorprendió de su expresión consternada.

—¿Ocurre algo?

Ella negó con la cabeza, colocándose detrás de la oreja un mechón de cabello castaño claro.

—No… no es nada. Sólo recordaba que, según su expediente, el doctor Gregory trabajaba en artillería nuclear desde los tiempos del proyecto Manhattan. Estuvo presente en la explosión experimental de Trinity, luego trabajó en Los Álamos, y participó en muchas de las detonaciones de bombas H de los años cincuenta.

Mulder miró fijamente lo que parecía el hongo más grande, una enorme erupción de agua, fuego y humo que se elevaba sobre el océano. Parecía como si toda una pequeña isla se hubiera volatilizado. Al pie de la fotografía, escrito a mano, se leía: «Castillo Bravo».

—Debió de ser todo un espectáculo —comentó él.

Scully lo miró sorprendida.

—No creo que me gustara verlo —replicó.

Él se atusó apresuradamente el cabello.

—No lo decía en serio.

Leyó los extraños nombres garabateados en cada una de las fotos. Habían sido escritos con bolígrafos diferentes, pero por la misma mano. Algunos se habían borrado con los años; otros habían conservado mejor el color.

—Sawtooth. Mike. Bikini Baker. Greenhouse. Ivy. Rayos X Sandstone.

—¿Qué es esto, una clase de código? —preguntó Mulder.

Scully negó con la cabeza.

—No, eran los nombres de las pruebas de distintos tipos de bombas. A cada una le ponían un nombre disparatado. Las pruebas en sí no eran un secreto, sólo los detalles acerca del artefacto, la hora, el rendimiento estimado y el ensamblaje del núcleo. A toda una serie de explosiones realizadas bajo tierra en Nevada las bautizaron como las «ciudades fantasma de California». Para otra serie recurrieron a nombres de quesos.

—Menuda pandilla de tipos extraños.

Mulder dejó atrás la galería de fotos y entró en el espacioso y desordenado despacho de Gregory. A pesar de la cantidad de papeles, notas y libros esparcidos en varios montones por la habitación, intuyó que el doctor Gregory era capaz de encontrar cualquier cosa en el acto. El gabinete o despacho era como un santuario en su propia casa, y a pesar de la colocación aparentemente fortuita de toda la parafernalia, a lo largo de los años el viejo científico debía de haber impuesto un orden.

Viendo las ideas inmaduras garabateadas en blocs amarillentos, Mulder se conmovió al pensar en aquella vida repentinamente interrumpida. Era como si un cineasta aficionado hubiera dejado en PAUSE una cámara de vídeo mientras el doctor Emil Gregory desaparecía del escenario, dejando todos los accesorios tal y como estaban.

Mulder examinó con detenimiento las notas, papeles e informes técnicos. Reparó en un montón de folletos a todo color sobre viajes a varias islas del Pacífico. Algunos eran vistosos, realizados por profesionales, mientras que otros parecían hechos de un modo precario por gente que no sabía muy bien lo que se hacía.

—No esperarías encontrar nada aquí, ¿verdad? —dijo Scully—. Es poco probable

que el doctor Gregory se llevara a casa algún documento comprometedor.

—Es posible —corroboró Mulder—, pero se formó en los tiempos del proyecto Manhattan. Entonces la seguridad era un poco más laxa que ahora, ya que todos trabajaban en el mismo bando contra los malos.

—Y aquí estamos, construyendo todavía bombas para luchar contra los malos… sólo que ya no estamos tan seguros de quién son —se apresuró a añadir Scully.

Mulder la miró de soslayo, arqueando las cejas.

—¿Debo tomarlo como una reflexión, agente Scully?

Ella no respondió. En lugar de ello recogió del suelo un certificado enmarcado y lo dejó en uno de los estantes bajos. Mulder vio en la pared el clavo desnudo del que había colgado.

—Me pregunto quién lo habrá descolgado —comentó ella, ladeándolo para mostrárselo.

Se trataba de un folio procedente de una impresora láser, con un logotipo diseñado mediante un tratamiento de textos corriente; parecía una broma, pero que había llevado mucho tiempo a su autor. En el centro aparecía una estilizada campana con el badajo asomando por debajo. En la parte superior habían dibujado el círculo del símbolo universal «No» y debajo se leía: «El prestigioso premio NO-BELL[1], concedido al doctor Emil Gregory por el personal del proyecto Yunque Brillante».

—Premio NO-BELL… —murmuró Mulder con un gruñido—. Lo extraño es que Bear Dooley, el número uno del doctor Gregory, me aseguró ayer mismo con vehemencia que el proyecto Yunque Brillante no existía. ¿Quién firma el certificado?

Scully bajó la vista.

—Miriel Bremen, la mujer que trabajaba para Gregory antes de convertirse en una radical activista.

—¡Ah! —exclamó Mulder—. Creo que ha llegado el momento de hablar con Miriel Bremen. La sede del grupo de protesta está en Berkeley, ¿verdad? No queda lejos de aquí.

Scully asintió, preocupada.

—Me gustaría hablar con ella a solas, Mulder —respondió, sorprendiéndolo.

—¿Algún motivo en particular para darme la tarde libre?

Ella negó con la cabeza.

—Un viejo asunto, Mulder. No tiene nada que ver con el caso.

Mulder asintió. La conocía lo bastante bien como para saber que no debía

presionarla cuando no quería revelar lo que le preocupaba. Confiaba en que lo haría a su debido tiempo.

8

Instituto de Investigaciones Nucleares Teller.
Miércoles, 24.08

Los dos días de frenéticas obras de eliminación de asbesto habían dejado una película blanquecina en el escritorio, cuadernos, terminal de ordenador y teléfono de Bear Dooley.

Con un pañuelo de papel limpió las superficies expuestas, diciéndose que probablemente sólo se trataba de las escamas y el polvillo que desprendían el muro de mampostería y la placa de yeso, nada peligroso. Todas las fibras de asbesto sueltas habían sido cuidadosamente retiradas. Después de todo, los contratistas eran funcionarios del gobierno.

Ese pensamiento volvió a inquietarlo. Quería que le devolvieran su antiguo laboratorio. Detestaba ese despacho provisional. Se sentía como si estuviera acampando en el mismo lugar de trabajo. «Luchando contra las dificultades», lo habría llamado Mark Twain.

Las distracciones lo irritaban. El proyecto Yunque Brillante era demasiado importante para que él y sus colaboradores tuvieran que arreglárselas buenamente mientras se investigaba la muerte del doctor Gregory. ¿Qué tenía eso que ver con los preparativos de la prueba? ¿Quién establecía allí las prioridades, en cualquier caso? El proyecto contaba con un reducido margen de tiempo y las condiciones eran muy precisas, mientras que la investigación de un crimen podía prolongarse indefinidamente, sin tener en cuenta la época del año o las condiciones meteorológicas. «Dejad que termine con Yunque Brillante —pensó—. Los agentes del FBI disponen de todo el tiempo del mundo».

Echó un vistazo a su reloj. Las imágenes del nuevo satélite llevaban diez minutos

de retraso. Descolgó el auricular, suspirando disgustado. No era el aparato con los números grabados que tenía en su despacho, y tuvo que revolver en los cajones del escritorio en busca del listín telefónico del instituto y pasar páginas hasta encontrar la extensión de Víctor Ogilvy. Marcó el número mientras se frotaba los dedos y observaba la fina capa de polvo blanco que había recogido. Disgustado, se limpió la mano en los vaqueros.

El teléfono sonó un par de veces antes de que contestaran.

—Víctor, ¿dónde está ese parte meteorológico? —preguntó sin más. A esas alturas su joven ayudante ya debía de haber reconocido su retumbante voz.

—Ya lo tenemos —respondió la voz gangosa del investigador—. Sólo lo estamos verificando por segunda y tercera vez. Creo que esta vez le gustarán.

—Bueno, tráemelas aquí para que pueda verificarlo una cuarta vez —ordenó Dooley—. Todo tiene que salir con exactitud.

—Voy para allá —respondió Víctor.

Dooley se recostó en la crujiente y vieja silla, tratando de encontrar una postura cómoda. El aire acondicionado estaba demasiado alto en aquel viejo cuartel, de modo que no se había quitado la cazadora tejana que llevaba sobre la camisa de franela roja. Con el cabello largo y la poblada barba parecía un montañero.

Su conducta solía intimidar a la gente que lo rodeaba, sobre todo a los que trabajaban para él. Bear Dooley no creía ser un jefe tan severo, siempre que ellos cumplieran con su deber. Si no estaban dispuestos a hacer su trabajo, no deberían haberse molestado en solicitar el puesto. Víctor y los demás ingenieros que llevaban varios años en el equipo de Dooley pensaban que era fácil llevarse bien con él y ganarse su confianza… pero también sabían que si alguna vez le fallaban, más les valía echar a correr.

Fuera en los pasillos, los obreros seguían aporreando las paredes y un plástico lo cubría todo mientras derribaban otra ala del edificio.

La puerta exterior del antiguo cuartel se abrió y el pelirrojo Víctor Ogilvy subió ágilmente por las escaleras y recorrió el pasillo de linóleo hasta la oficina provisional de Dooley. Irrumpió en el interior con el rostro sonrojado y la sonrisa ansiosa de un reportero sobre la pista de una nueva historia. Las gafas de montura metálica se le resbalaban de la nariz.

—Aquí están las impresiones del satélite —dijo.

Extendió los mapas en el despejado escritorio de Dooley y colocó encima una

grapadora y unas tijeras para sujetar los enroscados bordes.

—¿Ve los nubarrones de tormenta aquí? Existe una probabilidad del noventa y cinco por ciento de que esta borrasca siga el camino que he marcado con trazos rojos. —Recorrió con el dedo el contorno del Pacífico oeste y dejó atrás el meridiano de cambio de fecha que cruzaba el archipiélago Marshall—. He buscado los puntos donde estallará la tormenta y al parecer hay un blanco perfecto… justo aquí. —El dedo de Víctor tapó por completo un minúsculo punto que parecía un error de imprenta en medio del océano—. ¡Zas!

Dooley bajó la vista.

—El atolón Enika.

—Está en las efemérides —añadió Víctor, señalando con la cabeza la estantería de Dooley.

Éste se echó hacia atrás para coger un grueso libro y sopló el polvo blanco del lomo. Luego pasó las páginas examinando las coordenadas náuticas hasta encontrar la entrada de Enika.

—¡Oh, qué emocionante! —exclamó tras leer la breve descripción—. Una gran roca plana en medio de la nada. No existen fotos recientes, pero parece creada expresamente para nuestros fines. No tiene asentamientos ni historia.

—Nadie advertirá nada allí —corroboró Víctor.

—Déjame ver otra vez esos mapas. —Dooley chasqueó los dedos para que Víctor se apresurara y éste volvió a extender los mapas meteorológicos y señaló las amenazantes nubes que se cernían como un puño cerrado sobre el océano.

—Se han previsto huracanes en las islas vecinas. No hay gran cosa en los alrededores, sólo unos cuantos islotes diseminados, como Kwajalein y Truk. Se encuentra incluso en aguas jurisdiccionales de Estados Unidos.

—¿Y estás seguro de que estallará justo aquí la tormenta? —preguntó Dooley. Ya se había convencido, pero quería que alguien más lo dijera.

Víctor suspiró exasperado.

—¡Fíjese en el tamaño del frente tormentoso! ¿Cómo iba a equivocarme? Falta una semana para que se desate el temporal, lo cual es una eternidad en términos de previsiones meteorológicas, pero no nos deja mucho margen para los preparativos… si decidimos ir, claro. —El joven pelirrojo y delgado retrocedió y arrastró los pies por el suelo como si le urgiera ir al lavabo.

Dooley lo miró dándole a entender que no estaba para tonterías.

—¿Qué quieres decir con si decidimos ir? ¿Acaso hay algo que aconseje lo contrario? Habla sin rodeos.

Víctor se encogió de hombros.

—A simple vista no hay nada, pero la decisión es suya. En ausencia del doctor Gregory, es usted el que ahora mueve los hilos.

Dooley asintió. Sabía muy bien cuándo podía confiar en sus hombres, y ésta era una de esas ocasiones.

—Está bien, empecemos con las llamadas. A partir de este momento se pone en marcha Yunque Brillante. ¡Allá vamos! En primer lugar nos ocuparemos de que el cuerpo de ingenieros vuele hasta Enika y que nuestro destructor nos espere en la base naval de Coronado, listo para zarpar en cuanto lleguemos.

Víctor se apresuró a asentir.

—Ya hemos hecho los trámites con el Departamento de Transportes para el envío. El equipo, los diagnósticos y el artefacto en sí serán enviados con toda urgencia a San Diego. Los están esperando en la base de Coronado.

Dooley asintió. Este tipo de envíos no era una tarea fácil y exigía la autorización de numerosos condados y de la red de carreteras federales, así como de los comités municipales.

—Saca documentos de viaje para todos —ordenó—. Debemos darnos prisa. Yo partiré en el primer barco que salga para Enika. El equipo B de apoyo, en el que irás tú, Víctor, estará listo para partir hacia las islas en un avión de transporte en cuanto todo esté dispuesto.

Víctor tomó numerosas notas que en otro tiempo Bear Dooley hubiera tratado de descifrar en vano. Parecía al borde de un ataque a causa de la excitación.

—¡Vamos, no hay tiempo que perder! —exclamó Dooley.

El joven ayudante se dirigía presuroso a la puerta cuando Dooley lo llamó. Se volvió, parpadeando con la boca entreabierta y el aire de sabiondo que le conferían las gafas.

—¡No olvides meter el bañador en la maleta!

Víctor se echó a reír y desapareció por el pasillo.

Dooley volvió a examinar los mapas y previsiones meteorológicas, y en su rostro apareció un amago de sonrisa. Por fin, después de mucho tiempo, se disponían a dar un nuevo paso. Y una vez que las cosas se pusieran en marcha no podrían echarse atrás.

Por otra parte, no lamentaba alejarse de esos entrometidos agentes del FBI. Tenía trabajo que hacer.

9

Oficina central de Detened Esta Locura Nuclear, Berkeley (California).
Miércoles, 24.36

Scully subió al coche de alquiler y se dirigió a Berkeley siguiendo las carreteras que tan bien conocía. En estos momentos, sin embargo, tenía la sensación de ser una intrusa en aquel lugar que en otro tiempo había considerado su hogar.

Al bajar por Telegraph Avenue en dirección al campus, Scully advirtió que la universidad seguía básicamente igual. Se alzaba como una isla de cultura ferozmente independiente —la República Popular de Berkeley—, mientras el resto del mundo seguía su camino.

La interminable hilera de locales de pizzas para llevar, galerías de arte de estudiantes, puestos de falafel y tiendas de ropa reciclada la llenaron de nostalgia. Había pasado allí su primer año en la universidad y era allí donde había tenido su primera experiencia de una vida independiente, tomando día a día sus propias decisiones.

Scully observó a los estudiantes, algunos montados en viejas bicicletas y llevando un casco blanco, otros haciendo footing o incluso patinando. Tanto los chicos como las chicas vestían ropas un tanto al margen de la moda y se movían como si cada gesto fuera una declaración de principios. Detrás del volante del coche nuevo —también fuera de lugar—, Scully se sorprendió bajando la vista un tanto avergonzada hacia su conservador conjunto y su maletín.

En sus tiempos de estudiante en Berkeley, Dana Scully y sus amigas solían mofarse del tipo de persona en que ella se había convertido.

Scully aparcó en una rampa pública y al bajar del coche se puso las gafas de sol y estudió las calles para orientarse. Echó a andar, prestando atención a los quioscos que anunciaban los festivales de cine estudiantil, manifestaciones y actos para recaudar

fondos.

Un perro negro jadeaba tendido junto al árbol al que le habían atado. A su lado, sobre una manta, había una mujer de cabello largo sentada tras una colección de joyas de bisutería, aunque parecía más interesada en tocar la guitarra que en llamar la atención de posibles compradores. A la puerta de un viejo bloque de pisos, dentro de una caja de cartón, una pila de libros de bolsillo manoseados suplicaba compradores; en el rótulo pegado a la caja se leía: «50 centavos la unidad», y a su lado había una lata de café aguardando aportaciones.

Leyendo los números de la acera, Scully llegó finalmente a la oficina central de Detened Esta Locura Nuclear, situada en un viejo edificio alto que parecía el decorado de un juzgado de una vieja película en blanco y negro. Un restaurante y una cafetería compartían la planta baja del edificio, junto con una amplia biblioteca de ejemplares nuevos y de segunda mano que satisfacía las necesidades de los estudiantes que compraban y vendían sus libros de texto usados, o los hojeaban entre exámenes.

Un breve tramo de escalones de hormigón conducía a un sótano. Junto a la escalera, en un caballete, había un cartel escrito con letras de plantilla que anunciaba el grupo de protesta y el «museo de horrores nucleares».

Scully bajó los escalones y los tacones de sus zapatos resonaron contra el hormigón. El local era la típica oficina provisional de un campus universitario, pensó. Los propietarios de esos viejos edificios se habían especializado en oficinas de alquileres módicos y contratos de corta duración, y utilizaban el espacio sobrante sobre bases improvisadas para campañas políticas, grupos activistas e incluso negocios fantasmas para evitar pagar impuestos alrededor del mes de abril.

En la pared exterior del edificio había un gastado símbolo —tres hojas rodeadas de amarillo intenso— que identificaba el sótano como refugio antinuclear. Scully lo miró fijamente, pensando en la ironía… y experimentando al mismo tiempo una sensación de familiaridad. En sus tiempos de estudiante había estado en muchas ocasiones en lugares como ése.

Abrió de un empujón la puerta del sótano y entró en la oficina central de Detened Esta Locura Nuclear. De pronto se sintió transportada en el tiempo y recordó su juventud, cuando estaba decidida a cambiar el mundo. Incluso el primer año fue buena estudiante, consagrada a sus clases de física y a aprender. Sabía cuánto dinero gastaban sus padres en su educación —buena parte del sueldo de su padre en el ejército—, sólo para darle la oportunidad de ir a una gran universidad. Pero se dejó

arrastrar por lo novedoso, por la excitación de una cultura tan diferente de su severa educación, y flirteó con el activismo. Leyó panfletos, escuchó a sus compañeros de estudios hasta altas horas de la noche y se sintió cada vez más preocupada por lo que oía. Creyendo todo lo que leía y discutía, pasó largas noches desvelada en su habitación, pensando en qué podía hacer para cambiar las cosas. Hasta contempló la posibilidad de acudir a una de esas manifestaciones programadas frente al instituto Teller, pero al final había primado su sentido práctico.

Sin embargo, se involucró lo bastante como para mantener discusiones acaloradas —no, decidió no engañarse a sí misma: habían sido auténticas disputas— con su padre, un capitán de la Marina conservador y circunspecto, destinado a la base aeronaval de Alameda. Era una de las primeras cuestiones en que discrepaba con su padre. Eso fue antes de decidir entrar en el FBI, que también contó con la desaprobación de sus progenitores. Scully quería mucho a su padre y le había afectado profundamente su reciente muerte, después de Navidad. Él solía llamarla Starbuck y ella lo llamaba Ahab… pero eso era cosa del pasado. Nunca volvería a verlo.

Sólo llevaba un año en Berkeley, cuando la Marina trasladó a su padre y ella tuvo que matricularse en la Universidad de Maryland. La mayoría de las heridas hacía mucho tiempo que se habían curado y su padre seguramente consideraba su pasajero flirteo con los activistas como un ejemplo de la impetuosidad de la juventud.

Ahora, de pie en el umbral de la oficina central de Detened Esta Locura Nuclear, volvieron a abrirse las heridas. Pero Scully no había acudido allí para unirse al movimiento de protesta. Tenía que investigar una muerte y varías pistas la habían conducido hasta allí.

Al entrar en la pequeña oficina, la mujer de detrás del mostrador se volvió y forzó una sonrisa que se le heló en los labios al reparar en el aire profesional de Scully. A ésta se le encogió el estómago.

La recepcionista era una veinteañera de tez achocolatada y cabello abundante, enmarañado en una confusión de rizos colgantes al estilo de los rastafaris. Llevaba un collar de enormes rectángulos de metal esmaltado, y el holgado vestido que la cubría tenía un deslumbrante estampado geométrico, como una especie de toga tribal swahili, decidió Scully.

Echó un vistazo a la elegante placa —probablemente una pequeña concesión hacia los voluntarios— sobre la mesa que hacía las veces de mostrador. «Becka Thorne».

Además de la placa había un listín telefónico, un teléfono, una vieja máquina de escribir y varios panfletos listos para imprimir.

Scully sacó su placa de identidad.

—Agente especial Dana Scully, del FBI. Quisiera hablar con la señora Miriel Bremen.

Becka Thorne alzó la vista.

—Eh… voy a ver si está —respondió con voz poco acogedora.

Scully volvió a sentirse decepcionada. Becka Thorne parecía dudar si mentir o no. Finalmente se levantó y retrocedió hasta las oficinas, el vistoso vestido siseando a cada paso. Desde detrás de las mamparas portátiles llegó el ruido de una máquina fotocopiadora produciendo panfletos como rosquillas.

Mientras esperaba, Scully examinó los pósters y fotografías ampliadas que colgaban de la pared de lo que debía de ser el museo de horrores nucleares anunciado en el cartel del pasillo.

A la altura del techo habían clavado un gran rótulo en grandes letras de matriz de puntos, que rezaba: «Ya tuvimos una guerra nuclear. ¡Debemos detener la próxima!». Las paredes de bloques de hormigón pintadas, adornadas con ampliaciones granuladas en blanco y negro de los terribles hongos nucleares, le recordaron el pasillo de la casa del doctor Gregory. Pero mientras que en ésta habían sido trofeos que ocupaban lugares de honor, allí eran denuncias.

En un póster se enumeraban las distintas pruebas internacionales de bombas atómicas y la cantidad de radiación liberada en cada explosión. A continuación vio un gráfico de varias columnas que mostraban el aumento del cáncer en Estados Unidos atribuible a dicha radiación residual, en particular la contaminación del estroncio 90 en la hierba consumida por las vacas de granja, que pasaba a la leche, la cual era ingerida por los niños con los cereales artificialmente endulzados del desayuno. Las columnas aumentaban de año en año y las cifras eran abrumadoras.

En otro cartel se enumeraban las islas destruidas en el océano Pacífico, con patéticas fotografías de los indígenas de la isla Bikini y del atolón Eniwetok siendo evacuados de esos paraísos por los soldados estadounidenses para llevar a cabo sus pruebas nucleares.

Las evacuaciones se habían realizado a un enorme coste. Durante años los isleños de Bikini habían pedido a Estados Unidos y a las Naciones Unidas que les permitieran volver a su tierra, pero sólo después de que Estados Unidos corriera con los

astronómicos gastos de eliminar la radiactividad residual de los arrecifes de coral, playas y selvas.

Recordando las fotografías colgadas de las paredes del doctor Gregory, así como las imágenes de los satélites y las previsiones meteorológicas de su laboratorio, Scully contempló la exposición con gran interés.

En 1971 habían declarado seguro el atolón de Bikini y permitido que regresaran los isleños, pero las pruebas de 1977 demostraron que el atolón seguía liberando peligrosos niveles de radiación y se vieron obligados a evacuarlos nuevamente. Cuando los habitantes del atolón Eniwetok —donde también tuvo lugar una prolongada serie de pruebas de bombas de hidrógeno— regresaron a sus hogares en 1976, se enteraron de que los vertederos de residuos nucleares de las islas seguirían contaminados durante miles de años. A principios de los ochenta se descubrió que los isleños que vivían incluso a 120 kilómetros de distancia del campo de pruebas, presentaban una propensión extraordinariamente elevada a los tumores tiroidales.

Meneando la cabeza, Scully se acercó a la peor parte, la pieza clave del museo: una galería de espeluznantes fotografías que exhibían los restos de las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, y los cadáveres carbonizados por la bola de fuego que hacía medio siglo había incendiado los cielos japoneses. Algunos de estos cadáveres habían resultado incinerados de tal modo que no quedaba nada de ellos salvo las grasientas cenizas negras que salpicaban las paredes de los únicos edificios en pie. Peor aún que los cadáveres eran los supervivientes, llenos de ampollas y supurantes.

Al examinar las fotos, Scully advirtió una inquietante similitud entre aquellos cuerpos y el del doctor Gregory, aniquilado por radiación en su propio laboratorio.

—¿Sí, agente Scully? —dijo una voz seca.

Scully se volvió hacia Miriel Bremen, una mujer alta de cabello castaño y rizado, cortado de modo poco favorecedor. Tenía barbilla alargada y nariz afilada, y sus ojos grises parecían cansados. No era atractiva, pero su porte y voz revelaban inteligencia y sensatez.

—¿Qué hemos hecho ahora? —preguntó Miriel impaciente, sin dejarla hablar—. Empiezo a estar harta de todo este revuelo. Hemos cumplimentado los formularios pertinentes, avisado con antelación y obtenido las autorizaciones correspondientes. ¿Qué demonios ha hecho ahora mi grupo para atraer la atención del FBI?

—No estoy investigando a su grupo, señora Bremen —repuso Scully—, sino la muerte del doctor Emil Gregory, ocurrida hace dos días en el Instituto de

Investigaciones Nucleares Teller.

La fría máscara de Miriel Bremen se resquebrajó.

—Oh —exclamó—. Emil… Eso es otra cosa.

Hizo una pausa, apoyándose en la mesa de la recepcionista y respirando hondo. Becka Thorne intentó ayudarla antes de desaparecer furtivamente para atender la fotocopiadora. Miriel miró alrededor como si buscara consuelo en los pósters de las víctimas de Nagasaki y de los isleños de Bikini.

—Podemos hablar si quiere, agente Scully… pero aquí no.

10

Cervecería y cafetería Triple Rock, Berkeley (California).
Miércoles, 13.06

Miriel Bremen la llevó a una pequeña cervecería-restaurante situada a unas manzanas de la universidad. Scully cruzó detrás de ella las puertas de cristal y marco de madera, y se encontró en una estancia llena de reservados con mesas de gruesa capa de barniz brillante, y una barra con una hilera de taburetes vacíos. En cuanto entraron dejó de oírse el monótono ruido de fondo de los peatones y del incesante tráfico de las calles. Las paredes estaban cubiertas de letreros metálicos anunciando a antiguos fabricantes de cerveza de los años cuarenta y cincuenta que hacía tiempo habían dejado de existir. En una pizarra colgada encima de la barra con barandilla de latón, se enumeraban cuatro tipos de cervezas de barril. En la pared del fondo, junto a una diana y una mesa de billar, había otra gran pizarra verde en la que recomendaban sándwiches deli, hot dogs, nachos o ensaladas.

—La comida se pide allí —señaló Miriel—. La especialidad de la casa es chile vegetariano, pero la sopa también es muy buena… y, naturalmente, un sándwich es un sándwich. La gente viene aquí por la cerveza. En ninguna parte encontrará una mejor.

Esperó a que Scully dejara su maletín en uno de los reservados alejados de la puerta y le señaló la lista de cervezas de barril.

—¿Qué va a tomar? —preguntó—. La cerveza negra es muy buena.

—Tomaré un té helado —respondió Scully—. Estoy de servicio.

Miriel la miró ceñuda.

—Escuche, agente Scully, la gracia de acudir a una cervecería es probar cerveza decente. No es Budweiser Lite, pero nos lincharán si pedimos té helado.

Scully dudaba que el dueño hiciera tal cosa, pero aquel local le recordaba tanto su

época de estudiante que sintió una punzada de dolor. No era aficionada a la cerveza, pero no podía permitirse dejar correr un acercamiento amistoso si quería que Miriel se abriera y respondiera a sus delicadas preguntas.

—Está bien, probaré una de esas cervezas negras. Pero una pequeña… y sólo una.

Miriel forzó una sonrisa.

—Eso es cosa suya. —Se acercó a la barra mientras Scully estudiaba la lista de sándwiches—. Yo tomaré un hot dog y un bol de chile —añadió Miriel—. Supongo que invita Tío Sam.

—No, pago yo —repuso Scully, fijándose en los precios y calculando que podían almorzar por menos de diez dólares entre las dos.

Cuando volvieron a la mesa, Scully se sentó y levantó su jarra de cerveza negra.

—Fíjese, es tan espesa que quedaría pegada a una cuchara —comentó.

Scully bebió un sorbo y se sorprendió de la densidad de la bebida. Sabía muy fuerte, casi como a chocolate. Una auténtica cerveza, no el brebaje ligero y amargo que tomaba muy frío y de lata en los picnics o fiestas de cumpleaños. Arqueó las cejas e hizo un gesto de asentimiento.

Trató de pensar por dónde empezar, pero Miriel se le adelantó. La activista no parecía tener problemas de expresión y se saltó las cortesías y el intercambio de frases banales.

—Bien, permítame que le diga por qué creo que ha venido usted aquí —empezó Miriel Bremen—. Una de dos, o cree que yo o alguien de mi grupo ha causado la muerte de Emil Gregory, o bien se ha hartado de los guías del instituto Teller, la falta de autorizaciones y la imposibilidad de acceder a documentos secretos. Nadie habla y ha acudido a mí creyendo que tengo alguna respuesta.

—Un poco de todo, señorita Bremen —respondió Scully—. He realizado la autopsia del doctor Gregory y no hay duda respecto a las principales heridas que le causaron la muerte. Pero aún no he conseguido determinar cómo se originaron. ¿Con qué pudo encontrarse el doctor Gregory que le causó la muerte?

»Tengo que admitir que su grupo de protesta tiene motivos de sobra para acabar con el doctor Gregory, así que he venido a investigar. También tengo entendido que el doctor Gregory, con quien usted colaboró, participaba en cierto proyecto de armas secreto llamado Yunque Brillante. Pero nadie quiere explicarme de qué se trata. Y aquí está usted, señora Bremen, en la intersección de mis dos líneas de investigación.

—Le diré algo —respondió Miriel Bremen, cogiendo la oscura cerveza y bebiendo

un buen sorbo—. Parece un cliché pero en este caso es la pura verdad: no tengo nada que ocultar. Me beneficia explicar a cuanta más gente mejor qué está sucediendo realmente en el instituto Teller. Llevo un año entero tratando de poner fin a sus actividades. Le he traído algunos folletos. —Sacó del bolsillo dos panfletos fotocopiados y doblados que algún voluntario debía de haber diseñado en su ordenador personal.

»Volviendo a mi trabajo en el instituto Teller, era una devota ayudante del Emil Gregory —prosiguió, apoyando su larga barbilla en una mano—. Durante años fue mi mentor y me ayudó en los trapicheos de la oficina, papeleo e informes, de modo que conseguí trabajar de verdad.

»Su imaginación probablemente estará exagerándolo desmesuradamente, pensando que éramos amantes o algo así, pero se equivoca. Emil podría haber sido mi abuelo, y se interesó en mí porque vio que tenía talento y entusiasmo para colaborar con él. Me preparó intensamente y trabajábamos muy bien en equipo.

—Pero tuvieron una especie de riña —señaló Scully.

—En cierto sentido… pero no en el que tal vez esté usted pensando —repuso Miriel. Entonces evitó la pregunta y añadió—: ¿Quiere saber qué es Yunque Brillante? Es un nuevo tipo de explosivo nuclear poco ortodoxo. Hoy en día, a pesar del fin de la guerra fría y los tratados de reducción de armas nucleares, seguimos diseñando nuevas armas. Yunque Brillante es un tipo muy especial de cabeza nuclear que utiliza una tecnología… —Hizo una pausa y miró fijamente las paredes sin verlas, como si tuviera la cabeza en otra parte.

—¿Qué clase de tecnología? —la apremió Scully.

Miriel suspiró y la miró.

—Una tecnología que parece funcionar al margen de las leyes de la física, tal y como yo las conozco… y sé bastante de física, agente Scully. Ignoro cuánta física le enseñaron en sus cursos de instrucción en el FBI, pero…

—Soy licenciada en física —la interrumpió Scully—. Estudié un año aquí en Berkeley antes de trasladarme a la Universidad de Maryland. Escribí mi tesis sobre la paradoja de los gemelos de Einstein.

Miriel abrió los ojos.

—Creo que la he leído. —Vaciló—. Dana Scully, ¿verdad?

Scully asintió, sorprendida, y Miriel se irguió y la miró con cierta reverencia.

—Era muy interesante. Bueno, ahora sé que no es preciso que me exprese en

términos sencillos, aunque ojalá pudiera, porque ni yo misma lo entiendo.

»E1 proyecto Yunque Brillante está financiado con fondos poco tradicionales que no aparecen en ningún libro mayor, pequeñas sumas procedentes de otros proyectos para pagar nuevos experimentos, últimas investigaciones, conceptos poco ortodoxos. Yunque Brillante nunca ha aparecido en un presupuesto sometido al Congreso y no podrá averiguar nada al respecto.

»Emil llevaba décadas trabajando en la industria de armas nucleares. Colaboró incluso en la explosión experimental de Trinity de 1945. —Esbozó una sonrisa—. Solía contarnos anécdotas… —Le temblaron los labios unos instantes, pero lo disimuló llevándose a la boca una cucharada de chile vegetariano—. No obstante, había llegado al final de su carrera. Creía que podría ocultárnoslo, pero dudo que gozara de muy buena salud.

—No —confirmó Scully.

Miriel asintió, pero no hizo preguntas.

—Emil quería hacer algo importante para finalizar su carrera con nota alta. Quería dejar atrás un legado, pero todo lo que había hecho en la pasada década era alto secreto.

«Entonces Yunque Brillante le cayó como llovido del cielo. Alguien había realizado la investigación física preliminar y recibimos unos diseños de exóticas fuentes motopropulsoras de alta energía. Ya estaba todo hecho. Los componentes funcionaban. Yo no atinaba a comprender cómo o por qué, pero a Emil eso no le preocupaba. Estaba muy emocionado, pues veía que tal tecnología podía utilizarse para crear una clase de cabeza nuclear esencialmente nueva. Se limitó a aceptarla.

»Yo tuve mis dudas desde el principio, pero me engañé a mí misma. Emil había hecho mucho por mí y ése era nuestro nuevo proyecto. Le ayudé a procesar simulaciones, escenarios que tenían pocas probabilidades de hacerse realidad. Pero cuanto más trabajaba en aquel proyecto, más me horrorizaba. Yunque Brillante era demasiado extraño, no podía explicarse con la física que yo había aprendido en la universidad. La tecnología que conozco no puede hacer lo que hace este artefacto. Algunas partes fueron fabricadas en otro sitio, pero nunca supimos dónde o cómo… sencillamente las recibimos de las oficinas principales de Washington.

Miriel apuró su cerveza. Echó un vistazo al mostrador como para pedir otra, pero en lugar de ello se recostó y miró a Scully, sentada ante ella y muy concentrada en sus palabras. Miriel se inclinó y apoyó los codos en la pulida superficie de la mesa.

—Soy científica de formación. Pero para que yo la comprenda, la ciencia tiene que tener una base. Y Yunque Brillante no tiene ninguna base científica que yo pueda comprender. Es algo tan exótico que no logré concebirlo ni con la imaginación más desaforada. Así que me volví atrás, puse objeciones y me hice muchos enemigos por el camino.

«Entonces, en uno de esos casos de serendipia, acudí a una conferencia en Japón. Sólo por curiosidad me llegué hasta Hiroshima y Nagasaki, ya sabe, el lugar de peregrinación del investigador de armas. Ambas ciudades han sido reconstruidas, pero es como poner maquillaje en una cicatriz. Empecé a averiguar cosas y leí los libros que había evitado hasta entonces, negándome a examinar de cerca mi conciencia.

»¿Sabe qué hicieron en el archipiélago Marshall las explosiones nucleares experimentales de los años cincuenta? ¿Sabe las horribles pruebas que llevaron a cabo en Nevada, en las que mantenían al ganado sujeto a distintas distancias del punto cero a fin de observar los efectos destructivos de la explosión y de la exposición al intenso calor sobre el tejido vivo? ¿Sabe a cuántos isleños del Pacífico evacuaron de sus hogares, destruyendo su existencia pacíficamente idílica en la isla, sólo para que alguien hiciera estallar una gran bomba?

—Sí, lo sé —respondió Scully.

Miriel Bremen apartó el plato, que casi había terminado, y se sacudió la pechera de la camisa.

—Disculpe. Le estoy pegando un sermón. —Le pasó los folletos de Detened Esta Locura Nuclear—. Si quiere más información sobre eso y sobre nosotros, léalos. No le robaré más tiempo. —Se levantó del asiento.

Scully bajó la vista y advirtió que apenas había comido. Miriel Bremen ya había salido por la puerta, antes de que pudiera pensar en la siguiente pregunta inteligente que formularle.

Reflexionando sobre lo que había averiguado, Scully cogió su sándwich y lo comió despacio. Alguien había introducido una moneda en el tocadiscos y empezó a sonar un tema clásico de Bob Seeger que le pareció demasiado estruendoso para la hora del almuerzo.

Terminó apresuradamente de comer y, recogiendo los folletos propagandísticos, salió y regresó al aparcamiento. A Mulder le interesarían todos los detalles, los nuevos avances. Se detuvo en mitad de la acera ante un cubo de la basura mientras un autobús pasaba por su lado expulsando grasientos gases gris azulados. Un monopatín

pasó con estrépito, esquivando a los peatones con inquietante precisión.

Scully permaneció de pie, dándose golpecitos en la palma de la mano con los panfletos, a punto de arrojarlos a una papelera. Luego se lo pensó mejor. «Detened esta locura nuclear», rezaba el título. Con el pretexto de que podía considerarlos como prueba, Scully optó por guardárselos en el bolsillo.

11

Base naval de Coronado, San Diego (California).
Jueves, 10.15

A partir de los astilleros de Coronado, el océano, de un azul profundo y destellante bajo el sol de la mañana, se extendía hacia el oeste siguiendo la curva de la tierra. Los rascacielos del centro de la ciudad se alzaban blancos al otro lado de la estrecha bahía de San Diego, y los transatlánticos aguardaban como grotescas criaturas de colores en el laberinto de muelles repletos de mástiles.

El tiempo le pareció a Bear Dooley increíblemente benigno, soleado y al mismo tiempo fresco a causa de la brisa marina, de modo que incluso la camisa de franela y la cazadora tejana eran soportables. Mientras se alejaba del aeropuerto en un taxi, se empapó de la belleza de esa colorida y pulcra ciudad, sorprendentemente agradable para tratarse de ese barrio. Pero allí, en aquella estrecha península, la base naval tenía todo el aspecto de una base naval, y los barcos que fondeaban en los muelles privados explicaban con absoluta claridad por qué aquel color había sido bautizado gris plomo.

Un joven oficial uniformado acudió a recibirlo a los muelles. Dooley desconocía el reglamento de la Marina relativo a los uniformes, pero tuvo la impresión de que aquel joven rubio con cara de buena persona ostentaba un rango más alto que la media.

El marinero, mejor dicho marino —Dooley se corrigió a sí mismo, pues probablemente preferían que los llamaran marinos—, le dedicó un saludo formal que Dooley no creyó merecer y que devolvió con torpeza, sin saber tampoco si era lo correcto según el protocolo militar.

—Me llamo Lee Klantze, señor, y soy el segundo comandante del *Dallas* —se presentó el joven—. Si hace el favor de acompañarme, el capitán Ives le está

esperando. Hemos reunido a todos los miembros de la tripulación y los hemos mantenido ocupados aprovisionado el barco y preparándolo para zarpar. Estaremos listos tan pronto como esté usted ubicado.

Los téjanos y la camisa de franela de Dooley contrastaban con el uniforme blanco y de pliegues perfectos del segundo comandante del destructor de la Marina. Sin embargo, Dooley era de los que iban con su personalidad por delante y no permitía que le preocupara su atuendo. Le habían contratado por sus aptitudes, no por su físico.

Aquella mañana se había recortado la barba y afeitado antes de partir apresuradamente hacia el aeropuerto de San Francisco para realizar un breve puente aéreo a lo largo de la costa. Las dos horas anteriores las había pasado volando y en el interior de un taxi que lo había llevado por la destellante ciudad de San Diego hasta la lengua de tierra donde se hallaba la base naval de Coronado.

Luego había perdido media hora peleándose para conseguir papeles y autorizaciones, aun cuando se suponía que todo estaba arreglado. No quería pensar en los problemas que habría tenido de no haber estado todo en orden. Los militares hacían las cosas a su manera y sólo una guerra total podría conseguir que agilizaran sus operaciones.

—¿Ha tenido buen viaje? —preguntó Klantze—. ¿Algún contratiempo aparte de la ineficacia militar al llegar a la base?

—El vuelo no ha estado mal, pero nadie quiere responderme con claridad —repuso Dooley—. ¿Ha llegado el equipo?

—Tengo entendido que llegó anoche, señor —respondió—. Lamento las precauciones extra.

Se puso las gafas de montura metálica. Los cristales se habían oscurecido tanto que Dooley no podía verle los ojos.

El camión con remolque camuflado y blindado de la compañía de transportes había partido al amanecer del día anterior y viajado hacia el sur durante toda la noche por las autopistas gratuitas de California hasta llegar a San Diego. Los conductores iban escoltados por camiones blindados y sin distintivos, y los hombres del convoy tenían órdenes de disparar a matar y no hacer preguntas si algo amenazaba el arma nuclear. A ningún vehículo de la caravana se le permitió detenerse más tiempo que el preciso para ir al lavabo.

Dooley se alegró de no tener que preocuparse de esos contratiempos. Le hubiera

gustado que toda la expedición partiera de la base aeronaval de Alameda, situada a poca distancia del instituto Teller. Pero el destructor de la Marina que debía llevarlos al archipiélago Marshall se hallaba fondeado en San Diego. Era más sencillo —y discreto — trasladar a Yunque Brillante y el equipo que a todo un destructor.

Klantze se volvió y se disponía a retirarse cuando miró por encima del hombro repentinamente avergonzado.

—Oh, disculpe, señor… Permítame llevarle la bolsa o el maletín.

—Gracias. —Dooley le entregó la bolsa con todos los compartimientos atestados de ropa para una semana—. Yo llevaré el maletín —añadió.

Y no porque lo llevara esposado a las muñecas como en las películas de espionaje, sino por todos los documentos confidenciales de vital importancia para el proyecto Yunque Brillante que contenía. Estaba cerrado con llave y Dooley no pensaba separarse de él.

—Como quiera, señor.

Echaron a andar por el muelle y pasaron de largo varias vallas de tela metálica y puertas vigiladas por policías militares armados. Unos oscuros tablones de madera cubiertos de una capa de creosota bordeaban el muelle y por el centro discurría una estrecha calle empedrada. Klantze se detuvo en mitad de ésta, sin apartar los ojos de los vehículos oficiales que circulaban por el muelle ocupados en asuntos militares.

Finalmente, Dooley divisó el destructor que habían asignado para el proyecto. La enorme y esbelta embarcación parecía un rascacielos en medio del agua, con torres de control, antenas de radar y parabólicas, aparatos meteorológicos y varias superestructuras que Dooley no supo identificar. A lo largo del muelle se extendían barricadas de tela de saco pintada como alambradas para destacar. Todo era del mismo tono gris: las barandillas, las chimeneas, las jarcias, las escaleras… hasta los largos cañones. Sólo los brillantes salvavidas naranjas colocados cada quince metros a lo largo del casco proporcionaban una nota de color. En las cuatro esquinas del barco ondeaban la bandera de Estados Unidos y las de la Marina.

Dooley se detuvo y recorrió con la vista el buque en toda su extensión. A pesar de su carácter habitualmente huraño, se quedó impresionado.

—Aquí lo tiene, señor Dooley —dijo Klantze.

Se cuadró y empezó a enumerar todos los datos acerca del barco, que parecían motivo de orgullo para él antes que un discurso aprendido de memoria.

—El *Dallas*, tipo Spruance, construido en 1971. Tiene ciento setenta metros de

longitud y funciona con cuatro grupos de turbinas de gas. El capitán cuenta con una pequeña lancha para hacer veloces viajes a la costa. Está armado con toda una serie de misiles tierra-aire, armas antisubmarinas y lanzatorpedos. Esta clase de destructor fue diseñado en principio para la guerra antisubmarina, pero sólo está ligeramente blindado y requiere una tripulación mínima. Por si le interesa, el *Dallas* es el mejor barco de su clase. Nos llevará a las islas en cualesquiera condiciones meteorológicas.

Dooley miró fijamente al segundo comandante.

—Veo que conoce nuestra misión.

Creía que sólo habrían explicado su misión en el atolón de Enika a unos pocos miembros de la tripulación.

—El capitán Ives me ha puesto al corriente, señor —repuso Klantze esbozando una sonrisa—. Permítame recordarle que soy el segundo comandante. Si mi información es correcta y suponiendo que su artefacto funciona debidamente, nadie de la tripulación a bordo tiene por qué enterarse.

Dooley asintió.

—Supongo que es difícil guardar un secreto a bordo de un barco.

—Tanto como no reparar en un gigantesco hongo atómico.

El segundo comandante lo condujo por una amplia pasarela del tamaño de la rampa de entrada de una autopista, y juntos cruzaron la cubierta y subieron por una escalera metálica al puente de mando, donde le presentó al capitán del *Dallas*.

—Capitán Ives, le presento al señor Dooley —dijo Klantze después de haber intercambiado saludos con él. Luego hizo un gesto de asentimiento hacia Dooley y añadió—: Le llevaré la bolsa a su camarote, señor. El capitán Ives deseará hablar en privado con usted.

—Así es —repuso el capitán.

Klantze se volvió tan bruscamente como una marioneta mecánica y salió.

—Es un placer conocerle, capitán Ives. Le agradezco su colaboración —respondió Dooley tendiéndole la mano.

El capitán, cuyos brazos tenían músculos de acero, se la estrechó con firmeza. Dooley tuvo la impresión de que era capaz de partir nueces con sólo cerrar el puño.

Ives era un hombre delgado de cincuenta años largos, de la misma estatura que Dooley pero menos fornido. Seguía teniendo el vientre liso como una tabla y se movía con una gracia singular, como si cada gesto fuera esencial. Tenía la barbilla delgada y los ojos grises bajo unas pobladas cejas entrecanas. Un bigote hirsuto le cubría el labio

superior y bajo su gorra blanca de capitán asomaba cabello gris. No parecía sudar a causa del calor —tal vez no se lo permitía.

—Seguro que en estos momentos lo que más le preocupa es su delicado equipo, señor Dooley. Permítame asegurarle que todo ha llegado intacto.

—Bien —repuso Dooley con voz cortante. Quería dejar claro desde un principio que era él quien estaba al mando y que sus instrucciones no debían ser cuestionadas —. Si el equipo ha sufrido daños no merece la pena molestarse en ir. ¿Cuándo nos haremos a la vela?

—El *Dallas* estará listo para zarpar alrededor de las cuatro de la tarde —respondió el capitán Ives—. Pero, como se habrá dado cuenta, este barco no tiene velas.

Dooley parpadeó antes de comprender.

—Oh, es una expresión —replicó con ceño—. ¿Alguna previsión meteorológica o información de última hora que pueda interesarme?

—Hemos recibido una señal cifrada —respondió el capitán—, un informe procedente de uno de los aviones de nuestra estación de seguimiento de Kwajalein. El atolón Enika ha sido confirmado. Nos dirigiremos al archipiélago Marshall a toda máquina, pero aun así tardaremos cinco días.

—¿Cinco días? —repitió Dooley—. Me lo temía.

Ives le dirigió una mirada glacial.

—Esto no es un avión, señor Dooley. Un barco de esta envergadura tarda mucho en cruzar tanta agua.

—Está bien —respondió Dooley—. Supongo que ya lo sabía. ¿Disponemos de satélites meteorológicos? ¿El frente tormentoso se desarrolla según lo previsto?

Ives lo condujo hacia una mesa donde se hallaban extendidos mapas meteorológicos y fotos de satélite. Con un esbelto dedo señaló las nubes que se arremolinaban por encima de las aguas profundas.

—La borrasca tropical está empeorando, tal y como esperábamos. Dentro de unos días adquirirá la fuerza de un huracán y, según nuestros pronósticos, se dirige recta al atolón.

—Bien, bien. —Dooley se inclinó sobre la mesa, frotándose las manos. Aunque era físico e ingeniero, había aprendido mucho de meteorología en los preparativos de esa prueba.

El capitán Ives se acercó y bajó la voz para que los demás miembros de la tripulación no lo oyeran desde sus puestos de comunicaciones o navegación.

—Permítame que le hable sin rodeos, señor Dooley. Ya he expresado a mis superiores mis objeciones acerca del propósito de esta misión. Tengo serias dudas sobre la prudencia de reanudar las pruebas nucleares en tierra, sea donde sea.

Dooley se puso rígido e hizo una pausa para rascarse la barba y permitir que le bajara la presión arterial.

—Es posible que no haya comprendido los motivos, capitán.

—Los comprendo muy bien, mejor de lo que se imagina —replicó Ives—. Ya he presenciado varias explosiones experimentales de bombas de hidrógeno, una de las cuales dudo que usted la conozca siquiera, ya que los resultados fueron secretos.

Dooley arqueó las cejas.

—¿Cuándo ocurrió?

—En los años cincuenta —respondió Ives—. Entonces no era más que un recluta, pero estuve en Eniwetok, en Bikini y hasta en el atolón de Johnston, cerca de Hawai. Trabajé con muchos cerebros que se quedaron absolutamente asombrados de sus propios cálculos, tan seguros estaban de lo que habían inventado. Pero, señor Dooley, en cada ocasión esos inventores de armas tan seguros como usted de sus facultades, se quedaron literalmente helados al ver estallar sus artefactos.

—Estoy impaciente —gruñó Dooley—. Ya conoce sus órdenes. Permítame ocuparme de los preparativos del experimento.

El capitán Ives se cuadró y se apartó de la mesa colocándose bien la gorra en la cabeza.

—Sí, tengo mis órdenes y las cumpliré a pesar de mis reparos… —respondió—. Y uno de ellos es que reniego de todos mis años de navegación al dirigirme deliberadamente hacia un huracán.

Dooley se paseó por el puente de mando con aire de grandeza y mirando distraídamente las pantallas de los anticuados ordenadores y los distintos puestos tácticos. Finalmente se volvió hacia el receloso capitán.

—Necesitamos ese huracán para poder llevar a cabo esta prueba. Déjeme hacer mi trabajo y limítese a impedir que el barco se hunda.

12

Desierto Jornada del Muerto, Sudeste de Nuevo México.
Jueves, 15.13

Como si interpretara una escena de una vieja película de John Wayne, Oscar McCarron desmontó de la silla y ató a la valla del almacén a su dinámica y joven yegua clara de crin blanca. Una vez en el porche, se aseguró de golpear el suelo entarimado con sus gastadas y puntiagudas botas de vaquero. Las espuelas producían un satisfactorio tintineo a medida que avanzaba sin prisas hacia la entrada del almacén.

McCarron tenía el rostro tan marcado y curtido como sus viejas botas, y sus pálidos ojos marrones estaban siempre entrecerrados tras toda una vida bajo el abrasador sol del desierto, pues se negaba a usar gafas de sol por considerarlo cosa de mariquitas.

Esa mañana se había afeitado para su ida semanal a la ciudad, a pesar de que sus viejas y canosas patillas apenas crecían ya en sus mejillas caídas. No se molestaba en llevar guantes; con las manos cubiertas de distintas capas de callos (que le llegaban hasta los huesos), ya no le servían para nada. La hebilla plateada y turquesa en forma de flor de calabaza de su cinturón era tan grande que podría haber servido de posavasos; era uno de sus bienes más preciosos.

McCarron sólo cabalgaba de su remoto rancho a aquella minúscula ciudad una vez cada siete días para recoger su correspondencia. La cantidad de compañía que un hombre podía soportar tenía sus límites.

La puerta del almacén crujió como de costumbre cuando entró y evitó pisar la tabla del suelo entarimado que sabía suelta.

—Buenas tardes, Oscar —saludó Fred, el dueño del almacén. Tenía los codos

apoyados en el mostrador y, aparte de mirarlo, no movió ni un músculo.

—Fred —respondió él. Era todo lo que lograba decir. Un hombre de ochenta años no podía permitirse cambiar su personalidad en público a esas alturas de la vida—. ¿Tengo correo?

No tenía ni idea de cómo se apellidaba Fred, pues seguía considerándolo un recién llegado, aunque ya hacía quince años que había comprado el almacén a una anciana pareja de navajos. Éstos habían llevado el almacén durante treinta y cinco años y McCarron los había considerado como parte del paisaje. Por su parte…, Fred, bueno, todavía no estaba muy seguro acerca de Fred.

—Te esperábamos, Oscar. Tienes la correspondencia habitual, pero también una carta de Hawai. El matasellos es de Pearl Harbor. ¡Imagínate! Es un paquete. ¿Tienes idea de qué puede ser?

—No es asunto tuyo —replicó McCarron—. Sólo dame mi correspondencia.

Fred levantó los codos del mostrador y desapareció en la pequeña oficina postal y almacén de la trastienda. McCarron se pasó una mano por las chapas de la camisa y los pantalones vaqueros para sacudirse el polvo blancuzco del desierto. Sabía que los demás los llamaban téjanos, pero él no se había acostumbrados a llamarlos de otro modo que vaqueros.

Fred volvió con un puñado de periódicos de propaganda, folletos ofreciendo servicios, circulares de anuncios publicitarios y unas cuantas facturas, pero ninguna carta. Nada interesante, salvo un sobre de papel manila acolchado de tamaño mediano.

McCarron cogió el montón y hojeó primero la propaganda conteniendo la curiosidad, sabiendo que pondría nervioso a Fred. La propaganda que le enviaban por correo le servía para encender la hoguera cada jueves por la noche que dormía a la intemperie después de ir a la ciudad. Por último sostuvo en la mano el sobre acolchado y entornó los ojos para leer el matasellos: Honolulu, Hawai. No llevaba remite.

Fred se inclinó sobre el mostrador, haciendo crujir los nudillos y parpadeando impaciente. Tenía él rostro alargado y las mejillas hundidas. Dentro de unos años los carrillos le colgarían como los de un bulldog.

—Bueno, ¿no vas a abrirlo? —preguntó Fred.

McCarron le lanzó una mirada furibunda.

—No delante de ti.

Nunca había perdonado a Fred su inexcusable indiscreción de dos años atrás al

abrir uno de sus paquetes porque acudió a la ciudad con un día de retraso. Eran unas cintas de vídeo de la vieja serie Victory at Sea, una de las favoritas de McCarron. Siempre le había fascinado la Segunda Guerra Mundial.

Fred se había escandalizado, no por el contenido de las cintas —McCarron sospechaba que el viejo dueño del almacén tenía unas cuantas películas porno escondidas en la trastienda—, sino por el mero hecho de que McCarron pidiera las cintas, revelando así el secreto de que tenía televisor y vídeo. Eso iba completamente en contra de la imagen cuidadosamente cultivada de ranchero que vive en un lugar alejado y desdeña todas las comodidades modernas.

Delante del edificio principal del rancho, bien visible, McCarron tenía un retrete exterior y una bomba para sacar el agua pura y dulce del subsuelo de White Sands. Pero en realidad tenía un lavabo con todos los accesorios modernos dentro de la casa, así como electricidad y no sólo televisor y vídeo, sino también una enorme antena parabólica escondida detrás de la casa principal de adobe. Había comprado todo el equipo en Albuquerque y lo había traído e instalado sin decírselo a nadie. McCarron disfrutaba conservando su imagen de viejo ranchero, pero no a expensas de su propio confort.

Fred había mantenido la boca cerrada los pasados dos años que McCarron supiera, pero éste jamás olvidaría su ultrajante conducta.

—Ah, vamos, Oscar —repuso Fred—. He esperado toda el día a que vinieras para ver tu cara sonriente.

—¡Qué amable! —respondió McCarron—. Lo próximo que hagas será pedirme en matrimonio como un maricón de California. —Dio un golpecito con el sobre sin abrir sobre el montón de propaganda y la metió bajo el brazo—. Si el paquete contiene algo que te incumba, prometo decírtelo la próxima vez que venga. —Se volvió y se dirigió lentamente hacia la puerta, esta vez pisando a propósito la tabla suelta.

Fuera, el sol todavía cálido de la tarde adquirió un tono amarillo a medida que descendía sobre los negros dientes de lava de la sierra de San Andrés.

La yegua de crin blanca relinchó al verlo y golpeó el suelo con una pata trasera, ansiosa por reanudar el camino y volver a trotar. Al no ver a nadie más en la aletargada calle, McCarron se permitió una sonrisa de satisfacción. La joven yegua estaba impaciente. Al parecer disfrutaba aún más que él de esas breves salidas.

Se moría de curiosidad por ver el contenido del misterioso sobre, pero su orgullo no le permitía demostrar su interés, no al menos en las inmediaciones del almacén,

donde seguramente Fred lo vigilaba detrás de la ventana cubierta de cagaditas de mosca.

Desató el caballo y se montó después de meter la correspondencia en una de las alforjas. Salió de la ciudad y se encaminó hacia el este para adentrarse en el extenso y abierto desierto del polígono de pruebas White Sands.

Por pura costumbre, McCarron buscó la verja del alambrado de púas que recorría los cientos de kilómetros de aquellas tierras baldías propiedad del gobierno. La abrió e hizo pasar a la yegua antes de volver a cerrarla detrás de él.

Tenía en la mano el viejo pase plastificado que le habían entregado hacía tanto tiempo que cada uno de los firmantes llevaba años muerto. Su derecho a entrar en aquel campo de misiles hacía años que no era cuestionado, ni siquiera por los jóvenes policías militares que disfrutaban dando vueltas de campana por las deslumbrantes arenas blancas con sus vehículos todo terreno trucados, como surfistas al volante de sus buggies camino de una fiesta en la playa. Pero McCarron sentía un profundo respeto hacia la autoridad y el gobierno después de todo lo que el Tío Sam había hecho por él.

Además, no quería mezclarse con jóvenes patriotas entusiastas, que estaban dispuestos a defender incluso esa desoladora tierra baldía contra invasores extranjeros. Esa forma de pensar era algo con lo que no se jugaba.

McCarron se encaminó hacia las escarpadas estribaciones. El desierto era árido y llano, como si hubieran rociado con herbicida una enorme extensión de Nebraska y la hubieran dejado caer en medio de una cadena de montañas volcánicas. Su carácter inhóspito había convertido aquellas tierras en el lugar apropiado para hacer detonar la primera bomba atómica del mundo.

La familia de Oscar McCarron había sido en otro tiempo propietaria de aquella franja de tierra sin ningún valor de Nuevo México, que no servía para criar ganado ni para explotar minas, ya que estaba desprovista de minerales y menas deseables. Pero en 1944 el cuerpo de ingenieros del distrito de Manhattan había mostrado gran interés en aquella tierra, y el padre de McCarron había llegado a un acuerdo y vendido toda la extensión a un precio módico, pero aun así por encima de su valor.

El gobierno pagó una suma extra cuando el padre de McCarron les permitió falsificar los documentos del registro catastral para cambiar la propiedad de nombre y mantener en secreto la transferencia de terreno, de tal modo que sólo constara que el

gobierno lo había tomado en arriendo de una familia ranchera inventada, los McDonald.

El gobierno y los ingenieros del proyecto Manhattan habían levantado instalaciones propias de una granja y un molino, y pergeñado la historia de que los McDonald vivían en el campo de pruebas de Trinity. Sólo más tarde, después de la explosión experimental llevada a cabo en Trinity en julio de 1945, comprendió McCarron el motivo de tanto secreto. La detonación nuclear tuvo lugar en lo que había sido el patio trasero de su casa. Pero ni los periodistas, ni mucho más tarde los activistas, localizaron nunca a los míticos McDonald.

El padre de McCarron había llevado a cabo otra dura negociación como parte del trato. Fue durante la parte más triste de la Segunda Guerra Mundial, cuando los alemanes parecían hacer grandes progresos en la conquista del mundo, el imperio japonés engullía los países de la costa del Pacífico y los soldados americanos morían como moscas. El padre de McCarron no quería que su joven y fuerte hijo fuera una baja más y, mediante un acuerdo secreto, había cambiado la tierra a condición de la excedencia definitiva de su hijo del servicio militar.

Por otra parte, debido al amor que profesaba por aquella tierra a pesar de su aspecto árido, se le garantizó que él y su familia tendrían acceso permanente si decidían visitarla. Como eso había significado mucho para su padre, muerto hacía treinta y cuatro años, Oscar McCarron había convertido en tradición dormir al raso una noche a la semana, disfrutando de la soledad bajo el cielo de aquellas vastas tierras desérticas que otrora le habían pertenecido.

La yegua se deleitaba también en aquel paisaje desolador y, sin necesidad de recibir ánimos por parte de McCarron, emprendía trotes que poco a poco se convertían en veloces galopes, estirando los músculos al saltar por encima de las bajas formaciones de basalto y golpeando el suelo duro con los cascos. McCarron tenía su rincón preferido para acampar y la yegua sabía llegar a él sin titubear.

Todavía era de día cuando habían llegado a la pequeña depresión. Los resistentes líquenes salpicaban las negras rocas, haciendo alarde de su vitalidad con una profusión de brillantes colores. Una mezcla blanca de arena y yeso cubría la depresión, como si una ardiente ventisca de nieve hubiera caído sobre el desierto. En una cavidad entre las rocas se había formado un pequeño charco de agua procedente de un manantial, que brotaba y se filtraba al pasar por la arena fina.

McCarron fue derecho al manantial y bebió unos sorbos de agua, que estaba

fresca por permanecer todo el día a la sombra. No quería consumir el agua de sus cantimploras. La yegua le apoyó el morro en el hombro, apremiándolo, pero McCarron no se dio prisa y saboreó el agua antes de permitir que la yegua babeara dentro del manantial. Entonces la dejó beber hasta saciarse.

Desensilló el caballo y lo ató a un retorcido tocón, luego salió con su hacha para cortar un poco de maleza muerta y hacer una fogata. El fuego ardería, crujiendo y danzando en medio de la noche, y llenaría el aire de aromático humo.

Sacó la correspondencia de la alforja y sostuvo el misterioso sobre acolchado en las manos unos instantes, luego decidió dejar que la curiosidad lo consumiera un rato más. Últimamente recibía muy pocas sorpresas. Enrolló los folletos publicitarios y la propaganda y los colocó debajo de la maleza, luego encendió la fogata con una sola cerilla, como siempre. Las ramas estaban tan secas que prendían prácticamente solas.

McCarron desenrolló la manta y el delgado saco de dormir, y sacó los utensilios de cocina. Levantando la mirada hacia el cielo, observó las estrellas que salpicaban la creciente oscuridad, la multitud de destellos como diamantes que los habitantes de la ciudad nunca veían en sus cielos iluminados y contaminados.

Una vez se elevaron las resinosas llamas dando luz y calor, McCarron se recostó contra su roca favorita, cogió el sobre acolchado, lo abrió y vació el contenido en su callosa mano.

—¿Qué demonios es esto? —exclamó, decepcionado después de tantas horas de expectación.

Encontró únicamente un trozo de papel y un pequeño paquete de papel glaseado que contenía un residuo polvoriento, una especie de ceniza negra y grasienta que se adhirió a sus dedos al apretar el sobre. En el trozo de papel, escrito con letras claras y precisas, se leía un mensaje: «Por tu papel en el pasado». No llevaba fecha, ni remite ni firma.

—¿Qué diablos? —repitió—. ¿Qué papel en el pasado?

Despotricó contra la yegua, como si ésta pudiera darle una respuesta. Lo único importante que recordaba haber hecho en toda su vida era algo fortuito, un azar del destino por ser propietario de la tierra donde había tenido lugar la prueba nuclear de Trinity.

Se sentía muy orgulloso de aquel papel en la historia de su país que había propiciado el nacimiento de la era nuclear, la cual había terminado con la Segunda Guerra Mundial e impedido que esos japoneses sedientos de sangre conquistaran la

mitad del mundo. En efecto, aquella satisfactoria prueba nuclear había iniciado la guerra fría y dado paso a la construcción de armas aún más poderosas que habían mantenido a los comunistas a raya. Oscar McCarron se sentía orgulloso de su papel en todo aquello… pero él no había hecho nada en realidad.

¿A qué otra cosa podía referirse ese misterioso mensaje?

—Un loco —murmuró.

Con un gesto obsceno, arrojó al fuego la nota y el paquete de ceniza. Luego desenvolvió la comida y sacó una lata de chile que abrió con un abrelatas. Vertió el contenido en la cazuela que colgaba sobre las llamas. Entonces sacó su tesoro, unas bolsas de plástico con cierre de cremallera llenas de jalapeños y chile verde que también echó a la cazuela para potenciar el sabor de la insípida receta.

Mientras se calentaba la comida advirtió el silencio absoluto, la ausencia de pájaros, murciélagos e insectos. Sólo el silencio del desierto, una calma traslúcida que le permitía oír su propia respiración, las palpitaciones en sus oídos, sus propios pensamientos sin molestos ruidos de fondo. Se permitió cerrar los ojos mientras olía profundamente los aromáticos condimentos del chisporroteante chile.

De pronto la yegua estornudó y relinchó, rompiendo el silencio.

—¡Calla! —ordenó McCarron.

Pero la yegua volvió a resoplar por las fosas nasales con estrépito y se movió de un lado a otro dando patadas, como asustada por algo. Giró la cabeza, olisqueando y bufando.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, levantando poco a poco sus crujientes y viejos huesos.

La yegua se comportaba como si hubiera olido un puma o un oso, pero McCarron sabía que era ridículo. Era imposible que sobreviviera algo más grande que un lagarto, una serpiente de cascabel o una rata canguro en el desierto Jornada del Muerto.

De pronto oyó unas voces susurrantes, como un torrente de palabras en una lengua extraña, un cántico o redobles de tambor, cada vez más fuertes hasta convertirse en un grito. El ruido blanco de fondo le recordó los desagradables ruidos parasitarios que oía cuando la cinta de vídeo se acababa.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó—. ¿Quién anda allí?

Se puso de pie y se acercó a la silla de montar para coger su rifle. De pronto se levantó viento y sintió en sus curtidas mejillas una brisa cálida, mucho más cálida que la noche desértica. ¿Una tormenta de polvo? ¿Un incendio en la maleza?

La yegua se movía de un lado a otro, tirando de la cuerda. Tenía los ojos en blanco, desorbitados. De pronto retrocedió y saltó de lado, golpeándose contra las paredes cubiertas de lava de la poco profunda depresión.

—¡Tranquila, nena! ¡Tranquila! —McCarron se volvió y vio una mancha de sangre en la parte de la roca donde la yegua se había rasguñado los flancos, pero no tuvo tiempo para tranquilizarla.

Agitó el cañón del rifle en medio del susurrante aire nocturno. Allí había alguien, o algo.

—¡Si crees que vas a confundirme te equivocas, bastardo! —exclamó.

Con los ojos llorosos y escocidos disparó al aire a modo de advertencia, pero el estampido se perdió en el estruendo cada vez más fuerte y clamoroso.

El viento del desierto le abrasó la boca, le resecó el cuello y le chamuscó la garganta como una ráfaga de aire procedente del horno más caliente. Retrocedió. La yegua relinchó espeluznada, presa de una extraña locura animal que aterrorizó a su anciano dueño más que sus propios y confundidos sentidos.

De pronto la oscuridad que los envolvía estalló y la furiosa presencia oculta tras aquellos ruidos, susurros y gemidos, y el repentino calor, se precipitaron sobre él, como si alguien hubiera dejado caer en su regazo un sol en miniatura.

El mundo de Oscar McCarron se vio invadido por las insoportables llamas de un fuego atómico.

13

Polígono de pruebas de Trinity, cerca de Alamogordo (Nuevo México).
Viernes, 11.18

Le tocó a Scully conducir hacia el sur desde Albuquerque, por las llanas y áridas tierras de la mitad sudeste de Nuevo México. El aire acondicionado del Ford Taurus de alquiler empezó a protestar cuando ascendieron una empinada cuesta, para a continuación emprender el largo descenso hacia lo más profundo del desierto.

A su lado, Mulder doblaba y desdoblaba su copia del fax del Informe de Acontecimientos Extraños que le había entregado la representante del Departamento de Energía, Rosabeth Carrera, a primera hora de la mañana.

—Pensé que podría interesarle, agente Mulder —había dicho la mujer de cabello oscuro, señalando el breve informe de distribución estándar que había llegado a su oficina procedente de la oficina central del Departamento de Energía—. El Departamento desea que ciertas personas sean informadas de los accidentes insólitos relacionados con la radiación. Yo soy una de esas personas… y este caso puede considerarse sin duda como tal.

Scully había arrebatado la hoja a su colega y leído por encima la descripción de un nuevo cadáver misteriosamente carbonizado y seguramente sepultado bajo una avalancha de fuego radiactivo. Esto había ocurrido lejos del instituto Teller, en el polígono de pruebas de White Sands, cerca de un árido monumento que Scully conocía bien: la base militar de Trinity, donde en julio de 1945 tuvo lugar la primera explosión atómica experimental.

—Pero ¿qué relación puede tener este incidente con la muerte del doctor Gregory? —preguntó—. La víctima era un viejo ranchero sin conexión alguna con la actual investigación de armas nucleares.

Rosabeth Carrera se limitó a encogerse de hombros.

—Fíjese en la descripción. ¿Cómo no van a estar relacionados? Esta clase de muerte no ocurre cada día.

Mulder recuperó el informe y lo releyó con avidez.

—Quiero comprobarlo, Scully. Podría ser la pista que estábamos buscando. Dos pistas en lugar de una.

Scully suspiró e hizo un gesto de asentimiento.

—El mero hecho de que parezcan tan distintos entre sí podría ser el nexo que las une… una vez lo averigüemos.

Así pues, se habían dirigido apresuradamente al aeropuerto de Oakland y tomado un avión Delta rumbo a Salt Lake City y a continuación a Albuquerque, donde habían alquilado un coche para hacer el largo trayecto hacia el sur.

Scully conducía a unos quince kilómetros por encima de la velocidad límite, pero seguían adelantándole coches por el carril rápido. Aferró el volante con fuerza cuando un camión de tres remolques pasó con gran estruendo por su lado.

Iba ordenando sus ideas en voz alta mientras conducía.

—Hasta ahora nuestra hipótesis de trabajo es que salió mal un experimento en el laboratorio del doctor Gregory, o tal vez un activista organizó un sabotaje y le causó la muerte. No veo cómo encaja esto con la muerte de un ranchero en un campo de pruebas del desierto.

Mulder dobló el informe y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Tal vez no estemos mirándolo a una escala lo bastante grande, Scully. Tal vez exista una conexión más amplia, una relación general con las armas nucleares. El campo de misiles… el laboratorio de investigaciones nucleares…

—Por lo mismo también podrías incluir al gobierno, Mulder —repuso ella.

—Al menos eso nos da margen para maniobrar.

Al cabo de unos momentos de silencio, Mulder entornó los ojos y miró a Scully.

—Confío en que sabremos más cosas en cuanto lleguemos allí. He llamado a la oficina central desde el aeropuerto y he pedido que me envíen por fax a White Sands un informe más extenso de los antecedentes de Oscar McCarron. Veremos si tiene relación con el doctor Gregory. Podría tratarse de algo obvio.

Scully devolvió su atención a la carretera que tenía ante sí.

—Ya lo veremos.

Decidieron postergar la discusión hasta llegar al lugar donde habían encontrado el

cuerpo carbonizado del viejo ranchero.

Mulder se movió inquieto en su asiento, tratando de evitar el calor que le llegaba a través de las ventanas.

—La próxima vez averiguaremos si el coche tiene los asientos negros antes de firmar los papeles del alquiler —sugirió.

—Estoy de acuerdo.

Mientras Scully conducía, dejando que el velocímetro marcara los ciento veinte, y más tarde los ciento treinta, recordó que Nuevo México, con sus desiertas autopistas, había sido tradicionalmente el primer estado en elevar los límites de velocidad, para satisfacción de sus habitantes.

Dejaron atrás los letreros de la autopista en los que se leía: «¡Atención! Prohibido recoger autoestopistas. Centro penitenciario cerca».

—¡Qué lugar encantador! —comentó Mulder.

Cruzaron Socorro y llegaron a la pequeña San Antonio. Desde allí se dirigieron al este, hacia el desierto acertadamente bautizado Jornada del Muerto. En Stallion Gate, la entrada norte del polígono de pruebas de White Sands, se detuvieron ante el puesto de control y enseñaron sus papeles. Un oficial militar salió a recibirlos y les indicó que entraran en el triste polígono de pruebas de misiles.

Scully se cubrió los ojos para protegerlos del sol y contempló aquel paisaje desolador, los despojos de una tierra en otro tiempo fértil. Había visto aquel lugar en fotos, pero nunca lo había visitado.

—Estas puertas se abren una vez al año —explicó—, para que los turistas y peregrinos visiten el campo de Trinity y vean qué queda del rancho de los McDonald, que se hallaba a quince kilómetros del polígono de pruebas, si no recuerdo mal. No hay mucho que ver, aparte de un montón de piedras y una placa conmemorativa.

—Precisamente lo que me apetece hacer en mis vacaciones de verano —repuso Mulder—. Venir hasta aquí y pararme justo en el punto cero.

Scully guardó silencio. No creía que su compañero estuviera al tanto de su efímera participación en actividades de protesta del pasado, y prefería mantener en secreto aquella parte de su vida. Sin embargo, le incomodaba. Siempre había compartido todo con Mulder. Aquel desasosiego era algo nuevo para ella, y trató de poner un nombre a sus sentimientos. ¿Vergüenza?, se preguntó. ¿O remordimientos? Exhaló un profundo suspiro. Tenían trabajo que hacer.

Dos policías militares en un jeep se detuvieron a su lado. Scully y Mulder

abandonaron a regañadientes el aire acondicionado del Taurus y bajaron. Ninguno de los dos iba apropiadamente vestido para caminar por aquella arena blanca, pero los policías militares no parecieron darse cuenta y les hicieron señas de que se acercaran. Mulder puso a salvo los maletines bajo el asiento antes de ayudar a Scully a subir a la parte trasera del jeep. Los dos se acomodaron en los calientes asientos y se aferraron cuando el jeep partió dando tumbos por aquellas tierras llanas y llenas de surcos, haciendo caso omiso de la ausencia de caminos. Los policías militares se sujetaban los cascos con una mano y apretaban los dientes para evitar tragarse el polvo que levantaban.

Llegaron a una depresión en forma de bol, donde una docena de policías militares y oficiales de la Fuerza Aérea permanecía de pie ante un recinto acordonado. Un individuo vestido con traje antirradiactivo y un contador Geiger en la mano había entrado en el área acordonada.

Scully se apeó del vehículo, sin hacer caso de sus piernas entumecidas mientras el pánico iba apoderándose de ella. Mulder caminaba en silencio a su lado cuando se acercaron al borde de una depresión rodeada de oscuras rocas volcánicas. Todo el hoyo parecía haberse fundido.

Se presentaron a un coronel que los esperaba y que entregó a Mulder un mustio folio de papel térmico.

—Acabamos de recibir este fax de su oficina central, agente Mulder —dijo—. Pero yo mismo podría haberle facilitado esa información. Sabemos todo acerca del viejo Oscar. De ahí que lo encontráramos allí.

—Soy todo oídos —repuso Mulder, arqueando las cejas esperanzado—. Necesitamos todos los detalles que pueda darnos.

—Era un anciano ranchero que venía aquí prácticamente cada semana desde tiempos inmemoriales. Él y su padre habían sido los propietarios de los terrenos del rancho que se extiende alrededor y que fueron cedidos a la base militar de Trinity… para la prueba, ya saben. Pero debido a cierta ley de confidencialidad de tiempos de guerra, cambiaron el nombre en los papeles de tal modo que no pudiera averiguarse a quién había pertenecido originalmente la tierra. Supongo que temían tener problemas con los activistas radicales incluso en aquella época, o tal vez con espías nazis. —El coronel señaló con un movimiento de cabeza la asolada depresión—. Puede que sus motivos estuvieran justificados, a juzgar por lo ocurrido.

Scully no podía apartar los ojos de la depresión. La arena blanca se había abrasado

de tal modo a causa del calor extremo que se había convertido en cristal verdoso, semejante al jade.

—Trinitite —dijo.

—¿Cómo dices? —preguntó Mulder.

Ella señaló con un movimiento de la cabeza la capa cristalizada de la arena.

—Apuesto a que esa arena y rocas cristalizadas son trinitite. Durante la explosión experimental de Trinity, alrededor del punto cero, el calor fue tan intenso que fundió la arena de alrededor y la convirtió en un sólido parecido al cristal. Algo muy extraño. La gente incluso lo recogió para coleccionarlo.

—Pueden acercarse —ofreció el coronel—. Querrán verlo de cerca si quieren sacar alguna información.

—Gracias por su colaboración, coronel —respondió Scully.

El hombre delgado y bronceado se volvió hacia ella.

—Le aseguro que no tenemos ningún interés en investigar este caso, agente Scully. Es todo suyo.

Ella entró detrás del coronel en el área acordonada y juntos se encaminaron hacia la arena abrasada por la explosión. Contra una pared rocosa divisaron la depresión, resplandeciente a la luz del sol en aquellas zonas donde se había derretido el yeso.

Fundidos con el suelo a causa del calor extremo yacían dos cadáveres carbonizados: un hombre prácticamente desintegrado y un caballo incinerado que casi se confundía con la arena derretida. La arena al cristalizarse los había inmovilizado en un inquietante cuadro vivo, como insectos capturados en ámbar.

Mulder se estremeció y apartó los ojos de la expresión de horror de la víctima.

—Detesto el fuego —murmuró, cogiendo del brazo a Scully en busca de apoyo.

—Lo sé, Mulder —respondió Scully, sin decirle cuánto detestaba ella la amenaza de la radiación y lluvia radiactiva—. No creo prudente permanecer aquí más tiempo que el imprescindible.

Mientras se alejaba, en lo único que podía pensar era en los cadáveres horriblemente carbonizados de las fotografías de las víctimas de Nagasaki que había visto en el museo de Detened Esta Locura Nuclear, en Berkeley.

¿Cómo era posible que volviera a ocurrir?

Historic Owl Cafe, San Antonio (Nuevo México).
Viernes, 13.28

De regreso a Albuquerque, antes de llegar a la carretera interestatal, Scully y Mulder decidieron detenerse en el histórico Owl Cafe, un edificio de adobe rojizo que parecía un plato abandonado. Esa enorme construcción era al parecer lo único de interés en toda la ciudad de San Antonio. En el aparcamiento de gravilla había cuatro furgonetas destartaladas y mugrientas, dos Harley Davidson aparcadas una al lado de la otra, y un viejo modelo de ranchera Ford.

—Arriesguémonos, Scully —dijo Mulder—. De todos modos tenemos que almorzar y nos queda un buen trecho hacia el norte.

Scully dobló el mapa de carreteras y, al bajar del coche al sofocante calor, se cubrió los ojos con una mano.

—Ojalá hubiera al menos otra ciudad en este estado con aeropuerto importante —comentó ella.

Siguió a Mulder hasta una gran puerta de cristal con una capa de polvo de la carretera incrustado. Él se la sostuvo abierta y ella averiguó por el adhesivo del cristal que el restaurante contaba con la aprobación de la Asociación Automovilística de América.

El interior era lúgubre y ruidoso, la clase de antro que ella solía evitar. A Mulder le encantaba.

—Vamos, Scully, es histórico —dijo él—. ¿No has leído el rótulo?

—Espera, creo que he oído hablar de este lugar. Tuvo algo que ver con el proyecto Manhattan o la prueba atómica de Trinity.

—Entonces nos hemos detenido en el lugar apropiado —respondió Mulder—. Nuestras hamburguesas formarán parte de nuestro trabajo.

Sobre la barra se encorvaban unas vagas figuras: rancheros que no se habían dignado quitarse sus sombreros de cowboys, unos cuantos camioneros con viejas gorras de béisbol y un par de turistas. Al fondo alguien jugaba con un flipper, y sobre la barra y en torno a la zona de cernedor parpadeaban unos letreros de neón que anunciaban distintas marcas de cerveza barata.

—Genuinos asientos de cuero sintético —comentó Mulder—. Este local es impresionante.

—Sabía que lo dirías.

Un corpulento navajo con el cabello entrecano recogido en una coleta dobló la esquina de la barra en dirección a la caja registradora. Llevaba vaqueros, una camisa de cuadros de algodón con chapas de nácar y una corbata de lazo de color turquesa.

—Siéntense donde quieran —dijo, señalando los taburetes vacíos con un ademán propio de un edecán que los recibe en su reino.

Siguió pasando un paño por el mostrador de fórmica donde otros clientes comían e intercambiaban increíbles historias.

Las paredes del Owl Cafe estaban llenas de carteles y fotografías enmarcadas de los lanzamientos de misiles experimentales realizados en White Sands, así como de certificados de aspecto oficial por su participación en las prácticas del Equipo de Emergencia Nuclear. De las paredes revestidas de paneles colgaban fotos enmarcadas de los hongos atómicos causados por las detonaciones del desierto, mientras que en la pequeña vitrina cerca de la vieja caja registradora había otras más pequeñas a la venta, así como rocas cristalizadas de color verde jade… Trinitite.

—Me gustaría echar un vistazo, Mulder —dijo Scully—. Puede que aquí encontremos material interesante.

—Yo iré buscando un sitio y pediré algo para los dos.

—No sé si debo confiarte esa tarea.

—¿Alguna vez me he equivocado? —replicó Mulder, diciendo adiós alegremente con la mano.

Y se internó en el oscuro laberinto de taburetes de cuero sintético antes de que ella pudiera responderle con franqueza.

Scully esperó junto a la vitrina situada debajo de la caja registradora y cogió un pequeño folleto mimeografiado que mostraba una foto granulada del Owl Cafe. El texto, mal redactado, describía los motivos de la fama del restaurante. Lo leyó por encima, refrescando la memoria… y de pronto recordó todo lo que había aprendido en los tiempos en que había estudiado obsesivamente la guerra fría, la carrera armamentista y los inicios del programa nuclear norteamericano.

En la época anterior a los coches con aire acondicionado, el Owl Cafe era un lugar de paso extraoficial para los científicos e ingenieros del proyecto Manhattan en sus frecuentes y largos viajes desde las montañas del norte de Los Álamos hasta el campo de pruebas de Trinity. Entonces no había autopistas interestatales sino carreteras estatales, y el trayecto debía de ser terrible en pleno verano de 1945.

Estaba prohibido que se detuvieran por el camino, pues tenían órdenes militares de conducir sin interrupciones hasta el campo, pero el Owl Cafe, perdido en una desierta encrucijada, era el lugar ideal para hacer un alto antes de entrar en el terreno aún más peligroso del este. Los miembros del pequeño convoy no podían evitar sentir deseos de almorzar o tomar un refresco antes de partir hacia la zona restringida que el gobierno había seleccionado para el estallido de la primera bomba atómica.

El fornido navajo vio a Scully de pie junto a la vitrina y se acercó a ella.

—¿Puedo mostrarle algo? —propuso con voz profunda.

Scully bajó la vista y señaló el surtido de pequeñas piedras.

—Uno de esos trozos de trinitite, por favor.

—¿Los de cien dólares la unidad?

Sin pronunciar otra palabra el hombre de anchas espaldas sacó una pequeña llave, abrió la parte posterior de la vitrina y sacó una de las piedras más pequeñas. Vaciló unos instantes, luego volvió a dejarla y cogió otra más grande.

—Aquí tiene —dijo—. Todas tienen un precio excesivo, de cualquier modo.

Scully sostuvo el fragmento de roca cristalizada y lo apretó, tratando de imaginar la infernal explosión que lo había creado. No se trataba de un proceso geológico ocurrido en el corazón de la tierra, sino de un infierno provocado por el hombre, que apenas había durado unos segundos. La superficie de la piedra estaba fría y resbaladiza; el hormigueo que Scully sentía en las manos era producto de su imaginación. Compró la piedra y siguió viendo la exposición.

Una vieja colección de botellas cubría la mitad de una pared: de cristal marrón, verde, transparente, hasta de color azul brillante, y todas ellas expuestas sin etiquetas que las identificaran, salvo un único folio escrito a máquina y amarillento por el paso del tiempo, pegado a la pared.

Las botellas llevaban allí desde antes de la Segunda Guerra Mundial y eran el bien más preciado de otro anciano navajo a quien había pertenecido originalmente el Owl Cafe. Éste no sabía una palabra del proyecto nuclear secreto ni de la prueba inminente, pero no pudo evitar reparar en los vehículos oficiales del gobierno, las medallas militares, las chaquetas y las corbatas de los ingenieros, que jamás podrían pasar por navajos de la reserva o rancheros del lugar.

De hecho, los ingenieros del proyecto Manhattan debían de haber parecido tan fuera de lugar como ella y Mulder esa tarde, pensó Scully antes de seguir leyendo.

Varios días antes de la explosión experimental de julio de 1945, uno de los

ingenieros, un cliente habitual —si bien extraoficial— del Owl Cafe, previno al viejo propietario. No le dio detalles confidenciales, sólo dijo que sería prudente guardar abajo las frágiles botellas unos días. El escéptico propietario navajo siguió el consejo, y así fue como se salvó aquella colección de botellas cuando la explosión de Trinity sacudió incluso las paredes de lugares tan lejanos como Silver City y Gallup, a 320 kilómetros de distancia. El nombre del considerado ingeniero del proyecto Manhattan no aparecía, sin duda para evitarle problemas.

Cogiendo su souvenir de trinitite, Scully volvió a la zona de restaurante en busca de Mulder. Éste se hallaba recostado cómodamente en el asiento de cuero sintético, releyendo el fax que había recibido en el polígono de pruebas de White Sands y bebiendo té helado de una taza roja de plástico.

Scully se dejó caer en el asiento acolchado de enfrente y vio que también había pedido té helado para ella. Dejó el trozo de roca cristalizada en la mesa de fórmica delante de él, quien la cogió intrigado y le dio vueltas entre las manos.

—En cierta ocasión me insultaste por comprar un souvenir en un café turístico como éste.

—Esto es diferente —repuso ella.

—Claro. —Mulder le dedicó una sonrisa irónica.

—Hablo en serio. Es trinitite, el material del que te hablaba —explicó ella.

Él lo estudió a la débil luz de un parpadeante letrero de Coors.

—Se parece al material que vimos junto a los cadáveres.

Ella asintió.

La camarera los interrumpió al llevarles la comida. Sirvió a cada uno una ración de patatas fritas muy calientes y una enorme hamburguesa tan jugosa que iba envuelta en papel para recoger la grasa.

—Vas a disfrutar, Scully. Es la especialidad de la casa: hamburguesa de queso con chile verde. —Mulder dio un mordisco a la suya y añadió con la boca llena—: ¡Deliciosa! Pican aquí mismo su propia carne y los chiles verdes potencian el sabor. No comerás nada parecido en todo Washington.

—No estoy muy segura de querer —repuso Scully, cogiendo su enorme hamburguesa.

La inspeccionó para decidir el mejor modo de atacarla y se cercioró de tener un montón de servilletas al alcance de la mano. A pesar de su escepticismo, le pareció absolutamente deliciosa y el toque de chile verde no era lo que esperaba.

—En fin, Scully —dijo él, poniéndose finalmente manos a la obra—. Veamos qué se nos ocurre. Ahora tenemos dos cadáveres, tres con el caballo, y todos muertos a causa de un repentino estallido de calor semejante a una explosión atómica en miniatura. Uno en un lejano laboratorio y los otros dos aquí, en medio del desierto.

Scully alzó un dedo, vio que lo tenía untado de ketchup hasta el nudillo y cogió una servilleta para limpiárselo.

—El laboratorio era utilizado por un investigador de armas nucleares que estaba diseñando un nuevo artefacto atómico secreto de alta potencia, y en cuanto a las otras muertes, se produjeron en el polígono de pruebas de White Sands, donde es posible que el ejército tuviera previsto probar dicho artefacto. Podría ser una conexión.

—Ah, pero el laboratorio del doctor Gregory no era el típico laboratorio experimental de un ingeniero —señaló Mulder—. De hecho era una sala llena de ordenadores. No encontramos ninguna cabeza nuclear escondida en un cajón del fichero. Y si el ejército tenía previsto probar ese Yunque Brillante, ¿por qué en White Sands? El gobierno ya tiene un campo de pruebas nucleares idóneo en Nevada. Es oficial y demás, y cuenta con todas las medidas de seguridad que puedan requerir. Además, ¿te dio la impresión de que esperara algo semejante el coronel de White Sands?

Scully tuvo que admitir que tenía razón.

—No, no parecía en absoluto preparado para tal situación.

Mulder se limpió la boca con la servilleta.

—Creo que deberíamos buscar una conexión más amplia… Tal vez no tenga nada que ver con Yunque Brillante.

—Si no es eso, ¿qué se te ocurre?

Mulder comió el último bocado de hamburguesa con queso, luego se concentró en el resto de patatas fritas.

—Emil Gregory y Oscar McCarron tuvieron oscuras conexiones que se remontan a la Segunda Guerra Mundial. Oscar McCarron era un viejo ranchero que probablemente no había salido en toda su vida de Nuevo México. El doctor Gregory también era de Nuevo México. Trabajó en el proyecto Manhattan durante más de cincuenta años, luego pasó un tiempo en Los Álamos antes de trasladarse a San Francisco y colaborar en el instituto Teller.

—¿Qué estás insinuando, Mulder?

Él se encogió de hombros.

—Sólo doy palos de ciego y no estoy seguro de haber encontrado nada por ahora. Pero tal vez deberíamos utilizar un poco más la imaginación y considerar otras posibilidades. ¿Qué más podían tener en común esos dos hombres? Sabemos que Gregory participó en la explosión experimental de Trinity, y que la familia de McCarron era la propietaria de los terrenos donde tuvo lugar dicha explosión.

Scully cogió una patata frita y se la comió apresuradamente.

—A veces tu imaginación va demasiado lejos, Mulder.

Se señaló a sí mismo, como quién dice «¿Yo?».

—¿Y cuántas veces mis soluciones alternativas han resultado correctas, Scully?

Scully tomó otra patata.

—Depende de a quién se lo preguntes.

Mulder suspiró.

—Scully, a veces eres una escéptica imposible… pero aun así me gustas.

Ella lo premió con una sonrisa.

—Alguien tiene que mantenerte a raya.

Después de limpiarse las manos con otra servilleta, Mulder sacó el mapa de Nuevo México.

—Me pregunto a cuánto está Roswell de aquí —comentó—. Tal vez valga la pena acercarnos allí.

—Rotundamente no —repuso ella—. Tenemos que coger un avión.

Él la miró con expresión burlona para demostrar que no hablaba en serio.

—Sólo era una pregunta.

15

Importaciones Kamida, Honolulu (Hawai).
Viernes, 14.04

Sentado ante su escritorio impecablemente limpio y meticulosamente ordenado del alto bloque de oficinas, cuatro de cuyas plantas las ocupaba su propia compañía de importaciones, Ryan Kamida escribió una dirección en un sobre acolchado.

La pluma se movía con trazos precisos y las letras brotaban perfectas en tinta negra.

Dos de las paredes de su despacho eran grandes ventanales que ofrecían una vista panorámica de Oahu. Pero Kamida tenía las persianas venecianas entornadas la mayor parte del tiempo. Le encantaba sentir la suave caricia del sol en su piel llena de cicatrices, relajándolo tal y como solía hacerlo en unos tiempos idílicos que apenas recordaba ya en una lejana isla del Pacífico.

Pero la luz del sol demasiado brillante era como fuego para él. Le traía a la memoria ese otro resplandor en el cielo, esa abrasadora llamarada tan intensa que había prendido todas las moléculas del propio aire.

El cabello blanco como la nieve, abundante y perfectamente conservado de Kamida le cubría ordenadamente la cabeza. Debido a la suerte casi sobrenatural que le había sonreído en su vida de adulto, Kamida disponía de mucho dinero para gastar en ropa, en acicalarse y en adquirir posesiones.

Pero el dinero no lo compraba todo, ni él deseaba poseer todo. Sus abultadas y céreas manos aferraban la destellante pluma como si de un arma se tratara… Y en cierto sentido lo era. Las palabras resonaban en su cabeza. Palpó el sobre acolchado y escribió en el lado correcto la dirección completa con primorosa y perfecta caligrafía. Podía sentir la precisión de sus letras.

Satisfecho, descansó la pluma en la ranura del escritorio, junto al frasco de tinta. Luego sostuvo el sobre en las manos, palpando los bordes, las afiladas esquinas. Confió en haber escrito correctamente la dirección. Jamás pedía a nadie que la comprobara, a pesar de no poder hacerlo él mismo.

Ryan Kamida era completamente ciego.

La lista en su mente se acortaba cada vez que enviaba un paquete, que seleccionaba un blanco. Kamida tenía los nombres de los responsables perfectamente grabados en su aguda memoria.

Sentado ante su escritorio, envuelto en el cálido sol que se filtraba por las persianas y lo acariciaba, se sintió muy solo… aun sabiendo que así lo había querido, pues había enviado a casa a todos los empleados de esa planta. Éstos habían protestado, aduciendo el trabajo que tenían atrasado: comprobantes de envíos, comisiones de ventas… Kamida se limitó a ofrecerles una paga y media, y se marcharon a casa satisfechos. Estaban acostumbrados a sus excentricidades.

Ahora que tenía todas las oficinas para él solo, podía realizar su importante cometido.

Sin duda para calmar esos desconocidos remordimientos de conciencia, el gobierno había ayudado a Ryan Kamida a lo largo de los años, a veces ofreciéndole dádivas veladamente, otras aprobando descaradamente sus ofertas y seleccionándole entre sus competidores.

Era un hombre de negocios con un impedimento físico, además de pertenecer a una minoría étnica, a pesar de que allí en Hawai, ser un isleño del Pacífico era poco sorprendente. Entre los turistas japoneses y los isleños del Pacífico que formaban allí su hogar, las verdaderas minorías eran las familias caucasianas de clase media.

Kamida había utilizado todos los medios a su disposición para contribuir al éxito de la compañía. Ésta estaba especializada en importaciones exóticas procedentes de las islas del Pacífico: Elugelab, Truk, el atolón Johnston, todo el archipiélago Marshall, impresionando a los turistas con baratijas de remotos lugares con nombres interesantes.

Necesitaba el dinero para llevar a cabo su verdadera misión.

Palpó el sobre, metió la nota escrita a mano y un pequeño frasco de cristal, y lo cerró. Ese simple acto le produjo un escalofrío de alivio, pero apenas duró un instante.

No importaba cuántos paquetes como ése había enviado, ni a cuántos culpables

había identificado ya, nunca compensaría la pérdida de su familia. Había sido un verdadero genocidio, más que cualquiera de las que llevó a cabo Adolf Hitler. De pronto la familia, los parientes, la tribu, la isla de Ryan Kamida, todo había desaparecido en una oleada de luz y llamas. El único superviviente fue un niño de diez años.

Sin embargo, Kamida no consideró el hecho de sobrevivir como un milagro o una bendición. Se había pasado toda la vida tratando de superar el recuerdo de esos escasos segundos en los que todo había terminado para los demás. O eso creía. Las voces que resonaban en su cabeza no habían cesado de gritar desde aquel día.

Dejando a un lado el sobre, Kamida olió el aire viciado de la oficina. Ladeó su rostro quemado y volvió sus ojos en blanco hacia el techo. No veía nada, pero podía percibir la tormenta que se avecinaba.

Un furioso mar de candente luminiscencia hervía sobre las placas de insonorización como la espuma en una cazuela, arremolinándose hasta formar rostros espectrales y vociferantes. A pesar de la ceguera, sabía que estaban allí. Nunca le dejaban solo.

Los espíritus de sus familiares incinerados empezaban a impacientarse. Arremeterían contra sus propios blancos si rehusaba ofrecerles una víctima de su elección. Llevaban mucho tiempo esperando y él ya no podía seguir dominándolos.

Caminando con el garbo y confianza de un vidente por las conocidas oficinas, cogió el sobre con la dirección escrita a mano y salió de su despacho para dirigirse al buzón, desde donde lo llevarían con toda urgencia a un avión y lo despacharían a Estados Unidos. El gasto del transporte nocturno por el Pacífico le parecía insignificante. El sobre iba dirigido a un discreto pero importante funcionario del Departamento de Energía, cerca de Washington, DC.

Probablemente ya era demasiado tarde para detener a Yunque Brillante, pero tal vez eso bastara para impedir que volviera a repetirse aquella pesadilla.

16

Instituto de Investigaciones Nucleares Teller.
Lunes, 10.16

Después de un fin de semana sin incidentes —por una vez—, Mulder regresó en coche al instituto Teller silbando California Dreaming. Scully fingió exhalar un suspiro de resignación, dando a entender que, dado que era su colega, soportaría su extraño sentido del humor. En agradecimiento por su tolerancia, Mulder le sonrió.

El estado del cadáver del viejo ranchero del polígono de pruebas de Trinity era tan similar al del doctor Emil Gregory, que Scully no pudo descartar la existencia de una conexión. Sin embargo, habían regresado al laboratorio nuclear del área de San Francisco con más preguntas que antes.

Se detuvieron ante el control de vigilancia y enseñaron sus pases y credenciales del FBI. Necesitaban hablar con el resto del equipo del doctor Gregory: el subdirector del proyecto, Bear Dooley, y los demás investigadores e ingenieros. Scully seguía insistiendo en que tenía que haber una explicación técnica para esas muertes: un experimento de un pequeño artefacto nuclear de alta potencia, algo que se había vuelto contra su inventor el doctor Gregory, algo que había sido probado en Nuevo México.

Pero eso no le parecía verosímil a Mulder, quien sostenía que tenía que haber algún motivo que aún no habían contemplado, aunque Scully se aferraba a sus explicaciones hasta encontrar otra mejor y más lógica.

Una vez dejaron atrás el puesto de vigilancia, Mulder extendió el mapa del instituto Teller. Siguió con el dedo los caminos de acceso hasta encontrar el edificio principal, donde había fallecido el doctor Gregory, y las oficinas provisionales, donde habían trasladado a Bear Dooley y demás miembros del equipo.

—Ahora que has averiguado algunos datos acerca de Yunque Brillante gracias a… —Mulder arqueó las cejas— digamos «medios extraoficiales», veamos qué tiene qué decir Bear Dooley. La información seria es nuestra mejor arma.

—Me contentaría con tener la información para resolver este caso —repuso Scully.

—Si con desear bastara…

Llegaron al viejo cuartel convertido y aparcaron el coche en la zona de «sólo vehículos oficiales». Esta vez Mulder recordó coger una máscara de papel para protegerse de las fibras de asbesto que flotaban en el aire. Cogió otra para Scully y le ayudó a atársela por encima del cabello. A continuación examinó con atención el aspecto de su colega.

—Es el último grito —dijo—. Me gusta.

—Primero los dosímetros y ahora las máscaras de oxígeno —repuso ella—. Este lugar es el paraíso de los fanáticos de la salud.

En el pasillo donde se realizaban las obras, los obreros habían trasladado las cortinas de plástico traslúcido que servían de barrera, después de derribar otra sección entera de pared. Un ruidoso generador mantenía una presión de aire negativa en la zona acordonada con el supuesto fin de impedir que las ligeras fibras de asbesto traspasaran la barricada.

—Allí está —señaló Mulder, girando a la derecha y haciendo señas a Scully de que lo siguiera—. La nueva oficina de Bear Dooley hace que mi sótano del Bureau parezca pulcramente ordenado.

Al llegar a la oficina provisional de Dooley, encontraron la puerta abierta de par en par, a pesar del estruendo de palancas, generadores y gritos de los obreros.

—Disculpe, ¿es usted el señor Dooley? —preguntó Mulder—. No comprendo cómo puede trabajar con este ruido.

Pero cuando Mulder asomó la cabeza en el interior de la oficina, ésta parecía desierta. El escritorio había sido despejado y los cajones del fichero cerrados con cinta adhesiva. Las fotos enmarcadas seguían amontonadas en cajas de cartón y los distintos artículos de oficina desparramados en desorden, como si alguien los hubiera empaquetado a toda prisa, dejando todo lo innecesario. Mulder apretó los labios y miró alrededor.

—Al parecer no hay nadie en casa —comentó Scully.

De pronto entró en la oficina un joven pelirrojo. Con las gafas, la camisa de

cuadros y el bolsillo lleno de bolígrafos, parecía el prototipo del sabihondo. La chapa lo identificaba como Víctor Ogilvy, y Mulder no sabía si sonreía o fruncía el ceño tras su máscara de oxígeno.

—¿Es usted del Departamento de Defensa? —se apresuró a preguntar Ogilvy—. Tenemos listos los informes preliminares, pero aún no podemos enviar nada.

—Estamos buscando al señor Bear Dooley —repuso Mulder—. ¿Puede decirnos dónde encontrarlo?

Víctor Ogilvy parpadeó tras sus gafas redondas.

—Se lo notificaron en la primera reunión, estoy seguro. Partió hacia San Diego el pasado jueves por la mañana. El *Dallas* llegará al atolón en un día o dos. El resto del equipo nos reuniremos con él en breve.

—¿Dónde? —preguntó Mulder.

La pregunta cogió a Ogilvy por sorpresa.

—¿Cómo dice? ¿Está seguro de que es del Departamento de Defensa?

Scully dio un paso al frente.

—Nunca hemos dicho que lo fuéramos, señor Ogilvy. —Le mostró la placa de identidad—. Somos del FBI. Yo soy la agente especial Dana Scully y éste es mi colega, el agente Mulder. Quisiéramos hacerle unas preguntas acerca de Yunque Brillante, la muerte del doctor Gregory y la prueba que va a tener lugar en un atolón del Pacífico.

Mulder se asombró de lo deprisa y fácilmente que su colega había resumido todos los datos en una sarta de preguntas pronunciadas con tono profesional.

Ogilvy quedó sin respiración y balbuceó:

—No creo que deba decir más, Es confidencial.

Mulder advirtió lo intimidado que se sentía y decidió aprovecharse.

—¿No ha oído a la agente Scully? Somos del FBI. —Pronunció las palabras con tono grave—. Debe responder a nuestras preguntas.

—Pero podrían retirarme la autorización —repuso Ogilvy.

Mulder se encogió de hombros.

—Usted decide. ¿Quiere que empiece a citarle los estatutos del FBI? ¿Qué me dice de éste: Si se niega a cooperar en nuestra investigación, tengo derecho a citarlo de acuerdo con el estatuto 43H del código del FBI?

Scully le apretó el brazo.

—¡Mulder!

Él meneó la cabeza.

—Deja que me ocupe de esto, Scully. Víctor no sabe en qué lío se está metiendo.

—Yo… —repuso Víctor Ogilvy—, creo que deberían hablar con la representante del Departamento de Energía. Ella sí está autorizada para responder a esta clase de preguntas. Si me da luz verde, entonces les responderé encantado. No tiene motivos para demandarme, ¡de verdad!

Mulder suspiró. Acababa de perder ese asalto.

—Está bien, llámela por teléfono para que podamos hablar con ella.

Ogilvy buscó en el escritorio abandonado de Bear Dooley hasta encontrar el listín telefónico del instituto Teller. Pasó nervioso las páginas, luego marcó el número de Rosabeth Carrera.

Scully se inclinó y susurró al oído de su colega:

—¿Estatuto 43H?

—Uso no autorizado del símbolo del oso Smoky —musitó él, sonriendo levemente—, pero él no lo sabe.

Al cabo de unos momentos Rosabeth Carrera estaba al otro lado de la línea. Habló con voz dulce y melodiosa, con un casi imperceptible acento hispano. Parecía educada y solícita.

—Buenos días, agente Mulder. No sabía que habían regresado de Nuevo México.

—Al parecer han ocurrido muchas cosas este fin de semana —respondió él—. La mayoría de los miembros del equipo del doctor Gregory han desaparecido y nadie quiere darnos cuenta de qué les ha ocurrido. Dado que están claramente involucrados en este caso, necesitaremos entrevistarlos más adelante… sobre todo ahora que hemos descubierto una conexión entre el doctor Emil Gregory y la víctima de White Sands.

Scully arqueó las cejas. Mulder exageraba, pero Carrera no lo sabía.

—Agente Mulder —respondió Carrera con un tono ligeramente crispado—, el doctor Gregory trabajaba en un proyecto de vital importancia para este laboratorio y para el gobierno. Detrás de esta clase de proyectos hay un calendario, un programa, un gran número de decisiones. Ciertos miembros de las altas esferas políticas tienen mucho interés en que la investigación se lleve a cabo según lo planeado. Me temo que no podemos pedir a nuestros científicos que vuelvan por un antojo.

—No se trata de ningún antojo, señora Carrera —replicó Mulder, poniéndose más serio—. Su principal investigador ha fallecido en circunstancias muy sospechosas, y ahora ha aparecido otra víctima en el polígono de pruebas de White Sands, muerto del mismo modo. Creo que hay motivos de sobra para proceder con cautela y hacer unas

cuantas preguntas más antes de dar el siguiente paso. Quisiera que pospusieran la prueba de Yunque Brillante.

—¿Yunque Brillante? No está programada ninguna prueba —respondió Carrera.

—No juegue conmigo —replicó él—. Estamos perdiendo un valioso tiempo telefónico.

—Me temo que es imposible —repuso Carrera con tono despreocupado—. El trabajo del doctor Gregory continuará como estaba planeado.

Mulder aceptó el desafío.

—Puedo hacer unas llamadas al Bureau y tengo unos cuantos contactos en el Departamento de Defensa.

Carrera adoptó un tono brusco, casi descortés.

—Haga las llamadas que crea pertinentes, agente Mulder. Pero la prueba del doctor Gregory tendrá lugar según lo planeado, no le quepa duda. El gobierno tiene muchas prioridades y estoy segura de que su investigación de asesinato está muy por debajo del interés nacional en juego.

—Por tu expresión, Rosabeth Carrera no ha cedido a tu petición —dijo Scully en cuanto su colega colgó.

Mulder suspiró.

—He mantenido conversaciones más productivas —suspiró Mulder.

Víctor Ogilvy permanecía nervioso junto a la puerta.

—¿Quiere decir que no tengo que responder a sus preguntas?

Mulder lo fulminó con la mirada.

—Depende de las ganas que tenga de estar en mi lista de felicitaciones de Navidad.

El joven pelirrojo se apresuró a desaparecer.

Scully puso los brazos en jarras y se volvió hacia Mulder.

—Bueno, ahora me toca a mí sonsacar más datos. Ha llegado el momento de utilizar mi otra fuente de información.

17

Oficina central de Detened Esta Locura Nuclear.
Lunes, 15.31

Scully regresó a la oficina del grupo de protesta de Berkeley, pero al bajar con dificultad el tramo de escalera que conducía al refugio antiaéreo del sótano descubrió que las oficinas provisionales se hallaban en el estado de caos que esperabas encontrar en un negocio pirata a punto de quebrar.

Un grupo de estudiantes voluntarios se dedicaban a descolgar de las paredes los carteles de las víctimas de Nagasaki, las conmovedoras fotografías de los isleños de Bikini sin hogar, las largas listas de explosiones experimentales realizadas en tierra y los gráficos de colores que mostraban las estadísticas de cáncer.

Scully cruzó la puerta y observó el movimiento, la confusión, el griterío.

Detrás de las mamparas de tela, la exhausta máquina fotocopiadora seguía zumbando, haciendo horas extras.

De pie en un taburete, la recepcionista Becka Thorne arrancaba las chinchetas del cartel hecho con impresora matricial que prevenía contra una segunda guerra nuclear.

La mujer de color se volvió. El vestido que llevaba tenía una profusión de colores aún más deslumbrante que el voluminoso atuendo del primer encuentro, y su cabello seguía siendo una maraña de rizos tentaculares al estilo de los rastafaris.

—¡Busco a Miriel Bremen de nuevo! —gritó Scully en medio del caos—. ¿Está aquí?

Becka arrancó una última chincheta y la mitad del cartel cayó al suelo como las serpentinas saliendo de un dispositivo pirotécnico.

—Es la del FBI, ¿verdad? Pues bien, Miriel no está aquí. Como puede ver estamos cerrando la oficina. Se acabó Detened Esta Locura Nuclear.

—¿Cerrando la oficina? —preguntó Scully—. ¿Se trasladan a un nuevo local?

—No. Miriel ha cancelado de golpe y porrazo el contrato de arrendamiento. Sólo nos quedaba un mes, pero se lo ha cedido al siguiente grupo que venga. Estas oficinas en el campus están muy solicitadas, ya sabe.

Scully trató de entender.

—¿Han perdido de pronto sus medios de financiación?

Becka se echó a reír.

—En absoluto. Somos probablemente el grupo más saneado que Berkeley ha visto en cinco años y gran parte del dinero invertido proviene de una corporación hawaiana. Pero Miriel lo ha cancelado y nos ha pedido que llamemos al siguiente grupo en la lista de espera. Dice que ha cambiado de parecer o algo parecido. Supongo que ha vuelto a nacer, pero esta vez en otra dirección.

—¿Quién va a ocupar esta oficina? —preguntó Scully, todavía sorprendida por la repentina desaparición de la activista.

¿Qué podía haber inducido a Miriel Bremen a abandonar el trabajo que había inflamado tanto sus ánimos como para echar por la borda su carrera y autorización, dejando en su curriculum un borrón que la perseguiría, el resto de su vida laboral?

Becka Thorne señaló con un ademán a los demás voluntarios.

—Se trata de un grupo verde —explicó—. Puedo enseñarle algunos de sus pósters…, son muy alarmantes. Quieren llamar la atención sobre los crecientes niveles de agentes contaminantes en nuestras aguas subterráneas, lo tóxicas que son las sustancias químicas que se filtran en cada parte de nuestra vida diaria y nos causan serios problemas en la salud.

La recepcionista echó un vistazo a varios pósters grandes, algunos con tablas de las sustancias químicas orgánicas y tóxicas descubiertas en una simple muestra de agua corriente. Scully reconoció muchas de las sustancias orgánicas, pero otras le parecieron los componentes de un botiquín de juguete. Algunas de las concentraciones nombradas le dieron motivos de preocupación y se preguntó si su análisis «aleatorio» era reproducible.

Becka le enseñó otro póster que mostraba las estadísticas de cáncer cada año más elevadas, sólo que esta vez se culpaba a los contaminantes tóxicos presentes en el agua subterránea. El gráfico era idéntico al utilizado por Detened Esta Locura Nuclear, que también había relacionado el aumento del cáncer con la radiación ambiental causada por las pruebas nucleares de los años cincuenta.

Uno de los voluntarios arrastró hasta el otro extremo de la pared el taburete, luego se subió a él para arrancar las demás chinchetas del póster, que cayó al suelo con estrépito.

—¿Y qué piensa hacer ahora, señorita Thorne? —preguntó Scully—. ¿Le han dado referencias para que encuentre empleo en otra parte?

Becka Thorne miró a Scully con sus enormes ojos marrones muy abiertos.

—No; colaboraré con el próximo grupo. Sigo de cerca a los activistas y cualquier causa me parece bien. Todas son interesantes y tienen parte de razón, por lo que veo. Hoy en día no puedes fiarte de nadie, ya sabe… y menos aún en el gobierno. Oh, no era mi intención ofenderla.

Scully sonrió.

—Creo que mi compañero le daría la razón.

Becka Thorne esbozó una sonrisa al tiempo que se secaba la frente bañada en sudor.

—Entonces envíenoslo. Siempre se necesitan nuevos reclutas para la causa.

Scully se esforzó por contener la risa.

—Creo que está demasiado preocupado por… este caso, por ejemplo. —Finalmente fue directa al grano y preguntó—: Necesitamos hablar con Miriel Bremen. ¿Sabe cómo podríamos contactar con ella?

La recepcionista la miró con suspicacia.

—No dejó ningún número de teléfono, si es lo que quiere saber… pero lo más probable es que se haya ido a las islas o algo así. Cuando tiene la conciencia demasiado intranquila, a veces se apunta a esos peregrinajes. Una vez fue incluso a Nagasaki y otra a Pearl Harbor. ¡A saber dónde más habrá estado! Nuestra Miriel era una persona muy reservada.

Scully frunció el entrecejo.

—¿Así que está en «las islas», pero no tiene idea de cuál? ¿Jamaica, Tahití, Nueva Zelanda?

Becka se encogió de hombros.

—Mire, señora del FBI. Miriel tenía mucha prisa por largarse de aquí. Vino el pasado viernes por la tarde y nos dijo que habíamos terminado… Lo que oye. Iba a rescindir el contrato y nos abandonaba a nuestra suerte.

»Oh, nos agradeció mucho nuestro esfuerzo e insistió en que la utilizáramos como referencia si alguna vez lo necesitábamos… ¡Como si una gran compañía fuera a

prestar atención a una referencia de una persona como Miriel Bremen! Ha tenido suerte porque la mayoría de nosotros tenemos contactos en otros grupos de protesta. No nos vamos a morir de hambre.

Scully entregó una tarjeta a la recepcionista.

—Si se entera de dónde está o se pone en contacto con ella, encárguese de que me llame a este número. Creo que querrá hablar conmigo.

—Si usted lo dice —repuso ella—. Ahora debo volver a mi trabajo… El grupo verde quiere organizar una manifestación para este sábado y tenemos que pegar carteles en todos los quioscos y farolas. Además, tenemos unas mil llamadas telefónicas que hacer. Aquí se trabaja sin descanso. Le aseguro que me encantaría ir de vacaciones a las islas.

Scully volvió a darle las gracias antes de salir y subir las escaleras de hormigón que conducían a la calle. Estaba muy agitada. Primero el doctor Gregory había muerto en su laboratorio, después Bear Dooley y su equipo habían levantado repentinamente el campamento y huido al Pacífico para llevar a cabo su prueba secreta, y ahora Miriel Bremen, ex miembro del proyecto Yunque Brillante y abierta activista radical contra la prueba en sí, también había partido repentinamente con rumbo a «las islas».

¿Podía tratarse de una coincidencia? Scully las detestaba. Y ¿cómo cuadraba en todo eso el viejo Oscar McCarron?

Las piezas del rompecabezas seguían sin encajar del todo, pero estaban conectadas por hilos invisibles. Scully sólo tenía que observar alrededor para encontrar las conexiones que resolvían el enigma. Ella y Mulder tendrían que seguir buscando.

La verdad estaba allí fuera, en alguna parte.

18

Residencia Scheck, Gaithersburg (Maryland).
Lunes, 18.30

A última hora de la tarde en el área de Washington, DC, el ambiente estaba cargado de humedad y los inquietantes nubarrones del cielo anunciaban un opresivo aumento del bochorno antes que una refrescante y renovadora lluvia.

En días como ése, Nancy Scheck tenía la impresión de que todos los quebraderos de cabeza para mantener la piscina cubierta en el patio trasero merecían la pena.

Dejó que la puerta mosquitera se cerrara sola y entró en su casa de ladrillo con postigos negros. Un cornus en flor y un seto espeso y bien recortado rodeaban sus blancas columnas coloniales. Era sencillamente la clase de mansión imponente que se suponía que tenía una importante funcionaria del Departamento de Energía y ella disfrutaba con ello.

Como hacía diez años que se había divorciado y sus tres hijos ya eran adultos y estaban en la universidad, en aquella casa tenía mucho espacio para respirar y moverse. Disfrutaba de la libertad y el lujo.

Aquella mansión era mucho más de lo que ella necesitaba, pero Nancy Scheck detestaba las implicaciones de mudarse a una vivienda más modesta, sobre todo en aquellos momentos. Desde el comienzo de su carrera sólo le había preocupado prosperar, sin reparar en medios para llegar a la cima. Mudarse de una enorme e imponente casa a otra más pequeña no encajaba en sus planes.

Dejó caer el maletín en la pequeña mesa de teléfono Ethan Allen del vestíbulo y se quitó la agobiante chaqueta. Toda su carrera había transcurrido en una oficina y estaba acostumbrada a llevar trajes conservadores y formales, e incómodas medias. En su cargo, tales prendas equivalían a un uniforme, del mismo modo que la extravagante

indumentaria que llevaba un adolescente tras el mostrador de una hamburguesería.

Pero en esos momentos Nancy estaba impaciente por arrancarse la ropa, ponerse su brillante bañador de una pieza y sumergirse en su lujosa piscina.

Recogió el montón habitual de correspondencia y lo dejó caer sin ceremonias en el mármol de la cocina. Luego encendió el contestador automático para escuchar los dos mensajes grabados. El primero era una oferta de una compañía ansiosa por ir a su casa y hacerle un presupuesto gratuito y sin compromiso para revestir las paredes exteriores de aluminio.

—¿Un revestimiento de aluminio en mi casa? —gruñó—. Tonterías.

La voz del segundo mensaje era profunda y conocida. Las palabras parecían formales e inocuas, pero ella podía detectar la pasión que se ocultaba tras ellas y que daba órdenes de una magnitud por encima de una mera relación de negocios… o incluso de una buena amistad.

En la oficina y en los actos sociales del Departamento de Energía, lo llamaba «brigadier general Matthew Bradoukis». Durante sus frecuentes visitas al patio trasero o delantero se permitía llamarlo «Matthew»…, y en la cama le susurraba al oído nombres cariñosos e irrepetibles.

No se identificaba a sí mismo en el contestador automático, pero no hacía falta.

«Soy yo. Me he atrasado un poco en la oficina, así que no saldré hasta las siete y media. Pasaré por casa para recoger los dos filetes de Porterhouse que llevan todo el día en adobo. Los pondremos sobre la parrilla, luego podemos darnos un chapuzón y… lo que sea. Ahora que el proyecto está culminando en algo, alcanzando su clímax… —Nancy soltó una risita, pues sabía que había escogido a propósito esa expresión. Le pareció muy erótica—. Los dos necesitamos un poco de desahogo».

Se oyó el tono y la cinta se rebobinó.

En su dormitorio, se quitó la ropa y, sonriendo, arrancó de la cama las sábanas de satén antes de ponerse el bañador, negro, liso y brillante.

Se admiró en el espejo. A sus cuarenta y cinco años, sabía que no era tan guapa o sexy como a los veinticinco, pero tenía un cuerpo que destacaba por encima de la mayoría de las mujeres de su edad. Se mantenía en forma, vestía con elegancia, hacía ejercicio y había conservado su apetito sexual. Llevaba el cabello corto y pulcramente peinado. Por fortuna sus cabellos rubios no se habían vuelto blancos, sino de color ceniza.

Nancy cogió del armario una de las lujosas toallas de playa, luego cruzó la cocina

e hizo un alto para servirse un gin-tónic.

Agitó el alcohol y el refresco con el hielo, para que se enfriara. No tenía sentido esperar a Matthew para empezar a beber. Él mismo se prepararía su copa.

Con la toalla colgada del hombro, Nancy cogió el correo y el vaso y salió al patio trasero para sentarse junto a la piscina. Arrastró una tumbona hasta una pequeña mesa y fue a encender los focos antiinsectos. Los mosquitos y jejenes nunca descansaban, sobre todo al caer la tarde. Luego cogió una especie de cazamariposas y lo pasó por la superficie del agua, retirando los bichos ahogados y las hojas caídas de los árboles vecinos. Una vez el agua azul quedó limpia e invitadora, volvió a su tumbona resguardada del sol.

Se recostó y trató de relajarse tomando un sorbo de su cargada copa y saboreando la tónica y el Tanqueray que le quemaba la garganta y el pecho. Imaginó el sabor de los exquisitos filetes que Matthew pronto cocinaría, y el gusto salado y dulce de sus besos cuando se mezclaran sus alientos.

Se retorció de deseo anticipado en la tumbona, recorriéndose el bañador con las manos.

Era agradable tener un hombre con el mismo rango que ella, alguien que trabajaba en el mismo proyecto secreto, que estaba al tanto del dinero que se rascaba de los presupuestos operativos de otros programas, sin dejar ninguna clase de constancia por escrito. Nunca podría llevarse la contabilidad de programas tan confidenciales como Yunque Brillante.

No tenía que preocuparse de las conversaciones íntimas en la cama cuando tenía ganas de hablar, dado que el brigadier general Matthew Bradoukis dirigía las operaciones del nuevo concepto de cabeza nuclear del Departamento de Defensa, mientras que ella se ocupaba de la parte correspondiente al Departamento de Energía. No había motivos para inquietarse. Él era su media naranja… de momento.

Nancy se untó de bronceador las piernas, los brazos y los hombros y se masajeó hasta el cuello… imaginando los fuertes dedos de Matthew trabajando en aquella zona. Tuvo que prohibirse seguir pensando en ello o no sería capaz de esperar a que llegara.

Trató de distraerse abriendo el correo y, tras pasar y desechar todos los formularios, circulares y propaganda sin interés encontró un pequeño paquete enviado por correo expreso con matasellos de Honolulu, pero sin remite.

—Tal vez haya ganado un viaje gratis para dos —dijo, rasgando el sobre.

Para su desilusión, sólo encontró un pequeño frasco de cristal lleno de ceniza fina y negra, junto con un trozo de papel. El mensaje estaba escrito en letras mayúsculas muy precisas y pulcras, obra de una mano paciente: «Por tu papel en el futuro». Frunció el entrecejo.

—¿Qué demonios significa esto? —Intrigada, sacudió el frasco de ceniza negra, sosteniéndolo en alto para examinarlo a la luz—. ¿Debo convencer a la gente de que deje de fumar?

Nancy se levantó, disgustada por aquella broma de mal gusto. Quienquiera que tratara de amenazarla o tomarle el pelo no se saldría con la suya si no le explicaba a qué se refería.

—La próxima vez procura incluir algún dato más —dijo, arrojando la nota a la mesa del patio.

Decidió no preocuparse. El sol estaba más bajo, pero seguiría haciendo bochorno en las próximas horas. Estaba malgastando un tiempo precioso para nadar.

En el bordillo de la piscina, uno de los focos antiinsectos chisporroteó. Nancy observó las chispas azules que despedía al engullir los jejenes y mosquitos que había atraído con su diferencial de voltaje.

—¡Ja! —exclamó con una sonrisa.

De pronto los demás focos antiinsectos empezaron también a echar chispas, chisporroteando y zumbando audiblemente. Las luces parpadearon con violencia y las chispas se convirtieron en relámpagos en miniatura.

—¿Qué es esto, los insectos han invadido Juno? —preguntó Nancy mirando alrededor.

Sólo los grandes escarabajos eran capaces de hacer chisporrotear de ese modo los focos. Deseó que Matthew se diera prisa en llegar para que contemplara aquella locura.

Finalmente, uno tras otro, los focos antiinsectos estallaron como pequeñas bombas, formando un geiser de chispas eléctricas azules. Nancy gimió disgustada. Tendrían que malgastar un precioso fin de semana reemplazando los apliques.

—¿Qué pasa aquí, maldita sea?

Con el extraño frasco todavía en la mano, Nancy apuró la copa de un trago y se abstuvo de estrellar el vaso y arrojar los cubitos de hielo al otro lado del patio de hormigón. Se sentía desprotegida e indefensa allí fuera, sin nada encima aparte del bañador negro. Tal vez si pudiera llegar al teléfono…

De pronto se oyeron voces procedentes de todas partes, hablando en una lengua extraña y primitiva, arremolinándose invisiblemente en torno a sus oídos… Pero no vio nada.

El propio aire despedía destellos y descargas, como si cada objeto del patio se hubiera convertido en una vara luminosa. De su tumbona partían rayos que describían un arco hasta la mesa del patio.

—¡Socorro!

Se volvió y echó a correr, pero resbaló y alargó una mano instintivamente pidiendo ayuda. Sus cabellos rubio cenizo se erizaron como serpientes y oscilaron de un lado a otro, formando una aureola en torno a su cabeza.

Se acercó tambaleante al borde de la piscina, buscando desesperadamente refugio. Sintió un hormigueo en su piel chamuscada, llena de electricidad estática, y arrojó el frasco de cenizas al agua.

De pronto se vio envuelta en una nube de luz intensa y las clamorosas voces se hicieron más fuertes.

Masa crítica.

Un repentino rayo la alcanzó y la violenta deflagración le quemó los ojos. El ímpetu de la ola de calor y radiación la arrojó a la piscina con un estallido de luz, y una nube de vapor se elevó como un banco de niebla hacia el cielo.

La última imagen que registraron sus nervios ópticos fue un increíble y espectral hongo atómico.

19

Residencia Scheck.
Martes, 13.06

El cadáver era idéntico a los demás, pensó Mulder. Totalmente carbonizado, lleno de radiación residual y retorcido como un insecto en una postura que le recordó la famosa litografía El grito de Edvard Munch.

Sin embargo, el hallazgo de un cadáver carbonizado por radiación en el patio trasero de una lujosa casa de las afueras parecía de alguna manera mucho más misterioso. Aquel entorno mundano —piscina, tumbonas y muebles de jardín— daba al escenario del delito un aspecto aún más aterrador que la depresión de arena cristalizada en medio del desierto de Nuevo México.

Un policía local les cortó el paso en la entrada del recinto de la piscina, pero Mulder le enseñó el pase y la placa de identidad.

—FBI. Somos el agente especial Mulder y la agente Scully. Hemos venido a echar un vistazo al escenario del crimen y examinar el cadáver.

Un detective de homicidios buscaba pistas y tomaba notas alrededor de la piscina y el patio, visiblemente desconcertado. Oyó sin proponérselo a Mulder y levantó la vista.

—¿FBI? Esto es recurrir a los peces gordos. ¿Por qué les han enviado aquí?

—Es posible que existan ciertos antecedentes —respondió Scully—. Esta muerte podría estar relacionada con otra investigación que tenemos entre manos. La semana pasada se produjeron dos muertes similares.

El detective arqueó las cejas y se encogió de hombros en un gesto cansado.

—Todo lo que hagan por ayudar me quitará trabajo de encima. Es un caso extraño, desde luego. Nunca he visto nada parecido.

—No hay duda de que irá a tu archivo de casos especiales —susurró Scully a Mulder.

Luego inspeccionó minuciosamente el escenario del crimen, trabajando alrededor de los detectives y técnicos que trajinaban. Sacó un pequeño cuchillo y lo introdujo en un trozo carbonizado de la valla de madera roja que rodeaba la propiedad de Nancy Scheck.

—Sólo se ha quemado superficialmente —comentó, arrancando una capa externa de carbón—, como si el calor hubiera sido intenso, pero breve.

Mulder inspeccionó la marca que su compañera había hecho con el cuchillo. Luego advirtió los focos antiinsectos que rodeaban la piscina, hechos añicos.

—Mira, están todos rotos —señaló—. Como si una subida de tensión los hubiera hecho estallar. Esto no se ve cada día.

—Podemos consultar a la compañía eléctrica para ver si hubo fluctuaciones de electricidad en este barrio a la hora aproximada de la muerte —propuso Scully.

Mulder asintió. Puso los brazos en jarra y se volvió despacio, esperando que se precipitara sobre él la solución del enigma. Pero no ocurrió nada.

—Está bien, Scully. Esta vez no estamos en un laboratorio de investigaciones nucleares ni en un polígono de pruebas de misiles, sino en el patio de una casa de Maryland. ¿Cómo vas a explicar este caso científicamente?

Scully suspiró.

—En este momento ni siquiera estoy segura de cómo vas a explicarlo tú, Mulder.

—No necesariamente con libros de texto —repuso él—. En primer lugar, veré si hay alguna conexión entre Nancy Scheck, Emil Gregory y Oscar McCarron. O una prueba de armas nucleares en común. O incluso el proyecto Manhattan. Podría ser cualquier cosa.

—No era lo bastante mayor para estar involucrada en el proyecto Manhattan de la Segunda Guerra Mundial —señaló Scully—. Pero sí trabajó en el Departamento de Energía y era una persona importante, según su expediente. Así y todo, es un vínculo endeble. Miles de personas trabajan en ese departamento.

—Ya lo veremos —repuso Mulder.

El forense ya había envuelto el cadáver carbonizado en una bolsa de plástico negra. Mulder se acercó a él con cautela y le indicó por señas que abriera la cremallera de la bolsa para examinar de nuevo los restos mortales de Nancy Scheck.

—Es lo más extraño que jamás he visto —comentó el forense. Estornudó, luego

olió ruidosamente y murmuró algo sobre sus alergias—. Jamás he visto una muerte como ésta. No se trata sólo de una víctima carbonizada. Así de pronto, no se me ocurre qué pudo arder de ese modo. Voy a tener que echar mano de mis libros.

—Podría tratarse de una bomba atómica —repuso Mulder.

El forense rio nervioso y volvió a estornudar.

—Muy gracioso. Todo el mundo tiene una bomba A en su patio trasero, lista para hacerla estallar. ¡Debió de pelearse con sus vecinos! Por fortuna, ningún testigo ha declarado haber visto un hongo atómico.

—Coincidiría con usted en que parece ridículo, si no fuera el tercer cadáver idéntico que nos hemos encontrado en la última semana —repuso Mulder—. Uno en California, otro en Nuevo México y ahora aquí.

—¿Se han topado antes con esto? —El forense pareció reanimarse y se frotó sus ojos inyectados en sangre—. ¿Y cuál demonios fue la causa?

Mulder meneó la cabeza y permitió que el hombre robusto volviera a subir la cremallera de la bolsa.

—De momento estoy tan desconcertado como usted.

Al otro lado de las puertas de cristal del patio, un hombre vestido con uniforme de general hablaba con dos policías, quienes tomaban notas en sus pequeños cuadernos. El general era bajo y ancho de espaldas, y tenía el cabello negro y cortado al rape, y la tez morena. Parecía profundamente afectado. La escena despertó al instante la curiosidad de Mulder.

—¿Quién debe de ser?

—He oído a uno de los policías y creo que es el que descubrió anoche el cadáver —respondió Scully.

Mulder se acercó apresuradamente, ansioso por oír lo que decía el general y hacer unas cuantas preguntas de su cosecha.

—Cuando llegué aquí el hormigón seguía caliente —explicó el general—, de modo que ella no podía llevar mucho tiempo muerta. La valla trasera ardía sin llamas, y la pintura había saltado y despedía un olor… —Meneó la cabeza—. ¡Menudo olor! —El general se volvió hacia Mulder, pero no pareció advertir su presencia—. Escuchen, he visto combatir y he presenciado accidentes, algunos horribles… Y en una ocasión hasta ayudé a rescatar los cuerpos de un avión estrellado, de modo que he visto la muerte de cerca varias veces y sé lo terrible que puede ser. Pero en su propio patio trasero…

Mulder logró leer por fin el nombre de la chapa plastificada del general.

—Disculpe, general Bradoukis. ¿Trabajaba con la señorita Scheck?

El general estaba demasiado afectado para cuestionar el derecho de Mulder a interrogarlo.

—Sí, así es.

—Y ¿qué hacía aquí anoche?

El general se puso rígido y frunció el entrecejo.

—Íbamos a cenar juntos… filetes a la parrilla. —Se ruborizó ligeramente—. Nuestra relación no era totalmente secreta, pero procurábamos ser discretos.

Mulder asintió, comprendiendo los motivos de inquietud del general.

—Dígame, general, tengo entendido que la señorita Scheck ocupaba un cargo importante en el Departamento de Energía, pero no estoy seguro de qué programa dirigía. ¿Puede ayudarme?

Bradoukis apartó sus ojos negros. Los dos policías se movieron inquietos, sin saber si debían ahuyentar al agente del FBI o dejar que hiciera las preguntas por ellos.

—Nuestro… el trabajo de Nancy no era muy comentado.

Mulder se estremeció. Al parecer tenía una nueva pista que seguir.

—¿Quiere decir que se trataba de uno de esos programas negros, un proyecto financiado con fondos extraoficiales?

—Los medios de comunicación los llaman negros —lo interrumpió el general—, pero no existe un nombre oficial. A veces es preciso obtener ciertas cosas por medios no tradicionales.

Mulder se inclinó hacia él como un halcón descendiendo en picado sobre su presa. Todo dependía de la siguiente pregunta.

—¿Y el trabajo de la señorita Scheck estaba relacionado con un proyecto llamado Yunque Brillante?

El general retrocedió como una cobra sobresaltada.

—No tengo autorización para hablar de ese proyecto, y menos en un recinto no seguro.

Mulder le sonrió con complicidad.

—No es necesario, general.

La reacción de Bradoukis había bastado. De pronto las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. Aún no estaban en su sitio, pero al menos seguían cierto orden. Decidió que por el momento lo más prudente era dejar tranquilo a aquel hombre

afligido.

—Por mí eso es todo, general. Lamento haberle molestado en estos momentos tan dolorosos. Deduzco que tiene un cargo en el Pentágono. Tal vez le haga una visita más adelante.

Bradoukis asintió sin entusiasmo, y Mulder se acercó a la piscina para examinar la pintura ennegrecida y llena de ampollas que rodeaba el bordillo de hormigón. La mitad del agua se había evaporado por el calor intenso, y la que quedaba estaba caliente y turbia, y se había acumulado una espuma marronácea en las esquinas.

La bola de fuego debió de ser terriblemente intensa y, sin embargo, no había incendiado la casa de Nancy Scheck, ni se había propagado a los patios vecinos. Era casi como si lo hubieran dirigido o apuntado deliberadamente a una zona determinada. Algunos vecinos afirmaban haber visto un breve e intenso resplandor, pero no se habían molestado en investigar. La gente de aquel barrio pudiente era muy reservada.

Con su vista de lince característica, Mulder reparó en un objeto, una pequeña botella de cristal que flotaba cerca del fondo de la piscina como si estuviera parcialmente llena de agua. Encontró la red para recoger las hojas en la pared junto a las puertas del patio y la descolgó. El excesivo calor había retorcido el mango, pero la red seguía siendo utilizable.

Mulder la llevó al bordillo de la piscina, la sumergió hasta el fondo y le dio vueltas hasta pescar el oscuro objeto y sacarlo a la superficie. Goteaba agua de los bordes de la red.

—He encontrado algo —anunció, agachándose para recoger el pequeño frasco que contenía una sustancia negra.

En el frasco sólo habían entrado unas gotas de agua de la piscina. El detective y Scully se acercaron a echar un vistazo. Mulder sostuvo el frasco entre el pulgar y el índice, y lo llevó a la luz. Le parecía muy extraño, pero por eso mismo decidió que debía de tener relevancia en aquel caso.

Se lo ofreció a Scully, y ésta lo cogió y agitó el contenido.

—No sé qué es —dijo—. Una clase de polvo negro o ceniza, pero ¿cómo habrá ido a parar al fondo de la piscina? ¿Crees que tiene algo que ver con la muerte?

—Sólo hay un modo de averiguarlo, Scully —respondió Mulder. Se volvió hacia el detective de homicidios—. En el laboratorio del FBI contamos con aparatos sofisticados. Quisiera llevármelo para realizar un análisis completo. Le enviaremos

una copia de todos los informes, naturalmente.

—Por supuesto. ¡Menos trabajo para mis hombres! —respondió el detective. Luego meneó la cabeza y añadió—: Jamás he visto un caso así y creo que me supera. Háganme un favor y resuélvanlo. —Se mesó el pelo—. Prefiero un apuñalamiento o un disparo desde un coche.

20

Oficina central del FBI, Washington, DC.
Martes, 15.10

Después de tanto tiempo viajando, a Scully le gustó la idea de trabajar en su laboratorio para variar, aun cuando se tratara de un caso tan truculento como ése.

Disfrutaba de la soledad y de aquel entorno conocido. Sabía dónde encontrar cada instrumento, a quién pedir ayuda o hacer una consulta técnica, y conocía a especialistas cuyas aptitudes respetaba, en caso de que necesitara que una persona imparcial verificara sus descubrimientos.

El laboratorio del FBI era el más sofisticado de su clase a nivel mundial. Por él pululaba una extraña variedad de expertos en medicina forense, cuyos insólitos intereses o facultades habían resultado claves una y otra vez en la resolución de casos insólitos y delicados: una mujer con predisposición genética a detectar el olor a almendra amarga del cianuro que mucha gente era incapaz de percibir; un hombre cuyo interés en peces tropicales le había llevado a identificar un misterioso veneno como un alguicida de acuario común, después de haber fracasado todos los demás métodos de análisis; otro hombre especializado en reconocer el tipo de máquina fotocopiadora en la que se había hecho una copia en particular.

Con sus numerosos expedientes X, Scully y Mulder habían ampliado las facultades e imaginación del laboratorio del FBI más a menudo que otros muchos agentes que actuaban sobre el terreno.

El laberinto de laboratorios estaba basado en una red supuestamente diseñada para facilitar la cooperación entre las distintas unidades, cada una de ellas con jurisdicción propia y experiencia en los distintos campos de química/toxicología, análisis del ADN, armas de fuego y otros instrumentos, cabellos y fibras, explosivos, fotografía y vídeo,

poligrafía, huellas dactilares, análisis de materiales y otras especialidades más esotéricas. Después de años en el Bureau, Scully no había logrado comprender la organización de las unidades, pero sí sabía dónde encontrar lo que necesitaba.

Entró en el laboratorio principal de Berlina Lu Kwok, situado en la sección de recepción de muestras de la unidad de análisis biológicos, donde los especimenes recibían una primera inspección superficial antes de ser sometidos a otra serie de análisis más específicos. Sólo cruzar el umbral, un desagradable hedor le asaltó las fosas nasales y encontró a la corpulenta directora de laboratorio asiática de un humor de perros.

—¡Agente Scully! —exclamó Lu Kwok con voz tan cortante que hendió el aire, como si Scully fuera de alguna manera la causante de aquel olor—. ¿Acaso es mucho pedir? ¿No existen unos trámites bien definidos y regularmente estipulados para el envío de muestras? ¿No cuesta lo mismo hacerlo bien que mal?

Scully escondió avergonzada la muestra empaquetada del residuo negro que Mulder había recogido en la piscina del patio trasero de Nancy Scheck.

—Pensé que era mejor rellenar los formularios yo misma…

Decidida a terminar su discurso, la directora olió el aire fétido e hizo una mueca de disgusto.

—El FBI tiene todo el derecho del mundo a esperar que los agentes locales intenten seguir esos simples trámites, ¿no? Nos facilitarían las cosas, ¿no le parece?

Agitó un papel en el aire, apretando el borde con una mano lo bastante recia como para partir en dos una tabla de madera. Sin esperar respuesta, empezó a leerlo en alto.

—Todas las muestras deberán dirigirse al centro de control de pruebas del FBI. Los boletines se enviarán por UPS, correo certificado o mensajero. Los órganos humanos deberán conservarse en hielo seco y ser enviados en contenedores de plástico o cristal por UPS, correo exprés o entrega urgente. —Esta vez agitó el papel para ventilar la habitación.

»Y acaba de llegarme de una perdida ciudad de Dakota del Sur el hígado de una víctima, para que le haga un análisis toxicológico. Lo metieron en una bolsa de plástico con cierre de cremallera y escribieron un rótulo a mano en una cinta adhesiva… ¡y ni siquiera pagaron los portes! —El papel planeó hasta aterrizar en el suelo—. Tardaremos semanas en eliminar este hedor y lo más probable es que no logremos averiguar gran cosa de este tejido.

Scully tragó saliva, confiando en no animar la perorata de aquella mujer.

—Si le presento una muestra siguiendo los debidos trámites, ¿puedo pedirle un favor?

Berlina Lu Kwok entornó sus ojos almendrados y le lanzó una mirada furibunda. Luego soltó una carcajada que recordó el estallido de una tormenta.

—Lo siento, agente Scully. Por supuesto. ¿Se trata del asesinato de la funcionaría del Departamento de Energía? Nos han comunicado que tiene prioridad.

Scully asintió entregándole la muestra junto con una nota en que Mulder explicaba por escrito sus sospechas acerca de la identidad de la sustancia.

—Interesante —dijo Lu Kwok después de leerla—. Puedo verificar las especulaciones del agente Mulder en un momento, pero si no concuerdan es posible que tardemos semanas en identificar la sustancia.

—Haga lo que pueda —respondió Scully—. Y gracias. Mientras tanto debo realizar dos autopsias.

—Suerte —deseó la mujer asiática, examinando la muestra.

Y todavía mascullando sobre el hedor del laboratorio, dio media vuelta y volvió a su trabajo.

Fue una tarde enrevesada y agotadora.

Scully finalizó la autopsia de Nancy Scheck, así como la del viejo ranchero Oscar McCarron, que había sido empaquetado y enviado al laboratorio —siguiendo los debidos trámites, confiaba— por los solícitos empleados del polígono de pruebas de White Sands. Scully sospechaba que querían desentenderse del asunto y dejar que ellos se encargaran de resolverlo.

Sin embargo, después de haber examinado a las tres víctimas fallecidas, según parecía, en las mismas circunstancias increíbles, seguía sin saber de qué arma letal se trataba.

Era muy sencillo atribuir las muertes a una «exposición repentina y violenta a niveles extremos de calor y radiación», pero eso seguía sin explicar la causa de la exposición. ¿Se trataba de una nueva clase de rayo mortal o de una minúscula cabeza nuclear?

Después de sus clases en la universidad, conocía la parte física de las explosiones nucleares lo bastante bien como para saber que una cabeza nuclear no encajaba dentro de una bomba de bolsillo o granada de mano. La masa crítica, los detonadores y el revestimiento protector requerían cierto volumen. Además, dejaban atrás residuos, cosa que no habían encontrado en ninguno de los otros tres escenarios. La única

prueba reveladora con que contaba era el frasco lleno de esa extraña ceniza negra que Mulder había pescado en la piscina de Nancy Scheck.

Dejó que otros miembros del FBI limpiaran la sala de autopsias y se hicieran cargo de los dos cadáveres carbonizados, y se dirigió a su laboratorio privado para analizar otra porción de ceniza. Utilizó un largo escalpelo de hoja estrecha para esparcir el grasiento y polvoriento residuo en una bandeja metálica estéril. Utilizando una lupa, examinó la sustancia y la estudió con detenimiento a fin de averiguar sus propiedades.

Arrancó la cinta adhesiva, insertó un microcasete virgen y apretó el botón RECORD, dejando que el micrófono sólo activado por las voces se encargara de las largas pausas en su relato. Luego especificó el número del caso y el de la muestra, y empezó a dictar un informe improvisado.

—La sustancia negra encontrada en la piscina de la señorita Scheck es fina, como hojaldrada y parcialmente granulada, y está compuesta de dos componentes distintos. La mayor parte es un polvo semejante a la ceniza y compuesto según parece de algún tipo de residuo orgánico. Ahora está prácticamente seco, pero podría haber sido contaminado por el cloro y demás sustancias químicas del agua de la piscina. Tal vez tengamos que compensar tales impurezas en el análisis final.

»El segundo componente de la mezcla es granulado y… —aisló un par de granos con la punta del escalpelo y, al apretar uno de ellos, lo envió al otro extremo de la bandeja metálica con un chasquido—, duro y cristalino, como una clase de roca… o arena. Sí, me recuerda a la arena oscura.

Scully recogió con el escalpelo una pequeña porción de sustancia negra, la esparció en un portaobjetos limpio y lo deslizó bajo el microscopio. A continuación se inclinó sobre los oculares y los enfocó para examinar la sustancia bajo lentes de poco y después mucho aumento, utilizando un filtro polarizante y esparciendo con la punta del escalpelo los minúsculos fragmentos a fin de distribuirlos a partes iguales.

—Sí, parece arena —dijo entre dientes, esperando que el magnetófono recogiera sus palabras. Luego frunció el entrecejo y añadió—: Una posibilidad es que la ceniza fuera recogida en alguna playa y la arena se mezclara inadvertidamente con el material original. Pero sólo es una hipótesis.

Tendría que esperar los resultados de los análisis químicos de Lu Kwok sobre ambas sustancias. Siguiendo una corazonada, pero temiendo ya la respuesta, fue al armario y retiró el aparato raramente utilizado que había solicitado para las autopsias de aquella tarde: un pequeño contador alfa, un delicado medidor que registraba la

radiactividad residual por encima de los contadores corrientes.

Scully apuntó el extremo sensible del contador alfa sobre la porción de ceniza negra y arena que había puesto en el portaobjetos. Con la unidad de salida del detector conectada al ordenador y ejecutando un oscuro software contador-alfa, logró localizar un espectro nuclear. Dadas las circunstancias del caso, no le sorprendió descubrir radiactividad residual en la muestra. Por fortuna, el espécimen era demasiado pequeño para que la dosis resultara nociva. El espectro tendía hacia un extremo, lo suficiente para saber que se trataba de algo de origen desconocido, resultado de una explosión de alta energía.

El software hizo la mayor parte del trabajo por ella, comparando el espectro nuclear con otros miles que guardaba en su base de datos y buscando un equivalente para contrarrestarlo.

Scully oyó a alguien llamar a la puerta y Berlina Lu Kwok entró con una carpeta llena de papeles.

—Aquí tiene los resultados. Entrega urgente para usted, agente Scully.

—¿Ya? —preguntó Scully, sorprendida.

—¿Acaso quería que los empaquetara en hielo seco y se los enviara por UPS? —Rio Lu Kwok—. Necesitaba respirar un poco de aire puro.

Scully cogió agradecida la carpeta, pero antes de que pudiera decir algo más, la mujer asiática se había dado la vuelta y desaparecido por el pasillo.

Scully miró la carpeta, luego se sentó ante su ordenador para esperar los resultados de la prueba de radiación. Para su asombro, descubrió que durante la breve interrupción el ordenador ya había encontrado un equivalente. Antes de abrir el informe del análisis biológico de Berlina Lu Kwok, Scully examinó los resultados del espectro nuclear.

Los márgenes de error eran amplios, pero gracias a las propiedades únicas de vida media y a la insólita sección transversal nuclear de la muestra, calculó que aquel residuo negro había sido expuesto a altos niveles de radiación ionizante cuarenta o cincuenta años atrás.

Scully tragó saliva. Abrió de mala gana la carpeta del análisis biológico, temiendo los resultados. Si Lu Kwok había identificado la sustancia tan deprisa era porque las sospechas de Mulder eran ciertas.

Hojeó el resumen del análisis, interesada sólo en el resultado final de momento, y se le revolvió el estómago. La muestra de polvo negro correspondía realmente a

cenizas humanas casi completamente incineradas y expuestas a altos niveles de radiación cuarenta años atrás, mezcladas con arena granulada oscura.

Cenizas humanas radiactivas de hacía cuatro décadas, encontradas junto a la víctima de una explosión atómica similar.

Arena.

Ceniza.

Radiación.

Scully se recostó en el asiento y tamborileó con las uñas en la carpeta. Finalmente descolgó el teléfono. No podía seguir posponiéndolo.

A Mulder le encantaría.

21

Importaciones Kamida.
Martes, 12.03

Cuando Miriel Bremen subió a las plantas superiores del alto bloque de oficinas de Honolulu, se sintió intimidada. Fuera pasaban continuamente coches bordeando la costa bajo el sol, mientras Diamond Head se elevaba como un centinela sobre el oleaje y los bañistas. En el interior del edificio de Importaciones Kamida, Miriel se sintió transportada a otro mundo.

No le interesaba el clima balsámico, ni el hermoso océano, ni las playas atestadas de turistas americanos pálidos y con la tripa llena de pescado, ni los enjambres de japoneses que permanecían toda la noche levantados haciendo compras.

El mensaje que había enviado a Kamida era demasiado desalentador como para preocuparse por esas trivialidades.

Miriel esperó a que la recepcionista anunciara su llegada. Se paseó por la sala de espera, demasiado trastornada para hojear siquiera las coloridas pero banales revistas esparcidas en las mesas bajas.

Hacía un año que conocía a Ryan Kamida. Había tropezado con él después de la repentina revelación que le había hecho abandonar sus investigaciones en artillería nuclear y convertirse en una activista radical. El generoso dinero donado anónimamente por Kamida y procedente de los cofres del próspero negocio de importaciones había mantenido Detened Esta Locura Nuclear sin preocupaciones financieras durante su año de existencia.

Ya en aquel primer encuentro, Miriel se había dado cuenta de que el ciego y ella tenían tantas cosas en común que era casi inexplicable. Así y todo, su sola presencia le hacía estremecer de terror. Le costaba comprender lo despreocupadamente que

Kamida había aceptado su trágico destino, pero él apartaba esos pensamientos con su extraño carisma.

Como respetada investigadora del Instituto de Investigaciones Nucleares Teller, Miriel Bremen solía sentirse cómoda en presencia de mucha gente importante y sabía defenderse en cualquier conversación. Una vez se enteró del poder y generosidad —y empuje personal— de Ryan Kamida, Miriel se había propuesto no volver a pedir nada más a su benefactor salvo en caso de emergencia.

Las circunstancias habían exigido aquella visita.

Hacía meses que Kamida había reconocido estar haciendo preparativos y trazando planes para evitar cualquier contingencia, y hablaba de medidas desesperadas, como si adivinara el futuro. Miriel detestaba pensar en volver a confiar en su palabra, pero no tenía otra elección.

Ryan Kamida salió de sus oficinas traseras precedido por la recepcionista, a la que le indicaba que lo guiara con un leve roce en el hombro. Los ojos del color de un huevo medio cocido y el rostro cubierto de cicatrices, como el busto de un hombre altivo hecho por un escultor inexperto.

Kamida ladeó la cabeza, como si detectara la presencia de Miriel por el suave olor del jabón desodorante que había utilizado, o tal vez por el sonido de su respiración. Miriel se preguntó qué otras habilidades poseía.

—Señor Kamida —dijo poniéndose de pie—. Ryan, me alegro de verte tan pronto.

Él se adelantó, siguiendo el sonido de la voz y soltando a la recepcionista, que interpretó aquel gesto como una señal para retirarse y se volvió hacia el mostrador justo cuando empezaba a sonar el teléfono.

—¡Miriel Bremen, qué agradable sorpresa! Eres muy amable al hacer un viaje tan largo hasta las islas sólo para verme. Me disponía a almorzar en mi invernadero. ¿Quieres acompañarme?

—Me encantaría —respondió ella—. Tenemos ciertos asuntos que discutir.

—Lamento oírlo. ¿O debería alegrarme?

:—No; lo lamentas. Definitivamente lo lamentas.

Kamida se volvió hacia la recepcionista.

—Shiela, ocúpese de que nos lleven un buen almuerzo para dos al invernadero, por favor. A la señorita Bremen y a mí nos gustaría mantener una conversación en privado.

Habían convertido una enorme sala de la planta superior en una exuberante selva tropical. Las claraboyas dejaban entrar la luz del sol a través del techo, mientras que toda una cristalera de vidrio cilindrado permitía que la luz del día entrara a raudales por los lados. El sistema de riego por aspersión mantenía el aire húmedo y cálido, con olor a follaje húmedo y abono orgánico. Los helechos y las flores crecían con profusión, no plantados en macetas o siguiendo algún orden, sino a su aire, como la densa selva tropical que se encuentra en una remota isla del Pacífico. Varias aves cautivas revoloteaban en torno a las copas de los árboles.

Ryan Kamida echó a andar, sorteando los pasillos bordeados de plantas. Tenía ambas manos extendidas ante sí como un predicador dando una bendición y se salía del camino para apartar la vegetación, o se inclinaba para oler con los ojos cerrados las flores abiertas.

Un aspersor roció las plantas de alrededor y él alargó la mano, dejando que las frías gotas formaran una película brillante en su áspera y callosa piel.

—Éste es mi rincón —señaló—, un lugar muy especial donde puedo disfrutar del susurro de las hojas e inhalar el olor de la tierra húmeda y las flores abiertas. Es una experiencia única, desde mi humilde punto de vista. Casi me entristece pensar en la cantidad de ventanas que os abren los demás sentidos, negándoos esta intensa y concreta experiencia.

A pesar de la ceguera, Kamida la condujo a una pequeña mesa en mitad del denso follaje. Apartó una ornamentada silla metálica y esperó a que ella se sentara para acercarla a la redonda mesa de cristal. Ésta era del tamaño perfecto para que dos personas comieran en el aislamiento de un paraíso selvático.

—Me temo que la noticia que voy a darte es mala —balbuceó ella antes de que él tomara asiento.

Él buscó a tientas la silla y se sentó. Sin embargo, antes de que ella pudiera continuar, un empleado de Importaciones Kamida entró apresuradamente llevando dos platos de ensalada y una fuente de piña, papaya y trozos de mango. Miriel guardó silencio y lo observó mientras esperaba a que el empleado se retirara.

Ryan Kamida había sacado partido de su impedimento físico, como si los ángeles velaran por él, pensó Miriel. Afortunado en los negocios, había convertido la compañía de importaciones de artículos exóticos en una próspera empresa.

A pesar de haberlo conocido accidentalmente en Nagasaki, Miriel sospechaba que él había provocado aquel primer encuentro y que incluso en esos momentos los

acontecimientos seguían el curso que él había escogido.

Se estremeció y hundió los hombros al tiempo que se inclinaba sobre la ensalada.

Al abandonar a su mentor Emil Gregory, Miriel se había dirigido a Ryan Kamida, alguien que compartía sus firmes creencias y sabía mucho sobre pruebas nucleares y la industria militar en general. Alguien a quien podía revelar los diseños inventados por los poco preparados científicos de armas, y los planos que llegaban a sus manos a través de unos cuantos compañeros comprensivos que continuaban trabajando en el instituto Teller.

Miriel le había explicado todo sin escrúpulos y había prometido dedicar su vida a la causa; ahora respondía a una llamada más elevada, no decretada por un complejo industrial militar (que había causado, después de todo, tantos problemas). Y sabía que hacía lo que debía.

Por fin había llegado el momento de ver cómo su trabajo culminaba en algo. Si no lograban detener pronto a Yunque Brillante, todos sus esfuerzos serían inútiles a los ojos de la gente que deseaba creer.

Kamida tomó la ensalada mientras esperaba a que ella continuara. Pero su actitud rígida y seria dio a entender a Miriel que ya sabía lo que iba a decir.

—Todos mis intentos han fracasado —dijo Miriel, revolviendo la verdura y clavando el tenedor en un trozo de piña—. El gobierno pone ímpetu en lo que decide hacer… y ni yo ni usted ni nadie puede detenerlo una vez que empieza.

—¿Debo entender que nadie ha oído nuestras protestas?

—Oh, claro que las han oído —respondió Miriel—. Pero les prestan tanta atención como al zumbido de un mosquito.

El ciego suspiró y su rostro lleno de cicatrices se desmoronó. Miriel prosiguió en voz más alta e inclinándose más hacia él, aunque podía oírla perfectamente.

—La prueba de Yunque Brillante va a llevarse a cabo aun sin el doctor Gregory. En alguna parte del archipiélago Marshall o en un atolón abandonado.

Ryan Kamida se irguió con brusquedad.

—El atolón Enika, por supuesto. Allí es donde tendrá lugar.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—¿Dónde si no iba a ser? —casi gritó Kamida.

Apartó el plato de ensalada con un gesto tan brusco que lo tiró de la mesa y se estrelló contra el suelo del invernadero con estrépito, pero él no hizo caso. Se volvió y clavó su lechosa mirada en Miriel Bremen.

—Nuestras peores pesadillas están a punto de hacerse realidad.

22

Residencia Kamida, Waikiki (Oahu).
Martes, 23.17

Los ciegos no necesitan encender las luces. A solas en su espaciosa casa, Ryan Kamida permanecía sentado en el salón en penumbras, sólo iluminado por el reflejo de la luna que brillaba sobre el tranquilo océano y el cálido resplandor de la chimenea acristalada a sus espaldas.

En cuanto la noche refrescó, hizo un fuego amontonando ramas de cedro y pino, madera aromática que desprendía un olor agradable al arder. Le encantaba el olor del humo, el aterciopelado tacto del calor que irradiaba.

Escuchó el chisporroteo y el crepitar de las llamas al roer la madera, que parecían… susurros.

Abrió la puerta de cristal del patio para dejar entrar la brisa del océano. A lo lejos se oía el suave embate de las olas, el monótono zumbido de los coches al pasar por la carretera de la costa. Los turistas que iban a Oahu no dormían nunca, ocupados en visitar los lugares de interés, hacer compras o comer.

Kamida se recostó en su silla, aferrando los brazos ásperos al tacto con sus manos cubiertas de cicatrices. Esperando. Los cojines se acoplaban a sus miembros a la perfección. El peso de su cuerpo les había dado forma año tras año durante ese ritual nocturno.

No tardarían en oírse las voces. Le asustaban y al mismo tiempo las aguardaba ansioso. Sin embargo, esta vez el miedo era más intenso, más preocupante. La situación había empeorado y lo sabía, lo mismo que los espíritus. Un escalofrío le recorrió la espalda y al volver la cabeza hacia la chimenea sintió calor en la mejilla.

Yunque Brillante. Atolón Enika.

Kamida estaba más angustiado de lo que Miriel Bremen habría imaginado nunca, pero lo disimuló bien. Sin embargo, al margen de las circunstancias, no podía estar con ella aquella noche. Tenía obligaciones para con los espíritus.

Las voces espectrales le exigían parte de su tiempo y no tenía más remedio que dárselo. No tenía derecho a quejarse, pues él estaba vivo y ellos no.

Fuera, las olas del mar seguían rompiendo con el sonido de una maraca.

En la mesa más próxima a su silla, al alcance de la mano, tenía su colección de esculturas de esteatita. Le divertía seleccionar uno de esos pequeños objetos y explorar los detalles de la talla con las puntas sensibles de sus dedos. Tenía las manos cubiertas de cicatrices, pero la mente penetrante, y aquellas minúsculas e intrincadas figuras de delfines, elefantes, dragones y antiguos dioses le fascinaban.

A través del porche abierto en lo alto de la ladera, oyó enmudecer de pronto el rumor de las olas y sintió cómo la electricidad estática inundaba la habitación y cargaba el ambiente. Cerró la mano en torno a la escultura que sostenía, una imagen de Pele, la diosa del fuego entre las numerosas mitologías isleñas.

Entonces las voces le zumbaron en los oídos, hablando en su antigua y jamás olvidada lengua. Los fantasmas se agolpaban alrededor de él. Kamida nunca los había visto, pero imaginaba sus nítidas sombras, como ecos transmitidos por los sentidos que conservaba. Sabía que sus rostros se habían congelado en un grito justo en el momento de la deflagración nuclear, cuando cada una de sus células se había convertido en un infierno. No podía ver la luz blanca que le bañaba el rostro cuando los espectros se arremolinaban ante él, llenando su casa de un frío y brillante resplandor.

Sin embargo aquellas apariciones no causaban daño. No venían a destruir, esa noche no. Tenían otro propósito; querían encomendar una misión a Ryan Kamida, el único superviviente de su gente.

Uno a uno, los rostros fueron separándose de la resplandeciente y arremolinada nube, y flotaron delante de él, diciéndole sus nombres y quiénes habían sido, y describiendo los triunfos y pérdidas de sus vidas, sus sueños robados.

La vida de su gente se había visto interrumpida, pero los fantasmas debían revivir cada instante, obligar a Kamida a que lo presenciara todo. Que recordara por ellos.

Aunque el atolón Enika nunca había estado muy poblado, parecía interminable el número de fantasmas que le obligaban a pensar en sus vidas, sus nombres, uno a uno… del mismo modo que llevaban haciéndolo cada noche desde hacía cuarenta

años.

Ryan Kamida permaneció sentado en su silla, aferrando con fuerza la pequeña figurilla de Pele en un gesto de impotencia. No tenía otro remedio que escuchar.

23

El Pentágono, Arlington (Virginia).
Miércoles, 10.09

Siguiendo una corazonada, Mulder hizo una visita al amigo de Nancy Scheck, el brigadier general Matthew Bradoukis, en su oficina del Pentágono.

Mulder suponía que tendría que hablar con convicción para lograr una breve entrevista con el general, ahora que éste había tenido tiempo para recobrarse del golpe. A menudo advertía que lo evitaban por su afición a hacer constantes e incómodas preguntas, y sospechaba que aquella mañana Bradoukis se hallaría en una oportuna reunión u ocupado fuera del despacho.

Para su sorpresa, la auxiliar administrativa del general se apresuró a hablar por el intercomunicador, luego le indicó por señas que se encaminara hacia el gran despacho de Matthew Bradoukis.

De pie detrás de un escritorio, el brigadier general le tendió una mano vigorosa. Su ancho y cuadrado rostro parecía vaciado de confianza en sí mismo —cualidad de la que carecían pocos generales—. Apretó sus gruesos labios para disimular su nerviosismo.

—Lo esperaba, agente Mulder. —A juzgar por sus ojos enrojecidos, el general no había dormido bien últimamente.

—La verdad, temía que se negara a verme, general —repuso Mulder—. Hay ciertas personas que no quieren que indague ciertos aspectos de este asesinato.

—Al contrario. —Bradoukis se recostó y entrelazó las manos, mirando fijamente la superficie de madera del escritorio antes de alzar los ojos para encontrarse con los de Mulder—. Tal vez no me crea, pero esperaba ansioso su llegada… la suya en particular. Ayer me enfadé con usted y sus embarazosas preguntas, y me pregunté qué

demonio hacía un tipo del FBI en casa de Nancy. Pero he revisado su historial. Tengo mis fuentes de información y me he enterado de su reputación y leído los sumarios de algunos de los casos que ha investigado. Incluso me he entrevistado con el subdirector Skinner. Parece un buen tipo y habla muy bien de usted, aunque con reservas.

—Si está al corriente de mi fama, señor, entonces estoy doblemente sorprendido de que haya accedido a recibirme. Habría dicho que mi historial lo ahuyentaría.

Bradoukis se apretó las manos como si quisiera hacer chasquear todos los nudillos a la vez y adoptó una expresión muy seria.

—Agente Mulder, los dos sabemos que aquí está sucediendo algo muy extraño. No puedo decirlo oficialmente, pero creo que su… disposición a aceptar ciertas cosas que a otros podrían parecer cosa de risa puede ser una gran ventaja en esta investigación.

Estas palabras acapararon la atención de Mulder.

—¿Sabe que se han descubierto otras dos víctimas fallecidas de forma idéntica? Uno era diseñador de armas del Instituto de Investigaciones Nucleares Teller y el otro, un viejo ranchero del polígono de pruebas de White Sands, cerca de la base militar de Trinity. El estado de los cadáveres era similar al de Nancy Scheck.

El general abrió un cajón lateral y sacó una carpeta, que tendió a Mulder.

—Y dos más —replicó Bradoukis—. Dos de los que usted ni siquiera ha oído nombrar. Un par de artilleros de misiles de la base aérea Vandenberg, en la costa central de California.

Sorprendido, Mulder abrió la carpeta. Contenía unas fotografías brillantes que revelaban todos los detalles de dos cadáveres terriblemente carbonizados. Mulder reparó en los tableros de mandos de las paredes, los anticuados botones y osciloscopios, los pomos de plástico ennegrecidos y derretidos de lo que parecía ser una habitación minúscula, la cámara herméticamente cerrada donde había tenido lugar la mortal explosión.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó.

—Un refugio subterráneo de control de misiles balísticos, bajo tierra. Son las construcciones más seguras que existen y las hicimos tan subterráneas para que sobrevivieran a los ataques nucleares. El refugio ha sido blindado contra explosiones directas. Allá abajo sólo estaban esos dos hombres, ya que por motivos de seguridad no se permitía la presencia de nadie más. Recibíamos informes completos, pero no se

utilizaba el ascensor. —Tamborileó los dedos sobre las terribles fotografías—. Y así y todo… algo entró y los aniquiló.

El general se recostó en su asiento mientras Mulder examinaba las fotos.

—Tengo entendido que una de las hipótesis que ha manejado en esta investigación es que una nueva arma en fase de estudio se disparó accidentalmente en el laboratorio del doctor Gregory, en el instituto Teller, y que otro artefacto similar estalló en el polígono de pruebas de White Sands.

»Sin embargo, dicha hipótesis no tiene en cuenta a estos dos jóvenes oficiales muertos en el refugio subterráneo de control de misiles, ni… —Se interrumpió y tragó saliva, como si le fallara la voz— a Nancy, muerta en su propia casa.

Mulder pensó que Scully era probablemente capaz de inventar algún escenario rocambolesco pero científicamente plausible, a fin de autoconvencerse de que seguía existiendo una explicación racional.

—Créame, agente Mulder —prosiguió el general—. Trabajo en las altas esferas del Departamento de Defensa. Me ocupo de varios de esos programas invisibles que mencionaba usted ayer, y puedo afirmar con absoluta certeza que ninguna de las armas que en estos momentos estamos investigando puede hacer algo semejante.

—Entonces ¿no tiene nada que ver con Yunque Brillante? —preguntó Mulder, tanteando.

—No en el sentido a que usted se refiere —respondió el general. Luego respiró hondo y añadió—: A propósito, ¿le apetece un café? Puedo pedir que nos lo traigan aquí. ¿Algún bollo quizá?

Pero Mulder no se permitió la distracción.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó—. ¿Qué tienen que ver estos sucesos con Yunque Brillante? ¿Tiene algún efecto secundario este proyecto?

El general suspiró.

—Nancy Scheck era la responsable de supervisar el proyecto Yunque Brillante en nombre del Departamento de Energía, y el doctor Gregory era el principal científico. Y estaba previsto probar el prototipo del artefacto en un pequeño atolón del archipiélago Marshall en los próximos días.

Mulder asintió, pues ya había deducido toda esa información.

—El archipiélago Marshall —repitió Bradoukis—. Téngalo presente, porque es importante.

—¿Por qué?

—Inmediatamente antes de fallecer, los dos oficiales habían realizado una rutinaria práctica de disparo de misiles —explicó el general con voz significativa—. Dado que Estados Unidos y Rusia ya no son enemigos, no nos está permitido que apuntemos nuestros misiles balísticos hacia ellos, ni siquiera para practicar. —Se encogió de hombros—. ¡Limitaciones de la diplomacia! Para las prácticas seleccionamos al azar coordenadas de todas partes del mundo.

—¿Y cómo cuadra eso con lo que ha dicho? —preguntó Mulder.

El general lo señaló con un dedo.

—Para las prácticas de aquella mañana, apuntaron sus misiles hacia un pequeño atolón del archipiélago Marshall… el mismo donde estaba programada la prueba de Yunque Brillante.

Mulder miró fijamente al general.

—¿Qué está insinuando?

—Eso se lo dejo a usted, agente Mulder. Tiene fama de poseer una imaginación desbordante. Pero tal vez se le ocurra alguna posibilidad que yo no podría ni insinuar a mis superiores porque se mofarían de mí y perdería mi rango.

Mulder frunció el entrecejo y bajó de nuevo la vista hacia las espeluznantes fotos.

—Hay algo más —añadió Bradoukis—. El atolón Enika tiene historia. En los años cincuenta se hizo detonar allí otra bomba de hidrógeno… Sawtooth, aunque no se menciona en ningún libro. Ocurrió poco después de nuestros enormes esfuerzos por evacuar a los isleños del atolón Bikini. Pero en esta ocasión los científicos y militares tenían prisa, y no registraron la isla como era debido. Hay evidencia de que aniquilaron a todo un grupo de indígenas.

—¡Dios mío! —susurró Mulder, pero el horror le impidió continuar. El general esperó hasta que Mulder finalmente preguntó—: ¿Y cree que esa… tragedia ocurrida hace cuarenta años podría tener algo que ver con estas muertes inexplicables?

De pronto recordó los resultados del análisis de Scully sobre el residuo del frasquito encontrado en la piscina de Scheck. Ceniza humana de décadas atrás mezclada con arena granulada. De coral.

El general se miró las uñas.

—No he insinuado nada parecido, agente Mulder. Es usted libre de pensar lo que quiera.

Mulder cerró la carpeta y guardó las fotografías en su maletín antes de que el general pudiera pedirle que se las devolviera.

—¿Por qué me explica todo esto? —preguntó—. ¿Quiere asegurarse de que alguien pague por la muerte de Nancy Scheck?

Bradoukis parecía afligido.

—En parte sí —respondió—, pero también porque temo por mi propia seguridad.

—¿Su seguridad? ¿Por qué?

—Nancy era el enlace del proyecto Yunque Brillante, del mismo modo que yo soy el del Departamento de Defensa. Me temo que soy el siguiente de la lista. Estoy intentando esconderme… Cada noche me alojo en un hotel distinto y ya llevo varios días sin pasar por casa. Aunque dudo que tales precauciones sirvan de algo contra una fuerza capaz de perforar la roca firme y fulminar a dos soldados en un refugio subterráneo.

—Supongo que no tiene ni idea de cómo podemos detener esa… fuerza, ¿verdad? —preguntó Mulder.

El general volvió a ruborizarse.

—Yunque Brillante parece ser el vínculo. Lo que sea que se ha desatado y causado estas muertes violentas, se ha producido por esta prueba inminente. No hay forma de saber cuánto tiempo lleva rondando esta fuerza, pero no se ha activado hasta hace poco.

Mulder lo interrumpió.

—Entonces, sea lo que sea lo que vaya a ocurrir, sean cuales sean los sucesos que estas muertes anticipan, sabemos que tendrán lugar en el archipiélago Marshall. Es lo único de lo que podemos estar seguros. —Y sin pararse a pensar, añadió—: Mi compañera y yo debemos ir allí, general. Necesito ver con mis propios ojos qué está ocurriendo.

—Está bien —respondió Bradoukis—. Tengo el presentimiento de que esos ataques podrían ser intentos para impedir el experimento, aunque algunos de esos asesinatos debieron de ser incidentales… O podría ser que la fuerza, sea cual sea, arremete contra otros blancos para a continuación volver a centrarse en el objetivo principal. Dado que Yunque Brillante ya ha llegado a su destino, creo que es allí donde tendrá lugar el siguiente golpe. Pero no quiero correr el riesgo de que se vuelva contra mí.

—Si la prueba de Yunque Brillante es tan secreta —señaló Mulder—, ¿cómo llegaremos allí mi compañera y yo?

El general se puso de pie.

—Haré las llamadas pertinentes. Llamaré incluso al subdirector Skinner si es preciso. Estén listos para tomar un avión en cualquier momento. No hay tiempo que perder.

Apartamento de Mulder, Alexandria (Virginia).
Miércoles, 18.04

Con una maleta abierta encima de la cama, Mulder correteaba de un lado para otro metiendo todo lo que podía necesitar en unas vacaciones en las islas del Pacífico.

Debido a los frecuentes viajes que hacía para el Bureau, ya tenía los artículos de perfumería guardados en un pequeño neceser dentro de la maleta; lo único que le quedaba por meter eran suficientes mudas.

Sonriente, retiró con cuidado tres camisas hawaianas del último cajón de la cómoda y las metió en la maleta. «Nunca pensé que me las pondría por motivos profesionales», se dijo. A continuación cogió un par de bañadores; no había acudido a hacer largos a la piscina del FBI desde hacía más de dos semanas y aguardaba ansioso la oportunidad. A menos que hiciera ejercicio con regularidad, era imposible mantener el cuerpo e incluso la mente en forma.

Metió también el gastado ejemplar de bolsillo de la novela de Philip K. Dick que estaba leyendo, y una bolsa nueva de semillas de girasol. Iba a ser un largo vuelo por todo el país hasta la base aeronaval de Alameda, cerca de San Francisco, donde su avión de transporte partiría rumbo a Hawai; desde allí, un avión más pequeño los llevaría junto con el resto del equipo de Yunque Brillante al atolón Enika.

El televisor del salón estaba lo bastante alto para oírlo desde su habitación. Había visto esas viejas películas en blanco y negro cientos de veces, pero no podía perderse el ciclo de terror de los años cincuenta, en las que se exhibía un lagarto gigantesco o un animal prehistórico que se había despertado o sufrido una mutación a causa de una prueba atómica poco meditada. Las películas eran ejemplos de moralidad, pues denunciaban el orgullo desmedido de la ciencia al mismo tiempo que aplaudían la genialidad del espíritu humano. En ese preciso instante unas hormigas gigantes habían invadido las alcantarillas de Los Ángeles, para consternación de James Whitmore y James Arness.

En la mesa de la pequeña cocina había varias cajas de cartón blanco con las tapas abiertas que contenían comida china para llevar, junto a dos platos de papel. Ya se había servido uno con arroz al vapor, pollo kung-pao y judías verdes fritas sin aceite con cerdo, y mientras hacía el equipaje, correteaba del dormitorio al salón y a la cocina para tomar unos bocados.

Con la boca llena de judías con sabor a ajo, Mulder oyó una brusca llamada en la puerta de su apartamento.

—Soy yo, Mulder.

Se apresuró a tragar antes de correr a abrir a su colega. Vestida con ropa de viaje formal pero cómoda, Scully acarreaba una abultada bolsa de lona.

—Ya estoy lista. He venido con diez minutos de antelación para que me expliques qué ocurre —dijo.

Mulder le indicó por señas que pasara.

—He conseguido dos billetes al paraíso. Nos vamos a los mares del Sur.

—Eso ya me lo decías en tu mensaje. Pero ¿para qué?

—Tenemos un par de asientos en primera fila para la prueba de Yunque Brillante. Pedí abonos de temporada para los Knicks de Nueva York, pero esto es todo lo que han podido ofrecerme.

Ella parpadeó atónita.

—¿La prueba? ¿Cómo lo has conseguido? Pensé…

—Contactos en las altas esferas —repuso él—. Un brigadier general muy asustado, dispuesto a arriesgarse por nosotros. He comprado comida china para picar algo antes de salir. —Señaló el otro plato de papel—. Pollo kung-pao, tu favorito.

Scully dejó en una silla vacía la bolsa de lona y lo miró intrigada.

—No recuerdo que hayamos ido nunca juntos a un chino, Mulder. ¿Cómo sabías que es mi plato favorito?

Él la miró con ceño.

—Vamos ¿qué clase de agente del FBI crees que soy si no sé averiguar algo tan simple?

—Scully apartó una silla de la mesa del comedor y se sirvió unos trozos de pollo cargados de pimientos rojos Scechuan. Oliendo con aprobación las aromáticas especias, cogió el otro par de palillos de usar y tirar que había junto a las servilletas.

Mulder salió del dormitorio arrastrando su maleta. Aseguró los cierres y dejó encima el maletín.

—Creo que ya te he dicho en otra ocasión que si permanecieras a mi lado, te mostraría tierras fascinantes y lugares exóticos.

Scully lo miró con ironía.

—¿Te refieres a una isla que está a punto de ser arrasada por una prueba nuclear secreta?

Mulder extendió las manos ante sí.

—Pensaba más bien en los arrecifes de coral, las lagunas azules y el cálido sol del Pacífico.

—Creía que allí era época de huracanes —replicó ella—. A menos eso es lo que Bear Dooley y los científicos de Yunque Brillante no paran de estudiar en sus mapas meteorológicos.

Mulder se sentó frente a ella para terminar su comida, que ya estaba tibia.

—Trato de ser optimista —repuso—. Además, el general Bradoukis me prometió una «gira de tres horas».

Scully terminó su comida y echó un vistazo al reloj. A continuación se llevó la mano al interior de la chaqueta para sacar los dos billetes de avión.

—Los he recogido en la agencia de viajes del Bureau al venir, tal y como me pediste —dijo—. Nuestro avión sale de Dulles dentro de noventa minutos.

Mulder arrojó los platos a la papelera, miró los restos de comida china que quedaban en las cajas blancas y, sin pensárselo dos veces, los juntó en un solo recipiente. Scully lo miró atónita.

—Servirá para desayunar —dijo—. Añádele unos huevos revueltos y… ¡delicioso! —Y metió el recipiente en la nevera.

—A veces eres realmente repulsivo, Mulder —comentó Scully recogiendo su bolsa de lona.

Después de apagar el televisor —las hormigas gigantes habían sido sustituidas por una tarántula descomunal en mitad del desierto de Mojave— salió detrás de ella.

Advirtió que el 2 del número 42 de la puerta de su apartamento había vuelto a caer al suelo.

—Un segundo, Scully —dijo, recogiéndolo.

Corrió hasta al cajón de trastos de la cocina y cogió un destornillador.

—Este número no para de caerse. Muy sospechoso, ¿no te parece?

Pasó el dedo a lo largo del fino metal en busca de algún aparato de escucha. En cierta ocasión había llegado a la conclusión de que alguien lo espiaba, así que retiró todos los objetos de quita y pon del apartamento, incluidos los números de la puerta. Desde entonces el 2 se negaba a permanecer en su sitio.

—Eres un paranoico, Mulder —respondió Scully con una sonrisa sardónica.

—Sólo porque todo el mundo anda detrás de mí.

Después de cerciorarse de que el número de metal no contenía nada, utilizó un par

de tornillos para sujetarlo firmemente a la puerta.

—Está bien, ya podemos irnos. Espero que hayas traído el bronceador.

Scully se echó la bolsa de lona al hombro.

—Sí, y mi sombrilla de plomo para la lluvia radiactiva.

25

Atolón Enika. Archipiélago Marshall (Pacífico oeste).
Miércoles (al otro lado del meridiano de cambio de fecha), 11.01

El atolón se había recuperado asombrosamente bien en cuarenta años. La baja y llana isla, poco más que un enorme arrecife de coral con una capa de suelo poco profunda, volvía a estar cubierta de exótica vegetación tropical, árboles de pan, palmeras de coco, vides, helechos, taros y ñames. Los arrecifes y lagunas estaban rebosantes de peces, y las aves y mariposas se apiñaban entre el follaje.

Cuando el capitán Robert Ives se marchó de allí cuarenta años atrás, no era más que un joven marino que apenas había aprendido a callar y obedecer órdenes. La espectacular prueba nuclear de Sawtooth fue el espectáculo más espantoso que jamás habían visto sus ojos de color gris pizarra. El atolón Enika quedó reducido a una ardiente costra: toda la superficie estéril, las formaciones coralinas aisladas en la hirviente espuma del mar, la vegetación carbonizada y la fauna exterminada.

El intrincado laberinto de arrecifes se extendía más allá de la parte visible del atolón y en muchas zonas apenas quedaba sumergido unos palmos. Con asombrosa capacidad de recuperación, la naturaleza había reconquistado el territorio que los seres humanos tan precipitada y violentamente le habían arrebatado. Una vez más, el atolón Enika parecía un paraíso en una remota isla prístina y deshabitada.

Al menos el capitán Ives confiaba en que esta vez estuviera deshabitado.

En la playa del atolón, resguardada por las escarpadas rocas de coral que constituían el punto más alto de la isla, Bear Dooley y su equipo de investigadores utilizaban a los marinos e ingenieros de la Marina para que los ayudaran en los preparativos de su prueba secreta.

Habían improvisado una pequeña pista de aterrizaje en un tramo recto de playa.

Los bulldozers, que habían sido desembarcados del *Dallas*, avanzaban por la selva abriendo estrechos senderos entre el centro de operaciones y la laguna situada en el otro extremo del atolón, donde iban a instalar y a hacer detonar a Yunque Brillante.

Encerrados a bordo de barcos de color gris durante la mayor parte del período de servicio, los ingenieros de la Marina disfrutaban ahora manejando la maquinaria pesada y derribando palmeras y árboles de pan para abrir senderos en el suelo de coral, que parecían heridas en carne viva sobre la isla.

Se habían visto obligados a construir un refugio para albergar las palancas de mandos que ejecutarían la detonación de la pequeña cabeza nuclear.

Como se encontraría muy cerca de la detonación, debía ser increíblemente sólido y resistente. Así pues, el capitán Ives enseñó a los ingenieros un viejo método.

Después de instalar los sistemas eléctricos que estaban conectados a un generador de reserva situado en una subestación junto al refugio, los ingenieros apilaron bolsas de hormigón y arena alrededor de una bóveda de madera, creando una estructura que parecía un iglú o una colmena. Luego, bombeando agua del océano mediante las gruesas mangueras de incendios del barco, los ingenieros rociaron la superficie exterior de la estructura, empapando la arena y el hormigón. Después de dejarlo endurecer un par de días al cálido sol del Pacífico, el refugio sería literalmente indestructible.

Los ingenieros de la NASA habían utilizado la misma técnica en cabo Cañaveral al construir refugios protectores para sistemas de control y observadores cerca de las primeras plataformas de lanzamiento de cohetes. Tales refugios habían resistido los explosivos lanzados sobre ellos, y habían sobrevivido tan bien que el cuerpo de ingenieros había abandonado las viejas estructuras ya construidas en las ciénagas de Florida sólo porque no se les ocurría cómo demolerlas.

Mientras las bolsas de arena se secaban contra los marcos reforzados que las sujetaban en su lugar, Bear Dooley supervisó la instalación del equipo por dentro. El subdirector del proyecto ayudó a instalar los paneles de mandos que habían sido cuidadosamente embalados y almacenados en la bodega del destructor de la Marina. Estaba dispuesto a arremangarse y ensuciarse las manos con tal de acelerar el trabajo.

El hombre semejante a un oso sudaba en el calor tropical, pero se negaba a vestir prendas más frescas, como si su camisa de franela y pantalones tejanos fueran la indumentaria establecida. Dooley escuchaba en la radio de onda corta los partes meteorológicos que transmitían con regularidad sobre el archipiélago Marshall. Cada

vez que anunciaban la proximidad de un temporal tropical, que era casi un huracán con todas las de la ley, se ponía eufórico.

—¡Ya viene! —exclamó Dooley la última vez que recibió tal noticia—. Y tenemos mucho que hacer. La sincronización es crucial.

Ives le dejó hacer las cosas a su manera. Al fin y al cabo, cumplía órdenes. No creía que Bear Dooley estuviera enterado siquiera de las anteriores detonaciones de bombas H que habían tenido lugar en aquel mismo atolón. Dooley no parecía la clase de hombre que perdía tiempo estudiando la historia o preocupándose por el origen de las cosas.

Sin embargo, Robert Ives viviría el resto de sus días atormentado por saber el terrible y trágico error que habían cometido en el atolón Enika. A esas alturas, Ives había visto a los isleños de Bikini repatriados, después de que el gobierno hubiera retirado la capa superficial del suelo para sustituirla con tierra nueva, replantado las selvas y repoblado las lagunas.

Pero a los misteriosos isleños de Enika no les había complacido tan solícito trato. Sawtooth había sido una de las primeras pruebas de bomba H mantenidas en secreto por si fallaba el artefacto. En los años de la guerra fría, Estados Unidos no podía permitirse que alguien se enterara de que sus artefactos termonucleares no funcionaban lo suficientemente bien como para quitar el sueño a los comunistas.

Pero Sawtooth funcionó… y espectacularmente bien.

Eso ocurrió en la época anterior a los satélites espías y rodearon el atolón de cañoneras, seguros de que no quedaban a la vista. Esas aguas eran raras veces navegadas y los capitanes tenían instrucciones de salir tras cualquier embarcación de pesca o turista. Sin embargo, la explosión del Sawtooth se vio en un radio de cientos de millas de mar abierto, elevándose como el breve resplandor del amanecer, pero en el otro extremo del cielo y a una hora equivocada.

Así pues, fueron todos unos ingenuos. Supusieron que el pequeño atolón apenas explorado estaba deshabitado y ni los científicos ni los marinos se esforzaron en buscar a isleños indígenas. La Marina no esperaba encontrar ninguno, de modo que nadie los buscó demasiado.

Durante los preparativos de la explosión del Sawtooth, los ingenieros y marinos no se habían molestado en informar de las señales de campamentos, instrumentos y redes que habían encontrado en los escarpados arrecifes. Los descartaron como viejos objetos y abandonaron la búsqueda, porque no tenían particular interés en encontrar

nada. Esa clase de información podía causar problemas.

Las cañoneras habían retrocedido y el principal destructor, el Yorktown, había sido trasladado a un lugar más seguro al otro lado de la barrera coralina. Los escasos y afortunados espectadores a los que habían repartido una especie de gafas de soldar permanecieron en cubierta, los demás prometieron no abrir los ojos en el momento crítico. Sin embargo, en el preciso momento de la detonación, varios miembros de la tripulación experimentaron una ceguera pasajera a causa del resplandor.

Ives hizo memoria. Ciertas cosas eran imposibles de olvidar. El estruendo hizo tambalear la tierra y se elevó un hongo atómico semejante al geiser Old Faithful de Yellowstone Park —sólo que cerca de un millón de veces más grande—, que absorbió la arena y el coral pulverizados junto con una enorme cantidad de agua del océano. Una columna de humo incandescente se alzó como un temible nubarrón presagiando el Armagedón y las ondas expansivas que se propagaron por el agua zarandearon el Yorktown como un barco de juguete en una bañera…

Varias horas más tarde, cuando todo había cesado y el mar volvía a estar en calma, los equipos de inspección del Yorktown se pusieron sus trajes antirradiactivos y condujeron los pequeños botes de regreso al atolón para colocar medidores de radiación y anotar los efectos de la precipitación atómica. Los sobrevolaba un hidroavión haciendo las típicas fotos de antes y después para determinar los cambios producidos en la topografía del atolón.

Siendo uno de los marinos más jóvenes, Ives se vio obligado a formar parte del pequeño grupo que iba a rodear Enika para estudiar las repercusiones, y lo que descubrieron resultó aún más asombroso que la detonación en sí.

En mar abierto, a más de dos millas de la costa, había un muchacho de unos diez años, solo, esperando.

Al principio el joven Robert Ives tembló de terror, creyendo que se trataba de un ángel vengativo que venía a castigarlos por lo que habían hecho a aquella prístina isla. El niño parecía andar sobre la superficie del agua, desorientado y perdido. Sólo después recordaron sus salvadores que los poco profundos arrecifes se extendían en un laberinto bajo la superficie del agua, lejos de la isla en sí. El niño había caminado sobre ellos, siguiendo los arrecifes sumergidos que en otro tiempo habían constituido la isla.

Lo subieron a bordo. Estaba sin habla y tembloroso, cubierto de terribles quemaduras y con el rostro arrugado, y los ojos hundidos y en blanco a causa del

resplandor del estallido. Se le había caído la mayor parte del cabello escaldado y tenía la piel colorada, como si lo hubieran hervido vivo. El dolor de las quemaduras debió de aumentar a causa de las continuas salpicaduras de agua salada.

Nadie esperaba que sobreviviera cuando lo llevaron de vuelta al Yorktown. De hecho, el médico del barco se mostró ambiguo, como si no quisiera que sobreviviera, porque quedaría ciego y terriblemente cicatrizado para el resto de sus días… y porque la misma existencia de un superviviente era un dedo acusador, una prueba de que en el atolón Enika vivían indígenas. Toda una tribu había sido exterminada en la explosión del Sawtooth, a excepción de ese único superviviente.

Sin embargo, y para asombro de todos, el muchacho se recuperó a pesar de las enconadas heridas. Permaneció en silencio durante cinco días hasta que finalmente balbuceó unas palabras en una lengua extraña que ningún miembro de la tripulación entendió.

Los datos obtenidos a partir de la prueba del Sawtooth fueron archivados en el Departamento de Defensa, y la Marina dio órdenes estrictas de mantener el incidente en secreto.

Cuando el Yorktown atracó finalmente en Pearl Harbor, el muchacho quemado fue trasladado con sigilo a un orfanato de Honolulu. En los documentos oficiales constaba que era el único superviviente de un terrible incendio en que había fallecido el resto de su familia. Al no tener otros parientes vivos, el niño fue criado bajo tutela del estado, aunque recibió una generosa (y misteriosa) prestación de la Marina.

Ives no había vuelto a ver u oír de él, y se preguntó cómo le habría ido a esa pobre víctima. No había pensado en él en mucho tiempo, pero ahora todos esos recuerdos acudían en tropel a su memoria con la intensidad de una pesadilla… desde que había recibido órdenes de llevar el *Dallas* al archipiélago de Marshall.

El capitán Robert Ives había esperado no volver a ver nunca más el atolón Enika; sin embargo, ahora regresaba para otra prueba nuclear secreta.

26

Base aeronaval de Alameda (California).
Jueves, 14.22

Mulder y Scully llegaron a la bahía de San Francisco con los ojos enrojecidos y extenuados a causa del viaje sin paradas, sabiendo que aún tenían por delante otro aún más largo.

Mulder alquiló un coche y se dirigieron hacia la base aeronaval de Alameda, en cuya entrada pasaron casi una hora enseñando papeles, respondiendo a preguntas y finalmente discutiendo con un estoico policía militar que hizo repetidas llamadas telefónicas a sus superiores.

—Lo siento, señor —dijo volviendo por tercera vez—, pero no consigo verificar su información. Aquí no tenemos ningún avión de transporte C-5 que salga esta tarde para Hawai, ni hay constancia de su llegada o de su plaza en tal avión, si es que existe.

Mulder volvió a sacar los papeles con gesto cansado.

—Está firmado por el brigadier general Bradoukis, del Pentágono. Es en relación con un proyecto secreto en el archipiélago Marshall. Ya sé que no tiene la autorización encima de su escritorio, porque no lo harían con tanto descaro, pero mi colega y yo estamos autorizados a tomar ese vuelo.

—Lo siento, señor, pero no hay ningún vuelo —insistió el policía militar.

Mulder suspiró y Scully le cogió del brazo para calmarlo.

—¿Por qué no vuelve a hablar con su superior, sargento, y esta vez menciona las palabras Yunque Brillante? —se apresuró a preguntar antes de que volviera a hablar Mulder—. Esperaremos aquí hasta que regrese.

El policía militar se retiró a su caseta de guardia con expresión escéptica y meneando la cabeza. Mulder se volvió hacia Scully sorprendido y ella le sonrió.

—Pocas veces consigues algo enfureciéndote.

Mulder suspiró y esbozó una sonrisa forzada.

—A veces me pregunto si alguna vez consigo algo.

Al cabo de unos minutos el guardia volvió y les abrió la puerta. No les ofreció disculpas ni explicaciones de ningún tipo. Se limitó a entregarles un mapa de la base y les indicó adonde dirigirse.

—¿No destinaron a tu padre aquí en una ocasión? —preguntó Mulder. Sabía lo mucho que la había afectado la muerte de su padre.

—Por poco tiempo —respondió Scully—, justo cuando empecé a ir a la Universidad de Berkeley.

Mulder la miró.

—No sabía que habías ido a Berkeley. ¿A estudiar?

—Sólo cursé el primer año.

—Ah. —Mulder esperó a que continuara, pero a ella parecía incomodarle el tema, así que no insistió.

Justo donde el guardia les había indicado encontraron el avión de transporte C-5. Unos pequeños vehículos hidráulicos transportaban el cargamento y metían los cajones de embalaje en el hinchado vientre de color aceituna del avión. Mediante carretillas elevadoras introducían las últimas maletas mientras los pasajeros civiles y el personal militar subían a bordo por una escalerilla arrimada al avión.

—Mira, Scully —señaló él—, no tienen ningún avión de transporte C-5 aquí en la base y no está programada la salida de nada parecido. —Abrió las manos en un gesto de impotencia—. La verdad es que un avión tan pequeño como éste debe de perderse continuamente.

Scully, que hacía tiempo había aceptado las negativas y el misterio que envolvían los proyectos secretos, no respondió. Acarreando su maleta y cartera, Mulder subió ágilmente la escalerilla que conducía al compartimiento de pasajeros.

—Espero que podamos sentarnos junto a una ventanilla —comentó—. En la zona de no fumadores.

—Creo que dormiré durante el vuelo —respondió ella.

Una vez dentro del austero avión, Mulder miró el interior en penumbras, iluminado por detrás y por debajo a través de las puertas abiertas de la bodega de carga. Los demás pasajeros —oficiales de Marina y reclutas, así como media docena de civiles— daban vueltas en busca de asiento.

Mulder no vio ningún compartimiento para el equipaje, sólo unas cinchas extendidas de un lado a otro de los paneles metálicos de la pared, donde los demás pasajeros ya habían sujetado su equipaje de mano. Volvió con su maleta para amarrarla en una esquina vacía, luego regresó por la bolsa de lona de Scully, que sujetó junto a la suya.

Se quedó con el maletín para echar un vistazo a las notas y comentar el caso durante el largo vuelo a Pearl Harbor; después de una breve escala, tomarían un avión más pequeño que los llevaría al Pacífico oeste.

Al volver al lado de Scully, ésta revolvió en el interior de su bolso y sacó unos chicles.

—¿Qué pasa, me huele el aliento? —preguntó él.

—No, pero lo necesitarás durante el viaje. He volado antes en estos aviones de la Marina con mi padre y no están presurizados. Mascar chicle te ayuda a igualar la presión en los oídos… Hazme caso, es un consejo de una médica profesional.

Mulder aceptó los chicles con escepticismo y se los metió en el bolsillo de la camisa.

—Sabía que era un billete barato, pero al menos esperaba un poco de oxígeno.

Mulder y Scully buscaron un asiento cómodo, pero todos eran duros y de respaldo rígido. Cuando finalmente se abrocharon el cinturón, las puertas de la bodega de carga se cerraron y unas voces amortiguadas procedentes del interior anunciaron que el avión estaba listo para partir. Uno de las marinos cerró las gruesas puertas del compartimiento de pasajeros mientras los motores se ponían en marcha con un fuerte zumbido.

—Supongo que no tienen asientos de primera clase —dijo Mulder.

Se volvió y reconoció a algunos de los civiles que ya se habían puesto los cinturones, y a científicos y técnicos que había visto en el instituto Teller. Mulder sonrió y saludó con la mano a un joven pelirrojo con gafas, que se ruborizó y trató de empequeñecer.

—¡Hola, Víctor! ¡Víctor Ogilvy, me alegra verlo aquí!

—Oh, hola, señor agente… —balbuceó Víctor—. No sabía que estuviera previsto que el FBI presenciara los preparativos de la prueba.

—Bueno, ya le dije que iba a hacer unas llamadas telefónicas —repuso él, sintiéndose como un matón.

Scully se inclinó hacia Mulder.

—Tenemos un largo vuelo por delante, así que seamos amables. Todos los presentes velamos por los intereses de nuestro país, ¿no es cierto, Víctor?

El joven técnico pelirrojo asintió.

—¿De acuerdo, Mulder? —Le dio un codazo en las costillas.

—Por supuesto, Scully.

El voluminoso avión de transporte avanzó dando tumbos como una polilla, tan aerodinámico como un abejorro, pero con un ruido ensordecedor. Luego aceleró por la pista y despegó grácilmente, elevando su enorme casco con gran estrépito de sus motores a reacción. Poco después el avión había ganado altitud y tras sobrevolar las colinas del este de Oakland, puso rumbo hacia el océano.

Mulder se volvió hacia Víctor Ogilvy.

—Así pues, Víctor, ¿por qué no hacemos de este viaje unas agradables vacaciones tropicales de sol, surf y playas deslumbrantes?

El joven pareció sorprendido.

—No tendremos tanta suerte, agente Mulder. ¿Han traído el impermeable?

—¿Para qué? —preguntó Scully.

Víctor volvió a parpadear detrás de sus gafas redondas.

—¡Y yo que los creía bien documentados! Tal vez no hayan averiguado tantos datos como creen. La prueba de Yunque Brillante… Vamos derechos hacia un huracán.

27

Sobrevolando el Pacífico oeste.
Viernes, 8.07

Después de dejar atrás Pearl Harbor en una mañana de ensueño, Scully, Mulder y los demás partieron en un avión más pequeño que sobrevoló el Pacífico, azul monótono y moteado de luces y sombras. El sol del amanecer los perseguía por encima del horizonte y Scully miraba por la ventanilla, sumida en sus pensamientos.

—En fin. ¿Has disfrutado del viaje a Hawai con todos los gastos pagados por el gobierno? —preguntó Mulder repantigado en un estrecho asiento a su lado, tratando de ponerse cómodo—. Un soleado día de aburrimiento y espera, pero no puedes rechazar la hospitalidad.

Scully se movió en su asiento y bajó la cortina. No lograba encontrar la postura con tanta facilidad como Mulder.

—Era lo que cabía esperar de unas vacaciones pagadas por el gobierno.

El avión vibraba y zumbaba mientras sobrevolaba el océano. Las nubes empezaban a reunirse en el oeste, y Scully estaba segura de que a medida que avanzaban empeoraría el tiempo. Mulder no parecía preocupado por la seguridad o integridad del avión, pero jamás le había importado volar.

Intrigada por ver cómo lo llevaba el resto de los pasajeros, Scully se volvió. Víctor Ogilvy y otros técnicos del instituto Teller se habían reunido en la parte trasera y estudiaban detenidamente sus blocs y documentos técnicos.

Los soldados de la Marina se hallaban sentados aparte, hablando en alto, totalmente relajados mientras el avión avanzaba dando tumbos. Scully sabía por propia experiencia que los marinos a menudo viajaban avisados con muy poca antelación. Reunidos con sus nuevos compañeros, que podían tener muchos o pocos

intereses en común, encontraban sin dificultad la manera de divertirse.

Mulder reparó en dos jóvenes de color que jugaban una partida de Stratego en un tablero de viaje de piezas magnéticas. Los observó unos momentos y luego desvió la mirada. En medio de otro grupo de marinos se hallaba sentado uno ancho de espaldas, con el pelo al rape y rasgos ligeramente latinos, que leía concentrado la última y larguísima novela de intriga de Tom Clancy. Los tres espectadores discutían los méritos de la obra de Clancy y lo emocionante que era ser un agente de la CÍA como Jack Ryan. Scully se preguntó si pensaban lo mismo de la vida que llevaban los agentes del FBI. Entonces los tres empezaron a hablar de la información secreta que intercalaba la obra de Clancy.

—¡Vamos, si tú o yo escribiéramos algo así, nos meterían en el calabozo tan rápidamente que no tendríamos tiempo de cobrar el anticipo por derechos de autor! —exclamó uno.

—Sí, pero tú y yo contamos con autorización para acceder a información secreta, ésa es la clave. Hemos firmado papeles que nos comprometen. Clancy no tiene acceso a esa clase de material, así que ¿quién va a creerle?

—¿Estás insinuando que se lo inventa? Si es así, tiene una imaginación desbordante. Fíjate en todos esos datos.

El crítico se encogió de hombros.

—Bah. Sólo es un corredor de seguros, tío. No tiene credibilidad como nosotros, que trabajamos directamente con ese material.

—Sigo pensando que alguien debería romperle los nudillos por ventilar nuestros secretos de ese modo.

—De ninguna manera —repuso el tercero—. No podría escribir más libros con los nudillos rotos.

—Pues que le disparen a las piernas.

Sin prestar atención a los tres espectadores que lo rodeaban y hablaban a su oído, el lector pasó una página y siguió leyendo.

El avión cruzó una zona de turbulencias y los pasajeros se zarandearon en sus asientos. Scully aferró los brazos del asiento. Indiferente, Mulder escogió ese preciso momento para echarse hacia adelante y sacar su maletín. Lo abrió en su regazo y revolvió entre los papeles.

—Repasemos unos cuantos puntos ahora que tenemos tiempo —dijo.

El zarandeo se hizo tan brusco que los dos marinos que jugaban a Stratego

acabaron por rendirse, guardaron las piezas magnéticas en la caja y cerraron el tablero.

Con los dientes castañeteándole, Scully no atinaba a comprender cómo su colega podía pensar con claridad… aunque tal vez lo hacía para distraerla de las turbulencias, y en silencio le dio las gracias.

—¿Qué crees que va a ocurrir en la isla, Mulder? —preguntó.

—El general Bradoukis sostiene que quienquiera o lo que sea que ha estado matando a esa gente, va a intentar una vez más detener la prueba de Yunque Brillante. Es la última oportunidad.

—No paras de repetirlo, Mulder —señaló ella.

Él se encogió de hombros.

—Pon el pronombre que quieras. —Sacó un mapa del océano Pacífico con el archipiélago marcado con rotulador y lo desdobló encima de los demás papeles del maletín—. Si sigue preocupándote ese huracán, tengo una buena noticia para ti.

Todavía aferrada a los brazos del asiento, Scully lo miró. El avión seguía dando tumbos.

—En estos momentos lo que me preocupa es que este avión siga en el aire… pero si lo que tienes que decir es una buena noticia sobre el huracán, me encantará oírla.

Con un brillo malicioso en los ojos, Mulder respondió:

—Lo que tiene de bueno es que no estamos volando hacia un huracán, después de todo.

Scully se sorprendió experimentando una fugaz sensación de alivio, pero lo conocía demasiado bien.

—¿Qué quieres decir? ¿Han cambiado las condiciones meteorológicas? ¿Se ha reducido a una tormenta tropical?

—Nada de eso —repuso él, señalando el mapa—. Mira, nos dirigimos al Pacífico oeste y, hablando en términos meteorológicos, los frentes tormentosos de esta región no se llaman huracanes, sino tifones. Aunque no hay ninguna diferencia en realidad, pues poseen el mismo potencial destructor.

—Qué alivio —respondió Scully—. ¿No es maravillosa la semántica?

Mulder estudió las pequeñas motas en las vastas zonas azules del mapa y las rodeó con un dedo.

—Me pregunto por qué querrán ir allí. El archipiélago Marshall está en aguas jurisdiccionales estadounidenses, de modo que seguro que tiene que ver con eso. ¿Podría ser sólo para interceptar la tormenta?

Scully pareció animarse, al tocar un tema que conocía. Satisfecha de poder aportar sus conocimientos a la discusión, se obligó a ignorar al balanceo causado por las turbulencias.

—Probablemente tiene más que ver con la larga trayectoria de pruebas nucleares que se han realizado en el archipiélago Marshall, pues es allí donde se llevó a cabo la mayoría de las explosiones experimentales entre 1946 y 1963: bombas de hidrógeno y de cobalto, artefactos termonucleares, todo lo que era demasiado grande para hacerlo detonar en Nevada. De hecho, entre 1947 y 1959 estallaron cuarenta y dos artefactos nucleares sólo en estas islas.

Scully se asombró de lo deprisa que esos datos volvían a su memoria, como si leyera un libro de texto o un discurso político.

—Todo el atolón de Eniwetok era como una pista para jugar al tejo. Las explosiones experimentales iban de una isla a otra, volatilizando palmo a palmo los arrecifes de coral. Evacuaron a los habitantes prometiéndoles una compensación, pero Tío Sam les falló. Lo cierto es que en esos momentos nadie sabía exactamente qué se hacía, ni siquiera los científicos. Cometieron errores… algunas de las bombas fallaron, otras mostraron un rendimiento mucho más alto que el calculado. Todavía me sorprende cómo pudieron… jugar con todo ese potencial destructor.

Mulder arqueó las cejas.

—Hablas con vehemencia. ¿Tienes un interés especial en el tema?

La miró, poniéndose a la defensiva.

—Lo tenía.

—¿Y qué ocurrió? Me refiero a las pruebas.

—En 1963, con el tratado de prohibición de pruebas nucleares cesaron todas las que se realizaban en el aire. Pero para esas fechas ya habían detonado en tierra más de quinientos explosivos nucleares en Estados Unidos y otros países.

—¡Quinientos! —exclamó Mulder—. ¿En tierra? Bromeas.

—¿He exagerado alguna vez, Mulder?

—No, Scully. Tú no.

De pronto el avión perdió altitud durante dos segundos aterrorizantes, luego se niveló. Sentados al fondo, los reclutas vitorearon y aplaudieron al piloto, y Scully confió en que éste no decidiera salir de la cabina para hacer una reverencia.

Respiró hondo. Mulder esperó a que continuara.

—Ha habido moratorias intermitentes en las pruebas subterráneas —prosiguió ella

—. Los franceses, chinos y demás han reiniciado sus investigaciones, aunque lo nieguen. Los franceses han reanudado recientemente varias pruebas en islas próximas a Tahití, poniendo a toda la opinión pública en su contra. Sin embargo, con los satélites espías de detección sísmica de alta resolución, es terriblemente difícil enmascarar la firma de una explosión nuclear.

—Apuesto a que la tormenta que se avecina no es ninguna coincidencia.

—Creo que ganarás la apuesta, Mulder.

Atolón Enika, Archipiélago Marshall.
Viernes, 14.11

El tiempo empeoraba según se aproximaban al remoto atolón y el pequeño avión daba tales tumbos que Scully se sorprendió echando de menos la estabilidad del enorme C-5 de transporte que los había llevado de Alameda a Pearl Harbor.

Volaron en círculo para intentar un segundo acercamiento a la rudimentaria pista de aterrizaje de la pequeña isla.

—Todavía no nos han pedido que adoptemos la postura de aterrizaje forzoso. Es buena señal —comentó Mulder.

El viento azotaba los lados del avión, y hasta los avezados marinos parecían avergonzarse de su respiración contenida.

—Nunca me había percatado de lo optimista que eres, Mulder —bromeó Scully.

Pero había logrado mantenerla distraída hasta la última parte del trayecto. Por la ventana salpicada de gotas de lluvia, Scully distinguió una pista de aterrizaje preocupantemente corta a lo largo de una estrecha extensión de playa.

Cerró los ojos. Cuando el avión rebotó y dio tumbos hasta detenerse bruscamente, los pasajeros empezaron a aplaudir de forma espontánea.

Los marinos que ya estaban en la isla se acercaron y, agachando la cabeza, colocaron topes detrás de las ruedas del avión. A continuación abrieron la puerta lateral, que quedó colgada de unos cables reforzados, convirtiéndose en unas chirriantes escaleras. La bodega de carga se abrió y un grupo de soldados salió en tropel de los refugios donde habían permanecido a resguardo del frío viento huracanado y, siguiendo una rutina bien sincronizada, empezaron a descargar los cajones de embalaje.

Scully bajó por las escaleras del avión con las piernas temblorosas, pero rechazó la ayuda de Mulder. Puso un pie en la grava de coral de la «pista de aterrizaje» y, aferrándose al lateral de la escalera en busca de apoyo, miró la isla llana y cubierta de follaje, formaciones de coral y límpida arena.

La bóveda del cielo que los cubría era de color gris verdoso debido al temporal que se avecinaba. En el aire se percibía el amenazador crepitar del ozono mezclado con el olor a yodo del mar, y el viento soplaba en breves y fuertes ráfagas procedentes de todas direcciones.

El cabello castaño claro de Scully le azotaba el rostro. Mulder permaneció a su lado, con la corbata de rayas granate agitándose sobre la chaqueta del traje.

—¿Qué te dije? Dos billetes al paraíso.

Scully lo miró de soslayo.

—Deben de haberte dado los más baratos.

En una bahía resguardada, abajo en la escarpada costa, Scully divisó una pequeña embarcación: la lancha que el capitán utilizaba para transportar hombres y materiales desde del destructor anclado al otro lado de la peligrosa barrera coralina. Scully reconoció la clase de barco, un potente destructor tipo Spruance, diseñado originalmente para acciones rápidas y guerra antisubmarina.

—Esta vez la Marina se lo ha tomado en serio —comentó—. Con esa clase de destructor no se juega.

Se reunió con ellos un joven y pulcro oficial, con el cabello castaño claro cortado al rape y gafas oscuras.

—Ustedes han de ser los agentes del FBI —dijo, cuadrándose ante ellos—. Yo soy el comandante Lee Klantze, del *Dallas*. Los conduciré hasta el capitán Ives. Está aquí para supervisar los preparativos de última hora, aunque creo que se propone observar la prueba desde el buque.

Klantze dio media vuelta y echó a andar a grandes zancadas por la playa.

—Hemos sido informados por el brigadier general Bradoukis de Washington de que son invitados especiales, aunque todos estamos un tanto desconcertados acerca de cuáles son sus propósitos. Que yo sepa, no es un caso del FBI.

—Tiene relación con una investigación pendiente —repuso Scully.

—Entiendo.

Era fácil reconocer a un militar de carrera, pensó Scully con una sonrisa. Sabían cuándo dejar de hacer preguntas.

—Los conduciremos al centro de operaciones de Yunque Brillante y les dejaremos solos para que hagan lo que han venido a hacer. Pero procuren mantenerse alejados de los preparativos de la prueba. Hay muchos instrumentos delicados y una mano descuidada podría causar más daños que el propio huracán… y el señor Dooley tiende a exagerar las precauciones.

—Gracias —respondió Scully.

Ella y Mulder siguieron al segundo comandante cuando éste se encaminó hacia los arrecifes de coral que bordeaban la laguna. Un alto acantilado protegía un conjunto de

edificios situados al otro lado de la isla, la dirección en que se aproximaba el temporal.

Mulder se volvió y señaló el cargamento que bajaban del avión.

—Nuestras maletas están allí —comentó.

Klantze no pareció preocuparse.

—Las llevarán al *Dallas*. Disponemos de camarotes para que duerman, aunque aquí todo el mundo trabajará noche y día hasta que tenga lugar la explosión. La prueba está prevista para las cinco quince de mañana.

—¿Tan pronto? —preguntó Mulder.

—No hay otra elección —respondió Klantze, andando a paso ligero por la playa y levantando arena, que les azotaba dolorosamente el rostro—. Es el día en que está previsto que se desate la tormenta.

Scully quería preguntar por qué les preocupaba tanto que la prueba coincidiera con el huracán, pero decidió reservar esas preguntas para Bear Dooley u otro responsable.

El segundo comandante los condujo a un extraño refugio en forma de iglú al que habían conectado toda clase de generadores, aparatos de aire acondicionado y antenas parabólicas.

—Mira, ése es el Holiday Inn de Enika —comentó Mulder.

Scully vio entrar y salir del refugio a muchas personas, comprobando generadores y conexiones eléctricas. Un hombre vestido con el uniforme blanco de capitán los vio e hizo señas a Klantze para que se acercaran.

Scully sacó la placa de identidad y Mulder la imitó. El capitán las aceptó diligente y las examinó con atención antes de devolvérselas.

—Gracias, agentes Scully y Mulder. Soy el capitán Robert Ives, del *Dallas*.

Scully le estrechó la mano y se sorprendió de un dato que acudió de pronto a su memoria.

—Sí, capitán. Creo que le conocí de niña, en una recepción de la Marina en Norfolk, Virginia. Mi padre era el capitán Bill Scully.

—¡Bill Scully! —Ives parecía atónito—. ¡Por supuesto que lo conocí! Era un buen hombre. ¿Cómo está?

Scully tragó saliva.

—Murió hace poco —respondió.

—Lo siento. —Ives se puso rígido—. Cuando pasas la mayor parte del tiempo en

alta mar, un montón de noticias personales se esfuman antes de que tengas ocasión de prestarles atención. Lo siento de veras.

—Gracias —respondió ella.

Ives se aclaró la voz como para hacer desaparecer su incomodidad.

—En fin, tengo entendido que están aquí en relación a algo extraño en torno a la prueba de Yunque Brillante. El general Bradoukis no me dio detalles. ¿Hay algo que debamos saber?

Scully miró a Mulder, dándole la oportunidad de explicar las extrañas conexiones e hipótesis que había insinuado. Pero Mulder se limitó a sostenerle la mirada, aparentemente sin deseos de sacarlas a relucir.

—Estamos aquí para observar y reunir información —respondió ella—. Como tal vez sepan, varios individuos relacionados con Yunque Brillante han fallecido en circunstancias extrañas.

En ese momento Bear Dooley entró por la puerta baja del refugio, parpadeando a causa del viento que le revolvía el largo cabello y la barba, convirtiéndolos en una maraña en torno a su rostro. Dirigió a los dos agentes del FBI una mirada tan furibunda como la tormenta que se avecinaba. Era evidente que hacía tiempo que aguardaba nervioso su llegada.

—No sé cómo han obtenido permiso para venir a este campo de pruebas de acceso restringido, agentes Mulder y Scully. Por desgracia, no puedo objetar ni enviarlos de vuelta… —Puso los brazos en jarra—. Pero métanse esto en la cabeza desde el principio: ¡quítense de en medio! Estamos muy ocupados. Tenemos que hacer detonar un artefacto mañana temprano y no tengo tiempo para cuidar de un par de agentes bien trajeados.

—No he necesitado una niñera en los últimos cuatro años por lo menos —repuso Mulder secamente.

—Discúlpenos por aparecer aquí en mitad de los preparativos, señor Dooley —intervino Scully—. Créame, habría preferido interrogarlos allá en California. Pero como usted y todo su equipo se marcharon sin notificárnoslo, no hemos tenido más remedio que venir.

—Y no me abrumó exactamente con información cuando hablé con usted —apuntó Mulder.

—Lo que ustedes digan —repuso Dooley con desdén. Les volvió la espalda y tendió un fajo de papeles al capitán Ives—. El nuevo pronóstico meteorológico de

nuestro satélite. Justo lo que esperábamos. El centro del huracán está a sólo trescientos kilómetros de distancia y es lo bastante grande para que no exista ninguna posibilidad de pasarlo por alto. Ninguna. Tenemos suerte… Enika será arrasado mañana temprano.

—¿Suerte? —repitió Mulder.

Ives hojeó el pronóstico del satélite y asintió.

—Estoy de acuerdo.

—Espere un momento —pidió Mulder—. Lo primero es lo primero. ¿Dónde tienen ese artefacto nuclear? ¿En una de las cajas de embalaje que han viajado con nosotros o ya ha sido instalado en el refugio?

Dooley soltó una risotada burlona.

—No me está impresionando demasiado con sus conocimientos, agente Mulder. Se supone que el refugio ha sido construido a prueba de explosiones nucleares. Por lo tanto, no pueden haber instalado el artefacto en las proximidades. Lógico, ¿no? —La oportunidad de explicar algo pareció calmar al robusto ingeniero—. Yunque Brillante se halla en una laguna al otro lado de la isla. Vino a bordo del *Dallas* procedente de San Diego, y está instalado y listo, aguardando la tormenta.

Scully habló con franqueza.

—Se han tomado muchas molestias para mantener en secreto todos los preparativos y esforzado en seleccionar una isla desierta que se encuentre en la trayectoria de un gran frente tormentoso. La mayoría de la gente con sentido común huiría de un tifón. ¿Tiene idea de los daños que puede causar?

Dooley entornó los ojos como si estuviera a punto de reprenderla por su necedad, luego soltó una desagradable carcajada.

—Por supuesto que sí, agente Scully. Pero imagínese. Con los estragos que causará el huracán al azotar la isla, ¿quién va a notar un poco más de destrucción?

29

Atolón Enika.
Viernes, 17.18

La tensión psicológica que sufría Scully a causa de la inminente tormenta la atenazaba. De pie en la playa, levantó la vista hacia las nubes cada vez más oscuras del atardecer y observó el misterioso e inquietante color del cielo que anuncia tormenta.

Fuera del refugio, Bear Dooley, Mulder y el capitán Ives disfrutaban de unos momentos de relativa calma. En la poca profunda laguna frente al refugio, la lancha del capitán cabeceaba en el agua, a la espera de pasajeros. Resguardadas por los arrecifes, las aguas estaban en calma, en marcado contraste con el mar picado a lo lejos. Las hileras de grandes olas al romper formaban espuma en torno a los arrecifes de coral sumergidos bajo las aguas turbulentas.

Uno de los técnicos de Yunque Brillante salió corriendo del refugio cuando Scully se acercaba a ellos. Parecía muy nervioso.

—¡Capitán Ives, una llamada urgente en la línea de seguridad! —Bajó la mirada hacia el transmisor-receptor portátil que llevaba a la cintura, desconcertado por no haberla recibido directamente—. Es del *Dallas*, señor —siguió el técnico—. El oficial de comunicaciones del puente de mando quiere hablar con usted.

—¡Oh, tal vez cancelen la prueba! —exclamó Mulder mirando fijamente a Bear Dooley.

—¡Tiene muchas probabilidades de acertar!

—Seguro que le dan un vale si la suspenden por mal tiempo.

Dooley se limitó a menear la cabeza, como si se preguntara de dónde había sacado Mulder aquel sentido del humor.

Los cinco se metieron de nuevo en el claustrofóbico refugio y Scully se alegró de

resguardarse del aire frío y húmedo. El capitán Ives se encaminó hacia el teléfono que colgaba de una pared de contrachapado en el interior del refugio blindado.

—Ives al habla —dijo, y escuchó con atención. Su expresión se ensombreció de pronto—. ¿Qué hacen allí con este tiempo?… Está bien, ¿a qué distancia?… ¿Y nosotros somos los únicos en los alrededores? —Frunció el entrecejo—. Espera.

Tapó el auricular con la mano y miró a Dooley.

—Acabamos de recibir un mensaje inquietante: un pesquero japonés se encuentra en los alrededores de Hawai. Tiene problemas con el tifón y el *Dallas* es el único barco en las inmediaciones. Se trata de un SOS general, pero piden un rescate urgente. No podemos ignorarlos.

Dooley enrojeció de cólera.

—¡Maldita sea, creí que había dicho que esta zona estaba despejada! ¡Se suponía que en los alrededores de Enika no había barcos! —Echaba humo—. ¿Cómo han salido esos idiotas con este tiempo? Es una locura navegar en pleno huracán.

—Desde luego —repuso Mulder.

Ives luchaba por mantener la calma delante de Dooley.

—Dado que sus hombres necesitaban mantener tan en secreto esta prueba, no se nos permitió enviar lanchas patrulleras para despejar la zona, pues no querían que nadie reparara en las operaciones. Hicimos lo que pudimos, pero puede habérsenos escapado algo… como este pesquero japonés. Al fin y al cabo el océano es vasto.

Dooley exhaló un profundo suspiro y metió sus manos de gruesos nudillos en los bolsillos de los vaqueros.

—Creo que deberíamos dejar allí a esos gilipollas para que reciban su merecido por salir sin atender a los partes meteorológicos.

Ives no pudo contenerse.

—Señor Dooley, es ley del mar acudir al rescate de cualquier barco que envíe un SOS. En todos los años que llevo a bordo de barcos siempre la he respetado. No pienso cambiar sólo por su proyecto.

—¿Qué haremos con los supervivientes una vez los subamos a bordo? —preguntó Dooley—. No podemos dejar que presencien la prueba.

—Los mantendremos en las bodegas, si es que logramos rescatar a alguien.

—¿Y si se trata de un barco espía? —repuso Dooley—. Tal vez no seamos los únicos que han concebido la idea de Yunque Brillante, ya sabe. Es posible que otro país haya desarrollado el mismo concepto.

Scully contuvo la risa, pero aquel cuerpo de aspecto osuno parecía hablar en serio.

—Si esos espías japoneses averiguan muchas cosas de Yunque Brillante, empezarán a hacer imitaciones baratas —repuso Mulder—, y ustedes podrán comprar su propia cabeza nuclear en la tienda de electrónica local.

Dooley le lanzó una mirada furibunda, sin saber qué hacer con su cólera.

—Está bien, capitán, averigüe al menos quiénes son y qué demonios hacen allí. Ésas no son aguas de pesca.

Con un suspiro, el capitán Ives se acercó de nuevo el auricular a la boca.

—¿Cómo se llama el barco? Averigua la procedencia. —Esperó la respuesta y de pronto palideció—. *Fukuryu Maru*… {*Dragón afortunado*}.

Scully se llevó un dedo a la barbilla, pensativa.

—*Dragón afortunado* —repitió—. Me suena…

—Acusa recibo de la transmisión y diles que vamos en su auxilio —agregó Ives —. Preparaos para zarpar de inmediato.

Ives colgó y miró a Scully, pues era la única que había reaccionado al oír el nombre.

—Está pensando en otro barco pesquero japonés con el mismo nombre, el mismo que deambulaba demasiado cerca de la prueba de Castle Bravo realizada en Bikini en 1954. La tripulación recibió una bonita dosis de radiación y el incidente provocó un escándalo internacional.

Mulder se animó.

—¿Y ahora otro barco con el mismo nombre se ha extraviado con ocasión de esta prueba nuclear? No puede ser una coincidencia.

Scully interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Oh, no, Mulder. No te atrevas a insinuar que es una especie de… barco fantasma de los pescadores japoneses afectados por la radiación que regresan para detener a Yunque Brillante.

Mulder levantó las manos en gesto de impotencia.

—No he insinuado eso, Scully. Tienes una imaginación realmente desbordante. —Frunció el entrecejo fingiendo que meditaba y añadió—: Pero es una idea interesante.

Scully se volvió hacia Ives.

—Me gustaría ir con usted, capitán. —Luego miró a Mulder, preguntándole con la mirada si quería acompañarlos.

—No, gracias —respondió él—. Me quedaré en tierra firme. Prefiero seguir

husmeando por aquí. —Cuando ella e Ives salían de nuevo al viento frío, se volvió hacia ellos y exclamó—: ¡No olvidéis poneros el chaleco salvavidas!

Scully procuraba no estorbar en el puente de mando del destructor *Dallas*.

El capitán Ives dio al timonel instrucciones de abandonar a toda marcha el atolón Enika e internarse en las aguas revueltas por la tormenta. La baja isla de coral empequeñecía a medida que el buque se alejaba del laberinto de pequeñas olas blancas y espumosas que marcaba las peligrosas rocas sumergidas. El *Dallas* se dirigía a alta mar, siguiendo las cartas de navegación, en dirección al barco pesquero en apuros.

Scully trató varias veces de entablar conversación con el capitán Ives, pero no encontraba las palabras. Éste parecía muy consternado y preocupado, con las canosas cejas fruncidas y los labios tan apretados que le alzaban el bigote.

—Capitán Ives —espetó finalmente—, pareció sorprenderse al oír el nombre del barco. ¿Qué sabe del *Dragón afortunado*? Me refiero al primero.

Se volvió hacia ella con los labios formando una línea delgada y pálida, y luego siguió contemplando las aguas embravecidas por las ventanas empañadas del puente de mando. La nuez de la garganta se le movió al tragar saliva.

—Presencié la prueba Castle Bravo y otras muchas explosiones durante mi período de servicio, agente Scully. Era marino de la cabeza a los pies, y en aquella época muchos de nosotros, jóvenes y ambiciosos reclutas, nos dedicábamos a «coleccionar» explosiones. Procurábamos que nos destinaran a los barcos que salían a observar bombardeos, pues nos parecía divertido.

»Era un espectáculo sobrecogedor, se lo aseguro… pero Castle Bravo fue algo completamente distinto. Se trataba de un nuevo diseño con el rendimiento más alto jamás obtenido en detonaciones nucleares. Los científicos de Los Álamos habían calculado mal sus secciones transversales, o eso tengo entendido. Se suponía que el rendimiento era de cinco megatones, pero fue de quince. Una explosión equivalente a quince millones de toneladas de TNT.

»Esta cifra no significa nada si no es en comparación con algo. La bomba Little Boy que cayó sobre Hiroshima era de doce kilotones y medio de TNT, lo que significa que el estallido del Castle Bravo tuvo un efecto doce veces más destructor que el de Hiroshima. —Meneó la cabeza—. Debería haberlo visto. Sólo la bola de fuego tenía casi siete kilómetros de diámetro.

Scully tragó saliva.

—No estoy muy segura de si me habría gustado. ¿No era peligroso estar tan cerca?

Ives esbozó una amarga sonrisa.

—Muchos recibimos una dosis significativa de radiación. Esa horrible sustancia blanca que llovía del cielo era, según descubrimos más tarde, calcio precipitado a partir del coral que voló por los aires. Es evidente que la zona de peligro resultó bastante más amplia de lo previsto.

Scully siguió por él.

—Y al parecer ese pesquero japonés apareció en el momento menos oportuno en el lugar equivocado.

—El dragón no fue tan afortunado, después de todo —respondió él—. Con su tripulación de veintitrés hombres, se hallaba faenando a más de ochenta millas marinas al este de Bikini… una distancia considerable. Pero por desgracia se encontraba en la misma dirección del viento que la lluvia radiactiva.

»Dos semanas después volvía a puerto con la tripulación enferma. Estados Unidos ofreció la ayuda de sus expertos en radiación para intentar curarlos, pero se negaron a dar detalles sobre el contenido de la lluvia radiactiva. Al parecer temían que los soviéticos dedujeran a partir de ellos la fórmula para hacer la bomba. Uno de los pescadores murió de una infección secundaria.

»Levi Strauss, el director del Comité de Energía Atómica, se desentendió y dijo que esos pescadores se hallaban dentro de la zona de exclusión, lo que dudo seriamente, y que de cualquier modo el *Dragón afortunado*> era seguramente un barco espía de los rojos.

—¿Un barco espía de los rojos? —repitió Scully con un nudo en la garganta, mezcla de incredulidad y cólera, sin saber qué más decir.

—Ésas fueron las palabras. —El capitán Ives la miró con los ojos entornados—. De modo que no voy a permitir que otro dragón desafortunado se vaya por ahí a merced de esa mortal lluvia radiactiva, si es que el tifón no los hunde.

—Pero tengo entendido que esta vez no se espera ninguna lluvia radiactiva —repuso Scully—. Yunque Brillante es un artefacto de bajo rendimiento y se supone que no debe propagarse por el océano.

Ives la miró con escepticismo.

—Por supuesto. También se suponía que Castle Bravo era una tercera parte menos potente de lo que resultó. A diferencia del señor Dooley, yo aprendí una lección.

Yunque Brillante es una nueva tecnología… y no importa cuántas simulaciones ejecuten los científicos por ordenador, a veces sencillamente se olvidan de los efectos secundarios. No quiero correr riesgos.

Scully tragó saliva.

—No creerá… que hay algo sobrenatural en la aparición de este otro barco en este preciso momento, ¿verdad?

Ives esbozó una sonrisa.

—¿Sobrenatural? No, sólo es una coincidencia. Podría tratarse de un nombre frecuente entre los pesqueros japoneses. Pero no permitiré que vuelva a ocurrir.

El cielo se oscureció y las nubes se cernieron sobre ellos como una sentencia de muerte. Poco después los radares delanteros del *Dallas* detectaron el pesquero y pusieron proa hacia él. Scully distinguió la borrosa silueta cabeceando en las aguas bravas. No sabía qué esperaba encontrar. Tal vez algo como El holandés errante, un viejo casco destrozado que apenas se mantenía a flote y unos pocos supervivientes harapientos colgados por la borda.

Sin embargo, el *Dragón afortunado* parecía intacto y ni siquiera se debatía demasiado con las olas. Aun así, el capitán Ives hizo virar el destructor hacia el pesquero. En la cubierta de éste, empapados por la lluvia y la espuma del mar, dos pescadores asiáticos enviaban señales de socorro mientras otro permanecía en la torre de control.

—Parece un barco resistente —comentó Ives—. Creo que podremos remolcarlo hasta el atolón.

Scully asintió brevemente, sin saber si le pedía opinión o se limitaba a afirmar un hecho. Ives le entregó un impermeable y reunió a unos cuantos hombres de su tripulación.

—Vamos, subid a esos capullos a bordo y dadles ropa seca y un plato de sopa.

En el barco pesquero aparecieron otras dos siluetas detrás de las ventanas salpicadas de agua del puente de mando. Mientras los hombres de la Marina saltaban a la cubierta del pesquero para ayudar a los pescadores en apuros, las dos figuras salieron. La primera era un hombre de aspecto hawaiano y cubierto de cicatrices que se movía con cautela. Al ver sus ojos en blanco, Scully comprendió que era ciego. Cuando la segunda figura misteriosa alargó la mano para aferrarse a la mojada escalera que colgaba del destructor, Scully sofocó un grito.

Miriel Bremen subió a bordo del *Dallas* bajo la lluvia.

30

Atolón Enika.
Viernes, 18.05

Mulder levantó la vista hacia el cielo tormentoso y pensó con nostalgia en lo bonito que debía haber sido el atardecer en el Pacífico. Pero unas nubes de tono gris matizado de un inusual verde amarillento se habían reproducido como la gangrena.

Tarareó los primeros compases de Stormy Weather, pero no intentó cantarla, pues no recordaba la letra.

—Así que no voy a librarme de usted —comentó Bear Dooley, acercándose—. ¿Se ha quedado por interés técnico en Yunque Brillante o por simple miedo a la tormenta?

—Sí —respondió Mulder, enigmático—. Ha dado en el clavo.

A Dooley le divirtió la respuesta y soltó una carcajada que se oyó a pesar del viento recio.

—Es usted un pelmazo y su investigación está entorpeciendo nuestro trabajo, pero está aquí y no puedo impedir que husmee por todas partes. —Suspiró—. Y supongo que poseer una información parcial es más perjudicial que carecer de ella, de modo que le pondré en antecedentes. —Se volvió hacia los demás técnicos en el interior del refugio y anunció a gritos—: ¡Voy a ir en jeep hasta el otro extremo de la isla para comprobar por última vez el artefacto! —Luego se dirigió a Mulder—. Si me acompaña, le explicaré de qué se trata todo esto.

Víctor Ogilvy salió del refugio, secándose unas gotas de lluvia de las gafas.

—Según los informes, ya ha sido comprobado —dijo—. El equipo y yo fuimos allí en cuanto aterrizó el avión. Está todo listo.

—Estupendo —respondió Dooley, con el cabello y la barba azotándole el rostro—,

pero no he preguntado si lo ha comprobado. He dicho que quiero comprobarlo por mí mismo. Deseo hacer una inspección manual, si te parece.

—Le necesitamos aquí, Bear —replicó Víctor, como si la tormenta y la inminente prueba lo hubieran llevado al borde del pánico.

—¡Maldita sea! —exclamó Dooley—. Ya tengo bastante haciendo de niñera de este agente del FBI. ¿No puedo confiar en que mis propios hombres hagan su trabajo?

Víctor pareció herido y Bear suavizó el tono.

—No te preocupes, Víctor, no tocaré los diagnósticos. Puedes ocuparte del refugio tú solo perfectamente. Estaré de vuelta en un par de horas. El agente Mulder y yo tenemos que ir y volver antes de que oscurezca del todo… y eso podría ser a cualquier hora, gracias al jodido tifón.

Mulder siguió a Dooley hasta un jeep con techo de lona al aire libre, pero resguardado del viento por el refugio en forma de iglú. Dooley arrancó la gruesa lona y la arrojó al interior del almacén. Subió al asiento del conductor con un estilo que recordó a Mulder un fornido cowboy montando a su fiel caballo.

El ingeniero barbudo, abrigado con su cazadora tejana y la camisa de franela, miró a Mulder por encima del hombro cuando éste se acomodó en el asiento del pasajero. Mulder habría dicho que esa indumentaria no era en absoluto apropiada en un atolón del Pacífico, pero la terrible tormenta había traído consigo una inesperada ola de frío.

—Se le mojará esa elegante chaqueta cuando llueva con más fuerza —comentó Dooley.

Mulder deslizó las manos por la tela de su chaqueta y se aflojó la corbata.

—Tenga unas bonitas camisas hawaianas en mi maleta a bordo del barco, pero no he tenido ocasión de cambiarme.

Dooley apretó el botón de arranque del jeep y éste arrancó con un ruido infernal. Avanzó dando tumbos por el sendero lleno de baches de la selva, balanceándose y virando como una atracción de feria cada vez que sorteaban un surco o una raíz.

Mulder se sujetó con firmeza, incapaz de hablar porque le castañeaban los dientes. Dooley aferró con fuerza el volante y siguió conduciendo. Sin apartar la mirada del camino, Mulder soltó un grito que se oyó a pesar del estruendo del jeep y el fuerte rumor del viento.

Poco después la selva se abrió y Mulder volvió a ver el océano. Las olas se elevaban y caían creando una ilusión óptica vertiginosa, como si el paisaje formara parte de una atracción de feria. En una laguna semicircular y poco profunda situada en

el extremo del atolón donde se desataría la tormenta, los escarpados arrecifes impedían que entraran las olas. En medio de la poco profunda extensión de agua, sobre una plataforma, Mulder divisó una extraña construcción de alta tecnología, semejante a una máquina de Rube Goldberg o sacada de un libro del doctor Seuss.

—Allí está Yunque Brillante —señaló Bear Dooley—. Jamás ha existido nada parecido. ¿No es hermoso?

Mulder se imaginó una nave extraterrestre que hubiera realizado un aterrizaje forzoso allí y decidió que la respuesta más delicada era un gruñido evasivo.

—¿Ve los soportes en que está suspendida la plataforma? Podríamos haber hecho detonar el artefacto bajo el agua, pero así es más sencillo obtener los diagnósticos.

Unos largos tubos metálicos se adentraban en la selva como telarañas a lo largo del sendero lleno de surcos, y en las intersecciones de dichos conductos se hallaban las subestaciones. Dooley los señaló.

—Esos tubos ligeros llevan las fibras ópticas de nuestros diagnósticos. Quedarán volatilizadas en el primer segundo de la explosión, pero el envío de datos se adelantará una milésima de segundo, de modo que recibiremos la información antes de que todo se desintegre. Entonces se aplicarán a las cifras los distintos códigos de análisis de los ordenadores del refugio, hasta que cobren significado. También disponemos de cámaras fotográficas instaladas por toda la selva. No sabemos cuántas sobrevivirán a la explosión y el tifón, pero las fotos tendrán que ser espectaculares.

—Un auténtico triunfo para Kodak —respondió Mulder.

—Se lo aseguro.

Mulder miró el artefacto.

—¿Así que espera que nadie advierta la explosión atómica porque atribuirán la destrucción a la tormenta? Si no me equivoco, unas explosiones de bombas H hicieron desaparecer literalmente varias islas pequeñas.

Dooley desechó el comentario de Mulder con un gesto.

—Así fue, pero se trataba de las primeras. Yunque Brillante no es tan grande. De hecho, su rendimiento es como el de la bomba de Nagasaki… realmente diminuta por lo que se refiere a cabezas nucleares.

Mulder pensó en las dos ciudades japonesas destruidas por las bombas atómicas de la Segunda Guerra Mundial y cuestionó en silencio el empleo de la palabra «diminuta».

—Caramba, los ICBM de hoy en día contienen de cincuenta a un centenar de

bombas tipo Nagasaki en un solo misil… cabezas nucleares múltiples de dirección independiente. Se lo aseguro, Fat Man y Little Boy eran pesadas para sus tiempos, allá en el jurásico, pero eso es una bagatela comparado con lo que podemos hacer ahora.

Unas gotas de lluvia salpicaron el parabrisas y Mulder se cubrió los ojos con la mano para observar la estructura de aspecto desvencijado que se levantaba sobre la plataforma.

—¿Hay realmente demanda de armas nucleares de bajo rendimiento para compradores con presupuesto reducido?

Bear Dooley negó con la cabeza.

—Me parece que no lo ha entendido. ¡Yunque Brillante no deja poso radiactivo! Se trata de una extraña tecnología concebida por el doctor Gregory, que desintegra todos los subproductos peligrosos de las reacciones secundarias rápidas. No tengo ni idea cómo se le ocurrió, pero pondrá fin al gran estigma político de la utilización de un arma nuclear. Yunque Brillante convertirá las armas nucleares en algo utilizable y éstas dejarán de ser simples cartas para marcarse faroles.

Mulder lo miró.

—¿Y eso es positivo?

—Verá, uno se resiste a arrojar una bomba sobre una ciudad si la radiación va a tardar medio siglo en extinguirse. Se producen muertes de cáncer décadas y décadas después de haber firmado el tratado de paz, y ¿qué se ha conseguido? —Sonrió y alzó un dedo—. Sin embargo, con Yunque Brillante es posible arrasar la ciudad de un enemigo y a continuación instalarse en ella, montar un cuartel general y reclamar el territorio. Puede empezar a reconstruirse al instante. Lo contrario de la bomba de neutrones, que era todo radiación letal y pocos daños, ¿recuerda?

—Creía que las bombas de neutrones habían sido prohibidas porque estaban diseñadas para matar civiles.

Dooley se encogió de hombros.

—Oiga, trato de permanecer al margen de la política. Sólo me dedico a la física y ése es mi trabajo.

—Así pues, ¿ha creado Yunque Brillante, un arma nuclear que nuestro gobierno podría utilizar en una guerra, pero le traen sin cuidado las consecuencias y no le interesa la política?

Dooley no respondió. Bajó del jeep y dejó el motor en marcha mientras comprobaba las conexiones de las ligeras tuberías y pulsaba conmutadores de las

subestaciones para cerciorarse de que se encendían todos los diodos luminosos de los paneles de mandos. Era evidente que no le interesaban las implicaciones morales, pero parecía consciente de que Mulder lo observaba en silencio. Después de hacer unos reajustes en los sensores del diagnóstico, se irguió y se volvió cara al viento.

—Está bien, reconozco que pienso en ello y mucho… pero la cuestión es que yo no soy el responsable. No me venga con sermones.

—Una excusa muy cómoda, ¿no le parece? —Mulder lo provocaba a propósito, intrigado por ver qué desliz cometía si lograba irritarlo.

Dooley habló extrañamente tranquilo y con vehemencia, pero no furioso.

—Leo los periódicos, veo la CNN y creo que soy un hombre razonablemente inteligente, pero no pretendo saber cómo van a reaccionar los demás gobiernos o cómo se hace la política exterior de otro país tan ajeno a mí como Marte. Soy físico e ingeniero… y muy bueno, maldita sea. Sé hacer funcionar estos artefactos y lo hago. Si alguien decide que merece la pena, me da fondos y yo hago mi trabajo y confío en que los expertos en política exterior den a mis creaciones un buen uso.

—Está bien, está bien —repuso Mulder—. Así que si ha creado esta nueva clase de cabeza nuclear y alguien la utiliza digamos que para erradicar una ciudad de Bosnia, no sentirá ningún remordimiento por la muerte de esos civiles.

Dooley se rascó la canosa barba.

—¿Acaso es Henry Ford responsable de las muertes causadas por accidentes de automóvil? ¿Es el fabricante de armas de fuego responsable de la gente que muere en atracos a tiendas? Mi equipo ha construido un artefacto para uso de nuestro gobierno, un instrumento para que los expertos en política exterior realicen su trabajo.

»Si un loco como Hussein o Gadaffi decide lanzar su bomba de uranio sobre Nueva Jersey, quiero cerciorarme de que nuestro país tiene medios para defenderse y devolver el golpe. Ellos son los encargados de formular la política del país y su trabajo consiste en ocuparse de que las herramientas son utilizadas con prudencia. Dictar la política exterior de este país me incumbe tanto como… a un político decirme cómo deba hacer mis experimentos. Es ridículo, ¿no le parece?

—Depende de cómo se mire —repuso Mulder.

—El caso es que los investigadores no sabemos lo bastante de ello —prosiguió Dooley—. Si anduviéramos metiéndonos en cosas que no entendemos y siguiéramos nuestra conciencia basándonos en información muy elemental, podríamos terminar como… Miriel Bremen, una rabiosa activista que no ha comprendido quién mueve los

hilos y por qué la gente toma las decisiones que toma. Y se lo aseguro, Miriel Bremen no está más cualificada que yo para formular la política exterior de Estados Unidos.

Bear Dooley se había embalado y Mulder lo escuchó fascinado, sin necesidad de apremiarlo.

—Le apreciaba, ¿sabe? —continuó Dooley, mirándose sus grandes manos—. Era una buena investigadora y siempre salía con soluciones innovadoras cuando Emil Gregory se enfrentaba a un problema. Pero pensaba demasiado en asuntos que no le incumbían… ¡y fíjese dónde ha acabado! El proyecto Yunque Brillante ha sufrido varios reveses con la deserción de Miriel y la muerte de Gregory, y no voy a dejar que fracase después del trabajo de todos estos años. —Señaló con un dedo el artefacto sobre la plataforma—. Yo soy quien está a cargo y debo hacer que funcione.

Terminó de comprobar el equipo, se sacudió los vaqueros para quitarse el polvo y la suciedad, y volvió a subir al jeep.

—Bueno, ha sido una conversación interesante, agente Mulder…, pero la cuenta atrás ha empezado mientras hablábamos y todavía tengo mucho que hacer.

»Yunque Brillante está programado para las 5.15 de mañana. Será como la prueba de Trinidad, pospuesta a causa de una tormenta que se desató en mitad de la noche en Nuevo México. Pero esta vez contamos con la tormenta.

Pisó a fondo el acelerador y el jeep levantó arena al girar en redondo y emprender a toda velocidad el regreso al refugio.

Mulder echó un vistazo a su reloj. Sólo faltaban diez horas.

31

U. S. Dallas.
Viernes, 20.09

En la oscuridad absoluta de la noche, el mar embravecido tenía aspecto aceitoso. No había luna que penetrara la barrera de nubes, y el viento soplaba con un sonido frío y metálico.

Scully se estremeció mientras se aferraba a la barandilla de cubierta del *Dallas*, un entrelazado de cuerdas pintadas de gris para crear la impresión de una alambrada. Observó las operaciones de rescate a medida que los marinos saltaban a bordo del barco pesquero. Un grupo de fuertes y jóvenes marinos, empapados de sudor y espuma del mar, atendieron a los tres pescadores, al ciego marcado con cicatrices y a Miriel Bremen, una vez llegaron a la relativa seguridad del destructor.

El capitán Ives miró perplejo al pasajero ciego, incapaz de apartar los ojos de las abultadas cicatrices que le cubrían el rostro, la mirada vacía de sus ojos muertos mientras trataba de subir por la chirriante escalera. Una vez en la cubierta aparentemente inmune a los vientos huracanados, el ciego se volvió despacio hacia Ives, como si supiera que éste lo miraba fijamente, y una débil sonrisa apareció en su rostro marcado de cicatrices.

Scully observó con curiosidad el silencioso encuentro, pero dirigió toda su atención hacia Miriel Bremen cuando ésta apareció en la cubierta del *Dallas*. Por alguna extraña razón, Scully se sintió traicionada por el hecho de que Miriel la hubiera engañado. Se le encogió el estómago y se preguntó qué podía haber tramado aquella mujer.

Miriel aún no la había visto y Scully habló con aspereza en medio del estruendo del viento y las olas.

—No esperará que creamos que es una coincidencia, ¿verdad, señorita Bremen?

Sorprendida, la activista se volvió en dirección a la voz y torció el gesto.

—Así que sabía usted más cosas acerca de Yunque Brillante, agente Scully. Tonta de mí, le creí. Debió de tomarme por una estúpida al ver que lo desembuchaba todo.

Scully se quedó atónita.

—Eso no es cierto. Yo…

Miriel se limitó a fruncir el entrecejo y a ponerse las gafas mientras el viento le revolvía los cabellos.

—Debería haberlo pensado mejor antes de creer a una agente del FBI.

El capitán Ives permanecía al lado de Scully, observando el aspecto desaliñado de Miriel.

—¿La conoce?

—Sí, capitán. Es una radical activista antinuclear de Berkeley. Se hallaba cerca del lugar donde falleció el doctor Emil Gregory, que estuvo originalmente al mando del proyecto Yunque Brillante.

El capitán Ives entornó los ojos y arrugó la frente.

—Ha escogido el lugar apropiado para un crucero de placer.

Scully volvió a fruncir el entrecejo.

—Y puede estar seguro de que eligieron el nombre del barco a propósito. *Dragón afortunado* no es una coincidencia. Aunque no podían estar seguros de que alguien lo recordara, debió de parecerles divertido.

Ives hizo señas a varios de sus hombres para que se acercaran.

—Llevad a cada uno a un camarote vacío, anotad sus nombres y ocupaos de que estén cómodos, pero no los dejéis causar problemas. Es posible que las cosas no sean exactamente lo que parecen.

Miró de soslayo al extraño ciego, que permanecía rígido y con una sonrisa contenida en el rostro cubierto de cicatrices.

—Hablaremos con el señor Dooley y le pediremos su opinión sobre el asunto.

—Creo que le sorprenderá saber que tiene más visitas —repuso Scully—. Y nada menos que éstas.

—Seguramente —respondió Ives.

Los tres pescadores parecían encantados y aliviados de estar a bordo de un enorme y estable destructor, mientras que Miriel y el ciego parecían considerarse prisioneros de guerra. Miriel echó a andar con arrogancia en medio de los marinos

cuando éstos la escoltaron hasta los camarotes.

—¿Capitán Ives? —llamó uno de los marinos desde la cubierta del *Dragón afortunado*—. Creo que debería bajar aquí, señor. Hay ciertas cosas interesantes que tal vez desee examinar.

—Está bien, ahora bajo —respondió Ives.

—Me gustaría acompañarle —pidió Scully.

—De acuerdo —replicó Ives—. Al parecer cuenta con los mismos datos dispersos que yo. Esto cada vez es más extraño.

—Por desgracia ninguno de nosotros tiene una visión total —coincidió Scully.

Se descolgaron por la borda y bajaron las resbaladizas escaleras metálicas hasta la cubierta del barco pesquero amarrado al *Dallas*. Scully aferró los peldaños de la escalera con firmeza para hacer frente a las impredecibles ráfagas de viento.

El *Dragón afortunado* cabeceaba y se zarandeaba a pesar de que el gran destructor lo protegía de las olas más grandes. Por lo que Scully vio, el pesquero no había sufrido daños; todo el equipo parecía intacto, lo mismo que la cubierta y el casco… pero ella no entendía de embarcaciones pequeñas como para determinar si estaba en condiciones o no de navegar.

Un miembro de la tripulación acudió al encuentro del capitán Ives y Scully, y empezó a señalar rápidamente algunas de las anomalías que había detectado.

—Todos los sistemas parecen funcionar, señor —apuntó el joven marino, elevando la voz para hacerse oír entre el bramido del océano—. Por lo que he observado, no hay daños ni nada que explique la llamada urgente de socorro. Este barco no estaba en apuros.

—Tal vez la tormenta los asustó —repuso Ives.

Scully meneó la cabeza.

—No creo que estuvieran asustados —replicó—. Querían que viniéramos a recogerlos porque era la única forma que tenían para llegar al campo de pruebas de Yunque Brillante.

El capitán Ives gruñó y se atusó el bigote, pero guardó silencio.

Otro marino asomó la cabeza desde los camarotes.

—La construcción del casco es muy extraña —señaló—. Nunca he visto una pequeña embarcación con este diseño. Está prácticamente blindada. Apuesto a que nunca ha existido un barco de esta envergadura tan resistente.

—Parece construido a propósito —murmuró Scully—. Me pregunto si tenían

previsto llevarlo a un huracán.

—Tifón —corrigió el capitán Ives.

—Una gran tormenta —dijo Scully—. Si ése era el propósito del barco, necesitaban de un diseño especial.

—Pero es un barco pesquero —intervino el marino a su lado.

—Tenía que parecerlo —replicó Scully.

Ives meneó la cabeza.

—Fíjate en el equipo, las redes… todo está nuevo. Esas redes nunca han sido arrojadas al agua. Son el attrezzo para una función. Creo que tiene razón, agente Scully… hay algo detrás de todo esto.

De la bodega trasera salió otro marino.

—Aquí no hay ningún pez, señor. Ni ningún cargamento; sólo unos suministros y un barril.

—¿Un barril? —repitió Ives—. ¿Y qué hay dentro?

—Pensé que tal vez preferiría abrirlo usted mismo, señor. Por si resultaba algo importante.

Él y Scully bajaron a las bodegas, donde había un bidón sujeto a la pared del casco. Al verlo, la mente de Scully empezó a cavilar. Pensó en Miriel Bremen y sus actividades radicales de protesta, la sospecha de su implicación en la muerte del doctor Gregory… y su llegada allí, seguramente para sabotear la prueba de Yunque Brillante. Miriel tomaría las medidas que creyera necesarias…

Ives cogió el destornillador que un marino le ofreció y procedió a abrir la tapa del barril. Scully volvió a examinarlo y de pronto gritó:

—¡Espere, podría ser una bomba!

Pero Ives ya lo había destapado. Se quedó inmóvil, como si esperara que se produjera una explosión. Al ver que no era así, anunció:

—Nada. Sólo hay una sustancia polvorienta, como ceniza blanca o algo parecido.

Con el corazón palpitante, Scully se acercó al barril. Uno de los miembros de la tripulación le entregó una linterna, que apuntó hacia el interior para iluminar el polvoriento y brillante residuo negro. Ocupaba casi dos tercios del barril.

—¿Por qué habrán traído desde tan lejos un bidón de cenizas? ¿Lo utilizarán para incineraciones? —preguntó el marino.

Scully alargó con cautela una mano y recogió un poco de ceniza. Luego la frotó entre los dedos y sintió la textura grasienta y granulada. Parecía idéntica al residuo que

contenía el pequeño frasco encontrado en la piscina de Nancy Scheck.

—No lo creo —respondió—. Más bien diría que es una prueba irreductible de que Miriel Bremen está involucrada en los asesinatos del personal del proyecto Yunque Brillante.

Ives tapó el barril y se volvió hacia los miembros de su tripulación.

—Aseguraos de que el barco está bien amarrado. Regresamos al *Dallas*, agente Scully. Quiero preguntar al señor Dooley si sabe algo de todo esto.

Scully lo siguió, pero para ella lo primero sería hablar con Miriel Bremen y tratar de obtener unas respuestas.

32

U. S. Dallas.
Sábado, 1.02

Bajo la mirada atenta de Scully, el guardia de seguridad utilizó un tintineante llavero para abrir la puerta del camarote donde habían aislado a Miriel Bremen. No se molestó en llamar; era evidente que Miriel los había oído acercarse, pues los pasos resonaban en las planchas metálicas de la cubierta, incluso por encima del amortiguado eco del huracán.

Scully esperó en el pasillo, con los ojos enrojecidos de dormir poco y pensar demasiado. EÍ guardia de seguridad abrió la pesada puerta de metal y le hizo señas de que entrara. Scully tragó saliva y cruzó el umbral con la cabeza erguida.

Miriel Bremen se hallaba sentada en un estrecho catre, con los codos apoyados en las rodillas y la barbilla entre las manos. Levantó la vista hacia Scully y sus ojos, también enrojecidos, brillaron al reconocerla, pero desprovistos de esperanza.

—¿Por fin me trae agua y pan a mi solitaria celda? —preguntó.

Scully miró al guardia y después a Miriel.

—¿Quiere comer algo? Creo que podrán prepararle algo.

Miriel negó con la cabeza suspirando y mesándose con manos temblorosas el cabello.

—No, no tengo hambre. Sólo era una broma.

De pronto Scully cayó en la cuenta del brusco cambio en la actitud de Miriel Bremen desde su primer encuentro en Berkeley… y creyó comprender el motivo. La activista se mostraba tan resuelta como antes, pero estaba asustada.

Sin embargo, por extraño que pareciera, el temor de Miriel no provenía de hallarse prisionera a bordo de un destructor de la Marina. Después de todo, no hacía nada

ilegal, aun cuando era obvio que se proponía entorpecer la prueba de Yunque Brillante. No, Miriel Bremen parecía perdida. A juzgar por su demacrado rostro, se hallaba confundida, como si sus convicciones la hubieran llevado demasiado lejos. Con el espectro de la detonación experimental inminente, su activismo se había convertido en abierto fanatismo, hasta el punto de estar dispuesta a abandonar todo su trabajo en Berkeley y dirigirse precipitadamente hacia un tifón a bordo de un pequeño pesquero.

Scully permaneció en medio del camarote, tratando de disimular la inquietud que le invadía. Desde el día que había conocido a Miriel Bremen y puesto un pie en la oficina central de Detened Esta Locura Nuclear, había estado reviviendo escenas de su primer año en la universidad, durante el cual también había estado a punto de unirse a una causa. Aun teniendo en cuenta la impetuosidad de la juventud, tales actividades habían ido contrariando los deseos de sus padres. Cuando unos años más tarde entró en el FBI, también contrarió los deseos de éstos, pero esta vez no abandonó tan fácilmente sus convicciones. Al ver lo ocurrido a Miriel Bremen comprendió que ella también podría haber andado en la cuerda floja. Si las cosas hubieran resultado de otro modo, habría podido caer por un precipicio igualmente escarpado.

Scully se volvió hacia el guardia.

—¿Podría dejarnos unos minutos a solas?

El guardia de seguridad la miró intranquilo.

—¿Debo esperar al otro lado de la puerta, señora? —preguntó.

Scully se cruzó de brazos.

—A esta mujer no se le ha acusado de ningún delito —replicó—. No creo que sea ninguna amenaza para mi seguridad. —Entonces se volvió hacia Miriel—. Además, he recibido instrucción en lucha cuerpo a cuerpo y defensa propia en la academia de Quantico. Creo que podría encargarme de ella, si fuera preciso.

El guardia miró a Scully con una mezcla de reserva y respeto y luego asintió. Cerró la puerta detrás de él y se alejó por el pasillo.

—Usted misma lo ha dicho, agente Scully —empezó Miriel—. No se me ha acusado de ningún delito. No he hecho nada ni a usted ni a este barco, ni a los preparativos de Yunque Brillante. Sólo he pedido socorro en medio de un temporal.

Como si escuchara sus palabras, el viento silbaba con tal fuerza que reverberaba por todo el destructor. Scully advirtió cómo la enorme embarcación se mecía en las aguas embravecidas mientras regresaban al atolón Enika.

—¿Por qué me tienen aquí? —preguntó Miriel, siguiendo con su ofensiva—. ¿Por qué se me ha encerrado en este camarote?

—Porque la gente está nerviosa —respondió Scully—. Usted está al corriente de la prueba… no se moleste en decir que su aparición en este lugar en este preciso momento ha sido una coincidencia. Pero aún no hemos decidido qué clase de maldad ha tramado.

—¿Maldad? —Miriel se recostó en su catre con expresión perpleja—. Están a punto de hacer detonar un arma que no deja poso radiactivo, violando todas las leyes y tratados internacionales. Y usted, una representante federal, se queda de brazos cruzados aprobándolo. Y sin embargo llama a mi propósito «maldad». ¿Qué cree que podemos hacer Ryan Kamida y yo con un barco pesquero sin armas o explosivos a bordo? No se trata de un barco de asalto de Greenpeace.

—Han traído consigo un barril lleno de ceniza negra —replicó Scully.

Miriel la miró sorprendida.

—¿Y? ¿Qué se supone que podemos hacer con eso?

—Encontraron una ceniza negra muy parecida en el lugar del crimen de Nancy Scheck, en Gaithersburg, Maryland.

Miriel se levantó del catre y se arregló la blusa todavía húmeda.

—¿La comandante Scheck? Ni siquiera sabía que esa bruja estuviera muerta.

—¿Pretende que la crea?

—Me trae sin cuidado, porque probablemente tampoco es capaz de creer lo que va a ocurrir en realidad, lo que está sucediendo aquí mismo, delante de sus narices.

—Demuéstrelo —dijo Scully—. Déme una sola prueba objetiva y la creeré encantada. Pero no espere que acepte esas absurdas explicaciones. Usted también es científica y sabe de qué hablo. ¿Qué cree que va a ocurrir durante la prueba de Yunque Brillante? Faltan menos de cinco horas.

—Tengo una idea mejor —respondió Miriel, apartando la silla del pequeño escritorio, como si prefiriera aquel duro e incómodo asiento al estrecho catre—. Déjeme explicarle algo que ya ha ocurrido y podrá extraer sus conclusiones. ¿Ha oído hablar del *Indianápolis*, un destructor estadounidense de la Segunda Guerra Mundial?

Scully apretó los labios.

—Me suena. —Hizo una pausa antes de proseguir—. Era el barco que transportó uno de los primeros núcleos de bomba atómica a la isla Timian, ¿verdad? Como parte de los preparativos del bombardeo sobre Hiroshima.

Miriel pareció sorprendida y al mismo tiempo complacida de que Scully supiera la respuesta.

—Así es, el *Indianápolis* transportó hasta Timian el núcleo de uranio de la bomba atómica Little Boy y ésta fue arrojada sobre Hiroshima, el primer golpe de nuestra primera guerra nuclear mundial.

—Ahórrese los discursos baratos —la interrumpió Scully.

Miriel echaba fuego por los ojos cuando acercó más la silla a Scully y la miró fijamente.

—¿Sabía que durante el viaje de ida del *Indianápolis*, soldaron el núcleo de la bomba al suelo del camarote del capitán? Nadie sabía qué era exactamente, sólo que se trataba de un arma extremadamente poderosa y ultrasecreta.

»Pero corrió la voz. En los barcos las noticias vuelan, sobre todo en tiempos de guerra. Toda la tripulación del *Indianápolis* estaba convencida de que llevaban un componente crucial para la victoria contra Japón. Después de una travesía sin incidentes, el *Indianápolis* entregó el cargamento intacto en Timian, donde ensamblaron la bomba…

Scully la interrumpió con impaciencia.

—Sí, y el Enola Gay despegó y la arrojó sobre Hiroshima, donde murieron setenta mil personas. Ya sé todo eso. ¿Por qué es relevante ahora?

Miriel alzó un esbelto dedo.

—Lo relevante es lo que sucedió después de que el *Indianápolis* cumpliera su cometido. Nadie piensa nunca en las consecuencias, hacen la vista gorda. Pero después de semejante destrucción tiene que existir alguna clase de expiación, ¿comprende?

Scully sólo pudo negar con la cabeza. Miriel suspiró.

—Creo que existe la justicia en el mundo. Un asesinato masivo como ése no podía ser ignorado.

»Tres días después de que el *Indianápolis* entregara el núcleo de la bomba, fue torpedeado por un submarino japonés. Pero de los 1196 hombres a bordo, 850 sobrevivieron al hundimiento del barco. Arrojaron al agua los botes salvavidas a tiempo, pero no fueron rescatados por el submarino japonés y los hombres se vieron abandonados a su suerte.

»Permanecieron en aquellas aguas plagadas de tiburones durante cinco días, antes de que un avión norteamericano los divisara. Cinco días perdidos en medio del

océano, observando cómo sus camaradas eran devorados por tiburones que llegaban de todas partes, atraídos por el olor de la sangre, cada vez más hambrientos.

Scully no intentó responder siquiera.

—Por culpa de un error burocrático, el *Indianápolis* no había sido declarado perdido y nadie se molestó en buscarlo. ¡Los encontraron por casualidad! Finalmente, a pesar de los ingentes esfuerzos de rescate, sólo lograron sacar del agua a 318 personas. Se habían perdido tres cuartas partes de la tripulación inicial y dos tercios de los que habían sobrevivido al hundimiento del barco. Fue devastador.

—¡Qué horror! —exclamó Scully, horrorizada sólo de pensarlo—. Pero eso sigue sin implicar nada sobrenatural.

—Si le parece horrible, debería hablar con Ryan Kamida y escuchar su versión —respondió Miriel con serenidad.

—Espere —la interrumpió Scully, contando mentalmente los días—. Según dice, el *Indianápolis* fue torpedeado nueve días antes de que arrojaran la bomba sobre Hiroshima. ¿Cómo iba a tratarse de alguna clase de venganza sobrenatural si aún no había tenido lugar el bombardeo? Durante la guerra se hundieron muchos barcos en el Pacífico. Mi padre solía contarme las historias. Ha escogido una que le sirve para ilustrar sus propósitos… pero aún no ha dicho lo que quería decir.

—No estoy muy segura de que esté preparada para escucharlo —repuso Miriel.

—¿El qué? —preguntó Scully, recordando las insinuaciones de Mulder—. ¿Que los espectros de las víctimas de las bombas atómicas están causando estragos entre los investigadores de armas nucleares? ¿Que están utilizando medios paranormales para detener la prueba de Yunque Brillante? ¿Cómo quiere que me crea eso?

—No lo pretendo —respondió Miriel. Parecía más tranquila ahora que ya había narrado su historia y en su rostro apareció una expresión endurecida, resignada—. Simplemente hable con Ryan.

33

Atolón Enika.
Sábado, 2.19

Scully acababa de regresar a su camarote para descansar cuando apareció en el umbral el capitán Ives.

—No dejo de sorprenderme —dijo, apoyándose contra el marco de la puerta mientras el barco se balanceaba entre las olas—. Por fin he establecido contacto con Bear Dooley en el atolón, y no sabría decirle si se ha indignado o dado saltos de emoción al enterarse de que tenemos aquí a Miriel Bremen y compañía.

—¿Y qué propone él que hagamos?

Ives meneó la cabeza con incredulidad.

—Quiere que los escoltemos hasta el refugio para que puedan asistir a la prueba.

—Pero… ¿por qué? —preguntó Scully. A continuación se respondió ella misma —: Oh, supongo que quiere ver la cara de Miriel cuando estalle Yunque Brillante.

El capitán Ives frunció el entrecejo y se encogió ligeramente de hombros.

—No creo que sea tan simple —dijo—. Sin duda hay parte de regodeo, pero tengo la impresión de que el señor Dooley siente un sincero respeto por la señorita Bremen y el trabajo que ésta hizo en el pasado. Tal vez crea que la emoción de la cuenta atrás la hará entrar en razón y le mostrará lo que se ha estado perdiendo. Le gustaría curarla de lo que él llamaría un lavado de cerebro antinuclear.

—Comprendo —repuso Scully, abriendo la cremallera de su bolsa para sacar otro impermeable. Se había cambiado y puesto ropa cómoda y seca al llegar a su camarote del *Dallas*—. Pero ¿qué hay del ciego Ryan Kamida? ¿Por qué iba a querer tenerlo allí?

El capitán Ives esbozó una sonrisa.

—Porque es la única manera de que la señorita Bremen acepte ir.

Scully meneó la cabeza.

—Les encanta jugar, ¿verdad? Bien, ¿cómo llegaremos allí?

—Yo me quedaré aquí en el *Dallas* —respondió el capitán—. Se acercan vientos huracanados y el temporal arremeterá con toda su fuerza en las próximas tres o cuatro horas. No puedo abandonar el barco. Me preocupa dejar mi lancha allá en el atolón, pero el segundo de a bordo, el comandante Klantze, va a remolcarla hasta aquí.

—Así pues, tendremos que esperar su regreso, ¿no? —preguntó Scully.

A esas alturas Mulder se estaría preguntando qué había sido de ella, después de haber averiguado por su cuenta mucha información que necesitaría compartir… probablemente explicaciones absurdas acerca de la manipulación sobrenatural o interferencia de extraterrestres en el desarrollo de las armas nucleares. Era imposible adivinar con qué iba a salir.

—En realidad es menos ortodoxo que todo eso —repuso el capitán Ives. Se hallaba de pie, con la cabeza en alto y los pies extrañamente juntos, como una estatua —. La señorita Bremen propuso que utilizáramos al *Dragón afortunado*. Dos de mis hombres la llevarán, aunque los pescadores también quieren ir. Al parecer todo el mundo está decidido a salir a pasear en pleno tifón. —Meneó la cabeza.

»Tengo que admitir que el *Dragón afortunado* está en condiciones de navegar, y me intranquiliza la idea de verlo estrellarse contra mi barco si empezamos a cabecear con más violencia, como supongo que ocurrirá. Si chocan entre sí los cascos se producirán daños considerables, tanto en el barco pesquero como en el nuestro.

El capitán Ives se quedó meditabundo, con una expresión de incertidumbre. Se había mostrado curiosamente reservado desde que había aceptado a bordo a los pasajeros del *Dragón afortunado*. Scully se echó la bolsa al hombro y lo siguió por el estrecho corredor.

—Hay algo que le preocupa acerca de esta prueba, ¿verdad? —preguntó finalmente.

El capitán se detuvo, pero no se volvió para mirarla.

—No es más que un montón de sombras del pasado —respondió—. Cosas que me he visto obligado a recordar y que hubiera preferido borrar. Las creía totalmente olvidadas, pero por desgracia esta clase de recuerdos tiene la mala costumbre de volver para atormentarte.

—¿Le importaría explicarse con más detalle?

Ives se volvió finalmente hacia ella, meneando la cabeza. Sus ojos gris pizarra carecían de expresión mientras se atusaba el bigote.

—No… no creo que pudiera.

Scully reconoció esa mirada, pero le pareció incongruente en el rostro de un duro capitán que había pasado tantos años en alta mar.

Detrás de esa mirada vislumbró miedo.

El *Dragón afortunado* surcaba las olas, alejándose a toda máquina del *Dallas* en dirección al atolón Enika. El barco era fácil de gobernar, según los hombres que el capitán Ives había seleccionado para llevarlo.

Durante la breve travesía hasta la isla, Miriel Bremen permaneció junto a Ryan Kamida y evitó a Scully. El hombre ciego parecía desorientado y agitado, como temeroso de algo o abrumado por las circunstancias. Scully se preguntó qué le había causado la ceguera y aquellas terribles cicatrices y quemaduras. No creía que se tratara de un superviviente de Nagasaki. Se le veía demasiado joven, exótico… y extraño.

Mientras el pesquero alcanzaba la costa y echaba anclas en la laguna resguardada, Scully divisó a Mulder esperándola bajo la luz brillante de la puerta del refugio. Éste agitó los brazos y el fuerte viento le sacudió la húmeda americana. Ella advirtió que se había quitado la corbata y desabrochado los primeros botones de la camisa.

Mulder acudió a su encuentro y la ayudó a bajar a la arena húmeda, y ella le entregó su bolsa.

—Como parece que voy a pasar más tiempo en la isla que a bordo del barco, he pensado que podría necesitar algunas cosas.

Mulder levantó la vista hacia la tormenta que se cernía sobre ellos como un puño gigante, listo para aplastarlos.

—Creo que de momento no necesitaremos el bronceador.

Bear Dooley salió del refugio arrastrando los pies, ojeroso y absorto en sus interminables preparativos. La prueba debía tener lugar en menos de tres horas. Permaneció con las manos en las caderas, mirando fijamente a Miriel Bremen cuando ésta desembarcó en el atolón Enika.

Miriel ayudó a bajar a Ryan Kamida, pero éste cayó de rodillas, no a causa de un colapso sino más bien para fundirse en un abrazo con el coral y la arena. Levantó la vista y Scully vio que brotaban lágrimas de sus ojos ciegos.

Miriel permaneció a su lado, apretándole el hombro para darle apoyo. Finalmente

dirigió la mirada a Bear Dooley.

—Me alegro de tenerte entre nosotros, Miriel —bramó Dooley—, pero no tenías por qué tomarte tantas molestias. De haberlo pedido, te hubiéramos incluido en la tripulación.

—No estaba segura de querer formar parte… en estas circunstancias, Bear. —Miriel habló en tono bajo, pero las palabras hendieron el aire—. Creo que no has tenido ningún problema en organizar la prueba.

La voz carecía de inflexión y Scully pensó que parecía derrotada, resignada. La prueba de Yunque Brillante iba a tener lugar a pesar de todos sus esfuerzos por detenerlo. Scully se preguntó hasta dónde se había propuesto llegar esa mujer.

Los tres pescadores del *Dragón afortunado* subieron a la cubierta el barril medio lleno de ceniza negra.

—¿Qué vais a hacer con eso? —preguntó Dooley a voz en cuello.

Dos marinos impidieron que los pescadores desembarcaran el barril por la borda y lo dejaran en la playa.

—No lo queremos a bordo —respondieron los pescadores.

—Pues ha estado hasta ahora —replicó uno de los marinos.

—Ahora podemos llevarlo a la orilla —insistió el pescador.

Dooley se acercó a Miriel.

—¿Qué contiene? ¿Algo peligroso?

—Sólo ceniza —respondió Miriel—, nada peligroso.

Dooley meneó su cabeza.

—Antes era capaz de comprenderte, Miriel… pero te has convertido en una extraña para mí.

Los pescadores japoneses lograron esquivar a los marinos y acarrearon el bidón a la orilla.

—No lo quiero en el refugio —ordenó Dooley haciendo gestos.

—Pero si lo dejamos aquí es posible que se lo lleve el viento —repuso uno de ellos.

—No es mi problema —replicó Dooley.

Ryan Kamida alzó la cabeza y volvió su rostro quemado y surcado de lágrimas hacia Miriel y Bear Dooley.

—Permita que lo dejen donde está.

Aliviados, los pescadores se apresuraron a entrar en el refugio para resguardarse

de la intensa lluvia.

—¿Por qué no entras conmigo y te enseñaré nuestras elegantes instalaciones? —preguntó Dooley—. Seguro que recuerdas parte del equipo.

—¿Tratas de restregármelo en la cara, Bear? —preguntó ella.

Él parpadeó con sus pequeños ojos.

—Nada de eso —repuso—. Estos ingenieros la mitad de las veces no saben de qué estoy hablando y tú al menos lo entiendes. Por los viejos tiempos y por Emil Gregory, entra a ver a Yunque Brillante.

De mala gana, Miriel dio una palmadita en el hombro a Kamida para que los acompañara, pero éste negó con la cabeza.

—Me quedaré aquí fuera un rato más —pidió Ryan Kamida—. Estoy bien.

Miriel pareció preocupada por dejarlo allí solo, hasta que Scully dio un paso adelante.

—Nosotros nos quedaremos con él, Miriel. Quería que hablara con él, ¿recuerda? —Miriel recordó y asintió antes de seguir a Bear Dooley y los marinos al interior del refugio.

En la playa, Kamida enterró sus dedos llenos de cicatrices en la arena y olió el coral, el agua y la espuma de las olas. Alzó la cabeza hacia las nubes oscuras que anunciaban el huracán. Respiró por la boca y cerró sus ojos ciegos mientras se recostaba con los puños cerrados y los dientes apretados.

—Señor Kamida, Miriel dice que es posible que tenga algo que contarnos… —empezó a decir Scully—, una terrible historia personal. Cree que deberíamos escucharla.

El hombre ciego volvió el rostro cubierto de cicatrices hacia ella y clavó los ojos inertes en un punto entre Mulder y Scully.

—Esperan hallar respuestas —respondió.

—¿Acaso tiene alguna? —preguntó Mulder—. En estos momentos, no estamos ni siquiera seguros de qué preguntas debemos formular.

—No deben hacer preguntas. Y no deberían estar aquí. Son personas inocentes que podrían convertirse en víctimas de guerra.

—Miriel me comentó que le había ocurrido algo terrible. Por favor, cuéntenoslo. ¿Es sobre cómo se quemó y quedó ciego?

El ciego bajó unos instantes la barbilla, como asintiendo voluntariamente. Sentado en la playa con las olas estrellándose contra el acantilado al otro lado de la laguna,

Ryan Kamida habló con la voz de un fantasma.

—Nací aquí, en Enika, como toda mi gente, una pequeña tribu. Vivíamos aquí, aunque cuentan las leyendas que éramos de otras islas y en un largo peregrinaje encontramos esta isla y nos quedamos. Era nuestra tierra, un lugar pacífico.

—Pero el atolón Enika no está habitado —replicó Scully.

—Así es —respondió Kamida—. Ahora está deshabitado, pero hace cuarenta años era nuestro hogar, cuando Estados Unidos campaba por el mundo con la cabeza en alto y paso firme, orgulloso de su nueva posición como superpotencia. Tenían aseguradas las armas atómicas y seguían henchidos de orgullo por su victoria en la Segunda Guerra Mundial.

»Pero sus primeras bombas atómicas no eran lo bastante potentes, de modo que tuvieron que construir bombas de fusión, de hidrógeno, cabezas termonucleares. Y para construirlas necesitaban probarlas en lugares donde pasaran inadvertidas… lugares como el atolón Enika, el hogar de mi niñez.

—Sé que los isleños de Bikini y Eniwetok fueron trasladados a otros lugares cuando los evacuaron para las pruebas nucleares. ¿Es eso lo que ocurrió a su gente? —preguntó Scully.

Kamida negó con la cabeza.

—El gobierno no se tomó tantas molestias. Yo sólo era un chico de diez años, pero más tarde me enteré de que la prueba se llamaba Sawtooth.

»Aquí me volví «primitivo e inculto», como dirían algunos, aunque otros describirían mi existencia como «idílica» en un paraíso de buen tiempo y clima cálido, árboles de pan, cocoteros, taros y ñames en abundancia, y pescado y marisco para dar y vender.

»Yo era un joven menudo, delgado y fuerte. En los acantilados que rodeaban la isla había muchas cuevas, pequeñas afloraciones y cavidades que, de haber estado sumergidas, habrían sido el hogar de morenas y pulpos. Pero en tierra firme me proporcionaban aberturas para colarme entre charcos formados por la marea alta y misteriosos laberintos… tesoros medio sumergidos donde recogía mejillones, caracolas y orejas de mar.

»Mis padres esperaban arriba con mis hermanas mayores y mis tíos, mientras yo bajaba serpenteando por las cuevas del acantilado en busca de exquisiteces. —En su duro rostro apareció un atisbo de sonrisa—. Lo recuerdo claramente… Los recuerdos son lo único que he podido ver la mayor parte de mi vida.

Alrededor de la elevación de coral que protegía el refugio se levantó una violenta ráfaga de viento. Scully se echó hacia atrás para no perder el equilibrio y Mulder la cogió del hombro. Ryan Kamida permaneció impasible.

—Habíamos reparado en los extraños barcos que rodeaban la isla, monstruosidades alargadas y metálicas cubiertas de púas. Los marinos desembarcaron con sus uniformes blancos, pero nos escondimos en la selva, creyendo que eran invasores procedentes de otra isla. Si querían localizar y evacuar a los habitantes de Enika, no se esforzaron gran cosa. Estábamos asustados, pero también intrigados. No sabíamos por qué habían instalado en nuestra isla esas extrañas máquinas, estructuras con sorprendentes aparatos y artefactos. Para nosotros era magia… magia negra.

Cogió un puñado de arena húmeda y dejó caer los granos a través de sus dedos llenos de cicatrices.

—Recuerdo muy bien aquel día. Muchos de mis primos habían ido a inspeccionar el artefacto que habían dejado atrás los soldados… otros observaban alejarse los barcos. Pero aquel día yo tenía trabajo. Mi padre insistió en que el nivel del agua era perfecto para buscar tesoros en las cuevas, así que me deslicé por los serpenteantes pasadizos, llevando sólo mi pequeño cuchillo y una red donde guardar las conchas que encontrara.

»Había recogido una oreja de mar lo bastante grande para toda una comida, además de varias conchas. Cuando regresé arrastrándome por la cueva, mi padre me esperaba a la entrada, su figura recortada contra la luz del sol. Le tendí la red que contenía las conchas y él se agachó para cogerla y ayudarme a salir de la cueva. Lo miré a los ojos, que tenían un brillo misterioso cuando se inclinó hacia mí… —Se le hizo un nudo en la garganta e hizo una pausa—. Y de pronto el cielo se volvió blanco y un intenso resplandor lo envolvió todo y destruyó todas las moléculas de color del mundo. Lo último que vieron mis ojos fue la silueta de mi padre, borrosa y traslúcida. Durante una fracción de segundo distinguí con claridad su esqueleto en el preciso momento en que la radiación lo penetraba… hasta que el resto de la onda expansiva lo redujo a cenizas. Y entonces la luz me envolvió.

Scully lo miró fijamente con los ojos muy abiertos y cubriéndose la boca con una mano.

—No sé cómo sobreviví —continuó Kamida—. La onda expansiva fue terrible, pero volví a deslizarme por la cueva mientras la explosión nuclear asolaba la isla. El agua de los charcos hervía y salió disparada hacia arriba como un geiser,

abrasándome.

»Al cabo de mucho tiempo me encontré fuera de las cuevas. Gran parte del acantilado se había desintegrado. Me había salvado, pero no era en absoluto una bendición.

»Me abrí paso a tientas por las humeantes rocas y encontré la laguna. El agua seguía hirviendo y me escaldaba las piernas… pero ya las tenía demasiado quemadas para sentir más dolor. Caminé con el agua hasta la cintura, incapaz de ver nada. Pero seguí andando, alejándome cada vez más de la isla… Dicen que recorrí más de tres kilómetros antes de que me recogieran.

—¿Recogieran? —preguntó Scully—. ¿Quién le recogió?

—Un barco de la Marina norteamericana —respondió Kamida— que había sido designado para observar la prueba de Sawtooth. No sabían qué hacer conmigo. Después de su enorme victoria tecnológica, mi supervivencia debía de ser motivo de vergüenza para ellos.

Kamida se sumió unos instantes en sus recuerdos, demasiado ciego para ver el presente.

—Una vez me recuperé, me dejaron en un orfanato de Honolulu. Cambiaron todos los informes y sobreviví. Oh, sí, sobreviví… y años más tarde llegué a ser un empresario de renombre.

»Soy afortunado, porque tengo olfato para los negocios y en los pasados cuarenta años me he convertido en un hombre rico.

»No consta en ningún documento escrito la prueba nuclear Sawtooth, ni el aniquilamiento de mi gente, ni el de mi persona, el único superviviente de una prueba que el gobierno prefirió relegar al olvido.

—Pero si no consta en los archivos y usted era un muchacho tan joven, ¿de dónde ha sacado toda esta información? —preguntó Scully—. ¿Cómo es posible que lo recuerde y esté tan seguro de los detalles?

Kamida clavó su mirada ciega en ella, que se puso nerviosa y apartó la vista intimidada. La voz apagada del anciano le hizo estremecer.

—Porque no han dejado de recordármelo.

Mulder se acercó a él.

—¿Cómo dice?

—Me lo han explicado los espíritus de mi gente —respondió—. Vienen y me hablan, y me piden que no los olvide ni olvide el pasado.

Scully suspiró y miró a Mulder, pero éste la ignoró.

—En otras palabras, su gente fue aniquilada en esta prueba atómica secreta y como único superviviente, puede hablar con sus espíritus.

Scully se puso de pie, decidida a dejar a ese hombre con sus fantasías.

—Vamos, deberíamos entrar en el refugio.

—Agente Mulder —dijo Kamida, aunque Scully no recordaba habérselo presentado— la explosión atómica me cegó al instante, pero también estimuló de alguna manera mis sentidos. Mis ojos ya no sirven para nada, pero puedo ver y oír cosas. Estoy unido a esos perturbadores fantasmas que nunca me dejan solo, lo mismo que las últimas imágenes del estallido que quedaron grabadas en mis nervios oculares.

Scully vio arquear las cejas a Mulder y le sorprendió que creyera esa historia.

—Piénselo, amigo —prosiguió Kamida. Parecía saber intuitivamente quién tenía más probabilidades de creerle—. Llevan reuniendo energía desde hace cuatro décadas y sus gritos han alcanzado ahora el nivel más alto… para ensordecer a quienes me infligieron esta desgracia así como a los que están dispuestos a repetirla.

—Un momento —interrumpió Mulder, intrigado—, ¿está insinuando que la repentina y elevada potencia de una explosión atómica aumentó las facultades del espíritu de las víctimas que murieron en ella, haciéndolos diferentes de los fantasmas normales y corrientes?

—No soy científico —repuso Kamida—, pero es posible que el espíritu de la gente totalmente aniquilada posea más facultades que el de los fallecidos en una muerte más corriente. Fue un genocidio atómico total. Al parecer estos espíritus son conscientes de todo, y son capaces de establecer conexiones y averiguar quién está involucrado en la investigación de esas armas… También saben que Yunque Brillante significa un aterrorizante paso en un terreno movedizo. —Sonrió para sí—. Es posible que los espíritus de mi gente se hayan erigido en protectores de la raza humana.

Scully captó el significado de sus palabras.

—¿Quiere decir que esos espíritus se han dedicado a matar a investigadores de armas nucleares y otras personas relacionadas con la bomba atómica?

—Le confesaré que soy responsable en parte de la muerte del doctor Gregory, agente Scully —respondió Kamida—. Esperaba que al eliminarlo detendría esta prueba, pero me equivoqué. Era demasiado fácil. Por puro rencor dirigí también la aniquilación hacia un anciano de Nuevo México relacionado vagamente con la

primera prueba de Trinity que hizo estallar armas nucleares. Los demás habían muerto de enfermedad hacía mucho y fue el primer nombre que pude encontrar. También fui responsable de la muerte de la ejecutiva del Departamento de Energía, la mujer que estaba detrás de la financiación del proyecto Yunque Brillante. Sin su apoyo esta prueba no habría tenido lugar.

»Pero esperé demasiado. He mantenido a los espíritus a raya demasiados meses, demasiados años… y ahora han empezado a ponerse nerviosos y quieren arremeter contra víctimas que no he señalado y que, según ellos, representan una amenaza para nuestra isla.

Scully pensó en las fotos que Mulder le había enseñado de los artilleros de misiles carbonizados por radiación en un refugio subterráneo.

—Cada vez están más atentos y más nerviosos, pero dentro de unas horas cumplirán su cometido de proteger de nuevo esta isla.

—¿Por qué nos cuenta todo esto? —preguntó Mulder—. Confesar un asesinato no es algo que se hace a la ligera.

El susurro del viento dio paso a un incesante rugido y Scully cogió a Kamida del codo para ayudarlo a levantar.

—No es seguro permanecer aquí fuera. Debemos entrar… todos.

—¿Seguro? —exclamó Kamida riendo—. La seguridad es un lujo que ninguno de nosotros podemos permitirnos. Óigame bien, agente Mulder, ha obtenido respuestas porque es un hombre curioso… pero ninguno de nosotros saldrá con vida de ésta. —Ladeó la cabeza hacia el cielo tormentoso, como si hiciera señas a alguien. Luego añadió con un místico susurro—: La bola de fuego alcanzará por fin la costa de la muerte.

34

Atolón Enika.
Sábado, 4.11

Scully y los demás se hallaban apiñados dentro de las supuestamente indestructibles paredes de cemento y sacos de arena del refugio, mientras la oscuridad envolvía la isla.

Bear Dooley se paseaba por el centro de operaciones, que olía a polvo, soldaduras, lubricantes, hormigón y madera recién serrada. De las vigas del techo colgaban las bombillas de un aparejo provisional que proyectaba una luz poco uniforme. Dooley verificó tres veces los sistemas de diagnóstico del equipo y luego volvió a repetir todo el proceso.

Miraba con suspicacia a Ryan Kamida y a los tres pescadores japoneses, sentados a una mesa que habían despejado de papeles e informes. Dooley señaló con un dedo a los pescadores que no cesaban de moverse inquietos.

—No toquen nada —ordenó—. Permanezcan allí y mantengan las manos quietas.

Miró con amargura a Miriel Bremen, como si la acusara por haber insistido en que el hombre ciego y los tres pescadores la acompañaran al refugio en lugar de permanecer a bordo del *Dallas*. Miriel no hizo caso y examinó los paneles de mandos y de diagnóstico con la espalda rígida, como si se resistiera a inclinarse para inspeccionarlos con mayor detenimiento.

Dooley echó un vistazo a su gran reloj de pulsera.

—Son las cuatro y cuarto —anunció—. Sólo tenemos una hora por delante.

Víctor Ogilvy colgó nervioso el teléfono portátil de su terminal de trabajo.

—Bear, acaba de telefonear el capitán Ives. Dice que la fuerza del oleaje ya ha alcanzado los niveles máximos protegidos. La velocidad del tifón acaba de superar los

ciento sesenta kilómetros por hora y no está previsto que alcance su punto máximo hasta dentro de cincuenta minutos.

—Estupendo —respondió Dooley.

Fuera el viento rugía como una serie de explosiones amortiguadas.

—¿Estupendo? —preguntó Miriel, meneando la cabeza—. ¿Acaso no te preocupa el hecho de que, al margen de todas las consideraciones morales y éticas que tan alegremente descartas, esta prueba viola abiertamente la ley internacional? Las explosiones nucleares en tierra se prohibieron hace más de treinta años.

Dooley la miró con sus anchos hombros hundidos.

—Teníamos un dicho en mi instituto, Miriel. Creo que un año hasta lo apunté en el anuario como lema de la clase. «Todo es legal hasta que te atrapan». Y a nosotros no van a atraparnos. Este huracán encubrirá toda la destrucción del atolón en caso de que alguien nos esté espiando por satélites. No hay problema.

»Y como Yunque Brillante no deja poso radiactivo, las estaciones meteorológicas no informarán de un repentino incremento en los subproductos de la radiactividad. Lo tenemos todo previsto. —Juntó las palmas ante sí en un gesto inconsciente de súplica —. Vamos, Miriel… trabajaste en esto durante años. Tú y Emil resolvisteis la mayoría de problemas…

—No resolví ningún problema —lo interrumpió Miriel—, y Emil tampoco. Nadie conoce la tecnología que hay detrás de Yunque Brillante, ni siquiera se sabe de dónde viene. ¿No te preocupa?

Él meneó la cabeza, evasivo.

—Tampoco entiendo cómo funciona el motor de mi coche, pero sé que se pone en marcha cada vez que giro la llave… bueno, casi siempre. Y no sé cómo funciona el microondas, pero me recalienta el café muy bien. —En su rostro ancho y barbudo apareció una expresión infantil de asombro y esperanza—. Miriel, me gustaría que volvieras a formar parte del equipo. A la muerte de Emil, todo el proyecto estuvo a punto de quedarse en agua de borrajas. Contigo perdimos a nuestro mayor contendiente. He intentado que todo funcione dentro del plazo previsto… pero no sirvo para esto. No estoy a tu altura, aunque no pienso desentenderme. Voy a encargarme de hacer detonar Yunque Brillante de acuerdo con los planes porque ése es mi trabajo.

Scully permaneció de pie al lado de Mulder, observando la discusión entre los dos científicos. Mulder parecía intrigado, pero a Scully se le encogió el estómago al oír el

ferviente entusiasmo de Bear Dooley.

—Me decepcionas, Bear —respondió Miriel.

A Dooley se le cayó el alma a los pies, como si aquello fuera lo peor que podría haberle dicho. Ella permaneció de pie, seria y envarada, a un paso de distancia de los paneles de mandos.

—Sé que quieres probar este nuevo sistema de armas en una situación de «uso real», pero quisiera que te pararas a pensar en cuál podría ser ese «uso real» una vez Yunque Brillante sea convertido en arma. La única ventaja respecto a las bombas de hidrógeno y las enormes cabezas antinucleares que hemos almacenado es que éstas son demasiado destructivas para que ningún gobierno en sus cabales considere su uso. —Miriel se animó, agitando las manos ante sí como un ave cautiva—. Pero Yunque Brillante proporciona una destrucción precisa, limpia. Me aterroriza pensar que Estados Unidos cuente con una nueva bomba que no tema utilizar.

—Miriel —la interrumpió Dooley con aspereza—, no quiero que nadie que no sea mecánico profesional intente arreglar mi coche, o que nadie que no sea cirujano me opere el cerebro… Y no quisiera que nadie que no sea diplomático bien versado tomara decisiones sobre la política nuclear. Ni tú ni yo somos diplomáticos. —Ella frunció el entrecejo, pero Dooley continuó—: Es deber del gobierno utilizar estas armas de un modo responsable —añadió, parpadeando rápidamente—. Tienes que confiar en el gobierno —repitió—. Sabe lo que más nos conviene.

Mulder miró a Scully con las cejas arqueadas y expresión de perplejidad.

35

Atolón Enika.
Sábado, 4.25

Mulder observó a Bear Dooley acercarse a grandes zancadas al reloj de la cuenta atrás colgado de la pared. El ingeniero barbudo entornó los ojos, como si a duras penas distinguiera los números que descendían con regularidad.

—Quince minutos —anunció—. ¿Habéis verificado todo? Quiero que comprobéis cada subsistema.

Miró alrededor, escudriñando el rostro de los miembros de su equipo. Todos los técnicos asintieron sin apartar la mirada de sus terminales y los paneles de mandos.

—Bien. La cuenta atrás continúa sin incidentes —comentó Dooley con obviedad, frotándose las manos.

En ese preciso instante una fuerte ráfaga de viento abrió de golpe la pesada puerta del refugio y la recia lluvia irrumpió en un ángulo casi horizontal, como agua arrojada por una pistola pulverizadora. Dos marinos de aspecto desaliñado entraron tambaleantes y jadeando; cerraron la puerta entre los dos y echaron el cerrojo. Estaban empapados y tenían los uniformes desgarrados por la fuerza del tifón. A la luz incandescente del interior del refugio, sus semblantes pálidos, casi cenicientos, reflejaban miedo. Ni los marinos más avezados habían visto temporales de tal magnitud.

—¡Está bien, todo el mundo dentro! —gritó uno de ellos, como si creyera que el huracán seguía amortiguando sus palabras… o tal vez porque le había dejado algo sordo.

—El generador funciona bien —informó el otro marino—. Está a resguardo de la lluvia y el viento, y debería resistir aun cuando el tifón empeorara. No tardaremos en

tener aquí el centro del huracán.

Dooley asintió con gesto huraño.

—Más vale que funcione bien ese maldito generador —dijo—. Es la fuente de energía que hace funcionar todos nuestros diagnósticos; si falla, toda la prueba será un fracaso, aunque Yunque Brillante estalle según lo previsto.

—No olvide que contamos con un generador de repuesto —señaló Víctor Ogilvy.

—Estoy seguro de que obtendrás tus datos —repuso Miriel Bremen con amargura —. ¿Qué podría salir mal?

Como si se mofaran de ellos, las bombillas del techo parpadearon por unos instantes.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Dooley, levantando la vista al techo—. ¡Compruébalo!

—Fluctuaciones en la corriente —respondió Víctor—. Pero los generadores de reserva las han regulado. Todo va bien.

Dooley se paseó por la sala como un tigre enjaulado. Echó un vistazo al reloj de pared.

—Cuarenta y tres minutos —anunció.

Mientras los técnicos permanecían atentos en sus puestos, Mulder observó al hombre ciego y cubierto de cicatrices que apenas unas horas atrás les había explicado una historia increíble. Tras sumar a esta historia los detalles del enigma tal y como él lo veía, empezó a formular una hipótesis que encajara con la información. Todo empezaba a cobrar sentido, aunque fantástico. Reflexionó sobre la mejor manera de abordar el tema con Scully. A ella sin duda le parecería absurda esa explicación… pero eso no era ninguna novedad.

Scully parecía creer que el sentido de su vida era actuar de abogado del diablo de Mulder y ofrecer explicaciones lógicas de los acontecimientos insólitos que habían presenciado juntos, del mismo modo que él consideraba que su objetivo era hacérselos creer a Scully.

Se inclinó hacia ella y le habló en voz baja al oído, aunque el rugido de los vientos huracanados que azotaban aquella colmena de cemento era lo bastante fuerte para impedir que nadie lo oyera.

—He estado pensando, Scully. Si es cierto lo que dice Kamida, podría tratarse de una especie de onda expansiva psíquica, un arranque de energía que se transformó en algo medio sensible durante la explosión de la primera bomba H arrojada sobre esta

isla.

Scully lo miró, atónita.

—¿De qué estás hablando, Mulder?

—Escúchame, Scully. Imagina la población de isleños que vivían aquí, todos juntos, despreocupados, llevando una existencia normal… y de pronto y sin previo aviso se ven arrojados al borde de la muerte por una de las explosiones instantáneas más potentes que se han registrado en el planeta. ¿No es posible que tal explosión actuara como una especie de estímulo hacia un nivel más elevado de existencia, superando una barrera de energía?

—Yo no lo veo así —replicó Scully.

—Piénsalo —insistió él—. El pueblo de Kamida gritando al unísono, no sólo muertos sino absolutamente aniquilados, prácticamente desintegrados hasta sus últimas células.

—Mulder, si la energía de una explosión atómica pudiera convertir a sus víctimas en… —buscó la palabra— una vengativa colección de espectros radiactivos con superpoderes, entonces ¿cómo es que después de las explosiones de Hiroshima y Nagasaki no hay cientos de miles de espíritus destructores por todo el planeta?

—Ya lo he pensado —repuso Mulder—, pero se trataba de las primeras armas atómicas. Aun siendo poderosas, las cabezas nucleares Fat Man y Little Boy sólo produjeron una fracción de la energía que desprendieron las bombas de hidrógeno probadas en las islas del Pacífico. Los ensamblajes experimentales de los años cincuenta alcanzaron de diez a quince megatones, mientras que la explosión de Hiroshima fue sólo de doce kilotones y medio. Es una diferencia considerable… de uno a mil.

»Es posible que las explosiones de Hiroshima y Nagasaki no fueran lo bastante poderosas para cruzar ese umbral. Y, que yo sepa, nadie murió en las explosiones de las demás bombas H.

Scully lo miró con ceño.

—¿Y crees que estos fantasmas están persiguiendo a la gente involucrada en la investigación de las armas nucleares, así como a los responsables de la prueba de Yunque Brillante, y que los asesinan… por venganza?

—Tal vez sea eso —repuso Mulder—, o tal vez sólo se trate de impedir que continúen las pruebas. Todo apunta al sabotaje de la prueba de Yunque Brillante, que podría ser el principio de una nueva serie de explosiones en tierra, por no hablar de

las cabezas nucleares que no dejan poso radiactivo y que podrían utilizarse en cualquier guerra. ¿Y si estos fantasmas están intentando impedir que la historia se repita?

Scully se estremeció. Mulder supuso que, de haber formulado la misma hipótesis a la luz del día y al abrigo de sus frías oficinas en el edificio del FBI o en cualquier otra parte que pareciera segura, ella se habría burlado de su razonamiento. Pero allí, en la oscuridad de una hora antes del amanecer, rodeados de violentos vientos huracanados en una desierta isla del Pacífico, cualquier historia espeluznante sonaba más convincente.

De pronto le asaltó otro pensamiento.

—¡La ceniza!

Se volvió hacia Ryan Kamida, sentado plácidamente con las manos entrelazadas sobre la lisa superficie de fórmica de la mesa. Tenía su horrible rostro vuelto hacia ellos esbozando una sonrisa misteriosa, como si la explicación de Mulder le hubiera divertido; al parecer lo había oído todo.

Mulder se acercó a él.

—La ceniza… ¿Qué hay de la ceniza, señor Kamida?

El ciego asintió por deferencia.

—Creo que ya sabe la respuesta, agente Mulder.

—Eran las cenizas de las víctimas de su isla, ¿verdad? Las utiliza como… estandarte o imanes para atraer la atención de los fantasmas.

Kamida bajó el rostro hacia sus manos entrelazadas.

—Con los años me acostumbré a mi ceguera y después de haber hecho contactos y ganado mucho dinero, regresé al atolón Enika. Los espíritus de mi pueblo me habían narrado su historia, explicado su vida y repetido una y otra vez lo que había ocurrido aquí, hasta que enloquecí de tanto oírlo. Tenía que volver, por motivos de salud mental. —Calló y alzó su mirada ciega hacia Mulder y Scully—. Hay empresarios dispuestos a hacer cosas por gente excéntrica sin hacer preguntas, siempre que el dinero sea generoso. Pasé muchos días aquí en los acantilados, arrastrándome por este atolón abandonado que se había vuelto a cubrir de selva. Estaba ciego pero sabía adonde ir y hacia dónde mirar, guiado por las voces. Con un cuchillo, una pala y un barril, pasé varios días bajo el sol abrasador del Pacífico, trabajando. Encontré las escasas cenizas de mi gente que había sido incinerada y carbonizada hasta convertirse en meras sombras en la roca.

»Había transcurrido mucho tiempo y cabía esperar que las manchas hubieran desaparecido a la intemperie, se hubieran fundido con el coral y la arena, o borrado por las tormentas y el oleaje. Pero seguían allí, esperándome, como sombras humanas recortadas contra los acantilados. Las arranqué de una en una, siguiendo las instrucciones de los espíritus.

»Recogí toda la ceniza que pude. Era irrisorio que todo lo que quedaba de la población de una isla fuera esa triste cantidad, pero bastaba para mis fines… y los suyos. Cuando estuve listo, envié unas muestras de la ceniza, a modo de tarjeta de presentación, a las personas que debían recibirlas.

—¿Envió un frasquito a Nancy Scheck? —preguntó Scully.

Ryan Kamida asintió.

—Y un paquete a Emil Gregory, y otro a Oscar McCarron, de Nuevo México. Los espíritus no necesitaban realmente la ceniza, pues ellos mismos señalaban sus propios objetivos. Pero servía… y me servía para controlarlos.

Mulder se quedó horrorizado.

—Nancy Scheck y los demás sólo recibieron una pequeña muestra de esa ceniza… pero ha traído a esta isla un barril entero.

De pronto recordó a los tres pescadores aterrorizados acarreando la terrible carga y dejándola en la playa, donde en esos momentos permanecía desprotegida, porque Bear Dooley no la quería dentro del refugio.

—Es todo lo que tengo —respondió Kamida—. Es la forma de traerlos aquí a todos. Por fin.

En ese instante sonó el teléfono y Víctor Ogilvy contestó. Abrió los ojos desmesuradamente mientras apretaba el auricular contra la oreja, como si la comunicación tuviera dificultades.

—¡Bear! —exclamó Víctor, aferrando el auricular y mirándolo fijamente con la boca entreabierta—. Una llamada del capitán Ives. Los radares a bordo del *Dallas* acaban de detectar algo grande y poderoso que se aproxima al atolón, y no es un huracán. No sabe lo que es, pero… ¡jamás ha visto nada parecido! —Víctor tragó saliva, agitando el auricular en el aire—. La transmisión se ha cortado y no consigo recuperarla.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó Dooley a voz en cuello—. Sólo quedan treinta y cinco minutos para la detonación. ¡No podemos permitirnos complicaciones ahora!

De pronto en el refugio se produjo un apagón y quedaron sumidos en la más absoluta oscuridad.

36

U. S. Dallas.
Sábado, 4.30

El capitán Robert Ives no se explicaba cómo había logrado mantenerse de pie en medio de la confusión… pero se supone que los capitanes no caen de bruces en el puente de mando de su propio barco, ni siquiera en pleno tifón. Con los pies firmemente plantados en el suelo y separadas sus musculosas piernas, resistió el tumultuoso embate de las olas. Por el suelo del puente se deslizaban de un lado a otro una diversidad de objetos, desde lápices y cuadernos hasta cajones de embalaje.

La lluvia azotaba las ventanas del puente de mando y el cielo se tiñó de una extraña luz verdosa. Ives consultó su reloj de pulsera, sabiendo que no podía tratarse del amanecer… Aquel misterioso resplandor le puso la carne de gallina. Había visto antes huracanes y siempre le habían parecido cosa de otro mundo, pero ninguno como éste.

—¡El huracán está alcanzando los ciento ochenta kilómetros por hora, señor! —gritó Lee Klantze desde su puesto de segundo comandante. La libreta de tres anillas en la que se enumeraban las señales y códigos internacionales cayó de su estante y se estrelló contra la cubierta—. Esto supera los niveles máximos calculados para este temporal. Es como si algo bombeara aire desde arriba.

—¿A qué distancia está el ojo del huracán? —preguntó Ives.

—No esperamos que regrese hasta dentro de media hora, entonces haremos un breve descanso. De momento sólo tenemos que aguantar.

Ives aferró la barandilla del puesto del capitán con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos y los tendones del cuello se le marcaron.

—¡Preparaos! ¡Creo que va a empeorar!

Klantze lo miró perplejo.

—¿Aún más? —Bajó la vista hacia sus partes meteorológicos, y se agarró en busca de apoyo cuando el barco se zarandeó bruscamente—. ¿En qué se basa, señor?

—En la sensación de terror que brota de mis entrañas, señor Klantze. Compruébelo —pidió Ives crispado—. Luego asegúrese de que todos los puestos están en orden y lleve a las bodegas a los miembros de la tripulación que no sean imprescindibles.

—Ya lo he hecho, señor.

—¡Vuelva a hacerlo! —replicó Ives. El joven segundo comandante cruzó dando tumbos la cubierta para cumplir las órdenes de su capitán y éste, sin apartar los ojos de las pequeñas olas blancas que surcaba el *Dallas*, preguntó—: ¿Cuánto falta para que estalle Yunque Brillante?

Aunque podía ver él mismo el cronómetro, sabía que era preciso mantener a sus hombres ocupados en tareas rutinarias; de lo contrario tendrían tiempo para pararse a pensar en los daños que podía ocasionarles el tifón.

—Una media hora, señor —respondió uno de los oficiales tácticos.

—Treinta y ocho minutos —apuntó otro simultáneamente.

—Gracias —respondió Ives, sin expresar en alto sus pensamientos acerca de lo insensatos que debían de ser esos diseñadores de armas para contemplar siquiera la posibilidad de llevar a cabo una delicada prueba en semejantes condiciones.

Una ola gigantesca azotó al *Dallas* por babor, haciendo que el casco sonara como un gong; El destructor escoró hacia estribor y luego se enderezó poco a poco como una orea que recupera el equilibrio.

El capitán Ives logró mantenerse de pie y se alegró de que el *Dragón afortunado* no siguiera sujeto a su casco.

El segundo comandante Klantze volvió dando tumbos al puente, dejando atrás el intercomunicador después de haber hablado con todas las secciones del destructor.

—Todos los puestos han dado el parte, capitán —informó—. Estamos preparados para resistir cualquier cosa.

Ives lo miró con la frente arrugada por encima de sus cejas canosas.

—¿Cualquier cosa, señor Klantze? Es usted muy optimista.

—Pertenezco al ejército, señor. —Klantze debía de creer que iba a impresionar a Ives con esa ridícula respuesta.

—¡Capitán! —exclamó el oficial táctico—. He detectado algo en el radar

delantero. Hay… ¡Dios mío, no puedo creerlo! Es inmenso.

—¿Qué es? —preguntó Ives volviéndose bruscamente y casi perdiendo el equilibrio cuando otra enorme ola golpeó el costado del destructor—. Déme detalles.

El oficial táctico permaneció en su puesto observando la parpadeante pantalla con los ojos abiertos de incredulidad.

—Es algo enorme y con una potencia extremadamente elevada… y se dirige hacia nosotros. Los demás sensores también lo están recibiendo… hasta en el sonar aparece un tumulto en la superficie del agua que excede con mucho las turbulencias del temporal en sí. No comprendo estas lecturas, señor. ¿Una tormenta eléctrica? ¿Una subida de voltaje?

—Contacte con el equipo de Yunque Brillante en tierra firme y hágaselo saber —ordenó Ives siguiendo una corazonada. Luego bajó la voz para que nadie más lo oyera y añadió—: Tal vez aún estén a tiempo de prepararse.

—¿Podría tratarse de un problema técnico en los mandos? —preguntó Klantze, acercándose al puesto del oficial táctico.

—No es probable —respondió el oficial—. Es constante y la velocidad… Cada vez está más cerca, como si nos encontráramos en la intersección de dos blancos.

Ives se volvió para mirar por la ventana y al otro lado de las olas distinguió un escalofriante resplandor, un fuego sobre el horizonte que le recordó un pequeño amanecer surgido de la nada.

—¡Allí está! —exclamó Klantze señalándolo, como si Ives no pudiera verlo—. ¿Qué es eso? ¡Parece el infierno!

Bajo la mirada atenta de la tripulación del puente, la pared luminosa se transformó en un esfera incandescente que se abalanzaba hacia ellos, cada vez más brillante a través del denso huracán.

Ives había visto algo similar en otras pruebas nucleares allá por los años cincuenta. La luz y la forma de la explosión de una bomba H era algo que no se olvidaba… y ahora volvía de nuevo a él. Cogió el intercomunicador de su puesto y conectó con todos los altavoces del barco.

—¡Atención! ¡Preparados para colisión!

El alud de luz radiactiva se precipitó hacia ellos surcando la cresta de una implacable e hirviente ola en medio de las embravecidas aguas del mar, que se arremolinaban bajo la abrasadora explosión de un holocausto.

Ives permaneció en su puesto de capitán, mirando impotente por la ventana. No

tenía nada para protegerse los ojos, pero en su fuero interno sabía que daba lo mismo, así que siguió contemplando cómo aquella fuerza implacable arremetía contra ellos.

La última imagen que registraron sus ojos antes de que los nervios ópticos se rindieran a la furiosa embestida, fue la puntiaguda proa de su destructor hundiéndose, al mismo tiempo que las planchas de acero saltaban por los aires.

Y de pronto el barco entero quedó sepultado bajo aquella avalancha de luz y fuego.

37

Atolón Enika.
Sábado, 4.40

En el repentino y oscuro caos que siguió al apagón del refugio, Mulder se hizo con una de las linternas de emergencia que colgaban de la pared. La encendió e iluminó alrededor como si se tratara de una lanza brillante, esperando que la luz restaurara el orden y la calma entre los marinos y técnicos allí reunidos. En lugar de ello, vio a Bear Dooley y a los demás ingenieros correr de un lado a otro, tratando de restaurar a tientas sus subsistemas.

—¡Que alguien vuelva a conectar ese maldito generador! —bramó Dooley—. Perderemos todos los datos si no está en marcha dentro de media hora.

Mulder trazó un círculo con la linterna en torno al resto del asustado grupo. No se veían daños a simple vista en el refugio. Scully permanecía a su lado, cogiéndole del brazo para no separarse de él en la confusión.

—¡Pero si acabamos de verificarlo y funcionaba bien! —replicó uno de los desaliñados marinos.

—Pues ahora no, y no tenemos mucho tiempo para arreglarlo antes de que Yunque Brillante estalle. Sal y compruébalo.

—Disculpe, pero no creo que sea cosa del generador —repuso Víctor Ogilvy con voz temblorosa de ansiedad.

Mulder apuntó la linterna hacia él y el ingeniero de gafas sostuvo el teléfono en alto.

—Este aparato está conectado al generador de reserva y ha sido totalmente cargado… pero no consigo comunicar con el *Dallas*. Ni siquiera se oye el chisporroteo de la electricidad estática. Está desconectado, lo mismo que los paneles

de mandos… toda la corriente, incluso los sistemas de seguridad.

Mulder sacó del bolsillo su teléfono celular preguntándose si podría conectar con alguien mediante ese sistema, pero el auricular era un silencioso trozo de plástico contra su oreja; debería haber oído al menos un siseo o el pitido de una mala conexión.

Dooley permaneció de pie con los puños cerrados a los costados, repentinamente apesadumbrado. Mulder sabía que ese hombre corpulento había estado guardando a duras penas la compostura.

—Pero ¿qué ha podido desconectar todo? —preguntó—. ¿Qué clase de accidente ha causado el tifón?

—De accidente nada —replicó Miriel Bremen con calma—. Sabes muy bien qué ocasiona tales efectos, Bear.

—El *Dallas* ha detectado algo enorme en su radar —apuntó Víctor—. De una potencia descomunal.

Dooley se volvió hacia Miriel, con la boca abierta y los labios temblorosos a medida que se apoderaba de él la incertidumbre.

—No sé de qué estás hablando.

Ella lo miró fijamente. La luz de la linterna de Mulder se reflejó en la fina capa de transpiración que le cubría el rostro.

—Impulso electromagnético.

—Pero ¿cómo? Para eso es preciso una… —miró a la activista horrorizado— explosión nuclear en el aire. ¡Una explosión nuclear! ¿Y si alguien más está utilizando este huracán para encubrir otra prueba? ¡Dios mío, no puedo creerlo! Alguien más ha hecho detonar un artefacto… ¡Eso es lo que el capitán Ives ha detectado en su radar! ¡Otra persona nos está robando el espectáculo!

Se dio media vuelta frenético, buscando algo que aferrar, alguien con quien hablar. Víctor Ogilvy se encogió, como si temiera que lo agarrara por el cuello.

—Pero ¿quién iba a hacer tal cosa? ¿Los rusos? ¿Los japoneses? ¿Quién puede haber practicado una explosión aérea aquí? ¡Elegir éste entre tantísimos lugares! ¡No puedo creerlo!

—Puede que la explicación no sea tan sencilla —replicó Miriel Bremen, y la fría y despiadada convicción que traslucía su voz hizo estremecer a Mulder. Fuera, el viento silbaba como una caldera de agua hirviendo al abrirse paso por entre las paredes de hormigón y arena—. Puede que se trate de algo que se te escapa —susurró.

—¡No trates de asustarme! —replicó Dooley a voz en grito—. No tengo tiempo para eso.

Con Scully todavía cogiéndole del brazo, Mulder volvió a pensar en la historia que les había revelado Ryan Kamida. Él mismo había improvisado una improbable hipótesis a partir de ella y de las pruebas que habían reunido Scully y él.

—Páseme la linterna, Mulder —ordenó Dooley—. Tengo trabajo que hacer. No es momento para charlas.

Mulder se apresuró a obedecerle. A sus espaldas, oyó el ruido metálico de un cerrojo al descorrerse y el chasquido de un pestillo al alzarse. A continuación la pesada puerta blindada del refugio se abrió hacia dentro y el recio viento irrumpió en la cámara cerrada, haciendo volar los papeles.

A la misteriosa luz de la tormenta, Mulder distinguió una silueta recortada en el umbral, preparándose para salir e internarse en las fauces del tifón.

—¡Ha llegado el momento! —exclamó Ryan Kamida volviéndose hacia ellos—. ¡Ya vienen!

De pronto, como si una cadena invisible tirara de él, el hombre ciego se precipitó hacia el feroz temporal.

—¡No, Ryan! —exclamó Miriel Bremen—. ¡Detente!

Kamida se volvió hacia ella un momento antes de ser engullido por el vendaval y la oscuridad.

38

Atolón Enika.
Sábado, 4.55

—¡No te quedes ahí! —graznó Bear Dooley—. ¡Cierra esa maldita puerta!

—¿No deberíamos traer a ese tipo de vuelta? —preguntó uno de los marinos a voz en cuello.

—¡No puede dejarlo ahí fuera en pleno huracán! —imploró Scully, mirando con impotencia alrededor. ¡Morirá!

Los demás miembros del equipo parecían nerviosos, pero Dooley se limitó a fruncir el entrecejo.

—¿Quién le ha mandado salir corriendo? —replicó el hombre corpulento con petulancia—. No podemos enviar ahora partidas de hombres para rescatar a un estúpido de su estupidez. Se ha cortado la corriente, pero la cuenta atrás de Yunque Brillante sigue avanzando…, ¡y no habrá una segunda oportunidad! ¿Cuáles son vuestras prioridades?

Mulder vio a los dos ingenieros de la Marina lidiar con la pesada puerta, empujándola con los hombros para hacer frente al viento recio. El silencio se instaló en el refugio a oscuras.

Miriel Bremen miraba aterrorizada la puerta por la que acababa de desaparecer Kamida. Mulder se sorprendió al verla tan rígida, aferrada a uno de los paneles de mando. Debería haber insistido en rescatar a su amigo… pero la activista guardó silencio, aceptando resignada el destino de Kamida y asustada del suyo.

—Eso era lo que quería —murmuró.

La luz de una segunda linterna inundó el interior del refugio con un extraño y fluctuante resplandor. Los técnicos se afanaban por arreglar el equipo y volver a

poner en marcha el generador de reserva.

—¿Cómo podemos saber si el equipo sigue funcionando? —preguntó Víctor Ogilvy, parpadeando con su cara de sabiondo entre las sombras de la fría luz—. ¿Y si la cuenta atrás se ha interrumpido a causa de otra batería descargada? El impulso electromagnético podría haber aniquilado también todo lo de ahí fuera.

—No tenemos pruebas de ningún impulso electromagnético —apuntó Scully.

Dooley se mesó los cabellos en un gesto cómico.

—El artefacto depende de otro suministro de electricidad completamente distinto, fortalecido contra toda clase de accidentes, condiciones meteorológicas… e incluso el manejo del personal de la Marina —explicó—. Yunque Brillante es una apuesta resistente. —Miró ceñudo a Víctor—. Si no me crees, ¿por qué no vas allí y lo compruebas?

—No, gracias.

El joven pelirrojo, enseguida encontró algo que hacer, pero por la preocupación reflejada en el rostro del ingeniero barbudo, Mulder supo que éste preferiría no haber contemplado siquiera aquella eventualidad.

Consternado, Bear Dooley se volvió hacia Muriel en busca de alguien en quien desahogar su frustración. Acercó el rostro al de ella y gritó tanto que, a la parpadeante luz de la linterna, Mulder vio cómo la baba le asomaba a los labios. Ella se estremeció, pero no retrocedió.

—¡Tú tienes la culpa, Miriel! —la acusó Dooley—. ¡Viniste a Enika por voluntad propia y te recibí calurosamente, pero te has encargado de sabotear la prueba! ¿Qué has hecho con los generadores? ¿Cómo has cortado la corriente? ¡Has hecho todo lo posible por entorpecer esta prueba desde el principio!

»Creía que al menos serías lo bastante honrada para presenciarla aquí conmigo por los viejos tiempos… pero has destruido Yunque Brillante y arruinado todo. ¿Qué has hecho? ¿También fuiste tú quien acabó con Emil Gregory?

—Yo no he hecho nada —replicó Miriel—, o tal vez no lo suficiente. Pero ya veremos. La prueba de Yunque Brillante no va a llevarse a cabo… ni esta mañana ni nunca. Se me ha ido de las manos.

—¿Lo ves? Así pues, lo reconoces —repuso Dooley, señalándola con un dedo—. ¿Qué has hecho? Tenemos que conectar de nuevo esos diagnósticos.

—Habla con el agente Mulder —respondió Miriel, y apretó los labios hasta formar una oscura línea sobre su alargada barbilla—. Está al corriente de todo.

Mulder se sorprendió al oír confirmar a una ex física de armas su fantástica explicación de los acontecimientos.

—¿Así que él también está metido en esto? No es lo bastante listo. —Dooley frunció el entrecejo y se apartó bruscamente de ella—. No quiero volver a saber de ti, Miriel. Eso es todo. Emil se habría avergonzado de ti.

Miriel pareció dolida por aquel comentario, pero siguió aferrada al borde del panel de mandos.

—Vamos a ser aniquilados —murmuró—. Se aproxima la cólera vengativa de los fantasmas de Enika. Ha acabado con el *Dallas* y nosotros somos los siguientes.

Mulder se acercó a ella.

—¿Lo sabías? ¿Sabías que iba a ocurrir?

Ella asintió.

—Ryan me explicó qué ocurriría, pero debo reconocer… —soltó una breve y amarga carcajada— que una parte de mí nunca lo aceptó. Sin embargo, Ryan podía ser muy carismático, así que seguí adelante para ver qué podía hacer para combatir con medios más prácticos. Pero ahora es… tal como él me dijo que sería. —Exhaló un profundo suspiro—. Al menos Yunque Brillante será detenido de un modo u otro. Todo el material de la prueba desaparecerá de aquí junto con la gente del proyecto y, después de este desastre, dudo que vuelvan a construir esta arma.

Miriel cerró los ojos mientras un temblor le recorría el cuerpo.

—Supongo que siempre he sabido que llegaría el momento de poner a prueba mis convicciones —prosiguió—. Es fácil decidir ser voluntario y repartir panfletos o enarbolar pancartas. Lo que cuesta es afirmar que estás dispuesto a ser arrestado en una manifestación; ése es un límite que mucha gente no está dispuesta a cruzar. —Por un instante miró fijamente a Scully—. Pero hay otros límites en el camino, aún más difíciles… y creo que acabo de cruzar uno.

Con los ojos muy abiertos, Scully miró a Mulder y luego a Miriel.

—No puedo dar crédito a lo que está diciendo. ¿De veras cree que una nube de fantasmas atómicos vendrá a frustrar la prueba de Yunque Brillante porque no están dispuestos a tolerar otra explosión nuclear aquí?

Miriel se limitó a mirarla sin responder, y Scully dejó escapar un suspiro de incredulidad. Se volvió hacia Mulder, exasperada.

—Creo que eso es exactamente lo que va a ocurrir, Scully —repuso él, sorprendiéndola—. Lo creo y estamos acabados si no nos largamos enseguida.

Los tres pescadores del *Dragón afortunado* se pusieron de pie, visiblemente alterados.

—No queremos seguir aquí —dijo el líder, agitando las manos ante sí como si tratara de recuperar parte de su coraje—. Este lugar es peligroso, es el blanco escogido. Sólo un estúpido se quedaría.

Otro pescador suplicó a Mulder, como si éste estuviera al mando.

—Preferimos arriesgarnos e intentar regresar al barco.

—No podréis zarpar en pleno huracán —replicó Scully—. Es más prudente permanecer aquí.

Los tres pescadores menearon la cabeza con vehemencia.

—No; este lugar es muerte segura.

—Usted misma ha dicho que el barco ha sido reforzado y diseñado para navegar a través de un temporal.

Miriel Bremen asintió.

—Sí, Ryan quería asegurarse de llegar hasta aquí. Pero no sé si tenía intención de volver. No lo creo.

Bear Dooley se paseaba lanzando improperios, buscando todavía algo que romper.

—¡Marchaos todos! Ya veis lo que me importa. Alejaos de mí, que tengo trabajo que hacer. Todavía hay una posibilidad de detener esta prueba. El artefacto está en el otro extremo de la isla y la cuenta atrás continuará tanto si conectamos los diagnósticos como si no.

Mulder miró a Scully y supo qué iba a ocurrir. Y comprendió que debía de tratarse de la misma convicción que había movilizado a Miriel Bremen y demás activistas. Los pescadores se acercaron a la puerta del refugio y trataron de descorrer el cerrojo.

Dooley permaneció de pie despotricando contra ellos.

—¡Estáis locos!

Mulder supo que probablemente Scully le daba la razón.

—¡Vamos, Scully! —exclamó haciendo gestos mientras corría hacia la puerta—. Ven con nosotros.

—¡No, Mulder! —gritó ella.

—Al menos ayúdanos a rescatar al señor Kamida.

El rostro de Scully traslució de pronto incertidumbre. La puerta se abrió de golpe y el vendaval irrumpió con estruendo en el refugio, aunque ya había arrancado todo lo susceptible de ser arrancado. Sin embargo, en esos momentos la voz del torbellino

tenía un timbre diferente, casi humano; aullidos, susurrantes y acusadoras voces agazapadas tras el vendaval cada vez más fuertes, más próximas.

Mulder se estremeció y advirtió que Scully sentía la misma sensación de extrañeza, aunque probablemente era incapaz de reconocerlo.

Permaneció en el umbral con los pescadores, empujado hacia atrás por el viento. Miró las horripilantes nubes que se cernían sobre la isla como mazos, listas para aplastarla. Y vio que, más allá de la perturbadora presencia del tifón, se aproximaba algo realmente terrible.

—Tengo un presentimiento —murmuró.

Scully seguía resistiéndose, pero Mulder la llevó a rastras hasta la puerta para que se asomara. Ella se debatió hasta que miró en la negrura de la noche y levantó la vista hacia el cielo.

Entonces se esfumaron de sus labios todas las objeciones.

39

Atolón Enika.
Sábado, 4.54

El temporal le habló con toda su fuerza: voces aterrorizantes alzándose contra los demás, susurros dándole la bienvenida. Por fin.

Ryan Kamida era uno de ellos, un miembro más del grupo espectral, aunque se sentía desplazado. No porque fuera ciego o estuviera lleno de cicatrices, sino porque estaba vivo.

Se apartó tambaleante del refugio y avanzó dando sacudidas hacia el huracán, que lo zarandeó con la fuerza de una catapulta, casi derribándolo. Aun así, echó a correr. Sus pies resbalaban en la áspera roca y los vientos huracanados levantaban la arena de alrededor.

Tropezó, cayó de rodillas al suelo y sintió cómo sus dedos insensibles se hundían en la fría y húmeda arena. Quería que ésta lo engullera y fundirse así con las cenizas de su gente, transformarse en parte de aquel asolado atolón.

—¡Estoy aquí! —gritó.

El tifón rugió y las voces de los fantasmas se hicieron más fuertes, apremiándolo a seguir. Se levantó y echó a correr de nuevo. Una ráfaga de viento y lluvia lo alcanzó con una fuerza arrolladora que volvió a derribarlo. Agitó los brazos y las piernas en el aire, tratando de levitar como un fantasma más… pero era demasiado pronto. Aún no había terminado todo.

Kamida luchó contra el huracán hasta que sus pulmones estuvieron a punto de estallar. Su corazón quería dejar de latir de puro agotamiento, pero siguió adelante, buscando la liberación al reunirse con su familia, su gente… esos compañeros que nunca había visto pero que se le aparecían desde hacía décadas.

Kamida los llamó en silencio, tratando de articular las palabras en aquella lengua que había conocido de niño pero llevaba cuarenta años sin practicar. No importaba cómo la hablara, los espíritus lo entenderían.

Se aproximaban.

En la playa, Kamida tropezó con el barril abandonado por los pescadores. De modo instintivo y sin titubear había hallado el camino hasta aquel barril lleno de las cenizas de los de su tribu, los trozos de carne carbonizada que con tanto esmero había separado de la arena del atolón.

Lo abrazó estrechamente, apretando la mejilla contra el metal curvo y resbaladizo a causa de la lluvia, que estaba frío incluso al tacto de su insensible mejilla. Se aferró a él como si se tratara de un ancla, sollozando mientras el huracán rugía implacablemente.

Los misteriosos susurros y gemidos se hicieron cada vez más fuertes, ahogando incluso los bramidos de la espesa masa de nubarrones que se cernía sobre él. Ryan Kamida sentía la fuerza cada vez mayor del ojo acusador del huracán, la electricidad estática, la subida de tensión.

Alzó el rostro y sintió cómo se evaporaba la lluvia mientras un intenso calor le acariciaba la piel. A pesar de ser ciego, supo de algún modo que en las nubes que envolvían la isla, la luz alcanzaba una intensidad candente cada vez mayor a medida que avanzaba la cuenta atrás.

40

Atolón Enika.
Sábado, 5.10

De cara al viento, esta vez le tocaba a Mulder aferrarse del brazo de Scully para asegurarse de no perderla. Caminaron tambaleantes a través de la cegadora lluvia y los recios vientos que amenazaban con disgregar el pequeño grupo.

Los tres pescadores iban delante, despacio y con las cabezas gachas, abriéndose paso hacia la laguna. Las altas formaciones de coral de detrás del refugio amortiguaban lo más recio del temporal procedente del otro extremo de la isla. Sin embargo, el viento soplaba con tal fuerza que los bombardeaba sin piedad con arena y piedras.

Mulder no veía a Ryan Kamida por ninguna parte.

—¡Esto es una locura! —gritó Scully.

—¡Lo sé! —respondió Mulder.

Pero siguió andando y, mientras avanzaba con dificultad, sus propias dudas se reafirmaron: era absurdo e ilógico seguir adelante con ese temporal. Scully habría empleado el término «suicidio». Pero, dadas las circunstancias, las alternativas lógicas eran escasas y ella debía de confiar bastante en él para haberlo seguido. Scully estaba viendo con sus propios ojos el incomprensible desastre que se avecinaba y él esperaba no fallarle.

Miriel Bremen caminaba despacio detrás de ellos, absorta al mismo tiempo que ansiosa por salir de allí… no tan dispuesta, después de todo, a morir por una causa y desperdiciar la última oportunidad de escapar.

—¡No importa lo que creas, Mulder! —gritó Scully a su oído—. ¡Yunque Brillante va a estallar en unos minutos y si no nos alejamos de aquí la onda expansiva nos

atrapará!

—¡Lo sé, Scully! ¡Lo sé!

Pero sus palabras se perdieron en el viento y no creyó que ella las hubiera oído.

Los pescadores empezaron a soltar gritos apenas perceptibles a causa del temporal. Más allá de los vientos huracanados resonó el misterioso coro de voces, cada vez más fuerte hasta alcanzar un crescendo discordante.

La lluvia, la oscuridad y la arena impedían ver con claridad, y Mulder no conseguía localizar el barco pesquero. Por un instante temió que su única posibilidad de escapar hubiera desaparecido de la laguna y se vieran abandonados a su suerte en el atolón Enika, sin siquiera la dudosa protección del refugio de Bear Dooley.

Pero unos instantes después comprendió por qué gritaban los pescadores. Dos de ellos estaban vadeando la revuelta laguna en dirección a las aguas más profundas donde el viento había arrastrado al *Dragón afortunado*.

El cabecilla de los pescadores se aferró donde pudo para escalar el oscilante casco del barco. Una vez en cubierta, ayudó a subir a sus compañeros, que hicieron gestos a los demás para que los siguieran.

Scully vaciló en la orilla.

—Mulder…

—¡Vamos, el agua está buena! —gritó él. Y la empujó sin pararse a pensar en los zapatos empapados—. ¡No tengas miedo de mojarte! ¡Recuerda que son nuestras vacaciones!

La lluvia ya los había calado hasta los huesos y no tenía sentido esperar más tiempo. Creyera o no Scully en la amenaza sobrenatural de unos fantasmas nacidos en la explosión de Sawtooth, Yunque Brillante iba a estallar de un momento a otro en el otro extremo del atolón y no había tiempo que perder.

Miriel caminó con el agua por la cintura junto a ellos hasta el pesquero. Una vez allí subió a bordo como un gato escala un árbol.

Uno de los pescadores se precipitó hacia la cabina de cubierta y puso los motores en marcha; más que oír el zumbido, Mulder sintió las vibraciones a través del casco. Mientras el segundo pescador corría a levar anclas y a soltar el barco de su peligroso amarradero, el tercero ayudó a Mulder y a Scully a subir a bordo.

Antes de que Mulder pudiera asegurarse de que su compañera había recuperado el equilibrio, el pesquero viró trabajosamente antes de poner rumbo al corazón del huracán. De pie en cubierta, Mulder se aferró con todas sus fuerzas a la barandilla.

—¡Mira allí, Scully! —gritó, volviéndose hacia la isla y señalando el cielo amenazador—. ¡No es una tormenta corriente!

Las nubes brillaban, crepitaban y bullían con una extraña energía que le puso los pelos de punta. Echó un vistazo al reloj. Yunque Brillante estallaría de un momento a otro. En cualquier momento a partir de ahora todo terminaría de un modo u otro.

El barco se alejó del atolón con gran estrépito, sorteando las rabiosas olas blancas y espumosas que rodeaban los poco profundos arrecifes. Los pescadores lo guiaban haciéndolo virar en busca de un paso seguro. Finalmente las aguas se volvieron más profundas y azules aun en la oscuridad de la tormenta. El motor rugió con renovada potencia y el *Dragón afortunado* siguió avanzando dando bandazos.

Mulder escudriñó el horizonte, pero no vio ni rastro del destructor *Dallas*. Sólo vio espuma que podría haber sido el remolino provocado por el propio huracán, o los tristes restos de un enorme naufragio. Entonces, con un brillo cegador, en el otro extremo de la isla apareció un pequeño sol amarillo que se elevó en el cielo, enfrentándose por un instante al huracán…

—¡Es Yunque Brillante! —dijo Scully—. ¡Cúbrete los ojos!

—¡Así que ha funcionado! —exclamó Miriel Bremen aturdida, con voz lo bastante fuerte para que la oyeran y sin molestarse en desviar la mirada.

Por extraño que pareciera, Yunque Brillante actuó como catalizador respecto de las demás fuerzas ocultas en el interior de las nubes del temporal. Al detonar el artefacto, el misterioso brillo se multiplicó por diez y originó una espectacular masa de nubes. Una bola de fuego se precipitó sobre ellos como una explosión espectral, transformándose en la forma escalofriantemente familiar de un hongo atómico. Sin embargo, la imagen era distorsionada e irreal, una multitud de cráneos y rostros, bocas abiertas, cuencas oculares quemadas… un incontenible ariete que se abalanzaba sobre las llamas de Yunque Brillante.

Un asfixiante manto de fuego cáustico cubrió la explosión mucho más reducida de la prueba y asumió la nueva luz como parte de su fuego sobrenatural, aprovechándose de la potencia, que se intensificó.

—¡Mira! —gritó Scully, contemplando cómo la costa de Enika retrocedía con celeridad.

Aterrorizados, los tres pescadores pusieron a toda máquina los motores, que rugieron entre las altas y espumosas olas, alejándose de los vengativos espectros atómicos… y dirigiéndose en línea recta hacia el tifón. En la distancia, Mulder

distinguió una pequeña figura solitaria en la playa.

—¡Es Ryan! —gritó Miriel, horrorizada.

De pie sobre el barril lleno de ceniza que habían bajado del *Dragón afortunado*, el hombre ciego agitaba los brazos hacia el cielo. Ryan Kamida pareció dar instrucciones a la cegadora aparición y, como un ser vivo con un propósito, la, susurrante y resplandeciente multitud de víctimas atómicas se desperdigó por toda la superficie del atolón Enika. Las emanaciones radiactivas incineraron la selva que había vuelto a crecer en los pasados cuarenta años e hizo saltar por los aires las altas formaciones de coral que habían servido de protección al refugio.

—¿Lo ves, Scully? —exclamó Mulder, asustado y perplejo—. ¿Lo ves?

Cada vez más brillante al resplandor de una reacción en cadena del incendio nuclear, el hongo atómico cruzó velozmente la isla y se precipitó hacia el otro extremo con tal fuerza que Mulder se tapó los ojos y se hizo a un lado. La violenta furia hizo saltar por los aires el coral y convirtió la roca en lava…

Mientras el *Dragón afortunado* seguía avanzando a toda máquina hacia el huracán, el vengativo incendio llegó al paroxismo y los gritos estremecedores se oyeron con mayor nitidez entre el ulular del viento. Los esqueléticos y fantasmagóricos rostros se volvieron borrosos y se arremolinaron en una confusión de luces y sombras.

De pronto se sumó al coro otra voz y Mulder creyó reconocer la de Ryan Kamida, su triunfante grito al reunirse al fin con su familia y su gente, fundidos todos en una fuerza primitiva… una fuerza cuya misión por fin se había cumplido.

El resplandor se desvaneció del atolón Enika, dejándolo estéril, trémulo de calor residual y desprovisto de toda clase de vida. Mientras, el *Dragón afortunado* continuaba acercándose al centro de la tormenta.

41

Océano Pacífico oeste, localización exacta desconocida.
Sábado por la mañana

El reloj de Mulder se había detenido, pero él sospechaba que tenía más que ver con los malos tratos y el chapuzón que había recibido que con alguna clase de fenómeno paranormal. No sabía qué hora era, pero calculó que avanzada la mañana. EL calor tropical que había seguido al tifón empezaba a resultar opresivo en el *Dragón afortunado*.

El pesquero parecía haber caído en manos de unos vándalos callejeros, porque todas las superficies a la vista estaban rayadas o arañadas, y tenía dos ventanas delanteras hechas añicos, varias barandillas dobladas y el casco cubierto de rasguños a causa de las rocas. Pero había sobrevivido al temporal. Había luchado contra el tifón durante varias horas infernales, alejándose cada vez más de los devastadores efectos de Yunque Brillante, hasta que por fin había conseguido escapar hacia aguas más tranquilas. Sin embargo, ahora no disponía de instrumentos de navegación y avanzaba a tientas, perdido en aquel océano inmenso.

El *Dragón afortunado* se había inundado un poco y los tres pescadores se turnaban para achicar el agua, aunque Mulder pensó que trabajaban más para mantenerse ocupados que porque la embarcación se hallara realmente en peligro.

En la popa del barco, Miriel Bremen permanecía callada y pensativa como una muñeca rota. Había perdido las gafas en algún momento durante la frenética subida al barco o la recia tormenta, y parpadeaba bajo el sol, sin ver con claridad. Scully intentó reconfortarla y entablar conversación con ella, pero estaba conmocionada y abrumada por lo ocurrido.

Sentado en cubierta, Mulder llevaba su desaliñada chaqueta para protegerse de los

abrasadores rayos del sol, aunque el calor era casi insoportable. Deseó haber rescatado de la maleta al menos una de sus camisas hawaianas, el bañador, o al menos la crema protectora. El agua seguía salpicando la cubierta y formaba pequeños charcos en los que se reflejaba la luz del sol.

En un momento de pesimismo, consideró la sombría posibilidad de que tal vez jamás fueran rescatados, que alguien acabaría encontrando un barco fantasma con seis esqueletos, navegando sin rumbo por el Pacífico como el Mary Celeste. El escenario encerraba sin duda una escalofriante ironía. Sería un desenlace digno de esa extraña aventura. Sacó el cuaderno y la pluma empapada, que funcionó tras sacudirla varias veces y garabatear en un trozo de papel. A continuación resumió de forma concisa lo que había visto y su hipótesis. Quienes los rescataran al menos encontrarían esa información. Y si alguna vez lograban regresar a Washington, DC, escribiría un informe completo, abriría un detallado expediente X… y, con toda probabilidad, nadie lo creería. Pero ya iba acostumbrándose. Además, esta vez contaba con las declaraciones de muchos testigos, pruebas y cadáveres radiactivos, por no mencionar una prueba nuclear secreta. En cuanto el brigadier general Bradoukis supiera que los vengativos fantasmas de Enika habían dejado de ser una amenaza, estaría dispuesto a salir en defensa de Mulder.

Scully se reunió con él en la proa y se agachó para ver qué hacía. Se había recogido el cabello hacia atrás y ya tenía el rostro sonrosado por el sol.

—Deberías ponerte a la sombra, Scully —le aconsejó Mulder—. Ésa no es manera de conseguir un buen bronceado.

—¿Qué estás escribiendo? —preguntó ella.

—Oh, ya sabes. Olvidé comprar en Enika una postal para el subdirector Skinner y pensé que esto podrá suplirla. No quisiera que creyera que le hemos olvidado en nuestras vacaciones tropicales.

Ella frunció el entrecejo.

—Sigues convencido de que todo esto ha sido causado por un grupo de espectros vengadores que querían tomarse revancha por las pruebas nucleares realizadas hace cuarenta años, ¿verdad?

Él la miró con ceño.

—Viste lo mismo que yo, Scully.

—Sólo vi un brillante resplandor en el cielo, Mulder. Ya oíste lo que dijo Bear Dooley cuando se cortó la corriente. Otro gobierno debía de estar intentando lo

mismo que nosotros, sólo que desde el aire, utilizando como cobertura el propio huracán.

—Una extraña coincidencia, ¿no te parece? —preguntó Mulder.

—Creo más en las coincidencias que en buscar soluciones sobrenaturales para cada hecho insólito.

Mulder se limitó a menear la cabeza, preguntándose por qué, después de todas las aventuras que habían compartido y todo lo que habían visto juntos, Scully se negaba a aceptarlo.

—¿Ha habido suerte con la radio? —preguntó, cambiando de tema.

—No, se estropeó durante el temporal y no hemos logrado contactar con nadie. La batería está mojada.

Mulder sacó su teléfono celular.

—Creo que lo intentaré otra vez. La tormenta ya debe de estar disipándose, dondequiera que esté.

Scully lo miró, meneando la cabeza por su optimismo y, alargando una mano quemada por el sol, señaló el vasto horizonte de agua azul que se extendía en todas direcciones.

—¿Con quién esperas contactar desde aquí?

—Oh, no lo sé, tal vez con otro fantasma atómico, un navío espía ruso… o incluso el barco de Vacaciones en el mar. Nunca se sabe.

Pulsó los dígitos una y otra vez. Utilizando todos los códigos de acceso que tenía grabados en su excelente memoria y añadiendo los pocos que se sabía Scully, probó todos los números de emergencia general, centralitas federales y extensiones militares. Finalmente, y para su sorpresa, alguien respondió.

—Ha contactado con la estación de seguimiento de la isla Kwajalein. —La voz era bronca, como la de un robot—. Éste es un número de acceso restringido. Por favor, despeje la línea.

Mulder se incorporó bruscamente y casi arrojó el aparato por la borda del sobresalto.

—¿Oiga? ¿Oiga?

—Repito, este número es de acceso restringido…

—Soy Fox Mulder, agente del FBI, con una llamada de socorro urgente en… alguna parte del Pacífico oeste. No sé la posición exacta, pero creo que estamos cerca del archipiélago Marshall… bueno, estábamos.

—¿Solicita ayuda? —preguntó la voz—. No debería utilizar esta línea. Por favor, intente contactar con los números pertinentes.

—¡Entonces envíe a alguien a arrestarnos por ocupar la línea! —soltó Mulder, exasperado—. Soy un agente del FBI y necesitamos ser rescatados con urgencia. Hemos sobrevivido seis personas a un tifón… y podría haber gente herida o extraviada en el atolón Enika. Un grupo de científicos así como el destructor *Dallas* podrían haber sufrido daños graves. Es muy posible que se hayan producido muchas muertes. Necesitamos ayuda urgentemente. Por favor, responda. —Levantó la vista hacia Scully, que tenía los ojos brillantes—. ¿Puede localizar mi señal, Kwajalein?

—Somos una estación de seguimiento, agente Mulder. Por supuesto que podemos localizarla —contestó una voz inconfundiblemente humana—. Enviaremos un cúter lo antes posible.

Mulder esbozó una amplia sonrisa mientras Scully le estrechaba la mano. Pero él ya estaba escudriñando el vasto océano inundado de sol como si de un momento a otro fuera a aparecer un barco de rescate.

De pronto miró el teléfono que aún tenía en las manos y dijo:

—¿Crees que debería haber llamado a cobro revertido?

42

Central del FBI. Washington, DC.
Martes, 14.06

El edificio del FBI en Washington, DC, era un monstruo de cemento y cristal que alguien había considerado «arquitectura moderna» en décadas anteriores. Como albergaba a la Brigada de Investigación Criminal, el poco atractivo edificio había sido apodado «el palacio de los enigmas».

Rascándose con frecuencia la piel reseca y pelada por el sol, la agente Dana Scully permanecía sentada ante el ordenador de su pequeño despacho. Era un alivio estar de vuelta en Washington, al menos unos días. No podía contar con quedarse mucho tiempo allí, así que las horas libres las dedicaba a recopilar sus notas para enviárselas al subdirector.

Cumplir con las formalidades de ordenar los datos solía ayudarle a esclarecer el caso que tenía entre manos, seleccionar las preguntas e hilvanar explicaciones, despejando cualquier duda.

Scully bebió un sorbo de café recién hecho —con nata y sin azúcar—, disfrutando del sabor de la primera taza decente en muchos días. Repasó sus notas, examinó otro folio de papel, leyó por segunda vez un comunicado de prensa y siguió escribiendo:

La Marina ha hecho público que el Dallas, destructor de la serie Spruance, se hundió debido a la inesperada fuerza del tifón que el sábado por la mañana azotó el archipiélago Marshall. Todos los miembros de la tripulación se dan por perdidos. Según el servicio meteorológico nacional, dicho huracán era una clase de la que apenas se tienen datos, tanto por su extraño e impredecible comportamiento como por su insólita intensidad, sobre todo en los alrededores del atolón Enika. Los

meteorólogos que han analizado las imágenes del frente tormentoso registradas por el satélite en el momento en que el huracán azotó el atolón, siguen sin poder explicar semejante comportamiento.

Los equipos de rescate que acudieron a Enika en respuesta a la llamada de socorro del agente Mulder, no encontraron supervivientes entre los miembros del equipo de Yunque Brillante. El refugio que albergaba el centro de operaciones del proyecto había sido arrancado de sus cimientos, como muestran las fotografías adjuntas. No se rescataron cadáveres, lo que, según la Marina, no es sorprendente, dada la inusitada violencia del huracán.

Hizo una pausa para mirar fijamente la brillante pantalla.

El personal del Instituto de Investigaciones Nucleares Teller, de Pleasanton, California, se ha visto sacudido, según se informa, por dicho desastre. La pérdida de tantos empleados carece de precedentes y el único suceso comparable en la historia del instituto tuvo lugar en 1978, cuando se estrelló un pequeño avión que se dirigía al polígono de pruebas de Nevada.

Curiosamente, la representante del Departamento de Energía en el instituto Teller, Rosabeth Carrera, presentó un informe oficial en el que explicaba que el equipo de científicos de Enika estaba dirigiendo un «reconocimiento hidrológico de las corrientes marítimas alrededor del arrecife». Sin embargo, a partir de mi experiencia personal de los acontecimientos, esta afirmación es descaradamente falsa y recomiendo que se dé poco crédito a tales explicaciones. Sospecho que los datos más exactos se encuentran en expedientes confidenciales.

Después de otro largo sorbo de café, Scully releyó lo que había escrito y se sorprendió de su abierto escepticismo acerca de la versión oficial. Eso no era lo que quería oír el comité de supervisión, pero por mucho que quisieran encubrirlo, Scully conocía la existencia de Yunque Brillante y la prueba. No podía afirmar lo contrario en su informe.

Volvió a hojear sus notas y prosiguió.

El subdirector Skinner sostuvo la puerta de su despacho para que Mulder entrara.

—Pase —dijo.

Habían apagado el deslumbrante destello de los fluorescentes y dejado que la brillante luz del sol de la tarde proporcionara toda la iluminación.

—Gracias, señor —respondió Mulder, entrando y dejando el maletín sobre el escritorio de madera.

Colgados en la pared, los retratos del presidente y del fiscal general lo observaban.

Ese despacho le traía recuerdos desagradables. No era la primera vez que lo llamaban para reprenderlo por insistir en explicaciones que el Bureau no quería oír siquiera o por revelar información que otras personas preferían mantener oculta. Skinner a menudo se había encontrado en una posición incómoda entre un persistente Mulder y los que movían los hilos secretamente.

Skinner cerró la puerta, luego se quitó las gafas y las limpió con el pañuelo. Tenía la calva cubierta de gotas de sudor y Mulder advirtió que hacía mucho calor en el despacho.

—Ha vuelto a estropearse el aire acondicionado —comentó Skinner para entablar una conversación cordial—. No se ha bronceado mucho en sus viajes, agente Mulder… primero a California, luego a Nuevo México y finalmente a los mares del Sur.

—Estaba de servicio, señor. No tuve tiempo de tomar el sol, y menos en pleno tifón.

Skinner bajó la vista hacia las notas manuscritas que había arrancado del húmedo cuaderno de Mulder. Éste había prometido mecanografiarlas más tarde, pero el subdirector había guardado las arrugados folios de papel con una expresión cansina en el rostro.

—No se moleste en escribir un informe más formal, agente Mulder —dijo—. No puedo enviar esto a mis superiores.

—Entonces lo escribiré para mí y lo archivaré en un expediente X —respondió Mulder.

—Es usted libre de hacerlo, por supuesto —repuso Skinner—, pero es una pérdida de tiempo.

—¿Cómo lo sabe, señor? Son hechos que he visto con mis propios ojos.

Skinner lo miró fijamente.

—¿Se da cuenta de que no tiene pruebas que corroboren ninguna de sus explicaciones? Ni la Marina ni el instituto Teller aceptan su versión. Como de costumbre, me ha entregado un informe lleno de hipótesis disparatadas que no

demuestran nada salvo su extraordinaria facilidad para inventar explicaciones sobrenaturales de sucesos cuyas causas han de ser racionales.

—Tal vez no siempre lo sean —replicó Mulder.

—Pues la agente Scully suele presentarlas.

—La agente Scully tiene su propia opinión —replicó Mulder—, y aunque la respeto como colega y agente del FBI, no siempre coincido enteramente con sus conclusiones.

Skinner se sentó, sintiéndose frustrado y no muy seguro de qué hacer con aquel agente recalcitrante.

—Y ella tampoco suele coincidir con usted. Pero por alguna razón trabajan bien juntos.

—Ya debe de haber hablado con el general Bradoukis del Pentágono, señor. Él puede corroborar muchos de los hechos que describo en esas notas, pues conoce Yunque Brillante y está al corriente de la existencia de fantasmas. Nos envió allí porque temía por su vida.

Skinner miró a Mulder sin parpadear. En los cristales de sus gafas se reflejaban las ventanas iluminadas por el sol.

—El general Bradoukis ha sido trasladado —repuso—. Ya no es posible hablar con él a través del Pentágono y su paradero actual es confidencial. Creo que está participando en un nuevo programa de pruebas experimentales.

—Muy oportuno —repuso Mulder—. ¿No le parece un tanto extraño siendo una persona oficialmente involucrada en este asunto? ¿Acaso no le facilitó información cuando habló con usted acerca de nuestra misión en el archipiélago Marshall?

Skinner frunció el entrecejo.

—Recibí una llamada telefónica anónima del Pentágono, agente Mulder. Se me solicitó que aprobara su viaje y eso hice, pero no conozco a ningún general Bradoukis.

—Qué raro… él afirmó conocerle —repuso Mulder.

—No conozco a ningún general Bradoukis —repitió Skinner.

—Muy bien, señor.

—Y en cuanto a esa prueba nuclear secreta, ese Yunque Brillante que no deja de mencionar… no quiero que aparezca en su informe oficial. Las pruebas de armas nucleares en tierra fueron prohibidas por el tratado de 1963.

—Lo sé tan bien como usted —asintió Mulder—. Pero nadie parece habérselo

recordado al equipo de Yunque Brillante.

—Esta mañana hice ciertas averiguaciones antes de entrevistarme con usted. Hablé directamente con la señorita Rosabeth Carrera, lo suficiente para enterarme de que no consta en ninguna parte un proyecto llamado Yunque Brillante. Todas las personas con quienes he hablado niegan incluso la posibilidad de un arma nuclear que no deje poso radiactivo y que se haya investigado algo semejante. Afirman que es científicamente imposible. —Skinner asintió satisfecho.

—Eso tengo entendido. Y supongo que cree que el doctor Gregory, uno de los científicos nucleares más eminentes de nuestro país, estaba a cargo de un proyecto para trazar el mapa de las corrientes marinas y las temperaturas en los arrecifes del archipiélago Marshall. Eso es lo que dice la versión oficial.

—Eso no es asunto mío, agente Mulder.

Mulder se puso de pie.

—Lo que quisiera saber, señor, es qué le ha ocurrido exactamente a Miriel Bremen. No la hemos visto desde que nos rescataron y nos separaron en el avión de transporte que nos trajo a Estados Unidos. El teléfono de su casa ha sido desconectado y una de las enfermeras del hospital donde nos atendieron afirma que salió custodiada por dos hombres uniformados. Miriel podría corroborar nuestra historia.

—Verá, la doctora Miriel Bremen ha aceptado volver a trabajar en el proyecto del doctor Emil Gregory —explicó Skinner—. Dado que es la única superviviente relacionada con dicho proyecto, ha decidido cooperar con el Departamento de Energía para evitar que todas esas investigaciones caigan en saco roto.

Mulder lo miró perplejo.

—Ella jamás aceptará.

—Ya lo ha hecho —replicó Skinner.

—¿Puedo hablar con ella? Me gustaría oírlo de sus labios.

—Me temo que es imposible, agente Mulder. Ha sido trasladada a un gabinete aislado, pues están impacientes por reanudar la investigación y no quieren que se distraiga con desagradables interrupciones.

—En otras palabras, ha sido encerrada contra su voluntad y coaccionada para trabajar en algo de lo que perjuró.

—El estudio de las corrientes marítimas no tiene nada de malo. Vuelve a comportarse como un paranoico, agente Mulder.

—¿Yo? Sólo sé que Miriel tenía que enfrentarse a varias acusaciones graves:

sabotaje, entrada sin autorización en zona restringida e incluso sospecha de asesinato. Estoy seguro de que la propuesta de dejar correr todos esos cargos resultaría muy persuasiva a la hora de obtener su colaboración.

—Eso no es competencia mía, agente Mulder.

—¿Y no le importa siquiera?

Mulder se levantó y sujetó el borde del escritorio del subdirector. No sabía qué respuesta esperar.

Skinner se encogió de hombros.

—Usted es el único que se niega a aceptar la explicación oficial, agente Mulder.

Mulder recogió sus notas manuscritas, sabiendo que era inútil dejarlas en el despacho de Skinner.

—Supongo que éste ha sido, siempre mi problema —repuso antes de salir.

Después de pasearse por la habitación poniendo en orden sus pensamientos, Scully siguió con su informe. Se sentó, colocó los dedos sobre el teclado y empezó a escribir de nuevo.

Los sucesos que presencié mientras nos alejábamos del atolón Enika a bordo del pesquero Dragón afortunado, pueden explicarse como la explosión en el aire de otro artefacto nuclear experimental, llevada cabo por otro gobierno (o gobiernos) desconocido. Asimismo debe recordarse que entre la oscuridad del huracán, la lluvia y el viento, era difícil distinguir los detalles con exactitud.

A partir de mis observaciones personales, puedo atestiguar que Yunque Brillante estalló aproximadamente a la hora prevista, pero no puedo determinar la magnitud de dicha explosión ni la eficacia de su diseño que supuestamente no deja poso radiactivo.

No obstante, según los informes del equipo de rescate, las mediciones de radiactividad residual efectuadas en la isla se hallaron dentro de los parámetros normales. Esta información no ha sido confirmada.

Se saltó unas líneas. A continuación venía la parte más difícil.

En cuanto a las extrañas muertes de las dos víctimas claramente involucradas en el proyecto Yunque Brillante —el doctor Emil Gregory y la representante del

Departamento de Energía Nancy Scheck—, la explicación sigue siendo vaga. Podrían atribuirse a un breve pero intenso accidente nuclear relacionado con el equipo desarrollado para el proyecto.

Diseminadas sobre su escritorio se hallaban las horripilantes fotografías en blanco y negro de las víctimas, cadáveres carbonizados y contorsionados como espantajos negros.

A su lado, dentro de una carpeta de papel manila, se hallaban los informes de las autopsias pulcramente mecanografiados.

Sigue sin poder confirmarse si existe alguna conexión entre las tres muertes causadas por un calor extremo y la exposición a niveles elevados de radiación —Oscar McCarron, ranchero de Alamogordo, Nuevo México, y los capitanes Mesta y Louis en el interior del refugio de misiles balísticos de la base aérea de Vandenberg —. La similitud de las circunstancias implica que existe una relación entre estos hechos, pero la causa específica de un accidente nuclear tan mortal y poderoso, así como el origen y el tipo de equipo utilizado, y el modo en que podría haber sido transportado a esos diversos lugares, sigue sin explicación.

Insatisfecha, Scully miró fijamente la pantalla. La leyó una y otra vez, pero no se le ocurría nada más que añadir. Aún no se sentía muy cómoda con la justificación lógica que había elegido ni con sus argumentos, pero decidió que bastaban y sobraban.

Grabó el documento e imprimió una copia para enviarla a sus superiores. Eso bastaría para cerrar el caso, de momento. Apagó el ordenador y abandonó la oficina.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible entre Nóbel y no-bell (bell, en inglés significa campana) aludiendo a la campana que aparece en el dibujo. (N. de la T.) <<